

# Cuerpo de Asalto Clon 3 - Tras la Guerra



關戸 54 四月二四日一一年

Lainier Sind

# **Cuerpo de Asalto Clon 3 Tras la Guerra**

**Lainier Sind**

**Cuerpo de Asalto Clon 3 - Tras la Guerra por Lainier Sind se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/).**

Ilustración de cubierta: © 2011 sekido54, used under a Creative Commons Attribution-Noncommercial-No  
Derivative Works 3.0 license: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>.

## **INTRODUCCIÓN DEL AUTOR**

Los siguientes personajes están basados en personas reales:

Lainier Sind, Berllerak, ElArtista, Tete, el Kapitán, Night Stalker, Nevuroy, Sigfried, SuNSeT, Kuroshima, Olmaly, Yolum, Natch, Sama.

## ÍNDICE

I. Revuelta.....	6
II. Tierra de ninjas.....	31
III. Asilo político.....	63
IV. Bajo el agua.....	87
V. Pieza Uno.....	96
VI. Otra puesta de sol.....	102

## I REVUELTA

Lainier Sind estaba de pie al borde del precipicio. Estaba a una altura de quinientos metros. Por debajo de él, el Amazonas. Ante él, la selva. Tras él, su pequeña cabaña, a unos cincuenta metros.

El clon permanecía inmóvil, con los brazos en jarras, contemplando el horizonte. El sol radiaba y de momento, no llovía, pero era cuestión de tiempo. En realidad, el clon lo estaba deseando, pues le encantaba la lluvia y las tormentas. Iba vestido con cómoda ropa negra y sus sempiternas gafas de sol.

—Nos tenemos que ir —dijo Berllerak, apareciendo por detrás de Lainier. Se puso a su derecha.

—¿Cómo coño me habéis encontrado? —preguntó Lainier, echando una rápida ojeada a su compañero. Después, volvió a fijar sus ojos en el horizonte.

—Mediante satélites. VanderHall está muy cabreado porque no has estado localizable.

—Es que aquí no hay cobertura telefónica ni de Internet.

—Pues no haberte venido aquí, coño.

—Me gusta este lugar. Y yo paso mis vacaciones donde quiero.

—Siempre que estés localizable...

—Solo he estado aislado un par de días, maldita sea. Además, si me habéis encontrado, en realidad sí estaba localizable.

—VanderHall preferiría no tener que recurrir a los satélites. Y yo tampoco, que me ha tocado a mí buscarte.

—¿Y desde cuando sabes que estoy aquí?

—Desde esta mañana, así que no te preocupes: no te he grabado tocándote a la intemperie.

—Bueno, ¿de qué se trata la misión?

—Ni idea. A mí me han enviado a buscarte y ya está.

—Pues aún no han terminado de arreglar mi casa —señaló Lainier. Las viviendas de los clones habían sido arrasadas durante la ocupación neo—. Necesito un lugar donde instalarme.

—¿Has pensando en... pagar un hotel?

—Esperaba que pudieras usar tu influencia para dormir en Cyborg Inc.

—Ni de coña. Si te cuelo a ti, tengo que colar a todo el mundo. Además, seguro que intentarías colarte en mi cama por las noches.

—Como me conoces, ladrón...

VanderHall estaba en la sala de reuniones de la comisaría norte, sentado junto con el Cuerpo de Asalto. El comisario provisional de la policía sur era Sama. Era muy joven, pero cumpliría con su función hasta que Interior designase un comisario definitivo. Habían transcurrido unos seis meses desde el final de la guerra contra Neo World y Thornia.

—Supongo que sabéis lo de la unificación monetaria —dijo el comisario.

—Sí —respondió Lainier—. La Asociación de Planetas quiere comenzar de una puta vez con el proceso para crear una moneda única interplanetaria, pero para que el proceso sea progresivo, primero cada planeta debe unificar sus monedas internas. Y uno de los planetas que aún tienen varias monedas es La Tierra.

—¿Cuántas tenemos? —preguntó Berllerak.

—¿No lo sabes? Cinco.

—¡Por el culo te la hinco! Jejejeje...

—Cagontó...

—Basta de gilipolleces —interrumpió VanderHall—. La Asociación nos ha dado el plazo de un año para que La Tierra tenga una sola moneda, así que el proceso debe ir a toda hostia. Dentro de dos días habrá una reunión política en Beijing. Se prevén protestas multitudinarias.

—Claro —dijo ElArtista—. Siempre que hay unificación monetaria, los precios suben.

—Por no mencionar —añadió Lainier—, que además protestarán porque la Asociación está más ocupada unificando el mercado capitalista que uniendo a los pueblos.

—Bueno, eso a mí me la suda...

—Sí, básicamente esas son las reivindicaciones —admitió VanderHall—. Las manifestaciones y protestas se producirán en varias ciudades, incluida Madrid.

—¿En Valencia no? —preguntó Lainier.

—Sin duda se montarán protestas espontáneas, pero la manifestación oficial está convocada en Madrid, que para algo es la capital de Iberia. Así que iréis allí para dirigir el operativo de seguridad.

—¿Ha interrumpido mis vacaciones para esta mierda?

—¡A mí me parece muy importante dar caña a los perroflautas! —dijo Berllerak.

—No es una mierda —dijo VanderHall—. Por si no lo sabes, estamos en alerta terrorista de nivel uno.

—Pero eso era porque varios kupulenses están cabreados porque nos culpan de que se quedaran sin sus tierras en Enea —replicó Lainier— ¿Qué tiene que ver eso con la unificación monetaria?

—Pueden aprovechar el caos para atentar.

—¡Pero si Madrid va ser la ciudad más segura de Iberia durante la cumbre!

—¡Sobre todo porque vosotros estaréis allí!

—Sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con Lai —admitió ElArtista—. Este trabajo es una puta mierda. No

es que no me gusta golpear con la porra a la gente, pero...

—A ti lo que te gusta es golpearlos con otra cosa, ladrón... —dijo Berllerak riendo entre dientes.

—Oh sí, vamos... —murmuró ElArtista en tono erótico-festivo.

—Vamos a ver —dijo VanderHall—. Es una orden.

—Mira que tener que realizar un puto trabajo que podrían desempeñar perfectamente los humanos... Nosotros deberíamos estar persiguiendo a los fugitivos kupulenses o algo. Qué forma de malgastar nuestra superioridad.

—Si sigues protestando le comentaré a Olmaly tus tesis sobre los trabajos humanos y la superioridad clon...

—¡Este trabajo me parece perfecto! —dijo ElArtista sonriendo sarcásticamente—. ¡Estoy deseando servir a mi país!

—Mucho mejor. Os enviaré todos los datos de la misión a los móviles —VanderHall tecleó en su ordenador.

—Pues yo sigo teniendo dudas —dijo Lainier, cansino como él solo—. ¿No será más lógico que atentasen en Beijing, que es donde se celebra la cumbre?

—Puede que sí o puede que no. Si ven que hay mucha seguridad irán a otro sitio, o puede que directamente tengan planeado atentar en varios lugares.

—Parfraseando al Artista, por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con usted. Pero si extendemos tal lógica, ¿no es probable que si los terroristas creen que Madrid tiene demasiada seguridad, atenten en otra ciudad? Deberíamos quedarnos en Valencia.

—Valencia ya tiene muchos hombres. En Madrid necesitan refuerzos porque estará petado por la manifestación. El gobierno central ha pedido que vayáis y vais a ir.

—Ea pues...

—Yo también tengo otra duda —dijo ElArtista, tan cansino como Lai—. Si comprobamos que hay terroristas montando jaleo entre los manifestantes... ¿tenemos permiso para disparar a la multitud?

—¿¿Qué?? —preguntó VanderHall, estupefacto.

—Más vale prevenir que curar. Es mejor unas cuantas víctimas colaterales que un montón de víctimas por terrorismo... Sobre todo si entre dichas víctimas estoy yo...

—¡Se dispara solo cuando es necesario!

—Defina “necesario”.

—Mmm... al final creo que hablaré con Olmaly...

—Ops, esta memoria de pez mía... ¡Dispararé solo cuando sea necesario!

—¡Bien, eso es todo, si nadie va a solar ninguna estupidez más!

Los clones salieron a la calle. Todos, excepto ElArtista, se desviaron hacia la derecha.

—¡Bafan! —se despidió mientras se giraba hacia la izquierda.

—¿Ande vas, muchacho? —preguntó Berllerak.

—A coger el coche.

—¿No has venido en metro?

—Es que tengo prisa. He quedao con Olmaly pa recogerla a la salida del curro pa ir a comer, y como me retrase me mata.

—Uiiii... tú estás perdiendo facultades...

—Ya ves...

—Pero luego te vemos por la tarde en el hotel, ¿no?

—Te vas a reír. Le comenté ayer a Olmaly que mi casa estaba hecha una mierda por lo de los putos neos... Y que me he mudao a la suya, macho...

Berllerak guardó silencio durante un momento. El resto del Cuerpo de Asalto estaba igual de perplejo.

—¿Que tú qué? —preguntó Berllerak.

—¡Que me mudao! —repitió ElArtista—. Anoche mismo trasladé las cuatro cosas que pude salvar... Qué hijos de puta los neos, macho... Las pelis, los libros, el porno... To destrozao...

—No, no desvíes el tema —dijo Berllerak riendo—. ¡Tú estás viviendo con Olmaly!

—Uh... sí...

—¿Pero no te das cuenta? ¡Tas dejao cazar! ¡Estás perdido! ¡Te tiene en sus redes!

—Toi mejor en su casa que en el hotel... —murmuró ElArtista.

—¿Ah sí? ¿Olmaly te cocina, plancha la ropa y frigga tus platos como el servicio del hotel?

—Er... no.

—¡Entonces no estás mejor!

—Joder, me dijo que me mudara... Si le llego a decir que no, me da una colleja...

—¿Qué te ha pasado, Artis? Tú antes molabas...

—Me hago viejo...

—Esto es el fin de un mito.

—Acojonado me hallo —murmuró Lainier.

—Bueno, me piro que llego tarde —dijo ElArtista echando una ojeada su reloj—. ¡Bafan de nuevo!

Día de la cumbre. Centro de Madrid. Plaza del Ayuntamiento. 16:30 horas.

—¿Cómo va todo? —dijo Lainier por el pinganillo.

—Todo tranquilo —dijo Berllerak.

—Sin problemas —dijo Tete.

—En calma —dijo el Kapitán.  
—Tengo pis —dijo ElArtista.  
—¿¿Qué?? —preguntó Lainier.  
—¡Es broma, joder! ¡Todo va de puta madre! ¡Soy el puto amo!  
—¡Más vale que no hagas el gilipollas!  
—¡Ok, jefe! ¿Alguna cosa más?  
—No.  
—Pues anda y que te peten.  
—...

Madrid había sido arrasada durante la Masacre Internacional. Apenas quedaban elementos reconocibles de antes de aquel suceso. Lainier, Berllerak y ElArtista estaban vigilando la Plaza del Ayuntamiento. El edificio del Ayuntamiento estaba recubierto por cristales opacos, solo tenía cinco plantas y su superficie era de apenas mil metros cuadrados: verdaderamente enano comparado con los numerosos rascacielos que se elevaban cerca, algunos de un kilómetro de altura. Los clones, al frente de un amplio operativo policial, habían acordonado la zona y nadie podía acercarse a menos de quinientos metros del Ayuntamiento. El Edificio Presidencial, donde se reunía el gobierno de la Comunidad de Madrid, estaba situado a un kilómetro de distancia. Sus paredes metálicas eran de color blanco y estaban fuertemente blindadas para prevenir ataques que otros edificios oficiales no soportarían. Tenía diez plantas y su superficie era de dos mil metros cuadrados. Tete y el Kapitán estaban destinados allí mandando un segundo operativo. De nuevo, nadie podía acercarse a menos de quinientos metros.

El Cuerpo de Asalto llevaba escopetas con balas de goma, pistola con dardos anestésicos y una porra, además de su equipamiento habitual. Además llevaban trajes protectores ligeros típicos de los antidisturbios. El casco les ocultaba totalmente las facciones, así que ningún enemigo podría reconocerlos como miembros del Cuerpo de Asalto.

—Atentos —dijo Lainier, consultando su móvil—. Los manifestantes pasarán cerca en diez minutos.

Efectivamente, al cabo de unos diez minutos, Lainier vio la cabeza de la manifestación asomar por la principal avenida cercana al Ayuntamiento. Pasarían por el lado del cordón policial. Uno de los manifestantes se puso frente a la gente y les comenzó a hablar con un megáfono.

—...imposible unificar eficientemente las monedas en un año. Se avecina una nueva chapuza capitalista que... —decía.

Lainier observaba con prismáticos a los manifestantes, en busca de caras conocidas. Ninguna.

Sin embargo, pronto comenzaron los problemas. Un grupo de encapuchados apareció de repente entre la multitud y comenzó a arrojar piedras y botellas contra diversos locales, cajeros automáticos y la policía. Lainier vio un objeto pasar por encima de su cabeza.

—Ya empezamos —murmuró— ¡Preparados! —ordenó a los agentes por el micrófono integrado en su casco.

El líder del Cuerpo de Asalto observó la actuación de los sospechosos, para dilucidar si eran profesionales. Al menos uno llevaba una pequeña mochila en la espalda. ¿Una bomba? El sujeto sacó de ella un spray y comenzó a pintar las paredes. Falsa alarma.

—Bueno, esto ya se pasa de la ralla —dijo el clon— ¡Vamos a por los que están causando problemas! ¡Los diez primeros policías del cordón me seguirán! —ordenó Lainier.

—Eh... ¿no cargamos? —preguntó uno de los agentes.

—Sí. Pero contra los que están causando problemas.

—Ese no es el procedimiento.

—El procedimiento lo decido yo, que soy el jefe. ¿Algún problema?

—Eh... no, señor... pero aunque solo detengamos a esos, seguro que el resto nos ataca.

—No me toque los huevos, que la mayoría de la gente ha venido a gritar y punto. Obedezca mis órdenes o deme su placa. A mí me da igual.

—Sí, señor, lo siento, señor...

Lainier y otros diez agentes corrieron hacia los encapuchados. Eran cinco y no parecían armados, excepto por los objetos arrojados. Los antidisturbios se abalanzaron sobre ellos con las porras y comenzaron los golpes y las carreras. Los manifestantes pacíficos se hicieron a un lado. En cualquier caso, algunos comenzaron a insultar a la policía.

—¡Fascistas! —gritó uno.

—Ven aquí a respaldar tus palabras con acciones, si es que tienes huevos —le espetó Lainier señalándole con el dedo índice de la mano derecha, mientras que con la izquierda esposaba a un encapuchado que había tumbado en el suelo. El manifestante enmudeció.

—Señor —dijo uno de los policías—. Veo más encapuchados unos cien metros más atrás. Se acercan.

—¿Cuántos? —preguntó Lainier, mientras le quitaba la capucha al detenido. Otros agentes habían atrapado a otros dos manifestantes.

—Veinte.

—Mierda. Pues no me queda más remedio ¡Unidad uno! ¡Quiero cincuenta hombres aquí y ahora, y un furgón! ¡El resto, que no se mueva! ¡Debe vigilar!

—La acción está justo al lado, y yo sin poder moverme —dijo ElArtista, a cincuenta metros de distancia de la cabeza de manifestación.

—No seas tonto —dijo Berllerak, alejado a su vez cincuenta metros de ElArtista—. Fíjate. Hay reporteros de televisión cerca. ¿Quieres salir en las noticias?

—¡Pero si no se nos ve el rostro!

—Por si acaso.

—A mí me da igual la mala publicidad. Ya estoy mal visto públicamente. Por un poco más...

—Silencio y concentraros, joder —ordenó Lainier.

—Se dice “concentraos” —corrigió ElArtista.

—¡Me cago en...!

—¡Vale, vale...!

Lainier observó a su detenido. Un joven de unos veinte años. No lo conocía. Se lo entregó a otro agente.

—Llévalo al furgón —ordenó. El policía condujo al detenido hacia el furgón policial, que ya se había colocado al lado. Los cincuenta hombres recién llegados estaban conteniendo a la multitud. Algunos de los manifestantes ya estaban nerviosos.

Uno de los encapuchados del grupo de los veinte que se acercaba a la primera línea sacó un ladrillo de una mochila que llevaba a la espalda y la arrojó hacia la policía. Cayó entre Lainier y otro agente. No era suficiente para dañar sus armaduras, pero sí era suficiente para cabrearlos.

—¡Me cago en...! —gritó Lainier—. Ese mamón tiene puntería. Voy a por él. Un hombre, que venga conmigo.

Uno de los agentes siguió a Lainier. El encapuchado del ladrillo sacó un spray y comenzó a pintar una pared. Otro encapuchado le cubría, lanzado piedras y realizando gestos obscenos. En cuanto vio que Lainier y el otro agente iban a por ellos, dio el aviso a su compañero. El tipo comenzó a correr, dando la vuelta por una calle hacia la izquierda. El otro se internó entre la multitud.

—Se esconden entre la gente —observó el agente.

—No hay más remedio —dijo Lainier— ¡Cargad!

Los antidisturbios cargaron contra la multitud, y el follón ya fue enorme. La gente comenzó a correr en múltiples direcciones: muchos hacia delante, para no tropezar con los manifestantes que venían de atrás.

—Los radicales se están extendiendo por la zona este —informó Lainier—. Artista, estate atento.

—¡Ja! ¡Aquí los espero! —respondió ElArtista.

Lainier perseguía al tipo del spray, pero no daba con él.

—Persigo a un encapuchado —siguió informando—. Es bajito y lleva una mochila en la espalda. Viste con ropa gruesa de color negro. Puede estar haciendo pintadas. Va hacia la zona de ElArtista.

—No veo nada —dijo ElArtista, escrutando los alrededores.

En ese momento, varios manifestantes y encapuchados aparecieron por una calle cercana, realizando varios destrozos.

—¡Ah, ya veo! —dijo ElArtista—. Pero no parece haber nadie con esa descripción. Claro que también es muy vaga... ¿Cargo, no?

—Desde aquí no veo como está el tema —dijo Lainier—. Es tu zona, así que tú mismo.

—¡Cargo pues! —dijo ElArtista blandiendo su porra! —¡Que veinte hombres me sigan!

El clon y los policías se acercaron a los manifestantes, que comenzaron a dispersarse. Los agentes se dividieron.

—Lainier, veo a un tipo que podría ser quien buscas —informó un agente situado en una terraza—. Ha cruzado la plaza. Se aleja por el este. ¿Le sigo?

—Ya lo veo —dijo Lainier. Creo que es él.

Lainier corrió hacia el objetivo, mientras varias piedras volaban sobre él. ElArtista estaba a pocos metros.

—¡Qué caña de mani! ¿eh? —dijo ElArtista, entusiasmado.

—No mates a nadie —dijo Lainier, sin detenerse.

—¡Si intentan matarme, sin duda que los mataré!

Lainier trataba de acercarse sigilosamente hacia el encapuchado bajito, pero estando en una plaza, era difícil. Al final, el tipo lo vio. Comenzó a correr calle abajo muy deprisa.

—¡Coño, corre casi tanto como nosotros! —exclamó Lainier, sin detenerse.

—¿Crees que es un terrorista? —preguntó ElArtista, mientras sostenía del cuello a un manifestante semiinconsciente que necesitaría algunos puntos de sutura en la cara y un buen dentista.

—No sé, pero fuerte si que está.

El encapuchado se internaba por una callejuela. Lainier se acercaba cada vez más a él, pero si el tipo giraba hacia algún lado, podría perderle. Sin dudar, el clon levantó la escopeta y lanzó un proyectil de goma al sujeto. Le golpeó por la espalda y le hizo caer al suelo. Sin embargo, al segundo se incorporó, echó un rápido vistazo hacia atrás y siguió adelante: la mochila de la espalda había amortiguado el golpe. El fugitivo se deshizo de ella, dejándola caer.

—¿Bomba? —pensó Lainier, mientras cargaba otra bala de goma. Se detuvo a diez metros de la mochila para asegurarse de que ningún civil se aproximase a ella. El sospechoso desapareció tras una esquina—. El sujeto ha arrojado la mochila al suelo. Creo que solo llevaba un spray dentro, pero puede haber dado un cambio cuando lo perdí de vista. Voy a tener que rodear el edificio para encontrarlo. ¡A ver si alguien le ve desde los aires!

—No vemos nada —dijo uno de los policías que estaba en un tejado.

Al cabo de un minuto, un equipo de cinco artificieros llegaron para hacerse cargo de la mochila. Lainier emprendió

de nuevo la marcha.

—Lainier, gira a la izquierda una calle más abajo —informó un agente desde un coche volador que había encontrado al perseguido—. El sospechoso sigue corriendo a pie.

—¡Ya lo veo! —dijo Lainier tras girar la esquina.

—Le hemos dado el alto y no se detiene. Vamos a descender.

—¡Volved a vuestra posición original! Este tipo podría ser un señuelo para despistar.

—Pero...

—¡Solo ha lanzado un ladrillo! ¡No hay necesidad de emplear tantos efectivos!

—¡Es que se mueve muy deprisa! ¿Será un cyborg?

—¡Yo me muevo igual de deprisa! ¡Regresad a vuestra posición, es una orden!

El agente obedeció. Lainier estaba a cincuenta metros del fugitivo.

—¡Alto, joder! —gritó el clon mientras apuntaba con la escopeta— ¡No me obligue a disparar!

El vándalo no se detenía. Lainier disparó otra bala de goma, que golpeó la espalda del sujeto, derribándole de nuevo.

—Está en el suelo —informó Lainier—. Me aproximo a toda hostia.

En ese momento, el encapuchado se dio la vuelta, poniéndose boca arriba. Lainier disparó otra bala de goma. El proyectil impactó contra el pecho del fugitivo, pero éste tuvo tiempo de completar su maniobra: un pequeño proyectil surgió de su muñeca derecha, impactando contra el arma del clon. Al reventar, el proyectil liberó una sustancia corrosiva que empezó a destrozarse la escopeta.

—¡Mierda! —exclamó Lainier mientras dejaba caer su arma. El clon intentó desenfundar su Magnum. El fugitivo empleó otra arma oculta, esta vez en su muñeca izquierda: un táser salió disparado, clavándose en la mano derecha de Lainier. La descarga sacudió al clon, pero no era lo suficiente para hacerle perder el sentido: su traje antidisturbios le protegía parcialmente.

Lainier se deshizo del táser y apuntó al sujeto.

—Levanta las manos lentamente hacia la cabeza —dijo—. Ha sido un buen truco, pero...

Lainier se dio cuenta de que la pistola estaba averiada. La descarga eléctrica había estropeado los circuitos. Mientras tanto, su enemigo volvió a activar el arma de su muñeca para enroscar el cable del táser y hacerlo regresar a su mano.

—¡Me cago en...! —Lainier arrojó el revólver. Su enemigo volvió a disparar el táser. Sabía que la armadura protegía a Lainier, pero lo que hizo fue enrollar el cable alrededor de las piernas del clon. Inmediatamente separó el cable del dispositivo de su muñeca y echó a correr, alejándose de allí mientras Lainier sacaba el cuchillo para cortar el cable, hecho de acero. Tras zafarse, el policía volvió a perseguir a ese hombre tan escurridizo. No había forma de saber si el enemigo llevaba más artilugios bajo la ropa.

Aunque el sujeto mostraba una velocidad sorprendente, finalmente Lainier consiguió llegar hasta él. Se abalanzó por detrás y le derribó.

—¡Quieto, cabrón! —ordenó el clon, que intentó inmovilizarlo. El sujeto guardaba otro as en su manga, literalmente: tinta, que fue a parar al visor de Lainier— ¡La puta de bastos! —gritó el clon, llevándose las manos al casco.

Instintivamente, Lainier golpeó al sujeto como pudo, pero éste se fue hacia atrás y se levantó. El clon hizo lo mismo, mientras el casco se autolimpiaba. Lainier recuperó la visibilidad. Volvió a lanzarse contra el sujeto. Esta vez lo agarró por la espalda y le golpeó entre los omóplatos con el codo. El tipo cayó al suelo. Lainier lo sujetó firmemente los brazos y lo esposó. Luego le inspeccionó todo el cuerpo. Aparte de fascinantes artilugios multiusos en ambas muñecas, no llevaba nada más.

—Ahora, veamos tu cara —murmuró Lainier, sentando al fugitivo contra una pared.

—¿Lo tienes, Lai? —preguntó ElArtista, sin dejar de aporrear manifestantes con saña manifiesta.

—Lo tengo.

—Por aquí todo sigue igual, pero estoy cansao, estos cabrones no se dispersan. ¿Puedo pasar a munición real?

—¡No, no puedes!

—¡Si no los voy a matar! ¡Solo voy a desmembrarlos!

—¡Cállate, coño!!!

Lainier quitó la capucha al sujeto.

—¡Me cago en tu vida! —exclamó Lainier, yéndose hacia atrás.

—¡Wii...! —respondió Sigfried con una sonrisa.

—¡Mira que lo sabía! ¡Un tío que corría tan deprisa solo podía ser un cyborg o un clon!

—O ir dopao hasta las trancas.

—¿Como has podido echarme ácido, mamón?

—No te preocupes, solo reacciona contra metales.

—¡Bueno, estás detenido!

—Espera, espera, espera —interrumpió ElArtista—. ¿Es Sig? ¿El eneano ese de La Kúpula?

—Ese es.

—¿Ese es qué? —preguntó Sigfried.

—¡No hablo contigo, sino con ElArtista!

—Ah.

—¡El rojo ataca de nuevo! —dijo Berllerak, uniéndose a la conversación.

—Bueno, levanta —dijo Lainier.

—¿Ahora hablas conmigo? —preguntó Sigfried.  
—¡Tú eres el que está en el suelo!  
—¡Pero no sé si tus compañeros están también en el suelo!  
—...

—Vale, vale, me leván...

En ese momento, se escuchó una explosión a lo lejos. Los clones desviaron las miradas hacia el lugar de procedencia.

—¿Pero qué coño...? —murmuró Lainier.  
—Hemos tenido una explosión cerca de nuestra zona —informó Tete—. Muy fuerte. Estad alerta allí.  
—¡Más vale que tú no tengas nada que ver con eso! —dijo Lainier señalando con el dedo a Sigfried.  
—¡Claro que no!  
—¡Lo veremos en comisaría!

El resto del día fue caótico. Tete y el Kapitán intervinieron en la investigación de la explosión, mientras sus compañeros continuaban vigilando su zona y lograban al fin dispersar a los manifestantes, asustados por lo sucedido. El informe era claro: un artefacto de alta tecnología había estallado al lado de un furgón policial, matando a dos agentes. No se había logrado atrapar a ningún sospechoso.

—¿Cómo que no se ha logrado atrapar a ningún sospechoso? —preguntó ElArtista. Los clones habían regresado al día siguiente a la Comisaría Norte y estaban reunidos en el despacho de VanderHall.

—Pues eso —respondió el comisario—. Que no se ha logrado y punto.

—¿Y Sigfried qué?

—No hemos encontrado ningún indicio para acusarle.

—¿Pero por qué no le interrogamos?

—¡Porque no hay ningún indicio para acusarle! ¿Con qué lo presiono?

—Se me ocurren muchas maneras recurrentes...

—Denegadas. Sigfried no es como otros a los que hemos interrogado. De hecho es un héroe de guerra. Si resulta que es inocente, es una mala elección para arriesgarnos a una denuncia. Vamos a ceñirnos a la ley.

—Va, nano...

—Bueno, largo de aquí. Ya os informaré si los investigadores encuentran algo. Si tardan mucho, interrogaremos a Sigfried de todos modos. Como no tenemos nada en su contra, el juez denegará la ampliación del periodo de retención, así que en dos días lo tendremos que soltar.

—¡Entonces, si le interrogamos a la desesperada, tendremos que emplearnos a fondo para que cante! —señaló ElArtista, levantándose del asiento.

—¡Respetaremos sus derechos!

—Putos derechos... Antes no nos importaban tanto...

—Tenemos que ser cuidadosos. He permitido demasiadas cosas en esta comisaría, y la cosa empieza a llamar la atención. Debemos ser selectivos con quién y cómo aplicamos la tortura.

—Si usted lo dice... —murmuró ElArtista mientras abandonaba la sala.

Lainier estaba golpeando un saco de boxeo en el gimnasio de la comisaría cuando ElArtista se le acercó. Había pasado media hora desde que abandonaran el despacho de VanderHall.

—Han llamado de la Comisaría Sur —dijo ElArtista—. Un tipo se ha presentado y dice que tiene información fiable sobre el atentado. VanderHall quiere que vayas y ayudes a escoltarlo hasta aquí para interrogarle.

—Genial, otra misión que no me corresponde —se quejó Lainier, dejando sus ejercicios—. Tendré que decirle que busque en el diccionario el significado de “asalto”.

—Date prisa no sea que luego estemos liados con ese tipo hasta las tantas.

—Ya voy, coño.

Lainier salió de comisaría. Tras alejarse unos metros, se detuvo en seco.

—Hijo la gran puta... —murmuró, y rápidamente se dio la vuelta, corriendo hacia comisaría. Entró en el recinto y se dirigió como un rayo hacia la sala de interrogatorios.

—¡Abre, cabrón! —gritó por el intercomunicador, aporreando la puerta.

—¡Estoy reunido! —respondió ElArtista.

—¡Te doy tres segundos o destrozo la puerta y después tu esfínter!

—¿Cuál de todos?

—¡No digas que no te lo avisé!

—¡Ya abro, cansino!

ElArtista abrió la puerta.

—¡Largo de ahí! —ordenó Lainier, haciendo una señal con el pulgar a su compañero.

—¿No podemos hacer lo de poli bueno, poli malo?

—¡No, fuera de aquí o informaré a VanderHall!

—¡Bien, pero ni se te ocurra apagar las cámaras, que las estaré vigilando! —advirtió ElArtista mientras se alejaba, mirando de reojo a Lainier, quien estaba entrando en la sala—. No puedo permitir que se produzcan abusos en mi

comisaría...

Lainier lanzó una mirada reprobatoria a ElArtista antes de cerrar la puerta, mientras su compañero se reía.

El policía se sentó frente a la mesa. Al otro lado estaba Sigfried, esposado.

—Veo que sigues entero —señaló Lainier.

—He tenido la inquietante sensación de que mi escroto peligraba —respondió Sigfried.

—Tú escroto aún no está a salvo. Tenemos pruebas de que estás involucrado en el atentado.

—Ahora intenta decir una verdad.

—Mierda, sabía que no debía empezar a saco...

—No tengo nada que ver con ese suceso.

—¿No te parece mucha casualidad que un importante revolucionario se encuentre cerca del lugar de un atentado contra las fuerzas de seguridad?

—Supongo que no hablarás en serio. Lo raro es que tratándose de una reunión capitalista, no hubiésemos coincidido multitud de entes subversivos. Por cierto, ¿no debería estar presente un abogado?

—¿No te puedes conformar con que sea yo y no otro el que te esté interrogando?

—¡Preferiría un abogado!

—¡Eso es porque temes decir algo que te incrimine!

—¡No! ¡Eso es porque tengo derecho a un abogado!

—Tu abogado estará aquí en diez minutos. Podemos tener una charla informal en esos diez minutos.

—¡Pero si hay cámaras grabando esto!

—Grabarán una charla informal.

—Prefiero esperar.

—En estos momentos puede que ElArtista esté ocupado impidiendo que tu abogado llegue a tiempo.

—Es irrelevante que llegue más tarde, porque tú no vas a dejar que ElArtista me interroge.

—Yo no pienso pasarme todo el puto día aquí.

—Pero avisarás a VanderHall para advertirle sobre ElArtista.

—No, no le voy a avisar, si no me concedes la charla informal.

—¡Es un farol!

—¿Por qué no te limitas a escuchar las preguntas? Si no respondes, allá tú.

—Venga, escupe.

—¿Dónde coño has estado todo este tiempo?

—¡En La Tierra no!

—¿Tienes alguna idea de quién puede haber realizado el atentado?

—Ni zorra.

—¿Cómo te has colado en La Tierra?

—¿Colarme? No tengo vetada la entrada.

—Vamos, Sig. Sabes que si hubieses llegado a La Tierra de forma reglamentaria, nos habrían avisado para que te vigilásemos. Ya hemos comprobado los registros de los espaciopuertos. No hay constancia de tu llegada.

—Será un error informático.

—Repito: ¿cómo te has colado en La Tierra?

—No voy a responder a esa pregunta.

—¿Dónde está SuNSeT?

—¡SuNSeT es incapaz de atentar indiscriminadamente!

—¡Eso quiere decir que puede atentar selectivamente!

—¡Pero SuNSeT no tenía razón para matar a esos agentes! ¡Aunque parezca lo contrario, SuNSeT no es un fanático!

¡No mataría a un capitalista a menos que tuviera una razón muy buena!

—Investigaremos a esos agentes por si tenían alguna denuncia sobre malos tratos contra rojos, nunca se sabe.

—Algo más gordo que eso tendrían que haber hecho esos policías para ser objetivo de SuNSeT.

—Aún no me has respondido: ¿dónde está?

—No lo sé.

—¿Sabes que me confesó que habías sido tú el que preparaste el material para su fuga?

Sigfried miró sorprendido a Lainier durante un segundo.

—Otro farol —dijo al fin—. ¿Cómo va a confesar tal cosa si no le atrapaste?

—Lo acorralé durante unos instantes y hablé.

—Una reacción lógica, para ganar tiempo.

—Que bien te tomas la traición.

—Su actuación es lógica en tales circunstancias y yo ya sé como responde SuNSeT a ciertas situaciones, así que técnicamente no es traición. Por no mencionar que tienes métodos para hacer hablar a la gente.

—¿Qué métodos?

—Azuzar a ElArtista o Night Stalker. Eso suele causar un ataque de verborrea en la gente.

—Bien, en todo caso sabemos que fuiste tú.

—No tengo constancia de que se me busque por tal cosa.

—Es que no encontramos pruebas. Solo tenemos el testimonio de un hombre fugado.

—O que tú no dijiste nada...

—Pero ahora podemos acusarte de disturbios, resistencia a la autoridad y toa la pesca —continuó Lainier como si no hubiese escuchado la última frase de Sigfried—. Y como has reincidido, se te podría anular tu amnistía y volverte a acusar de todos los crímenes pre-guerra. Eso son muchos años de cárcel.

—Una amnistía del Tribunal de la Asociación no se puede anular así como así, Lainier —dijo Sigfried, conservando su habitual sangre fría.

—Yo creo que la Tierra podrá convencer al resto de planetas. Te recuerdo que tras la fuga de SuNSEt, muchos peces gordos de la Asociación querían anular completamente el trato con los kupulenses. La mayor parte de la opinión pública se lo tomó a mal porque habíais ayudado a ganar la guerra, y según muchos juristas, no se podía castigar a todos los kupulenses por lo que hiciese uno de vosotros. Aún con todo eso, se buscaron resquicios legales y finalmente os quedasteis sin tierras y se cambió la amnistía general por una revisión de penas, así que no tienes a la suerte.

—De todos modos, no tengo ni idea de dónde está SuNSEt.

—Entonces volveremos a lo de cómo lograste entrar en La Tierra. Sé que eres un genio de la tecnología, pero nuestros sistemas defensivos han mejorado desde la guerra, así que creo que recibiste ayuda interna.

—Ya dije que no contestaría a esa pregunta.

—¡Por eso insisto!

—Y yo insisto en no contestar.

—¡Como dije antes, al final me piraré de aquí y entonces entrará ElAr...! —Lainier fue interrumpido por su intercomunicador.

—El abogado de Sig está aquí —informó Tete.

—¡Me cagon...! —dijo Lainier.

—Salvado... —murmuró Sigfried.

—Volveré cuando hayas hablado con el abogado... —dijo Lainier levantándose de la silla.

Lainier se acercó a ElArtista, sentado en su cubículo. Estaba tecleando en el ordenador.

—¿¿Se puede saber por qué no has interceptado al abogado?? —aulló Lainier.

ElArtista abrió los ojos, atónito. Extendió las manos como si no entendiese nada y dijo:

—¿Pero es que acaso me lo ordenaste? ¿Crees que leo mentes?

—¡Pensaba que lo harías por tu cuenta! No me gusta dar ese tipo de órdenes por un intercomunicador... Las conversaciones se pueden intervenir.

—En realidad lo iba a hacer, pero es que me ha llamado Olmaly. Quiere que vayamos a ver unos muebles y estoy consultando la web de la empresa para informarme del tema...

—...

—¡Hay que comprar una cama de matrimonio!

—¿Has dicho “matrimonio”?

—¡Se llama así!

—No pronuncies esa palabra demasiado. No tientes al destino.

—Me piro a Cyborg Inc —dijo Berllerak pasando al lado de Lainier—. Tengo que recoger unas armas pesadas.

—Te acompaño —dijo Lainier—. No tengo nada que hacer.

—¡Aún no has completado el tiempo de entrenamiento! —dijo ElArtista.

—Si tú estás perdiendo el tiempo con webs, tío cínico...

—¡Olmaly es funcionaria, así que estoy realizando una misión para el gobierno!

Lainier y Berllerak se dirigieron al garaje subterráneo de la comisaría. Se subieron a un furgón de transporte. Berllerak conducía y Lainier iba al lado. Otro furgón les seguía por detrás. Abandonaron el recinto y recorrieron un par de kilómetros por las calles de la ciudad, pero en un momento dado, vieron un accidente de coche diez metros más adelante. Dos turismos habían colisionado. Varios policías estaban controlando la zona.

—¡Paranoia on! —dijo Lainier, consultando la pantalla de ordenador del salpicadero, que mostraba las imágenes captadas por varias cámaras situadas en el exterior del vehículo.

—¡En esos vehículos no hay nadie! —dijo Berllerak, observando la escena del accidente. Efectivamente, los vehículos estaban vacíos, y no se veía ningún herido en la zona, aunque una ambulancia esperaba al lado.

—¡Eyección! —gritó Lainier de pronto, mirando horrorizado el monitor. Su compañero y él pulsaron el botón rápidamente: el techo se abrió en una décima de segundo y los asientos salieron despedidos hacia el cielo. Los agentes del otro vehículo intentaron hacer lo mismo, pero no tuvieron tiempo. Ambos vehículos explotaron de repente, elevándose varios metros sobre el suelo. La onda expansiva alcanzó a Lainier y Berllerak, pero afortunadamente los paracaídas se desplegaron bien. Los clones sacaron sus armas mientras descendían, tratando de alejarse de los vehículos en llamas.

—¡Ataque desde las alcantarillas! —explicó Lainier por el intercomunicador— ¡Necesitamos refuerzos!

El atentado se habría producido entre dos edificios de treinta plantas. De repente, varias ráfagas láser perforaron los paracaídas. Venían desde arriba, así que alguien estaba disparando desde lo alto de alguno de los edificios. El fallo en acertar a los clones indicaba que el atacante no tenía una buena visión del objetivo, al estar tapado por el paracaídas, lo que señalaba que el criminal estaba en una de las últimas plantas. Aun así, el objetivo era fácil: tras un par de disparos, una ráfaga logró perforar el antebrazo derecho de Lainier.

—¡Diossss! —aulló el clon mientras sacaba su cuchillo con la mano izquierda— ¡Corta, Berllerak!

Berllerak también sacó un cuchillo. Los clones no podían perder más tiempo descendiendo lentamente. Cortaron las cuerdas de sus paracaídas y cayeron cinco metros al suelo. Lo cual no resultó nada agradable. Berllerak se hizo daño en un tobillo.

—¡La madre que me parió! —gritó.

—¡La tecnomatriz que te parió, querrás decir! —señaló Lainier mientras trataban de ponerse en pie. Solo los clones eran capaces de mantener su peculiar sentido del humor en situaciones de vida o muerte.

Se refugiaron en un bar a la izquierda de la calle. Los agentes que estaban atendiendo el accidente estaban ya disparando contra el atacante desde lo alto, parapetados dentro de sus coches. Los clones se acurrucaron en la entrada del bar y apuntaron a la alcantarilla por si alguien salía.

—¿Tienes alguna mierda para la herida? —preguntó Lainier, sin dejar de vigilar el exterior.

—Me he dejado la mochila en el vehículo —explicó Berllerak—. Lo único que llevo encima son calmantes, pero supongo que el dolor no es problema.

—No demasiado.

—Espera un momento, que se me ha ocurrido una cosa.

Berllerak se arrastró hasta la barra. Los empleados y los clientes se habían refugiado en el almacén. El clon cogió una botella de whisky, volvió hasta su compañero y vertió el contenido sobre la herida.

—¡Ahora el dolor sí es un problema! —se quejó Lainier.

—Vaya maricon... —murmuró Berllerak, dejando la botella y apuntando de nuevo a la alcantarilla—. Una guerra tenías que haber pasao...

—Juraría que pasé una no hace mucho.

—Na, estuviste de campo y playa. Tuve que hacer yo todo el trabajo. Sin mí esta galaxia se hunde...

Lainier activó su intercomunicador:

—¡Esos refuerzos! ¿Vienen o no v...?

En ese momento el techo se desplomó. Los clones se giraron. Un cyborg plateado y enorme surgió del piso superior, cayendo de rodillas al suelo detrás de los clones. En los brazos llevaba un par de cuchillas gigantes plegadas, y un fusil a la espalda. El cyborg se incorporó e intentó coger su arma. Era imposible perforar su blindaje de un solo disparo. Berllerak cogió la botella de whisky y la arrojó contra el visor ocular del cyborg: una banda de cristal azulada que funcionaba a modo de ojos. Después Lainier disparó. La cabeza comenzó a arder. El cyborg intentó apagar las llamas. Otro cyborg de color oscuro se acercaba desde la calle. Iba armado con otro rifle. Parecía tener un blindaje más débil. Berllerak le disparó al arma, inutilizándola, mientras Lainier se escurría rodando por el suelo tras el cyborg plateado, destruyendo su rifle de un disparo. Pero el cyborg ya había apagado las llamas. Se giró e intentó aplastar a Lainier con su pie. El clon esquivó el ataque y se puso en pie. El cyborg oscuro entró al bar, dispuesto a acabar con Berllerak, pero el clon le disparó al visor ocular, dejándolo ciego.

—¡Fuck! —exclamó el criminal en inglés.

El cyborg plateado intentó propinar una patada a Lainier. El policía reaccionó y se hizo levemente hacia atrás, llevando los brazos hacia delante, agarrando la pierna del cyborg. Logró evitar el impacto directo, pero fue a estrellarse contra la mesa de bar. Berllerak concentró el fuego de su arma contra la junta de la pierna derecha del cyborg. Este se resintió y se dio la vuelta.

—¡Estamos igualados, cabrón! —gritó Berllerak, sin dejar de disparar, mientras se movía de la puerta para apartarse del cyborg oscuro y tener a ambos enemigos a la vista.

Lainier aprovechó la distracción para coger un taburete y estamparlo con todas sus fuerzas contra la pierna dañada del cyborg, que cayó de rodillas. Los dos clones se escondieron tras la barra.

De repente se escucharon sirenas y el sonido de vehículos aéreos aproximándose.

—¡Debemos irnos ya! —dijo el cyborg oscuro a su compañero, de nuevo hablando en inglés—. ¡No puedo ver!

El cyborg plateado se acercó a su compañero y lo sujetó del brazo para guiarlo. Antes de irse, abrió un compartimento en su estómago. Sacó una granada redonda y la arrojó tras el mostrador. Después salieron corriendo.

Lainier alcanzó la granada. Pretendía arrojarla contra los criminales, pero habían desaparecido. Lanzó la granada al exterior, mientras avisaba por el intercomunicador:

—¡Alejaos del bar!

Un par de segundos después, el artefacto estalló en medio de la calle.

Diez minutos después, los clones estaban en el Hospital Clínico. Berllerak llevaba una bota protectora especial para la torcedura de tobillo, y Lainier fue sometido a cirugía. Tras una hora de análisis, recibieron el alta y se reunieron con el Cuerpo de Asalto en el despacho de VanderHall.

—Hemos investigado —explicó VanderHall—. El cyborg plateado es un mercenario a sueldo conocido como Xenon. Es de origen neo, aunque con lo mecanizado que está ahora, poco importa. El otro cyborg está fichado. Es un activista de extrema izquierda conocido como Alfred Dember, terrestre. Pertenecía a La Kúpula y perdió el cuerpo durante la guerra.

—¡Putos kupulenses! —exclamó ElArtista—. ¡Te dije que Sig estaba metido en esto! —añadió, girándose a Lainier.

—No adelantemos acontecimientos —dijo Lainier.

—Afortunadamente, Sig aún seguía aquí cuando se produjo el atentado —señaló VanderHall—, así que no lo hemos dejado marchar.

—Bien, bien... —murmuró ElArtista, cerrando el puño derecho en un gesto triunfante.

—Ha habido otro atentado en Beijing, sin víctimas, a diez kilómetros del lugar de la cumbre. No se ha atrapado a nadie, pero la policía parece haber identificado a otro kupulense de la rama dura.

—Entonces no hay duda, esto es obra de los kupulenses.

—Falta ver si emiten algún comunicado atribuyéndose los atentados.

—O a lo mejor aún no han acabado los atentados —señaló Lainier.

—¿Crees que habrán más?

—No soy adivino, pero como no han acertado en sus objetivos, insistirán mientras tengan los recursos necesarios para ello.

—El atentado en China fracasó, ¿pero los de Valencia pueden considerarse un fracaso?

—Puede que el objetivo fuésemos nosotros. El Cuerpo de Asalto, vamos.

—El primer atentado no fue contra vosotros.

—Pero se produjo cerca de donde estaban Tete y el Kapitán. El problema es que en aquella operación todos íbamos uniformados del mismo modo y con el rostro cubierto. Creo que los perpetradores se equivocaron de objetivo, o simplemente actuaron a boleo ante la imposibilidad de escoger el objetivo deseado. En el segundo atentado creo que está más claro que el objetivo éramos nosotros. Probablemente han espiado durante días nuestras entradas y salidas de la comisaría, buscando el momento ideal para atacarnos.

—¿Y cómo sabían que ibais en el furgón? ¿Tenemos un topo?

—¡Otro traidor no, por Dios! —exclamó ElArtista.

—Para un terrorista competente es fácil deducir que ese furgón era para transporte de armas, e iba en dirección a Cyborg Inc. Y a estas alturas todo el mundo sabe ya quién recoge las armas molonas de Cyborg Inc. para la comisaría: lo lógico es enviar clones a hacer ese trabajo, porque es importante que esas armas no sean robadas. Y claro, casi nos sodomizan... ¡Nadie espera que ataquen el furgón antes de recoger las armas!

—Puede que tengas razón o puede que no.

—¿Y por qué cargan contra nosotros? —preguntó ElArtista.

—Quizás en venganza por el trato que se fue al garete con La Kúpula —explicó Lainier.

—¿No se podían conformar con la revisión de las penas? ¿No se dan cuenta de lo absurdo que era tener unas tierras imposibles de explotar?

—Para un iluso idealista, no es absurdo. Tú piensas que son imposibles de explotar. Ellos puede que piensen que son difíciles de explotar, y con que crean que haya una mínima posibilidad, querrían intentarlo.

—Aún en ese caso su actuación es ilógica. Por mucho que atenten no les daremos las tierras para que funden un estado terrorista en medio de un planeta de la Asociación.

—Yo no he dicho que quieran las tierras, sino que buscan venganza. El objetivo no es otro sino destruir a agentes del capitalismo. En este caso la palabra “terrorismo” tiene un sentido estricto, porque probablemente no busquen nada más salvo causar terror entre los que consideran culpables de su situación actual. Y entre ellos estamos nosotros.

—¡La culpa es tuya, Lainier, por pactar con esos tipos!

—¡Yo no fui quien rompió el trato! ¡Eso fue cosa de los políticos... y de SuNSeT! Pero claro, como cargarse a un Jefe de Estado es más jodido que matar a un clon, pues nos han escogido como blanco.

—¡Porque tú llevaste la negociación, y encima nos arrastraste contigo a La Kúpula!

—Serás ruin...

—¿Crees que SuNSeT está detrás de todo esto?

—No.

—Pero dijiste que era el más peligroso...

—No en ese sentido. No es un asesino. Al menos no un asesino fanático. Al principio pensaba que los dos primeros agentes asesinados estaban envueltos en algún asunto turbio relacionado con los kupulenses, pero no tenemos ninguna prueba al respecto, y además, el hecho de que ahora intentaran matarnos a nosotros indica que no fue obra de SuNSeT. No hemos hecho nada lo suficientemente grave como para que ordene nuestra muerte. Cierto es que le arresté, pero no había rencor en sus ojos, ni siquiera cuando intenté impedir su fuga. Y si esto tiene que ver con la pérdida de las tierras, tampoco tiene sentido que SuNSeT esté relacionado ni remotamente con los sucesos: el propio SuNSeT pensaba que no servía de nada tener las tierras con tan pocos kupulenses supervivientes, por no mencionar que La Kúpula había sido completamente arrasada y no habrían podido trasladar nada a la nueva ciudad.

—Creía que el acuerdo incluía la desaparición de La Kúpula.

—Claro, pero dado que el acuerdo les autorizaba a crear su propia ciudad en las tierras desérticas de Enea y no se especificaban los métodos, les era totalmente lícito haber trasladado todas las estructuras posibles desde La Kúpula al nuevo estado.

—Bueno, si nadie tiene otra teoría más, creo que es hora de interrogar de nuevo a Sigfried —señaló VanderHall—, aunque esta vez en presencia de su abogado, claro.

—Si quieres esta vez puedes interrogarlo tú —dijo Lainier a ElArtista—. Aunque eres capaz de dejar inconsciente al abogado para poder hacer de las tuyas...

—Mmm... podría echarle un somnífero en el café o algo... —murmuró ElArtista—. Nah... quedaría demasiado sospechoso.

—Si vas a interrogarle será mejor que llames a Olmaly para decirle que llegarás más tarde.

—¡¡Me cago en la puta!! —exclamó ElArtista. A continuación se levantó de un salto, sacando su móvil.

—¡Oye, que solo hace cinco minutos que deberíamos hacer acabado la jornada! ¡No creo que se cabree!

—¡No es eso! —gritó ElArtista mientras tecleaba en el teléfono y abría la puerta del despacho—. ¡Si van a por nosotros puede que también a por ella!

—¡Mierda! —gritó Lainier mientras el resto del Cuerpo de Asalto se ponía en pie.

—¡Avisaré a todas las unidades! —dijo VanderHall mientras los clones salían de la sala.

—No me coge el teléfono —dijo ElArtista mientras bajaban al garaje—. Comunica.

—¡Si está usando el teléfono es que está viva, así que calma! —dijo Lainier—. ¿Puedes llamar a algún vecino para que compruebe si está en casa?

—No tengo el teléfono de ninguno y ningún vecino ha publicado su número en la guía telefónica —dijo ElArtista mientras consultaba su móvil.

—Bueno, tu sigue insistiendo.

El Cuerpo de Asalto se dirigió en coches patrulla hacia la casa de Olmaly, volando por encima de los edificios.

—No hay agentes más cercanos —informó VanderHall por el intercomunicador—. Llegaréis los primeros.

—Enseguida estamos allí —señaló Lainier.

—Sigue comunicando.

—Artista... sí.. si pasara algo... ¿me lo echarías en casa?

—No, ¿por qué lo dices?

—Antes dijiste que era culpable por tratar con los kupulenses.

—No hablaba en serio. Hiciste tu trabajo, igual que todos. Nos ganamos enemigos todos los días. Eso sí, si ocurre algo, espero que me des libertad para actuar como se la das a Night Stalker.

—Eres libre. No me gustaría interponerme en tu camino. Pero tranquilízate ahora que te necesito centrado.

—Estoy centrado.

La vivienda de Olmaly no estaba demasiado lejos de la Comisaría Norte, teniendo en cuenta que los clones volaban en línea recta hacia el destino. En unos minutos llegarían.

—¡Lainier, ahora no coge el teléfono! —gritó ElArtista mientras los coches descendían hasta ponerse al nivel del piso de Olmaly.

—¡Calma! —dijo Lainier mientras sacaban las armas—. ¡Es raro que atenten contra un civil solo para joderte! ¡El objetivo somos nosotros! —los clones abrieron las puertas de los vehículos— ¡Estad alerta no sea que estén esperando a que lleguemos!

El edificio estaba situado cerca del viejo cauce del río Túria y del Gran Parque de Viveros. Era una bella construcción basada en una versión anterior del tiempo de la Masacre Internacional. Tenía cien plantas y cada piso gozaba de un gran balcón del que colgaban exuberantes plantas. El exterior del edificio era de color marrón, pero debido a las plantas, el verde resaltaba. Olmaly vivía en la cuarta planta. Los clones descendieron al balcón. Berllerak iba en cabeza, asegurándose de que no había trampas bomba. Pasaron al interior y continuaron el procedimiento, hasta que llegaron al salón.

—¿Por donde has entrado? —preguntó Olmaly. La mujer estaba sentada en el sofá, vestida de forma informal y viendo una película en el enorme televisor de plasma de cien pulgadas.

—Por el balcón —dijo ElArtista mientras Berllerak inspeccionaba la sala en busca de artefactos—. Tenemos que irnos. Corres peligro.

—¿Y entras con todos tus amigos por el balcón para decirme eso? —protestó Olmaly, poniéndose en pie— ¡Haberme avisado!

—¡Pero si te he llamao mil veces!

—Ya lo sé —señaló Olmaly mientras salían al balcón— ¡Podrías haber dejado un mensaje en vez de insistir una y otra vez, pesao!

—¡Prefería hablar contigo directamente! ¿Qué estabas haciendo? Has estao un buen rato comunicando y luego no lo cogías...

—¿Estás tonto, Legs? —preguntó Olmaly mientras se subía en la parte trasera del coche de su pareja—. Primero estaba hablando con mi primo y luego estaba en el baño. ¿Qué problema tienes?

—Te ha llamado Legs... —murmuró Berllerak mirando de reojo a su compañero mientras entraba al coche.

—Estoo... —balbuceó ElArtista al ponerse al volante, ignorando el comentario de su compañero— ¡Podrías haberme llamado tú después!

—¡Pero si tienes activada la ocultación del número! —protestó Olmaly—. ¡No sabía que eras tú! Ains, este hombre...

—¿Tienes activada la ocultación de número, mamón? —preguntó Berllerak por el intercomunicador mientras se alejaban de allí—. ¿Entonces eres tú el perro que me ha estado mandando mensajes asquerosos al móvil durante días?

—Esto... —volvió a balbucear ElArtista—. Hay mucha gente que oculta su número...

—Has sido tú, maldito cerdo...

—¡Tengo la tarifa plana más barata y ni aún así consumo lo suficiente para amortizarla! ¡Tenía que hacer algo para aprovechar el dinero!

—Cagondios, pos envíale mensajes al Lai, que a él seguro que le gustan.

—No, si a él también le he enviado, jojojójo —rió ElArtista.

—Yo es que ya ni me molesto en protestar —señaló Lainier.

—Disculpen, caballeros —interrumpió Olmaly, alzando la voz— ¿Qué peligro era ese del que me hablaban?

—Una cosa mu gorda —dijo ElArtista—. ¡Que te lo cuente Lai!

—¿Yo? —preguntó Lainier—. ¡Si tú también lo sabes!

—¡Pero debes explicarlo tú, que eres el jefe!

—Bien, es sencillo. Tu novio te la está pegando con una golfa que ha resultado ser una psicópata y quiere quitarte de enmedio para no compartilo contigo. ¿Has visto la pe..?

—¡No es eso! —interrumpió ElArtista—. ¡Somos el blanco de un grupo terrorista y hemos pensado que nuestros allegados corren peligro!

—Teniendo en cuenta vuestro trabajo, siempre di por sentado que eras el blanco constante de grupos terroristas. No sé a que viene ahora eso de sacarme de casa. ¿Acaso me vas a tener toda la vida yendo de un lugar a otro?

—A mí esto me parece una chorrada pero así Legs se queda tranquilo —dijo Lainier.

—¿Y ahora qué? ¡Tendremos que ir a un hotel o algo!

—Sugiero no volver al hotel donde estáis ahora —señaló ElArtista—. Cambiemos a otro.

—Paranoia rolz —dijo Lainier.

—A todo esto, habría que interrogar a Sigfried.

—Pues como Olmaly va contigo, vuelvo yo a comisaría.

—¡Va, nano! ¡Que iba a interrogarle yo! ¿Paramos un momento y Olmaly se cambia de coche?

—¡Leeegs! —protestó Olmaly.

—¡Era broma!

Lainier entró en la sala de interrogatorios. Se sentó frente a Sigfried. A la derecha del detenido se sentaba el abogado, un hombre de unos treinta y cinco años, de rostro alargado, moreno y con entradas, vestido con un traje veis.

—Bueno, Sig —dijo Lainier—, resulta que tenemos constancia de que varios kupulenses están implicados en diversos atentados. Y tú eres kupulense.

—Señor Sind —intervino el abogado—, le recuerdo que en La Kúpula había un millón de disidentes. No es sorprendente que muchos de ellos acudieran a la protesta, cada uno por su cuenta. Si hubieron dos o tres terroristas kupulenses, habría quizás diez, cien o trescientos kupulenses que solo fueron a manifestarse.

—Todo eso está muy bien, pero alguien tan listo como Sig quizás sepa a quiénes nos enfrentamos. Puede que tenga alguna pista. Cualquier dato podría resultar útil.

—No se me ocurre nada —dijo Sigfried.

—¿Cómo que no? ¿Quién te ayudó a entrar en La Tierra?

—No responda a esa pregunta —advirtió el abogado.

—¡Vamos, Sig! ¡Quien te colase en el planeta puede que también colara a los terroristas! ¡Hay vidas en juego!

Sigfried pareció vacilar durante un momento.

—Me gustaría hablar con mi abogado a solas —dijo Sigfried.

—¡Ya has tenido tiempo de hablar! ¡No hace falta que me respondas abiertamente! ¡Sospecho quién te ayudó! ¡Seguro que pensamos en la misma persona! ¡Hazme un gesto para confirmarlo!

—¿Esto no es muy surrealista? Hacerte un gesto para confirmar un pensamiento tuyo al que no tengo acceso, sino que tengo que adivinar.

—¡Sí, pero tampoco puedo estar pensando en mucha gente!

—¿Pero por qué no me dices el nombre del sospe...? Oh, vaya...

—¡Ajá! ¡Sabes por qué no lo digo! ¡Así que pensamos en la misma persona! ¡Y con esto confirmas que fue él!

—No, señor. Con esto confirmo que he adivinado de quién sospechas, lo cual no implica que ese sospechoso sera realmente culpable.

—Qué asco de clones. Qué difícil es liarles.

—Es una de nuestras virtudes, sí.

—¿Entonces no vas a admitir que fue él?

—Si tan claro lo tienes, ¿por qué no has ido ya a hablar con el sospechoso?

—Porque no he tenido tiempo y porque esperaba a tener algo con lo que presionarle.

—Mi respuesta, vamos.

—¿Quieres hablar con el abogado o no?

—Bah, es igual. No quiero tener muertes sobre mi conciencia. Tu sospechoso es correcto.

—¡Señor Sigfried, si dice eso está admitiendo que entró ilegalmente en el planeta! —protestó el abogado.

—Bueno, la pena no es muy grave. Será peor la sentencia por los disturbios. Lo malo sería que anulasen mi amnistía.

—Estos incidentes son poca cosa para que la revoquen, pero por si acaso le recomiendo que medite su declaración.

—Ya he dicho lo que tenía que decir.

—¿Sobre los sospechosos sabes algo? —preguntó Lainier, mostrando su móvil al detenido. En pantalla aparecían las fotos y nombres de los presuntos terroristas kupulenses.

—El cyborg era un miliciano que mantenía el orden interno en La Kúpula, aunque al principio no estaba mecanizado. El otro era un pirata espacial. Ambos bastantes problemáticos. El más difícil de controlar era el pirata al actuar fuera, pero su jefe lo mantenía pilotando la nave, y así no había peligro de que se le fuera la mano en lo ataques. Y ahora mismo no se me ocurre nada más.

—He terminado —dijo Lainier.

—Es libre —la voz de VanderHall sonó por un altavoz en lo alto de la sala—. Pero no abandone la ciudad hasta nuevo aviso.

—Ea —murmuró Sigfried.

VanderHall se aproximó a Lainier al salir de la sala de interrogatorios.

—¿Quién es el sospechoso, que no quieres que nos enteremos? —preguntó el comisario.

—Un confidente. Pero no se preocupe. Si creo que sabía que trataba con terroristas, lo detendré.

—Bueno, tú eres chungo pero en estos temas siempre te comportas profesionalmente. Haz lo que creas conveniente.

Lainier salió de comisaría. Afuera se cruzó con ElArtista.

—¿A dónde vas? —preguntó Lainier.

—A recoger unas pizzas para la cena —contestó ElArtista.

—¿Y las comidas del hotel?

—¡Quita coño, eso es carísimo! Unas pizzas baratitas y au...

—En fin...

—¿Y tú ande vas?

—A interrogar a un sospechoso de haber colado a Sig en el planeta. Confío en que también colase a los terroristas.

—¿Te acompaña? Si no está muy lejos, me sobra tiempo.

—Mejor voy yo solo.

—¿Quién es el sospechoso?

—Prefiero no decirlo hasta confirmar mis sospechas.

—¿Es Nevu?

—No puedo decirlo.

—Tiene que serlo. Le vimos en La Kúpula, y si te callas el nombre, es que es alguien al que ambos conocemos.

—Vale, pesao. Es Nevu.

—¿Qué caña! ¿El Nevu es un terrorista?

—¡Me extrañaría mucho!

—¡Si lo detienes yo lo quiero interrogar!

—Bueno... voy pallá.

—Oye, ¿qué excusa le has dado a VanderHall?

—Le he dicho que el sospechoso era un confidente y que si era culpable lo entregaría, así que no ha insistido en que le diera el nombre.

—Eso no es una excusa, porque es la verdad.

—¿Ein? Solo le he dicho que era un confidente por aquello del respeto al anonimato de los confidentes.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es porqué era necesario ocultar el nombre de Nevu. Y la razón es obvia... ¡porque realmente es un confidente!

—Hay otra explicación, imbécil. ¡Porque es nuestro amigo!

—¡Tú no tienes amigos! ¡No mientas!

—¡Que no es confidente, coño!

—¿Y si ahora te digo que sé que es confidente porque te he seguido en varias ocasiones cuando ibas a verlo en el bar?

—Es un farol.

—Hace dos semanas fuiste. Y hace dos meses. ¿Quieres fotos, hermoso? ¡Las llevo en el móvil!

—Muy bien, me viste entrando en un bar, ¿y qué? ¿No puedo ir a ver a un amigo?

—¿Mientras está currando, y sin que ni tú ni él nos comentéis tales visitas? Eso... es sospechoso.

—¿Y si creías que era un confidente, porqué no me lo has comentado hasta ahora?

—¡La información es poder! Vamos, que básicamente la uso cuando me sale de los huevos.

—Bueno, me piro...

—También se me ha ocurrido que si no vas a verle por trabajo, es que tenéis un rollo gay...

—¿Te gustaría unirse a nosotros? —preguntó Lainier con una sonrisa burlona.

—Oh, vamos... Yo me apunto a un bombardeo.

—Bueno, que me piro.

Cuchitril de Nevuroy. 18:00 P.M.

—Pues eso. Información —dijo Lainier, de pie frente a Nevuroy.

—¿Crees que si tuviera algo que ver estaría aquí sentado? —respondió Nevuroy mientras guardaba documentos en el escritorio de su mesa.

—La típica excusa.

—¡Coño, soy inocente, joder!

—No te estoy deteniendo, coño. Te estoy preguntando por esos tipos.

—Puede que conozca a quien los dejó pasar.

—No estoy para perder el tiempo con eufemismos. Hay varios muertos.

—No pensé que fuesen a causar tantos problemas. Se pusieron en contacto conmigo poco después que Sig, y me

enviaron un documento que parecía obra del eneano, donde me pedía que los ayudase a cruzar. Así que preparé los papeles falsos. Llegaron al aeropuerto hace una semana, por la mañana. Te puedo pasar las identidades falsas, pero obviamente las cambiarían tras entrar al planeta.

—¿Y el falsificador no se dio cuenta de que el documento de los terroristas era falso?

—¿Era falso? Puede que engañasen a Sig.

—Era falso. Sig sabía que esos tipos no se andaban con bromas.

—Entonces fue un fallo mío, lo admito. No soy infalible.

—Además, ¿no te pidieron otra identidad tras entrar al planeta o un refugio?

—No. De hecho se lo ofrecí por un módico precio, pero dijeron que no era necesario.

—¡Claro, porque no querían que tú te encargases de eso! ¡Sabían que podías irte de la lengua! ¿No pensaste en que estaban tramando algo gordo?

—¡Pensé que a lo mejor ya tenían eso preparado de otras ocasiones! ¡Además, ya te he dicho que tenían el visto bueno de Sig!

—¡Pero el visto bueno era falso! ¡Y por culpa de ese fallo tenemos varios muertos!

—¡No intentes cargarme ahora las acciones de otros!

—¡Si esto fuese Japón, exigiría tu seppuku!

—¿Me vas a detener?

—La policía y los servicios de inteligencia también cometemos errores que suelen costar vidas. Por un lado, tus errores tienen el agravante de brotar de actividades ilegales. Por otro lado, puede considerarse igualmente grave que los agentes que velan por la justicia cometan errores de bulto, así que estamos empatados, por lo que no te voy a arrestar. Sin embargo, me vas a ayudar en todo lo que pida o cambiaré de parecer.

—Usted dirá.

—Es sencillo. ¿Dónde están?

—¡Si supiera dónde están yo mismo habría avisado a la policía!

—¿No tienes ninguna pista? ¿No les pusiste un localizador o algo?

—Jamás me encontré con ellos en persona.

—¿Seguro que no sabes nada?

—¿No te acabo de decir que no?

—Estás mintiendo.

—¡Que no, joder!

—Si tienes miedo de represalias, podemos darte protección y tal.

—¡Es que no sé nada!

—¡Mira que te empapelo, desgracia! —dijo Lainier, señalando y agitando el índice— ¡Te pueden caer veinte años!

—¡Pero es que no sé nada, pesao!

—¿Por qué no habré traído suero de la verdad?

—¡Estoy diciendo la verdad, joder! Pero puede que haya una solución...

—Escupe.

—Tengo contactos. Puedo intentar averiguar algo sobre esos tipos, pero no será fácil. Costará dinero. Necesito cinco mil euros.

—¿Me estás tomando el pelo para forrarte a costa de unos atentados?

—¡Estoy hablando en serio! Supongo que la información te corre prisa. Para mover de mis cuentas todo el dinero necesario sin levantar sospechas, necesito un día entero. Si me adelantas la pasta, esta misma noche hablaré con mis contactos.

—Muy bien. Pero si la información es inútil o tardas más de dos días en devolverme el dinero, la próxima vez vendré acompañado de Night Stalker.

—Cuando tenga la información te avisaré.

—Los terroristas podrían estar escondido en alguno de estos sitios —dijo Lainier ante sus compañeros. Todos estaban en el despacho de VanderHall. Habían pasado dos días desde que el clon hablara con Nevuroy. La policía había comprobado las grabaciones de seguridad del aeropuerto y efectivamente aparecían los dos cyborgs, pero por supuesto, intentar seguir la pista de sus falsas identidades había resultado inútil: ahora solo les quedaba esperar a que la información de Nevuroy fuese correcta—. El antiguo cine de la calle 30, el viejo almacén de la zona portuaria y las putas cloacas, para variar.

—Un momento —interrumpió ElArtista—. ¿Cómo que “podrían estar”?

—Es una posibilidad alta.

—¡Pero no es seguro! ¡Vaya mierda de confidente!

—Dividiremos los grupos —dijo VanderHall.

—Yo no pienso ir a las cloacas. La última vez que fui me pegaron un tiro.

—Lainier, Berllarak y ElArtista irán al puerto. Quizás intente fugarse en barco. Berllarak esperará fuera, que con su tobillo jodido aún no está para correr. Tete y el Kapitán irán a las cloacas. Sama y yo mismo iremos a la calle 30.

—Pues vale —dijo Lainier.

—Y ahora, agradecería saber de dónde ha salido esa información.

—¿Desde cuando los policías revelan sus fuentes? —dijo Lainier.

—Vale, vale...

—Ah... mi fuente necesita protección, solo por si acaso.

—Entonces me tendrás que decir cual es la fuente.

—No necesariamente.

—¿No necesariamente?

—Un hombre de mi confianza lo trasladará a un lugar seguro y lo vigilará hasta que atrapemos a los culpables y los juzguemos. Solo él y yo sabremos quién es la fuente y dónde se encuentra.

—¿Atraparlos? Seamos serios: si son un grupo terrorista grande, no podremos atraparlos a todos, al menos, no muy pronto. Lo más probable es que la fuente tenga que ocultarse toda la vida. Tendrá que acogerse al programa de protección de testigos.

—En cualquier caso, ya tengo pensado al hombre.

—Sorpréndeme.

—Night Stalker.

—¡Joder!

—Tiene que ser un solo hombre, pero él vale por veinte. Hasta que se celebre el juicio, él se ocupará de la protección de la fuente. Después, y según el alcance del asunto, veremos si se somete al programa de protección de testigos o no.

—Night Stalker es un cazarrecompensas, no un guardaespaldas. No creo que acepte, aunque le ofrezca mucho dinero. A él le va la acción.

—Pero me debe favores.

—¿Favores sexuales? —preguntó ElArtista.

—¡Envidiosa!

—O que hacías la vista gorda cuando se dedicaba a torturar a los criminales que cazaba...

—Eso es mera especulación tuya, y además el tipo hacía lo mismo cuando trabajaba aquí, ¿no?

—¡Si me la trae floja!

—¡Bien, llama a Stalker! —interrumpió VanderHall.

Zona portuaria. 10:32.

Numerosos buques, de tamaño enorme, navegaban por las aguas. Los estibadores iban de un lado a otro. Con tanto ajetreo era fácil ocultarse. Cerca del puerto había varias casas antiguas, entre ellas el almacén. Estaba unos doscientos metros a la derecha de la entrada principal del puerto. Berllerak había aparcado su coche, un Ferrari azul, junto al muelle 2, cerca de la entrada. Lainier, que iba a su lado, se bajó del vehículo. Iban de paisano. Lainier vestía completamente de negro. Berllerak llevaba una cazadora de cuero y pantalones vaqueros.

—Si tenemos que perseguir al sospechoso, cuidado al atropellarlo—dijo Lainier—. Lo queremos vivo.

—Aunque tenga el tobillo dañado, controlo bien el coche —señaló Berllerak.

—No lo digo por eso, sino porque estos tíos intentaron matarte y a lo mejor te entra un pronto y le pisas al acelerador con ganas.

—¿Me has tomado por un Artista cualquiera? Yo solo mato en el momento de la ofensa. No actúo a sangre fría, sino que tengo prontos puntuales. ¡Furia berserker!

—Bien.

—¡Aunque no estaría mal enviarlos al hospital!

—Mira que lo sabía...

—Estamos acercándonos al almacén —informó ElArtista por el intercomunicador.

—Ese cabrón se va a llevar toda la diversión —se quejó Berllerak—. Lo estoy viendo.

—No sé para qué coño VanderHall nos hace quedarnos vigilando —protestó Lainier—. Total, yo disparo igual de bien con la mano izquierda, y tú puedes andar perfectamente con la bota ortopédica.

—Hombre, correr no puedo... y tú tienes entumecido el brazo derecho. Pero aún así... ¿qué estamos? ¿Al 75% de nuestra capacidad? ¡Seguimos estando por encima de la media humana!

—Aunque una cosa no se puede negar: si intentan salir del puerto, somos los más adecuados para impedirles la huida.

ElArtista se acercó al almacén. Tres policías le acompañaban. Iban vestidos como estibadores. Tras otear a través de unos cristales medio rotos, decidieron entrar. ElArtista propinó un patadón a la puerta y entró arma en mano. No parecía haber nadie. El almacén tenía una superficie de mil metros cuadrados y constaba de dos niveles. Tanto abajo como arriba solo habían cajas abiertas y medio rotas. El polvo se acumulaba por doquier. Una paloma revoloteó, escapando por un agujero del techo, asustada por la violenta entrada del clon. ElArtista entró, seguido de los policías. Gesticuló con la mano. Un agente le siguió arriba, mientras los otros inspeccionaban la planta baja. El clon y su compañero subieron lentamente por unas escaleras metálicas situadas al lado de la pared derecha. Más palomas, pero el sujeto no estaba. Sin embargo, un colchón usado reposaba en el suelo, así como una nevera portátil y una maleta metálica.

—Abajo —ordenó ElArtista, temiendo que hubiera bombas. Los policías salieron rápidamente y se alejaron, pero nada ocurrió—. Tendré que llamar a Berllerak —musitó, contemplado el edificio.

—¿Para qué? —dijo Night Stalker, apareciendo por una esquina. Llevaba su cuerpo militar.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó ElArtista.

—Lainier me llamó para vigilar a su confidente. Pero primero he decidido pasarme por aquí. Si atrapamos a los terroristas me ahorro la vigilancia... ¡Por no mencionar que hay una recompensa de por medio!

—El confidente es amigo nuestro y sería una putada que muriese porque estás perdiendo el tiempo aquí cuando puede haber un asesino yendo a por él en estos precisos momentos. De hecho no hemos encontrado a nadie aquí.

—Vamos por partes. Primero, tú no tienes amigos...

—Mmm... ¿de qué me suena eso?

—Segundo: Nevuroy me está esperando en un cubículo secreto que haría falta un misil para entrar allí, así que relájate y dime para qué querías a Berllerak.

—Podría haber una bomba ahí arriba. He visto una nevera y una maleta.

—¡Jodido paranoico! ¡Podría haber una bomba en cualquier sitio! ¿Vas a salir de todos los edificios a los que entres cada vez que veas un recipiente? Pues vas de culo.

—Es curiosísimo... Vuelvo a tener un deyaví o como se diga... Pero creo que, dada la situación, es bastante probable que haya bombas.

—Bueno, yo mismo puedo mirar si hay bombas. Aguantaré mejor una explosión.

—¿No sería mejor llamar a Berllerak que entiende más de explosivos? Además, seguro que se está aburriendo en el coche, y si no le llamo para esto, luego me ahostia. Claro que cabe la posibilidad de que se esté rozando con Lainier...

—Voy a subir —dijo Stalker entrando al almacén.

—¡Aún no he dicho que sí!

—¡Deténme si puedes! ¡Y si no, aléjate de aquí!

El Artista hizo un gesto a los policías, y se alejaron cien metros. Night Stalker ya estaba en el piso superior.

—Stalker ha entrado a buscar bombas —informó El Artista por el intercomunicador.

—¿Qué? —dijo Berllerak, sorprendido e indignado—. ¿Qué coño hace ese ahí? ¡Ese es mi trabajo!

—¡Dice que aguantará mejor una explosión!

—¿Pero eso qué coño tiene que ver? ¡Me jodí el tobillo, no las manos! ¡Puedo desactivar perfectamente una bomba!

—¿Y a mi qué me cuentas?

—De todos modos me parece raro que por mucho que diga que aguante una explosión, se ponga a inspeccionar.

—Te ha engañado, Artis —explicó Lainier—. Ha subido para ver si encuentra una pista que le conduzca hasta los criminales y así cobrar la recompensa.

—¡Me cago en...! —gritó El Artista—. Pues ahora que lo dices, sí que mencionó que había una recompensa... Qué cosas, ¿no?

Berllerak se llevó la mano a la cara:

—Dios... qué paciencia... —murmuró.

—Sube allí y mira lo que hace —ordenó Lainier a El Artista.

—¿Estás loco? ¡Podría haber una bomba!

—Como pete esa bomba y desaparezcan las pistas, te haré responsable junto con Stalker.

—¡Pierdo la comunicación! ¡Hay interferencias por la brisa marina!

—La madre que te parió...

Stalker se acercó a la nevera. Sacó un escáner y la examinó. Parecía normal. El escáner revelaba que dentro había, probablemente, comida. Después la maleta. El escáner detectó algo más interesante: un objeto alargado que parecía un arma: probablemente un lanzaproyectiles.

El cazarrecompensas sacó un fino hilo metálico de un compartimento de su brazo izquierdo, lo ató a la puerta de la nevera, se alejó varios metros y estiró. La puerta se abrió. Dentro solo había comida en conserva. Después extrajo un lápiz láser de precisión y comenzó a perforar la maleta para abrirla con cuidado. Finalmente, vio lo que contenía.

—Lainier —dijo por el intercomunicador—. La nevera tiene papeo, y en la maleta hay un lanzagranadas, y un par de granadas de alta potencia. Tecnología punta. Suficiente para destrozarse un furgón. A simple vista no hay nada más.

—Probablemente ese es quien nos disparó desde las alcantarillas —conjeturó Lainier—. Ocultáos rápidamente. Esperaremos a que regrese.

—¿Y si ya se ha pirado de la ciudad? —señaló Berllerak—. ¿Vamos a estar perdiendo el tiempo, a lo mejor todo el día, cuando los de la científica podrían estar inspeccionando el refugio?

—No se ha ido, porque no han cumplido su objetivo principal: matarnos a nosotros. Y como veo que aún les queda armamento, creo que lo intentarán.

—Aunque no hayan cumplido su objetivo, ahora conocemos el aspecto e identidad de dos terroristas. Corren peligro de ser atrapados y puede que huyan. A algunos terroristas no les importa lo que les pase mientras se salgan con la suya. Otros son cobardes y solo actúan si creen que no hay riesgos.

—El perfil de nuestros sospechosos me induce a pensar lo primero.

—En fin... qué día más emocionante.

Stalker salió por el agujero del techo y se agazapó arriba. El Artista se ocultó en la planta baja tras una caja al fondo a la izquierda. El resto de agentes estaba en el exterior.

Al cabo de media hora, Lainier dio el aviso:

—Hombre en moto que puede que vaya para allá —informó el clon, contemplando como el vehículo entraba al puerto y se dirigía hacia la zona del almacén—. Lleva casco, así que no sabemos si es él. Viste con cazadora marrón y

vaqueros azules.

—Ya lo veo —respondió Stalker, observando desde su privilegiada posición—. Confirmando que se acerca al almacén.

—Pues ese no es un cyborg —murmuró Berllerak.

—Tenemos un nuevo terrorista —dijo Lainier—. Eso hacen por lo menos cuatro.

—Probablemente más. No creo que en Beijing actuase uno solo.

—Teniendo en cuenta que uno era un mercenario, esto me hace pensar que el grupo kupulense no sea demasiado numeroso, o no les haría falta recurrir a mercenarios.

—O lo contrataron porque era un tío duro.

—Si pueden costearse a ese mercenario tan tocho, podrían haber invertido el dinero en armarse ellos mismos. Si han preferido pagar un mercenario, es porque van cortos de hombres.

—El sospechoso ha entrado en el almacén, junto con la moto —informó Stalker.

El sujeto dejó la moto cerca de la puerta. Se quitó el casco y lo colgó del vehículo. ElArtista no le reconoció. Era un humano de unos cuarenta años, de pelo castaño. El policía podría limitarse a que Stalker se encargase de él y ahorrarse faena, pero este trabajo le gustaba, y también pretendía impedir que Stalker cobrase la recompensa.

El cyborg escuchó el característico zumbido de un láser.

“Mierda”, pensó, “debería haberme quedado abajo.”

—¡Jajajaaja! ¡Habla, cerdo! —ordenó ElArtista. El sospechoso estaba tumbado boca arriba en el suelo, con una herida de láser en la pierna derecha. El policía estaba sobre él, agarrándole por la camisa. Le había esposado las manos a la espalda.

—¡Me ha agredido! —exclamó el hombre.

—¡Llevas un arma encima! —replicó ElArtista, sacando una pistola de debajo de la cazadora del detenido—. ¡Y como se te ocurra decir que tienes licencia, te pego un tiro!

—Conozco mis derechos... —murmuró el hombre mientras Night Stalker bajaba las escaleras.

—He avisado a Lainier —dijo el cazarrecompensas—. Nos ha dado el tiempo que gustemos para hacerlo hablar.

—¡Tengo derechos! —gritó el detenido.

—¡Dios, no sabes decir otra cosa! —gritó ElArtista, mientras registraba al hombre—. ¡A lo mejor aún no te has dado cuenta de quiénes somos! ¿No querías matarnos porque éramos malas personas? ¡Deberías saber que tus derechos nos la traen floja!

—¡Haz lo que tengas que hacer!

—¿Por qué no hablas por las buenas?

—¡Eso jamás!

—¡No sabes la alegría que me das! —dijo ElArtista, con una enorme sonrisa dibujada en su boca, mientras sacaba una cartera del bolsillo del pantalón del sospechoso.

—¡Si aparezco magullado ante la opinión pública, mi causa cobrará fuerza!

—En realidad, no tienes por qué aparecer nunca —dijo Stalker, acercándose al detenido—. El lanzagranadas es tuyo, ¿verdad?

—¡Que te jodan! —gritó el sospechoso— ¡Fascista!

El pie de Stalker se estrelló en la boca del detenido. Un golpe flojo, pero que le partió varios dientes. Después ElArtista le propinó un puñetazo en el estómago. El hombre gritó de dolor.

—¡Esto por si te cabía alguna duda de que aquí no hay poli bueno! —gritó ElArtista.

—El lanzagranadas es tuyo —Stalker prosiguió con el interrogatorio—, y lo usaste para atentar contra la policía, en compañía de esos dos cyborgs...

—Yo fallé, pero otros no lo harán —advirtió el terrorista— ¡Adelante, acabad conmigo! ¡Pero si lo hacéis, tomaremos venganza!

—Tus bravuconadas no nos atemorizan —dijo Stalker sin inmutarse—. Hemos sobrevivido a clones, mercenarios, la guerra, y aquí seguimos. Además, lo de la venganza es una estupidez. Ya somos vuestro objetivo.

—¡Vete a la mierda!

—Te inyectaremos suero de la verdad en cuanto sepamos que no te dará un shock con lo de la pierna. Al final, nos dirás todo lo que sabes.

—¡¡Socorro!! ¡¡Asesinos!! —comenzó a gritar el detenido. ElArtista le abofeteó. Más dientes fuera. Después le amordazó.

—Eso de “inyectaremos”... —dijo ElArtista mirando a Stalker—. Ha estado muy bien esto, pero creo que a partir de ahora me encargaré yo solo del interrogatorio.

—¡Sabes que Lainier me deja interrogar a mí!

—Lamentándolo mucho, te recuerdo que tenías una misión de protección. ¿No es hora de que te pires ya?

—Grrr —gruñó Stalker.

Los policías llevaron al detenido a la Comisaría Norte, donde ElArtista lo interrogó. Los equipos enviados al cine y las cloacas no habían encontrado absolutamente nada. Pasadas tres horas, el Cuerpo de Asalto volvía a estar reunido en el despacho de VanderHall.

—Bueno, el tipo tenía una cartera con una identificación falsa —informó ElArtista—, una pistola que los de la científica están analizando inútilmente, una maleta metálica que se puede comprar en cualquier lado, un lanzagranadas que también vende cualquier traficante de armas, y una moto que compró hace años. Su verdadero nombre es Alejandro

Kraus, un kupulense de origen catalán. Antes de la amnistía se le buscaba por disturbios, resistencia a la autoridad y piratería espacial. Tras la guerra se instaló en Barcelona. Ha admitido participar en los atentados en compañía de los dos cyborgs, pero nada más. El cabrón se resiste a hablar, pero su cuerpo no aguanta el dolor ni las drogas: apenas podemos mantenerlo consciente. No podremos proseguir el interrogatorio hasta dentro de una hora por lo menos, o se nos muere, y tendremos que ir con sumo cuidado, así que podríamos tardar bastante tiempo en sacarle más información. Así a ojo, podemos deducir que la identidad falsa era para poder huir tras los atentados. Estamos a la espera de ver si reservó algún billete de viaje con esa identidad, pero yo no apostaré por ello.

—Has dicho que es tozudo para hablar —señaló VanderHall—. ¿Es por motivos ideológicos, o cree que tras hablar, le mataremos?

—¡Yo le mataría!

—¡Responde a la pregunta!

—Motivos ideológicos.

—Entonces supongo que no servirá de nada ofrecerle un trato para que cante...

—¡Nada de tratos con terroristas! —gritó Berllerak, enojado—. ¡Se ha cargado a varios de los nuestros! ¡Se le sigue torturando y au!

—El problema es que la tortura se ha prolongando demasiado y parece que tendría que prolongarse mucho más. Las probabilidades de que alguien informe a asuntos internos aumentan con cada minuto que pasa.

—¿Y si le dejamos escapar y le seguimos? —preguntó ElArtista.

—¡No colaría!

—Si el problema es que los de asuntos internos nos pillen con las manos en la masa, entonces solo debemos trasladar al tipo a otro lugar.

—¿Con qué excusa?

—Eso es cosa suya. Lo importante es que nadie nos molestará y al acabar Berllerak podrá maquillar un poco los daños del tipo.

—¿Y a dónde lo llevamos?

—Ni idea. ¿Qué tal su casa?

—Si te refieres al almacén portuario, aún quedan agentes allí, por no mencionar que puede haber periodistas y curiosos cerca. Y además no está insonorizado.

—No, si yo me refería a la casa de usted...

—¿Me tomas el pelo?

—¿Quiere la información o no?

—¡Mi casa no está insonorizada!

—Pues nosotros estamos viviendo en un hotel, así que ya me dirá usted.

—Solo se me ocurre esperar a que los de laboratorio descubran algo.

—Pueden tardar un cojón. Debemos hacer que hable.

—Voy un momento a hacer unas gestiones —dijo Lainier levantándose del asiento y sacando su móvil—, a ver si hay suerte.

El clon salió de la sala y llamó a Nevuroy.

—¿Cómo te va con Stalker? —preguntó el líder del Cuerpo de Asalto.

—No lo has enviado para protegerme, ¿verdad? —preguntó Nevuroy—. Las probabilidades de que descubran de que os ayudé son pocas. Tú lo has mandado a asegurarse de que te devuelvo el dinero...

—¡Efectivamente! Por cierto, ¿tienes algún lugar donde puedan alojarse al menos dos personas y ningún entrometido pueda ver o escuchar nada?

—Ahora mismo no. No soy una inmobiliaria, no tengo tanta variedad. Si quieres un piso en el centro de la ciudad...

—¿Está insonorizado?

—No... pero está a dos minutos de la tienda de cómics...

—Me temo que no me sirve. Ya nos veremos.

De repente, Lainier escuchó la voz de Berllerak, que gritaba de nuevo:

—¡No, Dios Mío! ¡Otra de sus ideas!

Lainier guardó su móvil y entró de nuevo.

—¡Esta idea es buena! —dijo ElArtista sonriendo.

—¿Qué cojones se te ha ocurrido ahora? —preguntó Lainier mientras tomaba asiento—. Porque mis gestiones han fracasado...

—Olmaly tiene un primo llamado Yolum...

—¿Ya te está presentando a la familia? En cuanto te lleve a comer a casa de sus padres, estás acabado.

—¡Precisamente de comida va la cosa! Yolum es parte del equipo de cocineros del restaurante Ágape Estelar.

—¿Ese no es un importante restaurante de alta cocina que ofrece papeo de toda la galaxia conocida?

—¡Exacto! El caso es que Yolum tiene llaves para entrar. Se las pido y esta noche entramos. Te aseguro que dentro del almacén o la bodega nadie nos oirá.

—¿Y cómo vas a convencerlo para que te entregue las llaves?

—Pagando.

—¡Con lo rata que eres tú!

—¡Por supuesto! ¡Por eso pagará otro!

—¿De cuánto dinero estaríamos hablando? —preguntó VanderHall.

—En cuanto hable con él lo sabré —contestó ElArtista marcando el número de teléfono de Yolum en el móvil.— Espero que no esté muy ocupado o no lo cogerá.

Al cabo de cinco segundos, Yolum contestó.

—Me diga —dijo el cocinero. Yolum se encontraba en la amplia cocina del restaurante, en compañía de otros diez cocineros, por supuesto todos ataviados con el uniforme pertinente. El primo de Olmaly era una mole de un metro noventa de altura. Casi parecía un luchador de sumo: pesaba unos cien kilos, y al verlo dos cosas quedaban claras: que no había duda de que se dedicaba a la cocina porque disfrutaba comiendo y de que podía reventarte la cabeza de un sartenazo. Yolum era joven, de edad similar a la de Olmaly. Era moreno y siempre llevaba el pelo corto, para evitar disgustos en la cocina.

—¿Me puedo pasar cuando vayas a cerrar? Necesito las llaves. Tenemos que usar tu restaurante para un asunto de emergencia.

—A ver... —comenzó a decir Yolum, que parecía serio—. Para empezar, no es mi restaurante. Solo formo parte del equipo del gran chef. Y además, ¿para qué quieres entrar aquí de noche? Como sea para llevar un ligue, Olmaly te arrancará las pelotas...

—¡Es absurdo pedir ayuda al primo de mi novia para ponerle los cuernos!

—Ha dicho “novia” —murmuró Berllerak—, la palabra maldita...

—¿Y a mí qué me cuentas? —preguntó Yolum—. ¡Tienes fama de desequilibrado! ¡A lo mejor piensas que no lo descubriría!

—¡Que no, joder! —protestó ElArtista—. ¡Es un asunto importante! No puedo comentarte nada más por teléfono. Esta noche voy y lo hablamos. Tú espérame en la puerta y no te pires.

—En fins, como quieras. Te dejo que tengo que hacer un risotto de venado silkeriano a la salsa de frambuesas enanas confitadas y relleno de naranjas azules.

A la 1:00, el restaurante cerró. Desde fuera era un pequeño edificio con una sola planta, de color blanco, dotado de grandes ventanales. Tenía capacidad para diez mesas. Era suficiente. Pocos podían permitirse comer allí. El restaurante estaba situado en la Gran Vía de la Alameda, cerca de casa de Olmaly. Una furgoneta aparcó frente al restaurante. Berllerak bajó del asiento del conductor. ElArtista bajó del otro lado.

—¿Ves? Misión oficial —dijo ElArtista a Yolum, que iba vestido con ropa de calle. A pesar del frío que hacía, Yolum llevaba una fina camiseta de color negro.

—¿De qué va todo esto? —preguntó el cocinero.

—¡Hola, soy Berllerak —saludó el clon, estrechando la mano de Yolum—. Lamentamos meterte en este lío pero necesitamos un lugar apartado para llevar a cabo una investigación antiterrorista. ¿Has visto las noticias?

—Encantado de conocerle. Sí, las he visto. Y teniendo en cuenta la fama que tiene ElArtista, prefiero no saber cual es la naturaleza exacta de la misión, pero me da la sensación de que me puedo meter en un lío.

—¿Te valdría la pena meterte en tal lío por mil euros? —preguntó ElArtista, sacando un sobre de su chaqueta.

—Me valdría, ciertamente —dijo Yolum risueño.

—Vale, Artis, ahora entrégale los otros mil —ordenó Berllerak.

—¡Dios, pero cállate, coño! —protestó ElArtista—. ¡Te habría dado quinientos a ti!

—Prefiero que tú no te quedes nada.

—Serás mamón... —murmuró Yolum, clavando su mirada en ElArtista.

A la mañana siguiente. 6:13. Despacho de VanderHall. Reunión estándar.

—Bueno —comenzó a explicar ElArtista—. Al final le he sacado todo: la información y las tripas.

—¿Sigue vivo? —preguntó VanderHall.

—Sí —respondió Berllerak—. En estos momentos mis colegas médicos están retocando al desgraciado ese para que tenga mejor aspecto y no llame tanto la atención.

—Si su abogado no llega hasta esta tarde —dijo ElArtista—, solo le parecerá que se ha caído por las escaleras. Un par de veces. ¡Pero eso es todo!

—Umpf... —gruño VanderHall.

—Bueno, a lo que iba. El mamón ese y sus amigos forman parte de un grupo terrorista autodenominado Brigadas Interplanetarias Socialistas, formado tras la guerra. Son unos veinte miembros, la mayoría kupulenses, así que quedan diecinueve. Aunque claro, nada impide que contraten más mercenarios. Son pocos, pero durante la destrucción de La Kúpula, se dedicaron a hacer el cabrón: cuando todo estaba perdido, arramblaron con gran cantidad de dinero y armas de las reservas de la ciudad, y escaparon. Por eso mismo están mal vistos por el resto de kupulenses, y por sus métodos de lucha. Están resentidos y por eso atentan contra nosotros. De hecho no sólo culpan a los políticos y a los clones de la pérdida de las tierras, sino a SuNSeT, por escapar y joder el acuerdo. Sé sus nombres, pero solo están fichados cinco.

—¡Por el culo te la hincó! —interrumpió Berllerak.

—Uno de los fichados es el mercenario —dijo Lainier, ignorando a su compañero—. Y ahora viene lo bueno. El pringao ese debía reunirse con el resto de terroristas esta tarde a las 16:00 en el viejo complejo industrial sur, en la antigua fábrica de electrodomésticos. Habrá cinco hombres más: dos son los cyborgs y los otros tres no los conocemos, pero son humanoides. Huirán en una nave hacia mar adentro, y allí esperarán instrucciones de otros terroristas, pero no sé si serán los de Beijing o qué. Cuando estén todos en la fábrica, los volamos con antimateria y au. Nadie ni nada

sobrevivirá.

—No —dijo VanderHall—. Los necesitamos vivos.

—Lo ideal sería intervenir las comunicaciones de su nave. Después de averiguar todo lo que podamos, los volamos.

—Necesito las cabezas para cobrar las recompensas —objetó Night Stalker, entrando en la sala.

—¿Tú no estabas protegiendo a mi confidente? —preguntó Lainier.

—Tu confidente te ha devuelto la pasta que le prestaste para las pesquisas —dijo Stalker entregando un sobre a Lainier—. Y como parece que no corre demasiado peligro, ha dicho que me largara, que ya se ocuparía él mismo de su seguridad.

—¿Podrías haber llamado para consultarme!

—¿Me vas a hacer volver? ¡Creo que te seré más útil luchando contra esos cyborgs!

—La policía ya dispone de cyborgs para ocuparse de otros cyborgs, Stalker... —murmuró VanderHall.

—Perfecto. Puede usar a un funcionario que le saldrá barato al Estado y rendirá medianamente, o puede usar a un autónomo que le saldrá caro al Estado pero rendirá de puta madre. Sopese.

—Como sabes, ahora debemos tener mucho cuidado en el trato contigo. Nos acusaron de favoritismo. Y es cierto: tras convertirte en cazarrecompensas independiente, parecías seguir siendo un miembro más del Cuerpo de Asalto.

—¿Recurrir al sector privado está justificado en este caso! ¡Y como soy el mejor, es natural que se me escoja a mí para ayudar a la policía!

—¿Puede que lo esté, pero hoy en día desviar fondos públicos a entidades privadas está muy controlado! Francamente, te pagaría las recompensas de mi propio bolsillo, pero ayer ya tuve un gasto imprevisto...

—Se quejará del resultado... —murmuró ElArtista.

—¿Haced una colecta! —dijo Stalker.

—Me voy a arrepentir, pero puedes quedarte con mi sobre —dijo Lainier, extendiendo el envoltorio hacia el cazarrecompensas.

Night Stalker vaciló unos instantes.

—Arg —dijo haciendo una mueca—. No puedo cobrarte a ti tanta pasta. Lo haré gratis esta vez... ¡Pero sólo porque están atentando contra mis compañeros!

—Estupendo —dijo VanderHall—. Ahora mismo iréis a la fábrica a ver si podéis manipular la nave sin que se cosquen.

Media hora después, El Cuerpo de Asalto y Night Stalker se hallaba en el complejo industrial, a las afueras de la ciudad, ocultándose tras la esquina de un gran concesionario. Cien metros más adelante se alzaba la fábrica de electrodomésticos, cerrada por quiebra.

—Bueno... la nave debe haber entrado por la puerta del garaje que está detrás —dijo Lainier—, así que rodearemos el edificio.

Los clones avanzaron sigilosamente en cuclillas hasta dar la vuelta a la fábrica. Llegaron a la puerta del garaje. Como cabía esperar, estaba cerrada.

—No hay lecturas —susurró Berllerak, consultando su escáner.

—Hay una ventana sobre la puerta del garaje —dijo Lainier en voz baja—. Tete es el más alto. Berlli, súbete sobre él.

—Yo soy igual de alto... —musitó ElArtista.

—¿Quieres subirle tú?

—No. Solo señalaba un hecho.

Tete se incorporó, mirando hacia la puerta. Berllerak se subió sobre sus hombros y levantó una pequeña cámara sobre su cabeza, no más grande que una nuez.

—Veo la nave justo al otro lado. Una Nareel para cuatro personas —informó Berllerak. La Nareel era un vehículo de transporte familiar relativamente rápido, capaz de volar fuera de la atmósfera, y de diseño estilizado. Este modelo en concreto era en color plata y parecía nuevo—. Al menos hay dos hombres abajo, con fusiles láser. El que está a la derecha es el cyborg marrón. El otro lleva un traje protector acolchado bastante cutre... Creo que lleva varias granadas, pero como están de espaldas, no... ¡¡Coño!!

Xenon había surgido de pronto de la parte superior de la nave. Berllerak cayó al suelo. Lainier alzó el arma.

—¿Pero qué haces! —protestó Lainier,

—¿Es que el mercenario ha salido de repente! —se excusó Berllerak.

—¿Escondos! —ordenó Lainier.

Los clones se movieron en cuclillas y entraron en otra fábrica situada a diez metros. Desde una ventana observaron. El cyborg marrón salió al exterior a echar una ojeada. Se acercó a la puerta del garaje.

—No veo nada —informó por su intercomunicador.

—Puede que se hayan escondido en la fábrica de al lado —respondió Xenon—. Mira a ver.

—¿Yo solo? ¿Por qué no avisamos a los demás y nos vamos de aquí?

—No. Puede que nos sigan. Mira a ver, maldita sea.

—Oye, aunque seas bueno en lo tuyo, solo eres un mercenario. No mandas. Te pagamos para...

—¡Calla idiota, y estate atento!

En ese momento, el Capitán destrozó la cabeza del cyborg con su escopeta antiblindaje. El terrorista cayó al suelo, fulminado. Los clones salieron al exterior y corrieron hacia el garaje, disparando contra la puerta.

—¡Mierda! —exclamó el mercenario— ¡A la nave!

Xenon subió raudo y se puso a los mandos. El otro terrorista se introdujo en la parte trasera, pero Berllerak se asomó a través del cristal superior, agujereando al criminal de un único y certero disparo en la frente. Todos los clones dispararon a la nave. Xenon arrancó y a punto estuvo de atropellar a los agentes, que esquivaron el vehículo a duras penas. Berllerak no pudo sostener el equilibrio debido a su tobillo y cayó al suelo. La nave abandonó el garaje y voló alto, rumbo al mar.

—¡Tenía que haber subido yo a la nave! —protestó ElArtista.

—Fallo técnico —admitió Berllerak, levantándose.

—¡Al menos le habrás puesto un localizador! —dijo mientras salían corriendo de la fábrica.

—Sí.

Aunque el mercenario tenía ventaja sobre los clones, su nave no era militar: al cabo de dos minutos, su radar detectó seis cazas enemigos. Night Stalker iba ligeramente adelantado a sus compañeros, ya que al correr más deprisa había llegado a su nave antes y les había sacado unos segundos de diferencia.

—Haga el favor de rendirse —ordenó Lainier por radio—. Su nave es una castaña. No puede huir.

Por supuesto, el cyborg no paró. En vez de eso, arrojó el cadáver de su compañero al exterior. Stalker lo esquivó, pero después pensó en que podría caer sobre alguien: una posibilidad remota, pero posible, así que tuvo que variar el rumbo. Lanzó un misil térmico al cadáver, y lo fulminó. Eso le hizo perder bastante tiempo.

“Mierda”, pensó. “Perderé 20.000 euros”.

En ese momento, las naves del Cuerpo de Asalto pasaron por encima de él.

—¡Coño! —exclamó— ¡Realmente los voy a perder!

—Acabamos de entrar en una zona totalmente despoblada —informó Berllerak—. Sugiero derribarlo ya.

—Deberíamos cogerlo vivo —dijo Lainier.

—Mala idea. Quizás esté llamando a sus colegas. Además, enseguida volaremos sobre población: sin duda eso es lo que busca.

—Le daremos un ultimátum —dijo Lainier, activando la radio—. Escucha, mamón. O bajas la nave ahora, o te damos por culo. Tienes tres segundos.

No hubo respuesta.

—Muy bien —dijo Lainier—. Fuego total. Aniquiladlo.

Los láseres y los misiles llenaron el cielo. Xenon no tenía nada que hacer. Usó el asiento eyector. La nave explotó, y el asiento desplegó el paracaídas.

—Bueno, al final lo cogeremos vivo —dijo Lainier.

—Está ganando tiempo hasta que lleguen los refuerzos —conjeturó Berllerak—. Matémoslo.

—Buena idea —dijo Stalker.

—Secundo la moción —añadió ElArtista.

—El radar no indica nada —informó Tete—. Por ahora tenemos tiempo.

—Entonces lo detendremos —dijo Lainier.

Finalmente, el mercenario y las naves se posaron en tierra. Estaban en medio de una zona arenosa.

—¡Rifle! —advirtió el Capitán.

Xenon disparó con su arma a la nave Lainier, pero no pudo dañarla seriamente. Después corrió hacia el caza de Berllerak. Lainier, ElArtista y el Capitán decidieron no disparar, ya que desde su posición podían alcanzar a alcanzar a su compañero. Berllerak, Tete y Night Stalker abrieron fuego. Los potentes láseres de los cazas provocaron graves daños en el cyborg, que quedó inerte en el suelo.

—Voy a bajar —dijo Stalker.

—Bien —respondió Lainier.

—Je... 20.000 euros pa mí —murmuró Stalker mientras abrió la cabina.

—¿Con ayuda nuestra? 10.000, muchacho.

—Bueno, lo que sea.

El cazarrecompensas se bajó.

—¡Se acercan dos naves más! —advirtió Tete, consultando el radar— ¡Pequeñas y rápidas! ¡Estarán aquí en cinco minutos! ¡Vuelan bajo!

—Son los otros dos terroristas. —dijo Stalker—. Podemos acabar con ellos.

—¿Y por qué se acercan? ¿No tienen miedo a morir? —se preguntó Lainier en voz alta—. Seguro que esas naves no van tripuladas. Son una trampa. Cargadas de explosivos, o algo peor.

—Te recuerdo que había antimateria en La Kúpula —advirtió Berllerak.

—Si la tuvieran la habrían usado en los atentados.

—No hay tiempo de discutir —protestó Tete.

Mientras tanto, Night Stalker había examinado el cuerpo de Xenon en busca de bombas. Estaba limpio. Arrastró al mercenario hasta su caza y lo sujetó al asiento de atrás con correas de acero electromagnéticas.

—Berllerak y yo derribaremos esos aviones —dijo Lainier—. Los demás, alejad al cyborg de aquí.

Lainier y Berllerak salieron al encuentro de las naves. No tardaron en toparse con ellas. Se dirigían directamente hacia ellos. Eran dos cazas de gama media. Los criminales les lanzaron un par de misiles. Los criminales los esquivaron

y dispararon dos contramedidas, que eliminaron los proyectiles enemigos.

—¿Qué opinas? —preguntó Lainier.

—No sabría decir —dijo Berllerak—. Los sensores no indican nada, claro, pero qué iban a indicar...

—Bueno, como ya tenemos a un tipo vivo, no pasa nada. Acabemos con ellos.

Lainier y Tete maniobraron audazmente, situándose detrás de las otras naves, ligeramente por encima. Lainier disparó los láseres. El ala izquierda de uno de los cazas enemigos quedó dañada. El avión se desestabilizó y se precipitó a tierra, estrellándose. Nadie había intentado escapar. Berllerak lanzó un misil a la otra, que estalló en pedazos.

—Traed a Xenon —ordenó Lainier a los demás—. Hemos acabado con las naves.

Los cazas bajaron a tierra de nuevo y los tripulantes salieron al exterior. Stalker lanzó al mercenario al suelo y sacó sus cuchillos, preparándose para una interesante sesión.

—Venga —dijo Lainier al cyborg—, dinos algo interesante.

—Empezad de una vez —dijo Xenon.

—Sin duda —dijo Berllerak, jeringa en mano. Una especial para cyborgs.

—¿No sería mejor esperar? —preguntó Lainier—. Está hecho una mierda y puede que palme antes de decirnos nada.

—No parece tener nada vital dañado, y es mejor intentar sonsacarle ahora —Berllerak inyectó la droga en un conducto del cuello de Xenon diseñado para la administración de medicinas—. Tenían previsto esperar instrucciones hoy.

Mientras el suero hacía efecto, Berllerak y Lainier examinaron los restos de los aviones.

—Parece que estaban vacíos —dijo Berllerak.

—Entonces quedan por aquí al menos dos terroristas —dijo Lainier.

—¡Ya he informado a comisaría! —dijo Tete desde lejos.

—¡Bien!

Night Stalker se estaba dedicando a dismantelar las maltrechas placas del cyborg. Cuando acabó, el suero ya había comenzado a actuar. Lainier y Berllerak se acercaron.

—Bien —dijo Stalker, sentado en el suelo a la derecha del mercenario—. Dinos dónde están los demás.

—Te... den pol culo... —murmuró Xenon con voz temblorosa.

—Mamona —Stalker clavó su cuchillo entre las costillas izquierdas del cyborg.

—¡Yaaaarg!

—Si fui capaz de hacer hablar al pringao del puerto, que tenía convicciones ideológicas, tu también acabarás hablando, que solo lo haces por la pasta, así que no prolongues la agonía.

—Perdón —dijo ElArtista acercándose a la espalda de Night Stalker—, pero el que hizo hablar al del puerto fui yo.

—¿Qué más da? —protestó Stalker, echando una mierda de reajo a ElArtista—. ¡No me jodas el clímax!

—¡Oooy! —dijo ElArtista alzando las manos en señal de indignación—. ¡Perdone el señorito!

—Bueno, ¿por donde íbamos? —prosiguió Stalker, centrándose de nuevo en el mercenario—. Ah, sí...

Stalker hurgó con el cuchillo y arrancó una de las costillas. Eran metálicas.

—¡Aaaaaaaaargggggg! —gritó Xenon.

—Veenga... dime dónde están.

—¡No lo sé!

—¿Cómo que no? Venga, otra costillita...

Stalker hurgó en otra costilla.

—¡¡Eeeeg!! ¡¡Nos daban órdenes desde lejos!! ¡¡La última vez que los vimos fue en la estación del Molino Azul!

—¿Cómo puedo contactar con ellos? Porque tú ibas a contactar con ellos... dime cómo.

—Videoconferencia...

—Sigue.

—Tenemos una contraseña de acceso...

—Ya puestos, que porqué no contactas como si nada hubiera pasado...

—¡No!

—¿No? A la mierda con la costilla.

Night Stalker arrancó otro trozo de metal.

—¡Aaaaahhh! ¡B... bien, de... acuerdo!

—¿Ves como es muy fácil? Empecemos por algo importante... ¿Tenéis algún aviso para alertar a vuestros superiores de que estáis siendo vigilados?

—Er... —el cyborg vaciló.

—Habla.

—Cuando empiece la videoconferencia, debo decir “todo está despejado”, y ellos “aquí igual”. Hablamos en silkeriano.

—¿Podemos fiarnos de eso? —preguntó Lainier.

—Ningún suero de la verdad es totalmente fiable —explicó Berllerak—, y menos en cyborgs. Pero bueno, no tenemos nada que perder.

—A menos que nos lleven a una trampa.

—Maravillas de nuestro trabajo.

Los clones esperaron a que Xenon estuviera algo más repuesto. Mientras tanto, hicieron traer una Nareel como la empleada por los terroristas. Se dirigieron a un punto del mar dentro de la nave, y esperaron. Llegadas las 12:00 de la noche, activaron el ordenador central de la nave y se inició la videoconferencia. Los clones estaban apuntando al cyborg a la cabeza, excepto Berllerak, que estaba manejando el ordenador. Por supuesto, se habían colocado fuera del alcance de la cámara, y Xenon estaba sentado de forma que solo se le viera la cara, la única parte de su cuerpo que habían tenido tiempo de reparar.

En pantalla apareció un tipo de unos cuarenta años, vestido con un uniforme similar al del otro terrorista abatido en la fábrica. Era rubio, con entradas y peinado hacia atrás. Los clones le reconocieron como el terrorista identificado en Beijing. Se llamaba Larstersson y era eneano.

—Todo despejado —dijo Xenon en silkeriano.

—Aquí también —respondió el otro en el mismo idioma.

—Nos hemos ocupado de cinco policías, pero ningún clon.

—Lo sabemos. Hemos visto las noticias.

Berllerak estaba analizando la conversación. No había lag. Eso significaba que el nuevo terrorista debía estar en el planeta.

—Espero instrucciones —dijo el mercenario.

—Mañana por la tarde emitiremos un comunicado televisivo con nuestras exigencias. —informó Larstersson—. Venid con nosotros. Hablarás a mi lado. Tu presencia impondrá respeto.

—Sí.

—Estaremos en Kyoto.

—¿En Kyoto?

—Sí. Ya nos pondremos en contacto contigo. No vengas con tu nave. Llamaría la atención.

—Pregúntale qué coño hacen en Kyoto —susurró Lainier acercando los labios a un micro que enviaba el sonido directamente al oído del mercenario.

—¿Qué... hacéis en Kyoto? —preguntó Xenon.

—Eso es asunto nuestro.

—Diles que ya que vas a tener que desplazarte, te gustaría saberlo —dijo Lainier.

—Si he de ir hasta allá, me gustaría saberlo —dijo el cyborg.

—No —dijo Larstersson secamente—. Pero se te pagará.

—Bien.

—Que los demás se dispersen por Thuris. No me importa a dónde vayan, pero los necesitamos de enlace. Eso es todo.

—Da acuerdo.

La comunicación se cortó.

—Si la información de Kraus es correcta, quedan dieciséis terroristas —dijo Lainier durante otra apasionante reunión en el despacho de VanderHall—. De esos dieciséis, solo dos están fichados. Estamos intentando recopilar información sobre los demás, pero como la mayoría de ellos son de otros planetas, los avisos tardarán días en llegar a su destino, y luego debemos esperar respuesta. Uno de los fichados es Larstersson, el eneano que fue identificado en Beijing. El otro es Guus Riin y parece ser el jefe. Riin es un thorn, y se opuso al proceso de Unificación Imperial en su planeta. Llevó a cabo diversos ataques terroristas contra los militares. Su hermana, también contraria a la junta militar, aunque ajena al movimiento rebelde, se exilió en Silkeria y murió en accidente de coche unos años después mientras visitaba Noctem, aunque Riin proclama que fue asesinada por agentes thorn para vengarse contra él o para intentar sacarle información. Riin acabó ingresando en La Kúpula, y el resto ya lo sabéis.

—¿Y qué pintan en Japón? —preguntó VanderHall.

—No sé. ¿Qué pintan?

—Quiere mercenarios —dijo un joven que apareció de repente en una pantalla situada sobre la cabeza de VanderHall. Debía tener la misma edad que los clones. Era rubio, con el pelo peinado hacia atrás. Llevaba el mismo uniforme que Lainier, pero con la camisa de color azul claro.

—Kuroshima es el líder del Cuerpo de Asalto Nipón —explicó VanderHall—. Los he avisado. Colaborará con nosotros.

—Es un honor para mí el conocerle —dijo Lainier—. He oído hablar mucho de usted. Durante la guerra, tuve contacto con algunos miembros de su grupo.

—El honor es mío —dijo Kuroshima—. Podemos tutearnos, si le parece bien.

—De acuerdo. Estaba guardando las formas por respeto a la tradición nipona. Pero no tienes aspecto oriental.

—Es verdad. Nací en Francia. Pero como sabes, Francia no ha autorizado la creación de un Cuerpo de Asalto clon, así que para llegar a lo más alto me vine a vivir a Japón en cuanto cumplí la mayoría de edad. Es un país fascinante, y ahora ya no hay tantos prejuicios contra los gaijin, así que logré convertirme en jefe del Cuerpo de Asalto Nipón. El resto de mi grupo sí tienen aspecto japonés. Bueno, a lo que iba: el caso es que creemos que Larstersson está aquí para contratar mercenarios. Aquí los hay buenos.

—¿Los hay?

—¿Sabes lo que es un ninja?

—¡Claro que lo sabemos! —intervino ElArtista—. ¡Hace una semana un ninja me levantó unas hombreras de tela de

conjuro, y el cabrón jugaba con un guerrero!

—¿Ein?

—¿No estábamos hablando de videojuegos? ¡Jajajaja!

—Más bien me refería a un asesino experto en sigilo y artes marciales, que usa armas blancas, arrojadizas, cadenas, etc., y que siempre va vestido ocultando sus rasgos.

—¿Estás de broma? —dijo Lainier—. Esas cosas no... —el clon hizo una pausa y echó un vistazo a Night Stalker. El cyborg sonrió enseñando los dientes y saludó con la mano. Lainier volvió a fijar la vista en la pantalla— ¿Qué me decías?

—Hay un clan de ninjas que se venden a cualquiera. El clan del Topo Rojo.

—¿El Topo Rojo?

—Se hacen llamar Topos porque están ocultos, inmersos en la sociedad. Los rumores dicen que llevan vidas normales, en trabajos normales, pero además son ninjas.

—¿Son duros?

—Los informes, confusos y contradictorios, indican que hay varias clases de estos tipos. La mayoría no son rivales para un clon, pero solo un humano bien entrenado podría detenerlos. Y hay otros que son cyborgs. Están al nivel de Night Stalker.

—¿¿Qué??

—¿Ninjas cyborgs? —preguntó ElArtista—. ¡Eso suena a peli de serie Z!

—Pues haberlos haylos, y sobre los líderes no sabemos nada —prosiguió Kuroshima—. El caso es que todos los ninjas responden al arquetipo que he mencionado antes. Por ejemplo, no emplean nunca armas de fuego. Por cierto, no sabemos cómo se reconocen sus miembros entre sí. No llevan ningún símbolo en común en el cuerpo, ni nada por el estilo. Además, siempre ha resultado imposible capturar a alguno con vida. Prefieren la muerte. Pero por lo general, ni siquiera somos capaces de encontrar a uno de ellos. La última vez que la policía vio a un ninja fue hace cinco años.

—¿Todos se suicidan? ¿Tanto temen a sus jefes o es por lealtad?

—Lealtad.

—¿Seguro? A ver si van a tener nanomáquinas implantadas, como tenían los kupulenses...

—Cada vez que llegamos a uno, ya está muerto, y cuando analizamos el cuerpo no hay nanomáquinas, claro que pueden haber desaparecido del cuerpo tras la muerte... De hecho, los ninjas mueren por falta de oxígeno en el cerebro, lo cual indica acción de nanomáquinas o quizás algún veneno que no deja rastro. Pero si tuvieran tales nanomáquinas, dudo que pudieran monitorizar sus acciones o pensamientos. Primero, porque tal tecnología es jodida de hacer: solo Sigfried ha conseguido desarrollar algo tan preciso, y es un genio clon. Y segundo, porque a veces hemos encontrado personas muertas, algunas de ellas potentes cyborgs, sospechosas de ser ninjas, mediante seppuku. De ahí dimana la certeza de que la lealtad es muy importante para ellos. Por tanto, activarían las nanomáquinas voluntariamente.

—¿Seppuku? —preguntó VanderHall.

—Suicidio ritual —respondió Lainier—. Si fallas o deshonras a alguien, es menester cometer Seppuku.

—Creía que eso era Hara-kiri —dijo VanderHall.

—Seppuku es un término más adecuado. El suicida se corta el estómago de lado a lado, para asegurar la muerte. A ser posible, hay un compañero al lado que corta la cabeza del suicida después de que se destripe. Para que no sufra, supongo.

—Así es. Muy bien, Lainier —dijo Kuroshima.

—Yo me ofrezco a ayudarte con lo de la cabeza, Lai —dijo ElArtista.

—Calla —ordenó Lainier echando una mirada desaprobatoria a su compañero. Después volvió a dirigirse a Kuroshima—. ¿Cuántos ninjas hay? ¿Cuántos podrían contratar?

—Sus servicios son caros, y solo se les contrata para matar —respondió el líder del Cuerpo de Asalto Nipón—. El precio exacto nadie lo sabe. Pero teniendo en cuenta el presupuesto que tenían los terroristas, y sin contar lo que se han y podrían haberse gastado en otras cosas, pues... pueden contratar de tres a cinco cyborgs, seguramente.

—Bah, no son muchos —dijo ElArtista.

—¡Presta atención, coño! —gritó Lainier—. Kuroshima ha dicho que son tan buenos como Night Stalker...

—Puede que más... —advirtió Kuroshima.

—Estoy deseando comprobarlo —dijo Stalker.

—Pues eso —prosiguió Lainier—. Cinco de esos podrían matarnos a todos, ¿no?

—Uh... es probable... —admitió Kuroshima.

—Cojonudo.

—Pero como he dicho, esos terroristas no pueden dedicarse a gastar todo el dinero en mercenarios.

—Ya. Pero a estas alturas seguro que ya han conseguido más dinero.

—Bueno, cierto...

—¿Cómo vamos de tiempo?

—Bueno, no sabemos cuándo entraron los terroristas en Kyoto. Vamos a suponer que solo quieren estar el tiempo justo, como es lógico. Luego llegarán hoy o mañana. Reunirse con los ninjas no es fácil... les puede costar semanas... Si les cogemos antes, todo bien. Si les cogemos después, peor. Estos tipos cumplen los contratos mientras la parte contratante tenga posibilidades de pagar, aunque esté en prisión, a menos que sea una prisión tan segura que ni los ninjas puedan infiltrarse para matarlo en caso de que no quiera pagar.

—Lógico.

—Por lo general, cobran la mitad por adelantado, y la otra se entrega tras el asesinato. Un cliente puede rescindir el contrato en cualquier momento, pero pierde el primer pago. El contrato también queda roto cuando el cliente no puede pagar o está muerto. Matan a cualquiera que supere la mayoría de edad, según los cánones establecidos para cada individuo. Ya sabes que esas cosas cambian según los países... y no veas según los planetas...

—Bueno... ¿qué más?

—¿Te gusta el anime?

—Uh... sí. ¿Qué tiene que ver esto con la misión?

—Absolutamente nada, pero como no podéis trabajar hasta que arreglen a Xenon y yo tampoco tengo nada que hacer hasta dentro de media hora, que echan una serie de anime por la tele... Pues eso, que si te gusta el anime...

—¡Mi despacho no está para conversaciones privadas! —se quejó VanderHall.

—Luego me llamas —dijo Lainier.

—Ok —Kuroshima cortó la comunicación.

—Joder. Este tipo está tan mal como Lai —señaló Berllerak— ¡Estamos jodidos!

## II TIERRA DE NINJAS

Los clones viajaban en una nave pilotada por Berllerak rumbo al aeropuerto de Nagoya. No convenía ir directamente a Kyoto para no advertir a los terroristas. Todos iban vestidos de civiles, incluyendo a Night Stalker, aunque transportaban su cuerpo militar. ElArtista iba sentado al lado de Lainier, mal que le pesara a éste último.

—Si nos encontramos con uno de esos Topos... —comenzó a decir ElArtista—. ¿Podemos preguntarle por topotamadre?

—Déjate de chorradas, coño... —dijo Lainier.

—La putada es que no sabrán castellano, así que no podré decírselo. Pero si no, lo hacía.

—Joder, qué cansino.

—¡No tienes sentido del humor, joder!

—Cuando veas a uno, preocúpate solo de que no te clave el ninja-to.

Las mejores espadas eran capaces de vibrar a hipervelocidad, y algunas incluso generaban en sus filos temperaturas enormes similares a las de un rifle láser. Podían cortar muchos metales fácilmente. Otras espadas llevaban incluso otros mecanismos adicionales.

—Pero unos tipos que solo usan armas blancas... bah... no pueden ser tan peligrosos...

—Te lo repetiré de nuevo... ¿tú has visto a Night Stalker? Apenas usa los láseres. Se abalanza con sus garras y punto.

—Pero él no se enfrenta a clones.

—Kuroshima dijo que eran duros. Deja de subestimar al enemigo.

—En realidad, sólo lo hago para putearte.

—No es bueno putear a los compañeros antes de una misión.

—Pues lo llevo haciendo desde que nos conocemos, así que deberías estar acostumbrado.

—A ti no se acostumbra nadie.

—Vale, ahora, hablando en serio, tengo una de mis ideas descabelladas.

—Dime.

—No busquemos a los terroristas. Busquemos a los Topos. Contratémoslos para matar a los terroristas antes de que los terroristas los contraten para matarnos a nosotros.

—Brillante, Artista, brillante... Pero ese plan tiene dos problemas. Primero: ¿van a querer trabajar para la policía? Y segundo... ¿van a estar dispuestos los gobiernos de Japón y Thuris a eso?

—No creo que suponga un problema que esos ninjas trabajen para nosotros. Kuroshima no dijo nada sobre quiénes admiten como clientes, y no sería la primera vez que unos mercenarios trabajasen para un gobierno de la Asociación. En cuanto al visto bueno de los gobiernos en sí... bien, tú habla con ellos. Si dicen que sí, de puta madre. Si dicen que no, haremos oídos sordos. ¡Ja, ja!

—Claro que dirán que no. Si nuestro gobierno no ha pensado ya en recurrir al terrorismo de Estado, no creo que cambien de parecer porque de repente les llames tú y les sugieras tal posibilidad.

—¿Llamarles yo?

—Ah, ¿que encima esperabas que lo hiciera yo? ¡La idea es tuya! ¡Yo no pienso ser cómplice de asesinatos!

—¡Pero seguro que a ti se te ocurre algo para convencerlos! ¿Tú no eras experto en doblegar gobiernos?

—No, no se me ocurre nada para convencerlos. Si quieres, coge tu teléfono ahora mismo y coméntales el tema.

—Mmm... ya si eso, mañana..

—Pues eso.

—Entonces, si te digo que voy a hacer una colecta para contratar a los ninjas, te cabrearás por convertirte en encubridor, ¿verdad?

—Me cago en tu vida... Haré como si no hubiera oído eso.

—¡Exacto! ¡Cuando los de asuntos internos te pregunten algo, tu di que no oíste nada!

—Tas jugando con fuego...

—Si solo se tratase de mí, no estaría dispuesto a meterme en tales berenjenales. Pero como la seguridad de Olmaly está en juego, estoy a dispuesto a dejarme una pasta.

—¡Tú haz lo que quieras, pero que no me entere yo! ¡Deja de contarme tus putos planes!

—Yo no pienso contratar a nadie —dijo Tete, lanzando una mirada fulminante a ElArtista.

—Ni yo —dijo el Kapitán.

—Yo tampoco —añadió Berllerak—, pero no por consideraciones morales, sino porque no estoy para hacer gastos.

—Claro, cabrón —dijo ElArtista—, te compraste un Ferrari.

—Conmigo tampoco cuentas —advirtió Night Stalker—. No es porque a mí en teoría no me persigan, sino porque mis principios me impiden hacer ganar un montón de dinero a unos cerdos a los que debería desollar por asesinos... ¡y cobrar la pertinente recompensa!

—Bien, Artista —dijo Lainier—, a menos que tengas mucho pero mucho dinero, olvídate de la gilipollez de contratar sicarios y céntrate en atrapar a los terroristas.

—Contratar asesinos por miedo a que nos maten es la absurdez más grande que he oído —dijo Tete dirigiéndose a ElArtista—. ¿Vas a hacer eso siempre que quieran matarnos? Somos policías, joder.

—¿Pero por qué todo el mundo no hace más que repetirme que si voy a hacer siempre tal y cual? —protestó ElArtista.

—Porque estás tonto —señaló Lainier.

—¿No te dije al principio de todo que era una de mis ideas descabelladas?

—Sí, pero curiosamente algunas de tales ideas suele ser buena. Pero este no es el caso.

Al cabo de cinco minutos, la nave aterrizó en el aeropuerto de Nagoya, en una sección privada alejada de ojos indiscretos. Kuroshima les estaba esperando, acompañado de cinco agentes.

Los visitantes bajaron del vehículo. Se produjo un intercambio de reverencias japonesas. Pero ElArtista prefirió dar la mano al estilo occidental.

—Konnichi-wa —dijo Kuroshima durante su saludo.

—Konnichi-wa —repitió Lainier durante el suyo.

—Yo os acompañaré por el país mientras no esté ocupado. El resto de mi Cuerpo de Asalto está investigando por su cuenta.

Los policías salieron del aeropuerto, y subieron a tres coches de color rojo, conducidos por agentes nipones. Los clones se dividieron por parejas: Tete y el Kapitán; Berllarak y ElArtista y finalmente Lainier y Night Stalker.

—Este coche tiene el volante en el lado equivocado... —murmuró ElArtista al tomar asiento—. A ver si nos vamos a matar antes de llegar...

Cada coche tomó una ruta distinta rumbo a Kyoto. Kuroshima iba al volante del coche donde viajaban Lainier y Stalker. Stalker estaba sentado detrás del líder del Cuerpo de Asalto Nipón.

—Stalker —dijo Kuroshima—, he estado informándome sobre vosotros. ¿Puedes decirme donde aprendiste ninjutsu?

—Ah, ¿es ninjutsu lo que haces? —preguntó Lainier, que no entendía de artes marciales avanzadas.

—No, no puedo decirlo —respondió Stalker.

—¿Por qué no? —preguntó Kuroshima.

—Porque no.

—Desde luego no fue en un dojo oficial japonés. Y hay pocos lugares en el resto de la galaxia donde se practiquen artes marciales parecidas.

—Soy un experto interrogador y noto que tus preguntas no son para amenizar el viaje, sino que quieres sacarme algo.

—Me preguntaba si donde aprendiste a luchar coincidiste con alguien que pudiera ser un Topo Rojo.

—La respuesta es no.

—Encuentro sumamente inquietante que no puedas revelarme quién te enseñó a luchar.

—¿Estás insinuando que pretendo ayudar a los Topos Rojos? ¿En serio te has informado sobre mí o solo lees la prensa amarilla?

—Solo quería saber si alguna vez conociste a alguien que ahora pudiese ser un Topo. Eso no implica que estés de parte de ellos.

—Me alegra que sea así, porque me tomo las afrentas a mi honor con la misma seriedad que los japoneses.

—Si Night Stalker sospechase que tiene un dato mínimamente útil, lo proporcionaría —dijo Lainier.

—Tengo entendido que tras la guerra compraste una casa en Tokyo —dijo Kuroshima, dirigiéndose a Lainier.

—Así es.

—Una casa de estilo antiguo, con su jardín zen y todo...

—Sí.

—Te debió costar una pasta. En Tokyo no sobra suelo precisamente.

—Bueno, el anterior dueño me hizo un buen descuento. Su familia en Kobe pasaba apuros tras el ataque neo, así que le urgía vender la propiedad para ayudarles. Además, la tengo alquilada casi todo el año.

—Aún así barata no sería.

—Aún no he acabado de pagarla.

—¿No tienes también un piso en Hong Kong?

—Ese sí que me costó barato. Me hicieron un descuento del 50% por ayudar a las autoridades chinas durante mis vacaciones en el país. También lo suelo alquilar.

—Conozco el caso. ¿La jefa del Cuerpo de Asalto Chino está tan buena como parece en las fotos?

—Por supuesto que no. Está más buena.

—No se ande por las ramas —requirió Stalker a Kuroshima. Después se giró hacia Lainier—. ¿No te das cuenta de que también te quiere sonsacar algo?

—Claro que lo sé —respondió Lainier—. Pero de momento no tengo motivos para no responder.

—Tengo entendido que tu casa en Valencia no estaba mal, y conduces un deportivo... —prosiguió Kuroshima—. ¿Cómo puedes pagar todo, por mucha ganga que te resultasen sus propiedades?

—No sé cual será tu sueldo, pero yo me saco dos mil euros al mes.

—Es un buen sueldo, pero llevas pocos años trabajando.

—Ahora viene la parte en que me preguntas si atraqué el Banco de Inversión de Thuris.

—Lo siento, he empezado a divagar. No era mi intención ofenderte. Te pido disculpas.

—No te excuses. Eres un policía y es normal que quieras saber con quién estás tratando. Sobre todo teniendo en

cuenta el código de honor japonés. Sería deshonoroso trabajar con un corrupto.

—Entonces, ¿atracaste el Banco de Inversión de Thuris?

—¿¿Cómo te atreves?? —dijo Stalker sobresaltándose y precipitándose hacia delante: Lainier le detuvo interponiendo la mano izquierda, y por suerte el cazarrecompensas se calmó, porque obviamente era imposible que Lainier pudiese hacer nada para detenerlo.

—Era una broma —dijo Kuroshima.

—Disculpa a mi compañero —dijo Lainier.

Night Stalker consultó de nuevo su móvil.

—Lainier, tengo que ir a Tokyo a hacer unas gestiones y quiero que me acompañes —dijo el cazarrecompensas.

—Hemos venido a trabajar —replicó Lainier.

—Precisamente.

—¿Es una pista? —preguntó Kuroshima.

—Son unas gestiones. No haga tantas preguntas y confíe en nosotros.

—Bien. Os llevaré a Tokyo. Pero cuidado con lo que hacéis por ahí.

—No se preocupe. No vamos a atracar bancos ni asesinar a nadie.

—Mi casa está disponible si necesitamos alojamiento —dijo Lainier rápidamente para evitar que Stalker y Kuroshima se enzarzasen en una posible disputa—. En esta época del año no la tengo alquilada porque es temporada baja.

—Bien, pues que nos dejen allí.

Kuroshima dejó a Stalker y Lainier en la entrada de la casa: una verja de color negro. La propiedad estaba rodeada de un muro de ladrillos de tres metros de alto. El resto de viviendas del vecindario eran similares. El líder del Cuerpo de Asalto pulsó varios controles en el sistema de seguridad mientras Kuroshima se alejaba. La verja se abrió.

—En cuanto nos aseguremos de que Kuroshima está lejos, nos vamos —dijo Stalker, pasando al interior.

—Lo de que no conocías a ningún Topo Rojo era mentira, ¿no? —preguntó Lainier.

—Era cierto. Pero conozco a gente que puede conocer a algún Topo Rojo.

—¿Quiénes?

—Tendrán que ser ellos quienes te respondan, si quieren.

—¿Son los que te enseñaron ninjutsu?

—¿Qué más te da?

—Las leyendas dicen que hay un clan de artistas marciales llamado Koyl que opera en toda la galaxia conocida. ¿Es cierto?

—Ya pareces Kuroshima, coño.

—También soy poli.

—Lo único que debes saber es que han aceptado ayudarnos, pero quieren verte en persona.

—¿Por qué?

—Son tradicionalistas, gente ceremoniosa. Desean hablar con quien van a ayudar. Ah, que sepas que tendré que dormirte a la ida y a la vuelta.

—Joder con los secretismos. Está bien, ¡pero que no me entere de que me haces tocamientos!

Cuando se despertó, Lainier se encontraba con los ojos vendados, aunque tenía libertad de movimientos. Parecía estar dentro de una casa, pero no estaba seguro.

—Puedes quitarte la cinta, Lai —dijo Night Stalker, situado detrás de Lainier.

—Supongo que conoces mi neurosis acerca de mis ojos... —objetó Lainier.

—Es absurdo. Ocultando solo los ojos no evitarás que luego te reconozcan si te ven por ahí sin nada en la cara.

—Por eso se llama neurosis.

—Sin embargo, necesitamos ver los ojos del gaijin para juzgar si es digno —dijo una voz grave. Lainier calculó que la persona era un varón de unos sesenta años. Hablaba japonés, idioma que Lainier dominaba en cierta medida, y a menos que la acústica del lugar estuviese convenientemente preparada, el hombre se encontraba a diez metros. También escuchó el leve sonido de gente sentándose en el suelo.

Lainier se quitó la venda. Frente a él había cinco hombres sentados en el suelo de madera, vestidos con kimono y con los rostros ocultos por elaboradas máscaras. Lainier miró a su alrededor. Todo era de madera. La sala debía tener unos cien metros cuadrados de superficie, y las ventanas estaban cubiertas por mantos negros.

Night Stalker hizo una gran reverencia. Los cinco hombres se inclinaron levemente. Lainier realizó un reverencia media.

—Preséntate, gaijin —requirió uno de los hombres.

—Soy Lainier Sind, jefe del Cuerpo de Asalto de Thuris y general provisional de las tropas terrestres durante la Guerra Interplanetaria.

—¿Qué deseas, Lainier Sind? —preguntó otro. Parecía el que Lainier había escuchado antes de descubrir sus ojos.

—Necesito ayuda —requirió el clon—, pues unos terroristas están en Kyoto para contratar a ninjas del clan del Topo Rojo.

—¿Qué clase de ayuda deseas, gaijin? —preguntó otro.

—Cualquiera que me ayude a capturar a los terroristas, y si ya han contratado a esos ninjas, a detenerlos.

Teniendo en cuenta que Stalker había hablado previamente con es gente, estaba claro que no realizaban estas preguntas por desconocimiento. Stalker tenía razón: eran tradicionalistas y estaban siguiendo un protocolo. Además, así probablemente estudiarían las reacciones de Lainier.

—Stalker nos dijo que el encuentro con el enemigo se produciría mañana mismo. Los asesinos ya han sido contratados. Los Topos Rojos han diseñado un potente veneno en los últimos años. Debido a lo costoso de su producción, no lo habían usado en sus trabajos hasta el momento: se lo reservaban para ocasiones como esta. Eso quiere decir que la policía no tiene antídoto, pero los Topos sí. Hemos logrado hacernos con una dosis del antídoto. Se la daremos a Stalker cuando abandonéis este lugar. Desconocemos el efecto exacto del veneno, pero creemos que mata a un ser humano en cuestión de segundos. Como sois clones, es posible que resistáis unos minutos.

—Si acepto el antídoto, ¿estaría en deuda con ustedes?

—¿No pagas tus deudas?

—Depende del precio a pagar. Y por supuesto, no hablo de dinero.

—¡Eres como dijo Stalker! —rió el hombre de la voz grave—. No te preocupes por eso. Fue Stalker quien acudió a nosotros. Él es quien está en deuda.

—Les estoy muy agradecido —Lainier realizó una profunda reverencia hasta tocar la cabeza con el suelo.

—Puedes irte en paz.—dijo el hombre de la voz grave mientras todos los misteriosos hombres respondían al clon con una ligera inclinación de cabeza— ¡Y recuerda que ese antídoto no servirá de nada si dejas que el ninja-to te rebane el cuello!

Lainier se despertó. Estaba en el salón de su casa japonesa. El diseño y la decoración eran tradicionales japoneses, casi de la época feudal. Solo el televisor y el ordenador desentonaban. El líder del Cuerpo de Asalto se incorporó. Stalker estaba sentado enfrente, y entre ellos se interponía una mesa de madera con varios platos y cuencos repletos de...

—¡Sushi! —gritó Lainier haciendo una mueca de asco—. ¡Odio el sushi!

—¿Odias el sushi? —preguntó Stalker sorprendido mientras cogía un trozo de pescado con los palillos— ¿Y qué coño comes cuando vienes aquí?

—Me voy a un restaurante ibérico o italiano...

—Si lo llego a saber me espero...

—Ni de coña, en los restaurantes hay mucha gente y nos pueden reconocer —Lainier examinó las viandas con los palillos— Mmm... al menos hay gambas... Oye, espero que hayas llevado la muestra a la policía o algo...

—No, estaba muy ocupado comprando comida —Lainier lanzó una mirada asesina a Stalker— ¡Es broma, hombre! La policía ha llevado el antídoto a la sucursal de Cyborg Inc., a ver si logran sintetizarlo, aunque si lo tienen listo para mañana sería un milagro.

—¿Qué te ha dicho Kuroshima?

—Pues lo típico, que de dónde lo había sacado. Le he dado largas y afortunadamente no ha insistido. Tenía prisa: ya están preparando a Xenon para la operación.

Los clones comenzaron a engullir el sushi.

—Tienes razón —dijo Stalker, masticando—. Prefiero la tortilla de patatas. Aunque hay pocos lugares donde la hagan bien...

—Si acabamos con esos terroristas, os invitaré a una comilona en el restaurante donde curra el primo de Olmaly.

—¿Pero ese restaurante no era carísimo?

—El menú, dependiendo de la rareza de los ingredientes, oscila entre los 60 y los 500 euros.

—¿500 euros? Por ese precio el menú incluirá una prostituta que la chupe, ¿no? Comida post-comida...

—Oye, Stalker... ¿qué tipo de deuda tienes con esos tipos? Estuve tentando de preguntárselo, pero habría sido inútil o incluso contraproducente...

—No te preocupes. No me pedirán nada que vaya en contra de mi moral.

—¡El problema es que, tratándose de ti, eso no me tranquiliza demasiado! —dijo Lainier riendo.

Al cabo de unos minutos, el intercomunicador de Lainier sonó.

—Diga —dijo el clon.

—Xenon ha sido preparado —informó Kuroshima—. Los terroristas aún no se han puesto en contacto con él.

—Nosotros estamos aún en Tokyo. ¿Quieres que salgamos ya?

—No hay prisa. Con que lleguéis por la mañana a primera hora es suficiente. Es dudoso que le llamen durante la noche.

—Bien, nos vemos —Lainier cortó la conexión.

—A tomar por culo, pues —dijo Lainier.

Al día siguiente, todos los implicados estaban reunidos en la comisaría este de Kyoto. Xenon estaba sentado en una habitación blindada, vigilado por Kuroshima y Night Stalker. Le habían reconstruido el cuerpo. El Cuerpo de Asalto le observaba a través de un gran cristal. Obviamente, el mercenario no podía verlos. Berllerak había manipulado el cuerpo de Xenon. Tenía un emisor-grabador de audio y vídeo de alta tecnología, de forma que era improbable que la transmisión fuese interceptada por los terroristas, así como un localizador y un sistema de parada: pulsando un botón de un control remoto, el cuerpo del cyborg quedaría paralizado.

—Deberíamos haberle puesto una bomba —dijo ElArtista.

—Esos métodos no se llevan aquí —replicó Lainier.

—Qué gentuza... Por cierto, ¿qué coño pasa con el antídoto?  
—No han logrado sintetizarlo. Se han quedado unas gotas y nos han devuelto el resto por si acaso lo necesitamos. El intercomunicador interno del cyborg se activó. Estaba recibiendo una llamada.  
—Todo está despejado —dijo en silkeriano. Todos los policías estaban escuchando.  
—Aquí igual —dijo la otra voz también en silkeriano. La voz era de Larstersson.  
—Espero instrucciones.  
—Hay un viejo edificio en el oeste. Calle Shirow, 45. ¿Puedes estar aquí en veinte minutos o antes?  
—Sí.  
—Te esperaremos dentro.  
La comunicación se cortó.  
—Muy bien —murmuró Lainier.

Eran las 10:30. Xenon estaba frente al edificio, una construcción de diez plantas y cien metros de largo, en estado lamentable. Los pisos tenían pequeñas ventanas, y era imposible encontrar un cristal intacto en ellas. El edificio estaba en una zona pobre, y las ratas se escabullían entre la basura acumulada en las calles. El Cuerpo de Asalto estaba en la calle haciéndose pasar por mendigos, envueltos en mantas en los malolientes callejones. Night Stalker también estaba. Ahora llevaba el cuerpo militar, aunque al ir disfrazado, no llevaba la capucha. Habían colocado micrófonos y microcámaras alrededor para controlar la zona. Los agentes recibían la información en tiempo real en sus móviles, tanto del equipo de vigilancia callejera como del instalado en Xenon. Se habían dividido en dos grupos: ElArtista, Night Stalker y el Capitán estaban cerca de la entrada al edificio, mientras que Lainier, Berllerak y Tete estaban al otro lado, en la calle paralela.

—Espero que lancemos misiles contra el edificio si la cosa sale mal —dijo ElArtista por el intercomunicador.  
—¿Estás de coña? —preguntó Lainier—. No podemos usar misiles en una zona poblada.  
—¡Aquí solo están las ratas!

Xenon llamó a la puerta del edificio. Ésta se abrió. Un hombre de unos treinta y pico años, con el pelo corto y negro, peinado hacia atrás, apareció al otro lado. Examinó a Xenon con un escáner de mano, pero era evidente que una máquina tan simple no serviría para detectar nada en aquel cyborg enorme, y menos aún aparatos instalados por Berllerak.

—Adelante —dijo el tipo.

Xenon entró. Subieron cinco pisos por las escaleras. El ascensor no tenía pinta de funcionar. Llamaron a otra puerta, y les recibió otro hombre, de unos cuarenta años, con el pelo canoso y amplio bigote. Entraron.

—No reconozco a nadie... —dijo Berllerak, consultando su móvil.

—Ya consultaremos las bases de datos después —dijo Lainier—. ¿Son humanos?

—Bueno, si fueran cyborgs, habrían ocultado su temperatura corporal, a menos que sean modelos cutres sin regulador térmico —explicó Berllerak, interpretando los datos recibidos en el teléfono—. El termógrafo revela que todos desprenden calor normal.

Xenon pasó a una sala donde estaba sentado Larstersson sobre un sofá. Ante él había una cámara de vídeo sobre un trípode.

—Xenon —dijo.

—Hola —respondió el mercenario.

—¡Mierda!! —gritó Lainier, haciéndose a un lado. La espada atravesó el suelo. El ninja dio una voltereta, sacando la hoja y poniéndose en pie. Había caído desde lo alto, y habría atravesado a Lainier si no fuera por las microcámaras. Era un cyborg totalmente mecanizado, un modelo ágil, del mismo tamaño que Night Stalker. Como cabía esperar de un ninja, su cuerpo era de color negro, excepto el visor ocular, que era rojo oscuro.

Todos los policías se pusieron en pie y corrieron hacia donde estaba Lainier. Mientras, en el edificio...

—Espera aquí —dijo Larstersson—. Voy a por las capuchas.

—Bien —respondió Xenon.

El hombre desapareció por la puerta. Pero a los dos segundos de salir, entró un ninja, similar al que había atacado a Lainier. En la mano derecha blandía un ninja-to.

—¿¿Qué significa esto?? —exclamó Xenon, mientras desplegaba las enormes cuchillas de sus brazos.

—¡No eres más que un traidor! —se oyó gritar desde el otro lado de la puerta.

—¿¿De qué hablas??

—¡Tus compañeros tenían orden de contactar con nosotros, sin que tú lo supieras! ¡Pero no lo han hecho!

—¡Puedo explicarlo!

—¡Sabemos que la policía está aquí! —la voz cada vez sonaba más lejana: Larstersson estaba escapando.

—¡Maldito!! —gritó Xenon. Se giró hacia la derecha, corriendo hacia las ventanas que daban a la calle y que tenían las persianas bajadas. Intentó atravesarlas con sus cuchillas, pero habían sido reforzadas desde fuera. El ninja corría hacia Xenon. El cyborg se dio la vuelta. No había escapatoria.

—¡Go go go! —ordenó ElArtista. Su grupo corrió hacia la puerta de entrada al edificio, dispuestos a impedir la huida de los terroristas. Sin embargo, se encontraron con que algo bloqueaba la puerta.

Mientras, el grupo de Lainier estaba apuntando a su atacante con sus armas. Estaba a diez metros de distancia.

—¡No te muevas, o...! —comenzó a decir Lainier

En ese momento, el ninja se precipitó de nuevo sobre Lainier, ignorando la orden. Los clones dispararon. El ninja rechazó los impactos de Lainier con su resistente espada. El resto le alcanzó, pero no pareció el daño apenas le frenó. Lainier reculó. La hoja casi le alcanzó. El ninja se giró a la izquierda y arrojó dos shurikens con la mano izquierda, uno tras otro en un santiamén. El primero de ellos se clavó en la mano de Tete, y el segundo y en la de Berllerak, viéndose obligados a dejar caer sus armas. Después el cyborg intentó tajar el estómago de Lainier, que esquivó el golpe como pudo. Si no fuera por los daños del cyborg, el clon ya estaría muerto. Caminando hacia atrás, el líder del Cuerpo de Asalto disparó sin cesar a su enemigo, pero una vez más éste rechazó la mayoría de disparos con su espada. Tete desplegó su cable y comenzó a ondearlo. Lo lanzó hacia el cyborg, pero éste se giró y lo detuvo con el ninja-to. El cable se lió alrededor, pero no cortó el arma.

—¡Keridio! —exclamó Tete.

Aprovechando el momento, Lainier se aproximó al cyborg por detrás y le disparó a las juntas de las rodillas. Sin embargo, unas protecciones metálicas surgieron de su cuerpo, cubriendo todas las juntas, excepto la de su brazo derecho. Así el cyborg no podría moverse, pero aguantaría más. Tete y Berllerak recogieron sus armas con la mano izquierda. Las piernas del cyborg humeaban. Estiró del cable y derribó a Tete. Nada más impactar contra el suelo, el policía pulsó un botón de su artilugio y el cable se desenganchó de su muñeca. Lainier y Berllerak dispararon.

El grupo de ElArtista empleó sus pistolas-garfigo para alcanzar las ventanas del primer piso. Una vez dentro se dirigieron a las escaleras. Comenzaron a subir. Pasaron cerca de la entrada al piso franco de los terroristas.

—¡Xenon está dentro! —señaló el Capitán—. ¿No deberíamos...?

—¡Que se maten entre ellos! —dijo ElArtista sin detenerse—. Además, no hemos venido a por los ninjas, sino a por los terroristas.

—Si tienes miedo del ninja, puedo encargarme yo —señaló Stalker.

—¡Ni de coña! ¿Quién te dice que los terroristas no tienen más ninjas consigo? ¡Tú te vienes con nosotros! Ya si eso que vengan refuerzos a por la parejita...

Xenon se agachó, esquivando el tajo del ninja. Después intentó cortarlo por la mitad con su cuchilla izquierda, pero el asesino la detuvo con su mano izquierda. Entonces el mercenario lo intentó con la derecha, pero su enemigo se levantó en el aire y esquivó el golpe. Tras esto dio varias volteretas hacia atrás, alejándose tres metros de Xenon.

—¡A mí no me vencerás!! —exclamó, atravesando con sus cuchillas el suelo. Pretendía caer abajo.

El asesino corrió hacia Xenon. El mercenario se abalanzó sobre el ninja con los brazos en cruz, para partirlo por la mitad con las cuchillas. El asesino saltó por encima, pero Xenon dio media vuelta, y con un giro de su brazo derecho, partió por la mitad el cuerpo del ninja en pleno aire.

—¡Ja! —exclamó el mercenario.

Sin embargo, el asesino se aferró al brazo de Xenon, e incrustó su espada en la junta. El mercenario intentó agarrar al cyborg con su otro brazo, pero el ninja se echó al suelo y desde allí hurgó aún más. El brazo derecho de Xenon cayó al suelo. El mercenario respondió pateando a su enemigo, lanzándolo hasta la puerta. Aunque el ninja carecía de piernas, ahora a Xenon le faltaba su brazo bueno. No tenía sentido arriesgarse, así que volvió a cortar el suelo. Ya quedaba poco para hacer un boquete.

Mientras, una nave negra surgía de la azotea del edificio, con capacidad para cuatro personas.

—¡Se escapan en una nave! —informó ElArtista. Su grupo había llegado a la azotea.

—¡Los veo! —dijo Kuroshima, que estaba a los mandos de un caza posado sobre un edificio cercano. El clon corrió a interceptar a los terroristas.

—¿Veis? —dijo ElArtista girándose a sus compañeros—. ¡Ahora podemos encargarnos de los dos de abajo!

Tete recuperó su arma y se unió a sus compañeros, disparando contra el cyborg, bastante dañado. El ninja guardó las protecciones de las juntas y volvió a lanzar shurikens con su mano izquierda. Esta vez Berllerak y Tete también quedaron con ambas manos inservibles. El asesino se abalanzó sobre Lainier, quien esquivó el golpe a duras penas. De nuevo, la hoja dio en el suelo. Era evidente que el ninja sufría graves daños. Había perdido la mayor parte de sus placas y estaba chamuscado. Berllerak intentaba vendar sus manos y las de Tete, pero de repente cayeron al suelo, mareados. Estaban sudando.

—Veneno... —murmuró Berllerak.

Esto distrajo a Lainier, que miró hacia sus compañeros. El ninja aprovechó la situación. Cogió una tapa de alcantarilla.

—¡Cuidado! —gritó Tete, pero ya era tarde. Lainier se giró justo para ver cómo la tapa impactaba contra su pecho. Cayó al suelo, soltando el arma.

—¡Arrrg! —gritó de dolor—. Dios... no puedo... respirar...

Kuroshima había logrado alcanzar la nave de los terroristas. Pretendía cogerlos vivos. Sin embargo, se percató de la situación del grupo de Lainier, y abandonó la persecución para acudir en su ayuda.

—¡Equipo médico ya! —ordenó a la policía nipona por el intercomunicador.

Xenon tardó tres segundos en acabar de perforar el suelo, y cayó por fin al piso de abajo, justo cuando el ninja se aproximaba a él. El mercenario corrió hacia la puerta, mirando de reojo hacia el boquete por si el asesino descendía. Xenon no se molestó en usar el pomo: derribó la puerta de una patada y salió al pasillo. Entonces el ninja-to atravesó la parte posterior de su cuello.

—Erg... —fue lo único que el mercenario pudo decir, mientras la espada se hundía en la junta sin apenas encontrar resistencia. Sin duda era un potente hoja vibratoria. El ninja, enganchado con unas garras en sus dedos encima de la puerta, sacó el arma. El cuerpo de Xenon se desplomó. El asesino bajó al suelo y le cortó la cabeza, llevandosela consigo. Después se introdujo en el piso y, usando sus brazos para impulsarse, atravesó una ventana que daba a la calle, escapando.

—¡Llegamos tarde! —dijo el Kapitán mientras bajaban a toda prisa las escaleras. Night Stalker se había adelantado, pero cuando miró por la ventana ya no pudo encontrar al criminal.

—¡Mierda! —exclamó.

Kuroshima estaba intentando fijar el objetivo, pero el ninja estaba usando los clones como escudos humanos. El líder del Cuerpo de Asalto Nipón se preguntó porqué los refuerzos no respondían a sus llamadas. ¿Un inhibidor de frecuencia? En cualquier caso, no podía esperar. El ninja tenía una alcantarilla por la que escapar, y dispararle desde la nave no era una opción. Kuroshima descendió mientras abría la cabina de su nave. Estaba a diez metros del objetivo. Sacó su pistola y apuntó al cyborg, buscando un resquicio, pero era difícil: el ninja se ocultaba tras Lainier. Sin embargo, el líder del Cuerpo de Asalto sacó su cuchillo y lo clavó en el brazo izquierdo del ninja, quien soltó su presa. Lainier se hizo a un lado.

—¡Quieto! —ordenó Kuroshima al cyborg.

En ese momento, el líder del Cuerpo de Asalto Nipón escuchó un ruido sospechoso a su espalda. Se giró, apuntando con su arma, y pudo ver como el ninja que había acabado con Xenon desaparecía tras una esquina. Kuroshima realizó un disparo, pero falló. Se giró de nuevo hacia el otro ninja, solo para encontrarse con una espada atravesando su estómago: el ninja se la había arrojado. A duras penas, Lainier recogió su arma. Apuntó al ninja, pero este desapareció por la alcantarilla.

Lainier ya no tenía mas fuerzas. Su esternón estaba destrozado y se le había clavado en el pecho. Respirar era agónico. Kuroshima yacía en el suelo, desangrándose. Berllerak y Tete seguían conscientes pero apenas lograban arrastrarse por el suelo.

El grupo de ElArtista llegó hasta la zona.

—¿¿Dónde están los refuerzos?? —gritó ElArtista.

—Tendréis que... seguir mis instrucciones... —murmuró Berllerak—. Artis... ves al caza a por un soporte vital... Kapitán... coge el caza y vete a buscar refuerzos...

—Si vació los compartimentos de misiles puedo meter a uno y llevarlo al hospital —dijo el Kapitán, comprobando el estado de Kuroshima: seguía vivo.

—No hay tiempo, obedeced... Stalker —Berllerak se dirigió al cazarrecompensas, que estaba examinando a Lainier—. Tete y yo estamos envenenados... Creo que moriremos en un par.. de... minutos...

—¡Solo tengo una dosis! —dijo Stalker, sacando una jeringa repleta del antídoto de un compartimento de su brazo. ElArtista y el Kapitán iban hacia el caza.

—Aplica la mitad a cada uno... Somos clones, será suficiente...

—¿Seguro?

—Soy... médico...

Stalker obedeció, administrando a los dos envenenados el antídoto. ElArtista volvió con el sistema de soporte vital.

—Supongo que... no sabes conectar esa mierda... —murmuró Berllerak, arrastrándose por el suelo hacia Kuroshima. Stalker le ayudó a levantarse—. Déjame a mi.

—¿Y si me das instrucciones? —preguntó ElArtista, de rodillas a la izquierda del líder del Cuerpo de Asalto Nipón. Mientras, el Kapitán se alejó de allí en el caza.

—Mis manos no tiemblan y no voy a peor —dijo Berllerak mientras cogía el sistema de soporte vital—. El antídoto empieza a actuar. Mirad cómo está Lai.

—Respira débilmente, y no puede hablar —dijo Stalker.

—Coge mi mochila y saca una jeringa y un vial de Oxygen-2000 e inyéctaselo —ordenó Stalker mientras conectaba el soporte vital al cuello de Kuroshima.

Al cabo de cinco minutos, el Kapitán regresó con ayuda: policías, ambulancias y hasta bomberos. Los clones heridos fueron ingresados en el hospital militar, en una gran sala para ellos solos. Sus camas yacían paralelas. De izquierda a derecha eran Berllerak, Lainier, Tete y Kuroshima. El resto del Cuerpo de Asalto fue a visitarlos por la mañana. Estaban de pie frente a ellos.

—Así que “aplica la mitad a cada uno” —dijo ElArtista a Berllerak—. Luego dicen que yo soy un cabrón. Podrías haber dicho “inyéctaselo a Tete”.

—Pero Tete habría dicho “no, inyéctaselo a Berllerak”. Y mientras discutimos, acabamos palmando.

—Ciertamente habría dicho eso —intervino Tete.

—Además, sabía lo que me hacía. Soy médico y sé perfectamente que los clones necesitamos menos cuidados médicos para recuperarnos. De hecho estaremos recuperados en un plis plas.

—¿Cuánto es un plis plas? —preguntó ElArtista.

—Los envenenados estaremos a pleno rendimiento en cuestión de minutos. De hecho yo ya tengo el tobillo bien. Kuroshima y Lainier tendrán que guardar reposo dos semanas.

—No tengo porqué guardar reposo —dijo Lainier—. El médico ha dicho que el esternón ha sido reconstruido y que con el vendaje puedo hacer vida normal.

—Vida normal no es enfrentarte a ninjas, Lai —dijo Berllerak.

—Solo debo abstenerme de realizar movimientos bruscos.

—Bueno, hemos revisado todas las grabaciones de ayer —informó ElArtista—. Larstersson descubrió el pastel porque había dado orden a los terroristas de que contactasen con él sin que Xenon lo supiera.

—¡Pero tú interrogaste a uno de ellos! ¿¿No le preguntaste por protocolos secretos??

—¡Le pregunté hasta por la marca de cereales que tomaban en el desayuno, pero el interrogatorio no es una ciencia exacta, Lai! ¡El suero de la verdad no es infalible! Además, a veces es jodido entender lo que dice un tío drogado hasta las trancas.

—En fin... ¿Tenemos algo más?

—La nave que usaron para salir de la azotea fue robada hace dos días. Aún no la hemos localizado.

—Fascinante. Así que tenemos a un testigo muerto, a varios terroristas en paradero desconocido, y a unos asesinos de la hostia tras nosotros, y basta uno solo para casi cargarse a cuatro clones.

—La clave es el “casi”. Es decir, que no logró matar ni a uno. ¡Esos asesinos son unos mierdas! —dijo ElArtista riendo y gesticulando con las manos.

—Yo a ese argumento le veo lagunas...

—Y eso me recuerda que tengo un nuevo plan descabellado.

—¿Esta vez es descabelladamente genial o de nuevo descabelladamente estúpido? ¡Dime algo mínimamente aceptable o te abriré un expediente!

—Es un buen plan. Absurdo pero bueno. Esos tipos han contratado a varios Topos Rojos, ¿no?

—Sí...

—Los Topos matan a uno de nosotros... y luego... ¿cómo está el tema? ¿No le quitaron la cabeza a Xenon? Así demuestran que lo han matado. Bueno, eso da igual. El caso es que luego han de cobrar, y digo yo que lo harán en metálico. Entonces, han de quedar para cobrar...

—Espera... ¿seguro que en metálico?

—Kuroshima dijo que los Topos están infiltrados en la sociedad como gente normal... luego son más susceptibles de ser investigados. Presupongo que evitan los grandes movimientos de dinero, así que cobran en metálico, y después... y después ya harán con la pasta lo que quieran.

—Bueno, supongamos que cobran en metálico.

—Pues entonces simulamos un asesinato, con público delante y todo. Uno de nosotros muere a manos de otro, disfrazado de Topo Rojo. Después, intentará cobrar la recompensa. ¡Y cuando lo haga, cazaremos a esos tipos!

Los clones quedaron callados unos momentos.

—¿Ese era tu brillante plan?

—Eh... sí.

—Te abriré un expediente.

—¡No, joder! ¡La idea es buena! ¡Solo hay que pulirla!

—Claaaro... ¡Pero vamos a ver! Si los tipos han contratado... pongamos dos ninjas... entonces, uno de nosotros se disfraza y finge matar a un clon... Pues digo yo que los ninjas le dirán a los terroristas que no han sido ellos. ¡No colará!

—Em... tengo una solución buenísima para eso que no te gustará ni un pelo. Pero es buenísima. Descabellada.

—Me tienes hasta los güitos. Dime.

—¡Primero se captura a uno de ellos! ¡Para eso, se le tiende una trampa!

—Aaah... una trampa... ¿cómo la que les tendimos a los terroristas en la calle Shirow?

—Eehh... sí, pero en buena.

—Que no son tontos. Que no van a atacarnos así como así. ¿Crees que esos ninjas no se asegurarán de que no hay trampas antes de acercarse a su objetivo?

—Jio, jio... sin duda que también los han contratado para acabar con Stalker —ElArtista se giró hacia el cazarrecompensas—. ¿Podrías enfrentarse a uno de esos mano a mano?

—Si es un cyborg de combate con el mismo nivel de lucha que hemos visto ayer, la cosa estaría muy igualada —explicó el cazarrecompensas.

—¡Me cagüen...! ¡Mi idea descabellada número dos a la mierda!

—¿Pretendías ponerles a Stalker a huevo? —preguntó Lainier.

—Em... algo así.

—¿Y tú no tienes nada que decir? —preguntó a Stalker. El cyborg tenía una expresión sombría, con los ojos entrecerrados y la boca en un rictus entre sonrisa y mala leche, mientras sostenía en su mano su estrella y pasaba el pulgar arriba y abajo por el interruptor de encendido.

—Estoy a punto de hacer algo muy malo... —murmuró, mirando a ElArtista.

—¡Solo era una idea! —exclamó ElArtista

Lainier estaba pensativo.

—¿¿Te lo estás pensando?? —le preguntó Stalker.

—Eh... pues sí —respondió Lainier.

—¡Pues claro, Lai! —gritó ElArtista— ¡Discutamos los pormenores de la misión!

—¿¡Y tú no decías que era broma, cabrón!? —se quejó Stalker a ElArtista.

—Oigo una voz... —murmuró ElArtista con voz gutural, sonriendo y abriendo los ojos, mirando en todas direcciones..

—¡Que os den por el culo! Mmm... ¿cuánto pagaréis?

—Primero hagamos el plan —dijo Lainier—. Después pon precio.

—Si no me gusta, habréis perdido el tiempo.

—Bueno, ¿no se supone que debíamos reposar? Pues reposaremos mientras estudiamos el tema.

Noche siguiente. Night Stalker estaba masacrando a un sospechoso de vender armas, un joven con pelo largo y barba, vestido con vaqueros. Estaban en un callejón de un pub de Kyoto. El cazarrecompensas empujó al tipo contra la pared. Éste cayó al suelo, pero Stalker le sujetó con los brazos.

—¿Seguro que no has visto a ninguno de esos tipos? —preguntó el cyborg en japonés.

—No... —respondió el sospechoso.

—Muy bien, mamona, parece que no sabes nada.

Stalker golpeó levemente al tipo en la cabeza, dejándolo inconsciente. Comenzó a caminar para salir del callejón, pero se detuvo a medio camino.

—No empecemos con tonterías —dijo Stalker—. Estás ahí detrás. Que sepas que lo sé. Y el de delante, también puede salir.

Un cyborg había caído desde arriba, y se encontraba tras Night Stalker, a veinte metros. El otro apareció girando la esquina y avanzó hacia el cazarrecompensas. Estaba a treinta metros. Stalker echó una ojeada a ambos. Eran como los que habían atacado a Lainier y su equipo.

—Dos contra uno. Qué deshonor —dijo Stalker, .

Los ninjas no contestaron. Simplemente, siguieron avanzando. Ambos blandían un ninja-to.

—Antes de que empecemos a repartir leña... —advirtió Stalker—. Os vía decir un par de cosas. Pa empear, llevo una bomba acojonante en el cuerpo. Vosotros mismos.

—No nos engañarás con eso —dijo el ninja de enfrente—. Tú trabajas para los clones, y ellos no usarían bombas en un lugar concurrido.

—Vaya... a ver qué os parece esto —continuó Stalker—, resulta que en los tejados y a pocos metros de aquí hay un montón de polis rodeándonos. Estáis atrapados y bla.

—No cuela —dijo el cyborg de atrás—. No hay nadie cerca.

—Jee, je... —rió Stalker. Los cyborgs estaban a diez metros—. A la tercera va la vencida. ¡No soy Night Stalker! ¡Soy solo un cazador que se parece a él!

—¿Y cuándo hemos dicho que buscábamos a Night Stalker? —preguntó el ninja de delante.

—Mierda...

Los asesinos corrieron hacia su objetivo,. El cazarrecompensas intentó sacar sus armas láser usando ambas manos: un rifle y una pistola, pero los ninjas arrojaron shurikens, que se clavaron en las manos de Stalker y provocaron una descarga eléctrica. Stalker dejó caer las armas y se quitó los shurikens mientras los asesinos se abalanzaban sobre él. se colo. Justo cuando estaban encima, se colocó las garras en ambos brazos: hasta ese momento habían reposado en su espalda. El cazarrecompensas logró detener el ninja-to del asesino de atrás con las garras, y esquivó el ataque del otro, yéndose hacia atrás, para después dar una pirueta aérea y empujar al ninja atrás de una patada.

Los golpes, esquivas y acrobacias se sucedieron frenéticamente. Tras un par de minutos de tira y afloja, el brazo derecho de Night Stalker cayó al suelo.

—Ops —dijo.

Los ninjas intentaron rematarle. De repente, el cuerpo de Stalker se partió en pedazos, liberando una sustancia pegajosa, que impregnó a sus enemigos. Lo único que quedó intacto fue la cabeza, unida a un soporte vital, que cayó al suelo.

—¡Esto no nos detendrá mucho tiempo! —exclamó el ninja de atrás mientras trataba de quitarse el pegamento cortando con su hoja: parecía estar al rojo vivo y gracias a eso fundía el pegamento. Se zafó un brazo, y trató de ensartar la cabeza de Stalker con su espada.

—¡iiiiiiiiAaaaarggg!!!!!!! —gritó el hombre que antes había noqueado Stalker. Se abalanzó sobre el asesino de atrás, con un ninja-to en la mano. El ninja trató de alcanzarle, pero la espada le seccionó el brazo derecho. El otro apenas podía ver. Se movió a duras penas, pero el hombre pasó por debajo, espada en mano, y la clavó en la junta de la pierna derecha del cyborg, que se partió en dos. El tipo fue hacia el rifle de Stalker. El ninja de atrás le sujetó por el brazo derecho con su brazo intacto. El ninja de delante arrancó el pegamento de sus brazos y cortó el brazo derecho del hombre, que perdió su espada. Sin embargo, con el brazo izquierdo cogió el rifle y disparó a quemarropa contra el cuerpo del cyborg. Le atravesó el estómago, y el asesino cayó al suelo. Después trató de disparar al de detrás, sin mirar, pero al levantar el arma por encima de su hombro, el ninja la atrapó con su único brazo.

El hombre soltó el arma, rodó hacia delante y cogió la pistola. Disparó contra su propio rifle, destrozándolo. Se suponía que los ninjas no recurrían a las armas de fuego, pero toda precaución era poca. Después se puso en pie, cogiendo una de las garras de Stalker con la mano izquierda. El cyborg se zafó por fin del pegamento. El que había sido acibillado continuaba vivo: se arrastró por el suelo y cogió al hombre por las piernas. Su compañero soltó el rifle y

recogió su ninja-to. El hombre alzó la mano izquierda y la dejó caer con todas sus fuerzas, atravesando con las garras el cuello del cyborg. Muerto. El otro aprovechó para lanzarse contra el hombre, pero el pegamento del suelo, combinado con los restos de Stalker, le hizo ralentizarse. El hombre se largó fuera del callejón. El cyborg tuvo que ir hacia atrás, arrancando el pegamento. Se acercó a la cabeza de Stalker y la recogió. De repente algo le extrañó: el peso. Abrió la cabeza del cyborg con su espada: donde debía haber un cerebro, solo había circuitos. No era una cabeza de cyborg, sino de robot. En ese momento, el ninja escuchó un ruido de motor. Se giró y vio un camión que se precipitaba sobre él. Dejó caer la falsa cabeza de Stalker y trató de saltar por encima del vehículo, pero este le arrolló. El ninja quedó estampado contra la parte superior de la cabina del camión, que aceleró hasta empotrarse contra el fondo del callejón. El hombre se bajó de la parte trasera del camión, llevando con él un equipo electrónico del tamaño de un ordenador portátil. Rápidamente, lo dejó en el suelo, sacó dos terminales y los enganchó en la cabeza del ninja.

—¡Jee! ¡Está vivo! —dijo— ¡Y lo tengo paralizado! ¡No podrá moverse... creo!

—Muy bien —dijo Lainier por el intercomunicador. Estaba sentado al lado del Kapitán, quien a su vez estaba sentado en un complicado centro de control remoto de la comisaría, desde donde había dirigido el robot con la forma de Stalker. El Kapitán era el mejor artista marcial del Cuerpo de Asalto y por eso había sido el elegido para copiar los movimientos del cazarrecompensas—. Buen trabajo.

—Quiero el dinero en mi cuenta YA —contestó el hombre mientras numerosos policías se acercaban y se arrancaba la cara, que en realidad era una avanzada máscara. Era Stalker—. Cinco mil zens. Ni más ni menos.

El zen era la moneda usada en el lejano oriente. Había recibido su nombre en honor a un general japonés practicante del budismo zen que había participado en la Masacre Internacional en el bando sublevado y que tras la guerra trabajó exhaustivamente para mejorar la vida de los ciudadanos de Asia oriental.

—Bien —respondió Lainier—, pero dismantela raudo a ese tío, por si acaso.

Una hora después, todo el equipo estaba reunido en una sala de comisaría, excepto Berllerak.

—Bueno... esto aumentará mi prestigio —murmuró Stalker.

—Brillante, brillante... —dijo Kuroshima a Lainier, quien ya estaba consciente, aunque llevaba un chaleco acolchado medicinal y estaba en silla de ruedas—. Usar un disfraz para engañar al enemigo. Has usado una táctica ninja contra los ninjas.

—No hace falta que me de las gracias, oiga —intervino Stalker—. Que os recuerdo que el menda es el que se ha jugado el culo.

—Lo has hecho muy bien —le dijo Kuroshima—. ¿Satisfecho?

—Lo estaré más cuando disfrute de mis ganancias.

Berllerak entró por la puerta.

—Informe completo —dijo.

—Escupe —ordenó Lainier.

—El tenía en la chola un depósito de nanomáquinas diseñadas para provocar una muerte rápida privando de oxígeno al cerebro, y se liberaban con un movimiento interno, imperceptible exteriormente, debido a la forma del blindaje exterior. Las nanomáquinas desaparecían tras la muerte del individuo. Por eso nunca se había detectado nada.

—Como sospechábamos —dijo Kuroshima.

—Es un método muy caro, pero más fiable que los venenos. Para cada veneno suele haber un antídoto. Pero usar nanomáquinas para contrarrestar otras nanomáquinas suele ser complicado.

—Sin duda —dijo Lainier—. Nadie puso joder las nanomáquinas kupulenses.

—Es que esas eran tecnología de la buena. Bueno, no puedo rastrear las procedencias de las nanomáquinas. No llevan marca de fábrica, por supuesto, ni tienen ningún diseño especial. Sólo sé que son buenas, y punto. Es probable que en vez de comprarlas las fabriquen ellos mismos, así que seguir esa pista es imposible, a menos que interroguemos a todos los nanotecnólogos de Japón y les preguntemos si son ninjas...

—Es imposible —admitió Kuroshima.

—Esperemos a que hable, coño —señaló Stalker.

—No hablará.

—Veremos —dijeron Stalker y ElArtista a dúo.

—No hagas preguntas —dijo Lainier a Kuroshima. Hasta ahora había evitado pasarse de la ralla en Japón, pero tras ver a los ninjas en acción y ante la falta de información, estaba dispuesto a correr el riesgo de quedar mal ante la policía nipona.

—Lo digo en serio —dijo Kuroshima—. No creo que esos tipos teman a la muerte, y estoy seguro de que pueden entrar en trance para no sentir dolor.

Las objeciones de Kuroshima a la tortura parecían técnicas y no morales, así que las probabilidades de que el Cuerpo de Asalto no recibiese una reprimenda o algo peor de la jefatura nipona se reducían.

—Conozco la técnica. Pero para eso, han de estar concentrados. Les drogaremos.

—Es probable que sean resistentes a los sueros de la verdad. Tendremos que joderles el sistema inmunológico. Con quitarles el cuerpo y conectarles la cabeza a un soporte vital cutre, bastará.

—No, debes conectarles a un cuerpo entero —dijo Stalker—. Sí, podemos limitarnos a causarles dolor en la cabeza, pero prefiero trabajar en todo el cuerpo.

—Suponiendo que seas tú quien lo interroge —señaló ElArtista—. En cualquier caso, yo también digo que se le ponga un nuevo cuerpo.

—Que Berllerak vaya preparando el instrumental y los cuerpos —dijo Kuroshima—. Yo voy a ver si consigo una habitación donde llevar a cabo la guarrería. Pero os advierto que será mejor que trabajéis deprisa. Os aseguro que la mayoría de los que trabajan aquí os denunciarán si os descubren.

—Me pongo manos a la obra —dijo Berllerak. El clon salió de la sala, seguido por Kuroshima.

El clon salió de la sala, seguido por Kuroshima.

—¿Y bien, Lai? —preguntó ElArtista—. ¿Quién va a interrogar?

—Tomaré una decisión salomónica —respondió Lainier—. Os partiréis por la mitad el cuerpo, metafóricamente hablando. Tú te ocuparás de la parte de abajo y Night Stalker de la parte de arriba.

—¡Oh sí, me ha tocado la buena!

—¡Protesto! —dijo Stalker—. Deberíamos jugarlo a cara o cruz, o dividir el cuerpo en mitad derecha e izquierda.

—¡Esa división debe ser incómoda para trabajar! —dijo Lainier—. Os estorbaríais más.

—Pues saca la moneda.

Lainier sacó un zen y lo volteó en el aire. La moneda cayó en su mano izquierda y la tapó con la derecha.

—Cara, Artista —dijo Lainier—. Cruz, Stalker.

Lainier descubrió la moneda.

—¡¡Ja!! —gritó eufórico ElArtista. Había salido cara— ¡¡Le via dejar el escroto distendido!!

—¡No es justo! —protestó nuevamente Night Stalker.

Una hora más tarde, comenzó el interrogatorio. Tardaron tres horas. Al acabar se reunieron de nuevo.

—El mamón es duro —dijo ElArtista—. Realmente es leal. Creo que lo poco que ha dicho ha sido más fruto de las drogas que del dolor.

—Le contrató un tipo que se hacía llamar K690. Un seudónimo, sin duda.—informó Stalker—. Para confirmar el trabajo, debe entregar la cabeza de Stalker al tipo ese. Tenemos su número de teléfono.

—Bien —dijo Lainier—. Stalker... ¿te importaría cambiar de cuerpo?

—¿Eh? ¿Otra vez me como el marrón? En fins, mientras mi cuenta bancaria siga engordando...

—Usa el cuerpo original del ninja y queda con ese tipo. Vamos a darle por culo.

—Tendréis que hacerme una máscara, porque no pienso abrirme la cara para meter mi cerebro en la cabeza del suyo.

—No te preocupes.

—Espero que no se huelan una nueva trampa —dijo Kuroshima—. Son astutos, y puede que ese ninja no te haya contado todo.

—Quedaré con el tipo ese, y según vea la cosa, ya veremos si voy o no —dijo Stalker.

—Pon especial cuidado en el acento japonés. Podrían notar diferencias en la voz.

—Joder.

Diez minutos más tarde, Stalker telefoneó al tipo. Estaba usando un modulador de voz.

—Aquí K690 —dijeron al otro lado del aparato, en ingles.

—Hecho —dijo Stalker, también en inglés, pero usando un ligero acento japonés.

—Traedme su cabeza. Estaré en la feria, al lado de la Noria, esta tarde a las 17:00. Iré con una máscara facial. Me reconocerás por mi chaqueta roja, con un círculo amarillo en la solapa.

—¿Es prudente quedar en un lugar público?

—Por desgracia, ahora mismo me resulta difícil encontrar un lugar privado.

—Llevarte la cabeza no será fácil. Sin duda la policía estará vigilando a cualquier cyborg que lleve algo encima. Además, ahora solo quedo yo. Mi otro compañero murió durante el ataque.

—Pero... ¿podrás hacerlo?

—Sí. Recuerda que el sigilo es nuestra especialidad. Costará, pero se hará.

—Ok.

—Bien. He de colgar. Nos vemos.

—Bien.

Stalker colgó.

—Bueno, ya está.

—La feria... —murmuró Lainier—. Como la cosa se complique, puede haber muchos muertos... por eso el cabrón ha escogido ese lugar.

—¿Por qué no lo atrapamos antes de que entre en la feria? —preguntó ElArtista—. Vigilaremos todos los alrededores.

—Me juego los güitos a que ese tipo no se pone la chaqueta esa hasta que esté entre la multitud.

—Pero vigilaremos de todos modos, ¿no?

—Por supuesto. Pero aunque lo veáis fuera, no os tiréis sobre él, no sea que sea un señuelo. Hasta que contacte con Night Stalker y éste confirme que es el tipo, nada.

—Bien.

—Necesito todos los efectivos posibles. ¿Con cuántos hombres podemos contar, Kuroshima?

—Um... cien.

—Pide a los jefazos que pongan precio a la cabeza del tipo ese. Vivo.

Era justo la hora acordada cuando Stalker se aproximó al tipo. Estaba sentado en una mesa de un puesto de helados, tomando un sorbete de limón. Parecía un hombre de unos treinta años, con el pelo negro y rizado. Stalker sabía que eso era una máscara. Cuando se sentó a su lado y le examinó, lo notó mejor. El hombre tenía una maleta negra en el suelo, a su derecha. Stalker no llevaba nada.

—¿Y la entrega? —preguntó el tipo.

—Tranquílcese —respondió Stalker—. Ya le dije que la poli está nerviosa y que vigila constantemente. Lo tengo escondido cerca de aquí. Antes de llevarle a él, me gustaría ver el suyo.

—¿No se fía?

—Vayamos al grano de una vez, si no le importa.

El hombre abrió la maleta. Cogió un fajo y pasó el dedo por los billetes.

—¿Satisfecho? —preguntó.

—Ahora pase el dedo por ese otro fajo —dijo Stalker, señalando un fajo del fondo. El hombre pasó el dedo por el fajo, revelando el dibujo de los billetes. Parecían correctos—. Muy bien, acompáñeme —dijo, levantándose.

Stalker llevó al tipo hasta un sitio apartado. Había árboles de cerezo cerca. La tierra alrededor estaba removida. Cerca había un viejo almacén.

—Está ahí debajo —dijo Stalker, señalando con el dedo a la tierra.

—Sáquela.

—Por supuesto —dijo Stalker, yendo hacia el lugar. Se puso mirando al hombre y comenzó a cavar. Sacó una bolsa negra—. Aquí tiene —dijo, alzándola.

—Ábrala.

Stalker abrió la bolsa. Una réplica de su cabeza estaba dentro.

—Debo hacer un análisis para comprobar que es auténtica —dijo el hombre, llevándose la mano a la chaqueta. Stalker se fijó por si sacaba un arma.

—Por supuesto —contestó el cazarrecompensas.

El hombre sacó un analizador de sangre. Era un aparato del tamaño de un móvil, provisto de una aguja. El hombre sujetó la bolsa con la mano izquierda y clavó la aguja en la cabeza. Stalker aprovechó para dar varias volteretas hacia atrás.

—¿¿Eh?? —exclamó el hombre, pero no pudo hacer mucho más. Un tiro le perforó la pierna derecha— ¡Traición! —gritó, e intentó sacar una pistola de su chaqueta, pero en ese momento otro disparo le perforó el brazo. Finalmente, un dardo tranquilizante impactó contra su cuello. Lainier, subido sobre una atracción de feria cercana, el martillo, había disparado el láser, y ElArtista, a su derecha, el dardo.

Dos horas después, Night Stalker y ElArtista salían de la sala de interrogatorios.

—No gano pa ropa nueva —murmuró ElArtista, que cada vez que interrogaba se veía obligado a cambiarse de ropa debido a las molestas manchas de sangre.

—Pero si no la pagas tú, so cerdo —murmuró Lainier.

—Lo mejor es interrogar a pecho descubierto —señaló Stalker—. Al acabar te das una ducha y listo.

—Informad, coño.

—Éste ha cantado mejor que el ninja —dijo ElArtista—. Se llama Dem Erk, del planeta Lyonn. Era el hombre de pelo corto y negro de la calle Shirow, y el encargado de contratar los servicios de los Topos Rojos, aprovechando que ya había pasado por Japón en otras ocasiones y conocía la zona. Ha contratado cuatro. Dos están fuera de combate. Quedan dos, que son los que os atacaron durante la operación con Xenon. Todos tienen como misión matarnos. En cuanto a la célula terrorista en sí, son seis personas, incluyendo a Erk: a cuatro de ellas las pudimos captar en el edificio de la calle Shirow. Ahora tenemos los nombres de todo el grupo y la descripción de oídas de los que no logramos grabar.

—Dame los datos y pondré a mi Cuerpo de Asalto a investigar —requirió Kuroshima.

—Aquí está la lista —dijo ElArtista, extendiendo un papel escrito a mano y ligeramente ensangrentado. Kuroshima lo cogió con una mueca de asco.

—Al parecer, solo Erk sabía contactar con los ninjas —Night Stalker continuó explicando mientras el líder del Cuerpo de Asalto Clon realizaba las gestiones—. Así que de momento, el único cliente de los ninjas está detenido.

—Aunque esté detenido, mientras crean que pueden cobrar, seguirán buscándoos —señaló Kuroshima mientras copiaba los datos en su móvil.

—A menos que rescindamos el contrato... —dijo Lainier—, haciéndonos pasar por...

—Para el carro, Lai —dijo Stalker—. No tentemos más a la suerte.

—La técnica del disfraz resultó buena.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que a veces mis ideas descabelladas eran buenas y a veces eran estúpidas? —preguntó ElArtista—. Pues ahora mismo tú te estás aproximando a lo segundo...

—Es cierto —dijo Kuroshima, mientras enviaba el fichero a su Cuerpo de Asalto—. En un cara a cara, os descubrirán. Sabrán que el cliente no es el real.

—Matemos a ese cerdo.

—Dije que nada de eso en la nave —señaló Lainier.

—Joder...

—Además, ¿seguro que seguirán adelante? ¿Realmente tiene opciones de pagar el detenido?

—Aún no ha sido hallado culpable —señaló Kuroshima—. Podría salir de prisión. Y en cualquier caso podría dirigir el pago desde dentro. El juez ha ordenado congelar todas sus cuentas, pero puede que no descubramos todas las que tiene, y además lo más probable es que tenga escondidas grandes sumas de dinero en metálico en alguna parte.

—Ergo debemos pensar en una solución.

—Ahora mismo no se me ocurre ninguna.

—En virtud de la ley antiterrorista, no le habéis permitido realizar la llamada aún, ¿verdad? —preguntó ElArtista.

—Claro que no. El juez nos ha autorizado a tenerlo aislado hasta siete días.

—Cojonudo. Eso significa que tenemos siete días en los que los ninjas no harán nada porque no saben si cobrarán. Para entonces os habréis recuperado de las heridas, y además tenemos tiempo para pensar en algo. Ahora mismo se me ocurre que si intenta arreglar el futuro pago por nuestras muertes, podemos sacarle la información a hostias y llegar hasta sus compañeros o los ninjas.

—¿Cómo coño le vamos a sacar la información a hostias? —preguntó Lainier— ¡Cuando acabe el aislamiento ya no podremos tocarle un pelo!

—¡Tienes siete días para que se te ocurra como tocárselo sin que nadie se entere!

—¿Y qué hago? ¿Secuestrarlo?

—¡Es una opción!

—¡Solo faltaría que la propia policía me pegase un tiro por secuestrar a ese tipo!

—Se me parte el alma tal que así... —murmuró ElArtista llevándose la mano al corazón.

—Además, Erk no contactará con nadie si sospecha que le torturaremos.

—Y si tú hubieras hecho eso con SuNSeT, ahora no estaría fugado.

—¿Torturar a un tío que tenía firmado un acuerdo con la Asociación?

—Detalles... Volviendo a lo de Erk, no es factible que crea que lo torturaremos tras la llamada. Tú mismo lo has dicho: en teoría, cuando acabe el período de aislamiento ya no podremos tocarlo.

—Esa gente son fanáticos antisistema. Son paranoicos. Ven torturas por doquier.

—¡Y yo pongo mi granito de arena para que la paranoia se convierta en realidad!

—¡De todos modos ya te he dicho que no pienso montar un plan absurdo para torturarlo! ¡Así que dejemos esta conversación, que estamos entrando en un bucle infinito!

Pasaron siete días en los que no ocurrió nada. Tras finalizar el aislamiento, Erk solo contactó con su abogado, a pesar de que la ley también le permitía avisar a otra persona de su estado. Los clones quedaron sorprendidos.

—Bueno —le dijo ElArtista a Lainier. De nuevo los clones estaban reunidos—. No ha habido suerte. Ha preferido dejarlo correr. Sus colegas sabrán que la cosa se ha jodido, y seguramente tratarán de salir de Japón, si es que no lo han hecho ya. Los ninjas darán por perdido el contrato...

—No —dijo Lainier—. Puede usar al abogado como enlace.

—¿Vamos a investigar al abogado?

—Pues claro.

—¿No dijiste que el tipo era un paranoico y no haría nada por miedo a ser torturado?

—Era una suposición.

—Te recuerdo que durante los interrogatorios ya le pregunté por sus abogados. No me dijo nada útil.

—Claro que sí. Sabemos que tenía contratado los servicios de un bufete intergaláctico especializado en defender terroristas, entre otros casos igualmente graves. Una gente que se dedica a tales cosas podría estar sucia, ser cómplice.

—Pero él ha dicho que el bufete no está involucrado en el terrorismo...

—El bufete puede prestar al detenido servicios ilegales sin que este lo sepa. Si no le informan, no tiene nada que decir a la policía. Se trataría de algo que se da por hecho: el criminal acude a un bufete con cierta reputación y paga sus servicios, esperando que el bufete haga lo que sea necesario, sea legal o ilegal, pero jamás pidiendo tal cosa explícitamente y por tanto no tratando jamás el tema.

—Eso es mucho suponer.

—El bufete ha enviado un abogado japonés.

—Claro, porque estamos en Japón. Sabe como van las leyes aquí.

—Podría ser un Topo.

—Y luego el paranoico soy yo.

—Si es un ninja, estará en forma.

—¿Y cómo lo vas a comprobar? ¿Le obligarás a desnudarse? Pillín...

—Creo que con el escaneo reglamentario bastará. Simplemente mejoraremos el procedimiento. Cuando venga el abogado, andémonos con ojo. Si han enviado un ninja, podría intentar matarnos.

El abogado llegó al cabo de doce minutos, en un coche deportivo de color azul marino. Era un hombre de unos veintiocho años, vestido con un traje veis y corbata roja. Su vestimenta tenía toda la pinta de ser bastante cara. En la mano izquierda llevaba una maleta negra. Tras ser registrado y escaneado por Berllarak, entró a comisaría.

—Soy Kensai Kibai —dijo en japonés—. Llévenme ante mi cliente.

—Sígame —dijo Kuroshima, llevando al abogado hasta la sala de interrogatorios. El abogado y el detenido se quedaron solos.

—¿Qué tenéis? —preguntó Kuroshima a los clones, reunidos en la entrada.

—Tiene una buena forma física —señaló Berllerak.

—Eso no implica que sea un ninja —dijo Kuroshima mientras cogía su móvil, que estaba sonando—. Diga. Sí... de acuerdo... gracias. —El líder del Cuerpo de Asalto Nipón colgó—. Por fin. Ya decía yo que la nave de los terroristas no podía pasar desapercibida por mucho tiempo. Parece ser que está en los Pantanos Negros.

—¿Qué son los Pantanos Negros? —preguntó ElArtista—. Suena chungo.

—Es un enorme pantano que se creó artificialmente durante la Masacre Internacional. Una gran nave gubernamental fue derribada. Llevaba varias bombas a bordo. La explosión provocó un enorme cráter que luego se inundó durante la época de grandes lluvias. Con los años se formó un ecosistema.

—¿Cómo saben que la nave está ahí? —preguntó Lainier.

—Varios testigos vieron la nave dirigiéndose hacia el pantano anoche. Había otras zonas sospechosas en esa dirección, así que hemos seguido un proceso de eliminación. Mi Cuerpo de Asalto ha terminado de rastrear dichas las zonas: edificios viejos y garajes en general. No hay rastro de ellos. Nadie les alquilará a esos tipos ahora que hemos difundido sus descripciones. Ni siquiera los Yakuza: no les gustan que los criminales extranjeros vengan a Japón. Ya dijo Erk que tenían problemas para quedar en privado. En cuanto a zonas despobladas, los equipos ya han rastreado por satélite las montañas cercanas, y nada. Así que solo pueden estar en el pantano. La vegetación es espesa, con enormes árboles, y el agua profunda en el centro, así que la nave puede haberse ocultado ahí. Los satélites no la verían.

—Eso deben de saberlo ellos. ¿No temen que acordonemos la zona? En realidad... ¿no debía estar acordonada desde que empezaron a rastrear todos los hipotéticos escondites de la nave?

—¿Acordonar? ¡Ja, ja! ¡Para eso habría que movilizar al ejército, y aún así podrían eludimos! El sitio es bueno porque escapar es fácil. Enviaremos todos los efectivos que podamos, pero de poco servirá.

—Entonces...

—¡Entonces borbardeemos la zona! —intervino ElArtista—. Si ya petaron bombas una vez, pues por otra más...

—No iba a decir eso.

—Ah, ¿no?

—No. Los necesitamos vivos, y podrían tener algún rehén.

—Vuelvo a tener un deyaví.

—Claro, porque siempre estás con lo mismo, cabrón.

—¡Uf, no te lo acabarás! ¡Te estaré dando la brasa con lo de la destrucción masiva hasta el fin de los tiempos!

—En mi opinión, teniendo en cuenta que ellos sabían que tarde o temprano los buscaríamos ahí, no creo que estén, por muy fácil que sea escapar. Al menos, no todos. Creo que sólo la nave está en el pantano. Quizás la llevaron por control remoto.

—Imposible —dijo Kuroshima—. Controlar los movimientos de esa nave a través del pantano es muy jodido por control remoto.

—Bien, pero probablemente solo haya un tipo en el pantano, el piloto, y nos haya preparado alguna non grata sorpresa. Es probable que la nave esté cargada de explosivos.

—¿Y el resto de los terroristas donde se ocultarían? Te recuerdo de nuevo que Erk dijo que tenían problemas para quedar en privado.

—Eso no quiere decir que no hayan logrado encontrar un techo, sino que la presencia de ninjas cerca podría llamar la atención.

—¿Más que quedando en una feria?

—A las ferias va gente en general. A las casas ya es otra cosa. Si un vecino ve mucha gente rara, en especial cyborgs, puede avisar a la policía.

—¿Entonces asumes que es una trampa?

—Pues sí. Además, me parece muy oportuno que la nave haya sido avistada pocas horas antes de finalizar el aislamiento de Erk.

—Vamos a volar en pedazos, Lai —dijo ElArtista—. Pues que vuelen ellos. Bombardeemos.

—¡Silencio! —gritó Lainier—. Estoy pensando.

—Hasta el fin de los tiempos... —musitó ElArtista.

Pasados unos segundos, Lainier volvió a hablar.

—Tú y yo entraremos al pantano —dijo a ElArtista—. Berllerak estará fuera, en una nave, esperando una señal nuestra, para bombardearlo. Total, los terroristas ya saben que habrán patrullas alrededor...

—Que use antimateria —aconsejó ElArtista—. Lo barrerá todo.

—¿Armas nucleares en Japón? —dijo Kuroshima—. Me parece que no.

—No, si la traeremos de la Luna...

—Me refiero a que no se pueden usar aquí. Está prohibido.

—El misil de antimateria no es exactamente una bomba nuclear —dijo Lainier—. ¿Seguro que está prohibido?

—¡Lai, coño, soy el Líder del Cuerpo de Asalto Nipón!

—Pues nada, explosivos ordinarios.

—¿Y el resto de hombres? —preguntó ElArtista.

—Tete se quedará en la nave con Berllerak. El Capitán y Night Stalker investigarán al abogado.

—El Capitán pasa desapercibido porque parece japo, pero, ¿Stalker? ¡Ni de coña! No esperes que pueda seguirlo por la calle. Canta un webó.

—Lo sé, pero si aparece algún ninja cyborg, el Capitán solo no podrá con él.

—Si aparecen más de dos, ni Stalker podrá con ellos.  
—Solo habían contratado dos, te recuerdo.  
—Dos siguen siendo duros —señaló Stalker.  
—Pues me temo que encima tendrás que ir con el cuerpo civil, para llamar menos la atención.  
—¿¿Qué?? ¡Así rindo mucho menos!  
—¡Sigues siendo muy superior a un clon de carne y hueso!  
—Si lo nuestro es una trampa, entonces sería mejor que Night Stalker viniera con nosotros.  
—Precisamente por eso. Si es una trampa, estará bien elaborada, por lo que la presencia de Night Stalker puede que no cambie mucho las cosas. La otra vez fallaron, y no creo que ahora vuelvan a cagarla. Así que iremos solo nosotros dos para minimizar el posible número de bajas.  
—¡Esa lógica es absurda!  
—Si la nave explota, te va a dar igual que Stalker esté a tu lado. Es más, será peor, porque se convertirá en metralla. Tú mismo.  
—Ehhh...  
—Por no mencionar que estaremos en una zona profunda, y creo que el cuerpo militar de Stalker no flota...  
—Ehhh...  
—Va, hombre. Acuérdate de cuando estuvimos en Corona y nos fuimos tú y yo solos a por Strauss. Esto es algo parecido.  
—Ehhh...  
—Deja de decir eso, coño.  
ElArtista hizo una pausa de tres segundos, moviendo los ojos en todas direcciones.  
—Ehhh... —volvió a decir, agitando la cabeza.  
—¡Joder!

Al cabo de dos minutos, el abogado salió de la sala de interrogatorios. En la salida le esperaban los clones excepto Stalker y el Kapitán.

—Mi cliente presentará una denuncia por torturas —dijo a Kuroshima en inglés, para asegurarse de que todos lo entendiesen.

—Putos polis japos corruptos... —murmuró ElArtista.

—Calla, joder —ordenó Lainier.

—Nos veremos en el juicio —dijo el abogado. Se dio la vuelta y caminó hacia la salida.

—Kapitán, Stalker —murmuró Lainier por el intercomunicador—. Kibai está saliendo de comisaría. Seguidle. Investigadlo a fondo. Me da igual que tardéis horas o días. No os despeguéis de él hasta nueva orden. Los demás nos piramos ya a los Pantanos Negros.

—Recibido —dijo el Kapitán.

—Esto te costará caro —advirtió Stalker.

—Pásame la factura después, pero síguelo, coño —protestó Lainier.

—Lo estoy haciendo. Cálmate.

—Llevas el cuerpo civil, ¿verdad?

—Sí, pesao.

—Doy fe —dijo el Kapitán.

—Bien, manos a la obra.

El abogado arrancó el coche y comenzó a conducir calle abajo. Viajaba en un descapotable gris. No había duda de que el poder adquisitivo de Kibai era muy elevado. El Kapitán lo seguía a unos cincuenta metros en otro coche, un turismo vulgar y corriente de color azul. El clon vestía de civil, con un simple chándal de color azul, a juego con el vehículo. En el asiento de su derecha había dejado su escopeta, oculta bajo una gabardina blanca.

El coche del abogado giró a la izquierda al cabo de un par de minutos, después recorrió unos doscientos metros y volvió a girar a la derecha. Aunque no hacía movimientos bruscos, el Kapitán se preguntó si el tipo sospechaba algo. El clon no lo perdió de vista. Kibai recorrió unos quince metros antes de girar de nuevo hacia la izquierda, introduciéndose en una gran avenida atestada de luces de neón. La gente se apelotonaba en las calles y el tráfico era abundante. El Kapitán hizo esfuerzos para no perder de vista al sospechoso, que se detuvo en un semáforo. El Kapitán estaba a cien metros de él. Algunos coches se habían cruzado. Era difícil circular.

—Joder —se quejó el clon.

—Kapi —dijo Kuroshima por el intercomunicador—. Hemos investigado la matrícula del coche del abogado, y ná de ná.

—Qué sorpresa.

—¿Cómo va la cosa?

—De culo. Me he metido en un atasco y temo que el tipo este acabe escapando.

—Kapi, soy Stalker —dijo el cyborg por el intercomunicador—. Dime donde estás, que ya voy.

El Kapitán consultó el programa de GPS de su móvil.

—Estoy en la Avenida de Kishiro Sensei.

—Gran avenida, pardiez —dijo Lainier por el intercomunicador.

—¿Pero tú no te ibas al pantano ese?

—Estamos de camino. Pero mientras llegamos, superviso vuestra misión. A ver qué te crees.

El semáforo se puso en verde. El Kapitán intentó seguirlo, pero se iba retrasando por culpa del tráfico.

—¡Mierda! —exclamó, golpeando el volante con las palmas de sus manos.

En ese momento, Stalker pasó cerca de allí en una moto de alta velocidad. Se deslizó entre los coches y se plantó a unos diez metros a la derecha del vehículo del abogado. No corría peligro de ser reconocido, puesto que llevaba puesto el casco.

—Ventajas de los vehículos pequeños —dijo el cyborg por el intercomunicador del casco.

—Pégate a su culo —contestó el Kapitán.

—He terminado de revisar las armas —dijo ElArtista—. Todo en orden.

Los clones se dirigían en una nave con capacidad para diez personas hacia el pantano. Berllerak pilotaba.

—Las mias también —dijo Lainier, enfundando su Magnum—. Iremos con fusiles, por si hay cyborgs.

—Nos restarán movilidad.

—Como no podamos reventar a los ninjas, nos quitarán la movilidad para siempre. Usaremos los putos fusiles. A mí también me dan asco, pero los cyborgs eran de keridio.

—Esta misión apesta.

—Por eso la hacemos nosotros, capullo.

—Bah...

—Ahora comprobemos las máscaras —Los clones comenzaron a examinar unas máscaras de buceo capaces de filtrar el oxígeno del agua.

Al cabo de veinte minutos llegaron.

—Los sensores no detectan nada raro alrededor —dijo Berllerak.

—Muy bien —dijo Lainier—. Si no logras contactar con nosotros en veinticuatro horas, envía refuerzos.

—Po vale.

—Allá vamos. Sí yu leiter.

—Apenas te puedo seguir, macho —dijo el Kapitán. Había perdido de vista al objetivo, aunque seguía una señal de localización de Stalker mediante su móvil, así como la información captada por los sensores y una microcámara instalados en el casco del cazarrecompensas.

—Ha parado en un bar o algo así... —informó Stalker—. Es... el Kitano's Club.

—Lo veo. Mmm... gira la cabeza un poco más a la derecha. Hay mujeres interesantes.

—No te enchoches ahora.

—Estoy de servicio, joder. Solo quiero echar un ojo por si vale la pena venir después.

—Por si acaso, que te conozco.

—Pesao.

—He aparcado. Me bajo. ¿Tienes localizado el lugar?

—Sí. Estaré ahí en cinco minutos. ¿No sería mejor que esperaras? Podría reconocerte.

—En cinco minutos pueden ocurrir muchas cosas. Podría hablar con alguien dentro del bar, y desde aquí fuera mis sensores auditivos no captan una mierda.

Stalker comprobó donde se sentaba Kibai. Se quitó el casco y entró al bar, alejándose lo más posible del abogado. El cazarrecompensas había ocultado la cicatriz de su cara con maquillaje para dificultar la identificación.

—Perdone... póngame una cerveza —dijo Stalker en japonés a un barman acercándose a la barra.

—¿Vas a beber? —preguntó el Kapitán.

—Tengo que disimular —murmuró Night Stalker, dirigiéndose a un pequeño intercomunicador disimulado como un botón en su chaqueta de cuero. Echó una ojeada a su derecha, donde se encontraba el abogado. Estaba sentado en la barra. Entre ambos había un hombre y una mujer, charlando entre sí—. Y si me ve que pido algo sin alcohol, podría sospechar.

—Bueno, informa.

—Está tres asientos a mi derecha. Como me tapan, apenas puedo ver. Está tomando unas tapitas y una birra. En mi opinión, esto huele mal.

—¿Por qué?

—Porque este no es local para esa clase de tipo, un tipo podrido de dinero.

—A lo mejor le va la marcha. Ya sabes, cuando acaba de currar, se vuelve otra persona.

—Quizás... pero... ¿qué clase de persona? Es que aquí no pega. Aquí todo el mundo tiene una pinta alternativa que no veas. Las tipas de fuera parecían salidas de una convención de otakus, y aquí dentro veo a dos góticos y a otro vestido con un traje de colores horteras que me está dañando la vista. Pero este ni siquiera se ha quitado la chaqueta. Esto huele mal, te lo digo yo.

—¿Vas armado?

—Llevo un cuchillo y una pistola.

—Ya estoy en la calle. Estoy ahí en un minuto.

—Bien. Er... ¿qué llevas tú?

—Escopeta antiblindaje y pistola.

—Ha sacado un móvil. Está hablando. Es un móvil de lujo.

—Entonces ha entrado para hablar con alguien sin ser escuchado. Porque ahí habrá un jaleo de cojones, ¿no?

—Aquí está sonando heavy metal a toda hostia. Entonces... ¿crees que tengo razón, eh? Trama algo.

—Mierda... si supieras leer los labios...

—De poco iba a servir. Ya te digo que apenas lo veo.

—¿Hay alguien más sospechoso por el local?

—Mmm... ¿alguien que desentone? Je... no.

—Voy a entrar por la puerta en tres segundos. No me mires. Me quedaré de pie, porque llevo oculta la escopeta bajo la gabardina.

—No te muevas.

—¿Pasa algo?

—Pasa que vas a dar la nota. Si te sientas es probable que se vea el arma. Y si te quedas de pie llamas la atención.

Deja la escopeta en el coche.

—No me jodas. ¿Y si salen ninjas?

—No creo que monten un pollo en este lugar, que está petao. Mmm... el tipo acaba de colgar.

—Muy bien, dejaré la escopeta. Entraré dentro de veinte segundos. No mires.

—Joder, date prisa. He tenido que pedir otra birra y unas tapas. Luego Lainier no me paga estos gastos...

Al cabo de cinco segundos, Stalker volvió a hablar:

—Se ha levantado y va al servicio.

—Entro en quince segundos. ¿Qué hacemos?

—Yo no entraré al servicio. Podría ser una trampa.

—Creía que tú siempre entrabas a saco en todos sitios.

—Sí, pero no en este caso, cuando me pueden estar esperando.

—Pues yo tampoco me meteré allí. Esperaremos a que salga. Y si no sale... es que ha escapado por alguna ventana.

—Tal y como está dispuesto el local, no creo.

—Entro en cinco segundos.

—Joder, calla y entra.

El Kapitán entró al cabo de cinco segundos exactos. Sin detenerse, echó un vistazo al local, localizando los lavabos, situados al fondo a la derecha, por supuesto, y a Night Stalker. Se acercó a la barra, sentándose al otro extremo de donde estaba el cazarrecompensas, y pidió unos calamares mientras continuaba escrutando a todos los presentes. No cabía duda: había mujeres interesantes.

“Definitivamente habrá que volver cuando esto acabe”, pensó el Kapitán.

—Stalker —murmuró—. ¿Dónde lleva el móvil?

—En la chaqueta.

—Podría robárselo al salir.

—Si quieres, le pongo la zancadilla. Cuando caiga, le “ayudas” a levantarse, y le robas la cartera. Será más fácil.

—Demasiado sospechoso.

—Pero si fallas, se dará cuenta... y... je, je... es abogado. Nos caerá un paquete.

—Er... voy a consultar con Lainier —El Kapitán llamó a su jefe por el intercomunicador—. Estoy en un bar donde se encuentra el abogado. Ha hecho una llamada sospechosa. Creo que puedo tropezar con él y robarle el móvil. ¿Me arriesgo?

—¿Me llamas para eso? —replicó Lainier, que ya estaba avanzando por el pantano junto con ElArtista—. Estoy en una misión. No puedes interrumpirme para esa nimiedad. Haz lo que creas conveniente.

—Pero...

—No puedo aconsejarte. No sé que haría yo porque yo no soy el que está ahí.

—Joder, Lai...

—No soy imprescindible. Confío en ti.

—Bien.

—¿Y bien? —preguntó Stalker.

—Voy a robarle el móvil a ese tipo —contestó el Kapitán con firmeza.

—Deja que le ponga la zancadilla.

—No.

—Si es un ninja, se dará cuenta de que te chocas a propósito.

—No.

—Luego no me vengas llorando.

—Silencio. Es una orden.

—Joder.

Kibai surgió de los servicios al cabo de diez segundos. Se dirigió hacia la salida. El Kapitán avanzó rápidamente hacia él, pero mirando hacia las mujeres, para disimular, cosa que le salía de forma muy natural. Chocó contra el abogado con fuerza y deslizó su mano: el móvil era suyo.

—Perdone —se excusó el clon, y siguió hacia delante.

—Espere —dijo el abogado.

El Kapitán se dio la vuelta.

—¿Sí?

—Mi móvil, por favor.

Pausa de tres segundos. El Kapitán estaba pálido.

—Dios... —murmuró Stalker, bajando la cabeza y apoyándola sobre sus manos entrelazadas.

—¿Cómo? —preguntó el Kapitán.

—Devuélvame lo —respondió Kibai en tono recriminatorio, alargando la mano.

—¿De qué me habla?

—Me ha robado el móvil.

—Es un ninja —dijo Stalker en voz baja—. Seguro.

El Kapitán comenzó a caminar, rodeando al abogado.

—Yo no he robado nada, hombre —dijo, poniéndose detrás de Stalker. Sin girarse, deslizó la mano hacia atrás, tocando al cazarrecompensas. Este cogió discretamente el móvil y se lo guardó.

—¿Ah, no? —preguntó Kibai.

—Que no, hombre —dijo el Kapitán, poniéndose de espaldas a la salida: debía desviar la mirada de Kensai de Stalker.

—Pues acabo de llamar, y ahora no lo tengo —señaló el abogado palpándose la chaqueta con la mano—. Démelo ahora y no lo denunciaré.

—Je, je... —rió el Kapitán a desgana—. ¿Seguro que no lo ha perdido o ha sido otro?

—Vamos. Lo he notado.

—Váyase a la mierda, hombre.

—Usted es un ladronzuelo extranjero. Viene aquí, roba y después se larga a su país, y así cree que se libra de que lo cojan.

—¿Tengo cara de gaijin?

—Su acento le delata. Es bueno, pero no lo suficiente.

—Es que... soy de un pequeño pueblo donde tenemos este acento...

—Claro, hombre... Mmm... Ahora le reconozco. ¿Usted no es del Cuerpo de Asalto de Thuris?

—Solo me interesan los cuerpos femeninos, por eso he venido a este lugar. Debe estar confundido.

—Me parece que no. ¿Sabe que es muy feo delinquir cuando a uno le pagan para defender la ley?

—Le repito que no sé de qué me habla.

Stalker empezó a apretar los puños.

—Muy bien. Llamaré a la policía —amenazó Kibai, acercándose a un teléfono que había en la pared.

—Oiga, si fuera un ladrón, me habría largado ya...

—Bah, yo no sé como funciona una mente criminal —dijo el abogado, llevándose el auricular a la oreja.

—¿Cómo que no, si es abogado?

—¿Y usted como lo sabe? —preguntó Kibai sonriente.

—Er...

—¡A la mierda! —exclamó Stalker, levantándose del asiento. Se dirigió hacia Kibai rápidamente.

—¡No, S...! —comenzó a decir el Kapitán, pero ya era tarde. Stalker lanzó su puño contra el abogado. Éste lo esquivó haciéndose hacia atrás. Después contraatacó con un puñetazo a las costillas de Stalker, pero no le hizo daño.

Esta vez, Stalker no falló. Con un rápido puñetazo dejó fuera de combate al abogado. El sospechoso cayó sobre una mesa, y después al suelo. Dos hombres y una mujer que estaban sentados se levantaron. El cazarrecompensas apenas había tocado al tipo, pero era suficiente.

—¡Cálmense! ¡Policía! —dijo el Kapitán mostrando su placa a los presentes.

—Larguémonos de aquí —dijo Stalker cargando sobre su espalda al abogado.

Los clones salieron al exterior. El Kapitán dejó a Kibai en el asiento trasero del coche y comenzó a conducir sin rumbo fijo. Stalker le seguía en su moto.

—¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó el Kapitán, indignado— ¡Deberías haberte largado en cuanto te dí el móvil!

—No. Dejarte solo era peligroso. Ese tipo era un ninja. No podía arriesgarme. Lainier me envió para protegerte. Además, si hubiera salido, ese tipo habría sospechado, así que habría dado igual.

—¡Pero le has noqueado!

—Claro. Era un ninja. Ahora le interrogaremos. Bueno, lo interrogaré yo, y esta vez sin interferencias de ElArtista. Ya era hora.

—¡Pero que me pillara o que supiese luchar no significa que sea un ninja!

—¡Escucha! ¿Por qué crees que fallé el primer golpe? Le atacé con la fuerza controlada. Quería ver su reacción. Mi ataque solo podría haber sido evitado por alguien con un excelente entrenamiento, y este lo ha hecho. Y su contraataque posterior ha sido rápido y preciso. Es un ninja. Y si no, es algo parecido.

—Joder... si no tienes razón...

—Si no tengo razón, iremos a prisión. Veamos... robo, agresión, detención ilegal... oh, y espera a que le interroge...

—¿Dónde le quieres interrogar?

—Desde luego no en una comisaría. Esto es una detención ilegal y no quiero que nos vean.

—Consultaré en el móvil a ver si encuentro algo.

—Espera. Vamos a la casa de Lainier en Tokyo. Está insonorizada y en un barrio apacible.

—¿Podremos entrar sin que salten las alarmas?  
—Ya he estado allí y conozco la seguridad.  
—Tardaremos algo en llegar...  
—Pues habrá que darse prisa porque si a Erk le da por llamar al abogado, estamos jodidos.  
—No creo que lo llame pronto porque acaba de verlo. Lo decía porque sería mejor parar un momento para registrar al tipo y examinar el móvil, antes de salir pitando para Tokyo.  
—Vamos a la calle Shirow. Creo que los de la científica se fueron de la zona hace días y como mucho nos toparemos con vagabundos.  
—Bien.

—Lainier —dijo ElArtista, girándose hacia atrás. Los clones avanzaban lentamente por el pantano. El agua les cubría hasta la cintura. Multitud de árboles, delgados y altos, surgían por doquier. No había rastro de tierra firme—. He notado algo por el agua. Algo ha pasado por mi izquierda.

—Pues paremos —dijo Lainier, que iba un metro por delante. Los clones comenzaron a observar las turbias aguas, apuntando con sus armas.

—No veo nada... —murmuró ElArtista.

—¡Joder! —exclamó Lainier. Una enorme serpiente se enroscó en su pierna derecha. El clon estuvo a punto de perder el equilibrio. No podía disparar, puesto que se atravesaría la pierna.

ElArtista sacó su cuchillo con la mano izquierda y de un rápido tajo seccionó el cuerpo del ofidio.

—Ya tenemos almuerzo —dijo.

—Joder —murmuró Lainier, quitándose de encima del cuerpo del animal.

Los clones siguieron adelante. Durante media hora caminaron sin descanso. El agua les llegaba por el cuello.

—Dentro de poco, no haremos pie —dijo Lainier—. La nave debe estar cerca.

—Cerca quiere decir... que tardaremos otra media hora en llegar, ¿no?

—Claro.

—Y luego tardaremos varias horas en dar vueltas de un lado para otro para encontrarla.

—Dar vueltas no. Bucear. Tendremos que separarnos para cubrir más terreno.

—¿Separarnos? Eso no suele ser buena idea.

—Si vas bajo el agua dudo que te descubran.

—A menos que tengan equipo de vigilancia subacuático.

—Es igual, no podemos pasarnos toda la tarde aquí. Sigamos hasta no hacer pie y separémonos.

Los clones siguieron avanzado durante cinco minutos.

—Ya no hago pie —dijo Lainier.

—Hora de bucear —dijo ElArtista.

Los clones se colocaron las máscaras y activaron unas hélices que llevaban en las botas para impulsarse. Comenzaron a bucear a gran velocidad.

—Bueno. Tú por la izquierda y yo por la derecha —dijo Lainier.

—Bien.

—Bueno, estos documentos no tienen nada de especial, aparentemente —dijo el Capitán, aún dentro del coche, observando las hojas digitales que el abogado llevaba en la maleta. Había aparcado en un callejón de la calle Shirow. Stalker estaba en el asiento de atrás, examinando el teléfono del tipo. Había trasladado a Kibai al maletero, donde lo tenía esposado y sedado.

—Tenía el móvil apagado —dijo—. Y ahora me pide el PIN. ¿Qué clase de persona lleva un móvil apagado encima? Otra prueba de que es un ninja: lleva el móvil desconectado por si lo pillan.

—La prueba definitiva sería encontrar nanomáquinas en su cuerpo.

—He mirado en los dientes en busca de microcompartimentos pero no hay nada. Las nanomáquinas podrían estar en cualquier parte de su cuerpo y no hay forma de detectarlas sin un examen exhaustivo. Centrémonos en el móvil. Necesitaremos un técnico para activarlo.

—¿Crees que si avisamos a un miembro del Cuerpo de Asalto Nipón, nos ayudará?

—Para eso están, ¿no?

—No sé yo si les hará gracia esto...

—Entonces él nos dirá el PIN. Llévemolo a casa de Lai e interroguémoslo.

—Dije que nada de eso hasta que tengamos pruebas de que está sucio.

—Este tío está musculado. Esto es fruto de mucho entrenamiento. Eso quiere decir que dedica la mayor parte de su tiempo libre a ello. Si sumamos esto a todos los factores anteriores, no cabe ya ninguna duda: es un ninja.

—¡Eso no prueba nada! ¡Simplemente quiere decir que le gusta hacer deporte!

—Insisto en que se nos puede caer el pelo.

—Si resulta inocente, ya le hemos agredido, así que por un poco más...

—¡No sé yo si va a ser un poco!

—No tienes por qué estar presente durante mi duro trabajo. Pero si tantos reparos tienes, llama a Berllerak, a ver si saca el PIN.

—Berllerak está en una misión. Y Lainier me dijo que no llamara para tonterías.

—¿Te parece esto una tontería? Hay que examinar este móvil. Quizás la clave esté en la llamada.

Berllerak abrió el intercomunicador.

—Berllerak, hemos... capturado al abogado —dijo el Kapitán—. Nos descubrió.

—“¿Nos?” —murmuró Stalker.

—El caso es que necesitamos activar su móvil —prosiguió el Kapitán—. Contamos contigo.

—No me puedo mover de aquí —advirtió Berllerak.

—Esto es importante.

—Joder, y esto.

—¿No está Tete contigo? Que se quede él.

—Precisamente viene conmigo para que no se quedara una persona sola en la nave. No me moveré sin una orden de Lainier.

—Pues llamémosle.

Pausa de treinta segundos.

—¡Este mamón se despierta! —dijo Stalker, que volvió a golpear al abogado para noquearlo.

—No contesta —dijo Berllerak—. Puede ser falta de cobertura. Estarán bajo el agua.

—¡Mierda! —exclamó el Kapitán.

—¿Y si lo llevamos ahí? —preguntó Stalker, estableciendo contacto con Berllerak.

—¡A mí no me traigáis a un tipo al que habéis detenido ilegalmente! —protestó Berllerak.

—¡Nadie tiene porqué verlo!

—¡No!

—¡Joder!

—Por indicaciones —dijo el Kapitán.

—¿Ein? —preguntó Berllerak.

—Dime qué equipo necesito, y luego me irás diciendo desde ahí qué he de hacer. No puede ser tan difícil.

—Buff. Está bien. Si usas una cámara, podré verlo desde aquí. Así que consigue una cámara. Necesitas un programa... el MoviHack2300. Es invención mía. Descárgalo de mi servidor personal. Mételo en el ordenador y conéctalo al móvil.

El Kapitán se puso el casco de Stalker y ajustó los parámetros de la cámara para retransmitir a Berllerak. Después instaló el programa en el ordenador del salpicadero y lo conectó mediante un cable al teléfono del abogado.

—Espero instrucciones —dijo el Kapitán.

—Ejecuta el programa —dijo Berllerak, observando todo a distancia.

—Tengo algo —afirmó ElArtista—. Soy la hostia.

—Venga, dime —dijo Lainier

—Te recibo del culo.

—Lo sé. Debes estar muy lejos.

—Aquí hay una montaña de tierra, en el fondo. El detector de metales marca algo gordo —el móvil de ElArtista mostraba un gran punto luminoso parpadeante en pantalla—. Me he apartado a toda hostia, y no ha petado.

—Eso no quiere decir que no sea una trampa. Quizás esperen a que acudan más agentes. Claro que también podría ser un cacho de la nave que se estrelló hace años, y no la que buscamos.

—¿Llamamos ya a un robot o qué?

—Sí.

—Tardará en llegar tanto como nosotros. Que venga en nave.

—Que no, coño, que los sujetos podrían escapar.

—¡Joder, no creo que estén aquí!

—Mmm...

—¡Lainier, el tiempo también es fundamental en nuestro trabajo!

—Er... podríamos intentar entrar nosotros.

—Te aseguro que está muy enterrado.

—Joder, bien, llamaré —Lainier salió del agua y activó de nuevo el intercomunicador—. Berllerak.

—Dime —contestó Berllerak.

—Hemos encontrado lo que parece ser la nave. Ven hacia acá. Está enterrada y necesitamos un robot especializado.

—¿Puedes esperar cinco minutos? Estoy dando unas instrucciones al Kapitán.

—¿Ein? ¿Qué ocurre?

—¡Cinco minutos!

—De acuerdo.

—¡Lo tengo! —exclamó el Kapitán. El móvil estaba operativo— ¡Mierda! ¡Los menús están en kanji!

—¿Lo qué? —preguntó Berllerak.

—Un sistema de escritura ideográfica. Yo solo entiendo los sistemas silábicos.

—Pues yo tampoco entiendo los kanjis... —murmuró Stalker.

—Bien, seguro que puedes cambiar el idioma —dijo Berllerak—. Ves pasando por los menús, que me conozco de

sobra ese modelo de móvil. No... no... no... ese. Entra. Vale. Pasa, pasa, pasa... ahí. Entra... Vale, pasa, pasa... ahí. "English". Dale. Ya tá.

—Gracias.

—He de irme. Si quieres algo más, Lláname. Pero no puedo asegurarte de que te responda.

—Bien.

El Kapitán cortó la comunicación.

—¡Mira el registro de llamadas! —exclamó Stalker.

—¡Eso hago! —dijo el Kapitán— Vacío. Debe haberlo borrado.

—La agenda.

—¡Calla ya! A ver... mmm... Está lleno de números... —El Kapitán revisó todos los nombres—. En fin, no veo nada sospechoso. ¿Comprobamos uno por uno o qué?

—Jooooderrr...

—Espera...

—Me coges por pura potra —dijo Berllerak, recibiendo otra llamada del Kapitán—. Estamos a punto de investigar la nave. Date prisa.

—He de saber a quién llamó este tío, pero en el registro de llamadas no pone nada —informó el Kapitán—. Y obviamente, no puedo consultar con la compañía telefónica...

—Si está borrado, está borrado...

—¡Mierda!

—El hecho de que borre la lista de llamadas demuestra que está sucio —señaló Stalker—. No quiere dejar rastros.

—¡Eso no prueba nada!

—Si no queréis nada más, corto —dijo Berllerak.

—Bien.

—Vamos, Kapi... —dijo Stalker.

—¡Oye, yo también suelo borrar el registro de llamadas, y no es para ocultar nada!

—Kaaapi...

—Espera... voy a llamar al buzón de voz...

—Bien.

—Eh... ¿sabes cuál es el número del buzón?

—Estará en la agenda.

—Oh... sí...

El Kapitán llamó. Al cabo de unos segundos, colgó.

—No hay mensajes —dijo—. Voy a ver los SMS—. El Kapitán consultó los SMS guardados—. Tampoco nada.

—Pues basta de perder tiempo. Vamos a casa de Lai, joder.

—¡No sin una prueba!

—Déjate de chorradas. Deja de pensar en las consecuencias de lo que nos puede pasar. Quieres convencerte de que este tipo es inocente, para no seguir adelante, porque tienes miedo de lo que pueda pasar. Pero piensas como yo. Sigue tu instinto.

—Las cosas no siempre son lo que parecen.

—¡Kapitán! —exclamó Night Stalker, señalando con el dedo a su compañero— ¡Estamos hablando de terroristas que amenazan nuestras propias vida! ¡Es hora de que tomes una decisión!

Pausa de cinco segundos.

—Vamos a casa de Lai —dijo finalmente el Kapitán—. Pero ves pensando en una excusa para haberlo detenido.

—Excelente.

—¿Me recibís? —preguntó Berllerak.

—Ahora sí —dijo Lainier—. ¿Nos ves? Estamos aquí abajo.

Berllerak observó por los monitores. Distinguió las cabezas enmascaradas de ElArtista y Lainier, sobresaliendo del agua.

—Allá voy. Apartaos.

Lainier y ElArtista se alejaron. Berllerak detuvo la nave un metro sobre el nivel del agua. Abrió la compuerta de carga. Un enorme robot con forma de cangrejo surgió del hangar. Era tan grande como una furgoneta. Berllerak lo controlaba desde la nave. Una vez que el ingenio mecánico estuvo en el agua, Lainier y ElArtista subieron a bordo. La nave se elevó quinientos metros.

—Más allá de aquí, perdemos el contacto con el robot —dijo Berllerak—. Pero estamos lo bastante lejos para evitar explosiones.

Lainier estaba a la izquierda de Berllerak, Tete detrás y ElArtista a la derecha.

—¿Cómo va? —preguntó Lainier.

—Está posándose sobre el fondo —explicó Berllerak—. Paciencia.

Pasada media hora, el robot había despejado unos cincuenta metros cuadrados de casco. Estaba enterrado a unos veinte metros bajo el fondo.

—Parece la nave que buscamos —dijo Berllerak—. Estoy pasando sensores... No noto nada raro. Para variar. Bien. Si busco la puerta de entrada, tardaré mucho tiempo. ¿Procedo a abrirla desde arriba?

—Adelante —ordenó Lainier.

El robot desplegó una especie de tubo-ventosa que se fijó en el casco, absorbiendo el agua y creando un vacío. Desde aquel espacio comenzó a perforar el casco con un láser. Así no entraría agua. En cinco minutos había abierto un boquete de tres metros de diámetro. El robot se introdujo en la nave, dejando el tubo-ventosa fuera. Visto desde fuera, parecía un globo pegado a la nave.

—Estoy en el centro de la nave. En el pasillo central —informó Berllerak—. Nada a la derecha. Nada a la izquierda. Los sensores no indican una mierda. Voy hacia las estancias.

Berllerak movió el robot por las estancias. Nada.

—Voy al hangar.

Tampoco nada.

—Muy bien. Voy a la cabina.

Y nada.

—Vacío.

—Bien —dijo Lainier—. Ahora busquemos material útil. Hurga en la computadora y...

En ese momento, la nave explotó en pedazos. Una gran ola de agua se elevó varios metros, pero la nave de los clones no sufrió daños.

—Lo que esperaba —murmuró Lainier.

—El robot debe haber activado alguna bomba —conjeturó Berllerak—. ¿Examinó los restos?

—Examina.

Berllerak hizo descender la nave hasta la superficie y lanzó un segundo robot. La nave volvió a elevarse.

—El agua está turbia y hay pedazos de nave hundiéndose por todas partes —informó Berllerak—. Es difícil ver algo. Esperemos un poco... No veo un pijo.

Pasados unos minutos, las aguas parecieron calmarse. El fondo del lago estaba lleno de restos metálicos. Al cabo de diez minutos, Berllerak acabó la inspección.

—Yo no veo ná —dijo.

—Bien —se resignó Lainier—. Recoge el robot y vámonos de aquí.

—Joder, que pérdida de tiempo —se quejó ElArtista.

—Esperemos que los otros tengan más suerte —dijo Tete.

Berllerak volvió a descender y abrió el hangar. El robot subió a bordo. El clon inició la vuelta a comisaría.

—¡Joder! —exclamó Berllerak, mirando el monitor del ordenador. Llevaban una carga extra de un kilo—. ¡Fuera todos!

Los clones abrieron las compuertas laterales y sin pensárselo dos veces se tiraron al agua. Después miraron hacia arriba.

—Mmm... —murmuró Berllerak.

—A lo mejor no era una bomba —dijo Lainier—. Quizás un polizón. Si la nave se mueve, será lo segundo.

—Sea lo que sea, se habrá colado cuando la explosión ha enturbiado las aguas y no podía ver un carajo. Se habrá enganchado al cangrejo. Espera... tengo aquí el móvil...

Berllerak sacó el aparato y comenzó a controlar la nave. Aceleró. La nave se alejó. Al cabo de unos segundos, explotó, con una fuerza enorme.

—Bomba que explota al alejarse de aquí —señaló Berllerak—. A control remoto, quizás. Para que los pedazos no caigan sobre el responsable, que debe estar aquí cerca. Si estuviera lejos, habría hecho estallar la bomba nada más colarla. Además, debía estar cerca para colarla, a menos que usara un robot. No... debió hacerlo en persona. Si estuviera lejos el control remoto podría fallar. Aquí apenas hay cobertura.

—Sumerjémonos —ordenó Lainier, y así lo hicieron. Por fortuna, Berllerak y Tete llevaban encima las máscaras. Sin embargo, todos se habían dejado los fusiles arriba. Solo tenían pistolas y cuchillos—. Bien. Estad alerta. El mamón que hizo esto puede estar enterrado bajo la arena.

—Si son varios, estamos jodidos —murmuró ElArtista.

—Podemos huir... o podemos buscarle.

—Los filtros de nuestros respiradores empiezan a estar pochos. Este agua es asquerosa. Como tardemos mucho, Berlli y Tete tendrán que buscar solos.

—No me gusta la idea de tener a dos personas bajo el agua y otras dos fuera, ahora que no tenemos nave. Démonos prisa en encontrar a ese tipo.

Los clones empezaron a examinar la zona.

—Mi filtro está casi k.o, Lai —dijo ElArtista al cabo de media hora.

—Y el mío.

—Nos vamos —dijo Lainier—. Pero antes... barramos la zona con los láser...

—¡Por fin algo de destrucción!

—.. Pero gastad solamente la mitad de la munición y usad baja potencia.

—¡Vaya por Dios!

Los clones activaron las armas y dispararon al fondo. Tras un minuto de ráfagas láser, un submarinista salió de la arena a toda prisa. Comenzó a alejarse. También llevaba hélices en los pies. Estaba a cien metros de los clones.

—Es difícil apuntar —dijo Lainier.

—¿Lo cogemos? —preguntó ElArtista.

—No os acerquéis. Podría llevarnos a una trampa.

—Pues algo hay que hacer. Se escapa.

—Mierrrrda... ¡fuego a potencia máxima!

Los tres dispararon. Intentaron darle en las piernas, pero el submarinista se retorció. Unos cuantos tiros le alcanzaron el cuerpo. Al final se posó sobre el fondo, inerte.

—Alejémonos de aquí —ordenó Lainier—. Cuando tengamos cobertura, llamaremos a los refuerzos.

Al cabo de una hora, los clones pudieron avisar a otro de los vehículos que patrullaban alrededor del pantano. Éste acudió raudo a por ellos. Subieron a bordo y partieron rumbo a comisaría, mientras se cambiaban los trajes.

Stalker dejó caer a Kibai en el suelo del comedor de la casa de Lainier. El abogado estaba inconsciente.

—¿Dónde podríamos hacer esto? —preguntó Stalker, mirando a su alrededor.

—No hables el plural —dijo el Kapitán—. Yo no voy a ensuciarme las manos.

—¿Por qué coño no hay una mesa alta? ¡Voy a tener que trabajar sentado!

—Aquí hay una especie de gimnasio-dojó —señaló el Kapitán echando un vistazo al fondo del pasillo que cruzaba toda la casa—. Usémoslo. No tiene muebles pesados. Tardaremos menos en preparar todo.

—No me acordaba que todo aquí es japonés... —dijo Stalker mientras cargaba de nuevo con el abogado—. Debí haberme traído una mesa plegable.

El cazarrecompensas dejó a su presa en medio del tatami del dojo. La estancia tenía unos cincuenta metros cuadrados. El tatami estaba en la parte central, ocupando un círculo de diez metros de diámetro. Fuera del tatami había un par de aparatos de gimnasia y un armero con katanas, wakizashis y dagas. Los clones comenzaron a trasladar todo al salón.

—¿Buscamos sábanas o plásticos o vamos a comprar? —preguntó el Kapitán mientras buscaban algo de comida en la nevera.

—Es de noche, tendríamos que ir a buscar una tienda 24 horas y rezar para que tuviera lo que buscamos, y el tiempo apremia —dijo Stalker—. Usemos lo que haya aquí.

—Pues ten cuidado no le manches las sábanas. Creo que son de seda.

—Trataré de que no salpique.

Los clones cubrieron las paredes del dojo con las sábanas.

—No hay suficientes sábanas para cubrir el techo y el suelo —señaló el Kapitán.

—No creo que pueda reconocer este lugar por el techo —dijo Night Stalker—. Pero el suelo es un problema. En Japón hay muchos dojos, pero ya tendría una pista para empezar a buscar. Mmm. Puedo sujetarle de forma que solo pueda mirar hacia las paredes. Voy a por la armería de las espadas. Lo ataré a ella.

—Creo que es de madera noble, así que...

—Que sí joder —dijo Stalker saliendo al pasillo—, que no la manche. ¡Cui...!

El Kapitán se giró incluso antes de que Stalker acabase la frase: su expresión de sorpresa había sido suficiente: el policía se encontró con el abogado abalanzándose sobre él. Kibai golpeó el rostro del Kapitán con una veloz patada: el clon cayó al suelo.

—¡¡Bastardo!! —exclamó Stalker, corriendo hacia la puerta. Kibai la cerró con otra patada y pulsó con la nariz un botón en un panel de control cercano que servía para bloquearla. Stalker golpeó con su hombro izquierdo la puerta, pero había llegado medio segundo tarde.

—¡Puto Lainier! —se quejó—. ¿Por qué pondrá puertas blindadas?

El Kapitán intentó ponerse en pie, pero Kibai le noqueó con otra patada en el rostro. Se arrodilló de espaldas al Kapitán y cogió su cuchillo. Stalker disparó a la puerta con su pistola, pero era inútil. Entonces cayó en la cuenta de que el Kapitán había dejado su escopeta en el salón. Corrió hacia la estancia y se hizo con el arma. Kibai cortó las esposas y se dio la vuelta hacia el Kapitán. Afortunadamente para el policía, Stalker voló la cerradura. El abogado se giró y arrojó el cuchillo contra el cazarrecompensas justo cuando éste abría la puerta de una patada. Stalker intentó cubrirse el rostro: la hoja atravesó su mano izquierda y la escopeta, que sujetaba con ambas manos.

—¡La madre que... —exclamó el cyborg, dejando caer el arma.

Stalker intentó sacar su pistola. Kibai se abalanzó sobre él, haciéndole un barrido. Night Stalker cayó al suelo, no solo por la fuerza del golpe, sino por el dolor: como era de costumbre, tenía el sistema nervioso completamente activado para disfrutar mejor del interrogatorio.

“Este cabrón usa zapatos con punta de keridio”, pensó Stalker.

El abogado le pasó por encima. El cazarrecompensas intentó dispararle desde el suelo, pero Kibai entró en el salón y giró a la derecha, perdiéndose de vista. Como el salón daba al jardín zen, la huida resultaría fácil.

—¡Mierda! —exclamó Stalker, mientras se levantaba y desactivaba sus funciones sensitivas.

No podía dejar solo al Kapitán, por si acaso. Se acercó a él rápidamente y le reanimó con una droga que tenía preparada para despertar a Kibai.

—¡Dios, mi cara! —dijo el Kapitán, palpándose el pómulo derecho, que se estaba poniendo morado.

—¡Vamos que se escapa! —dijo Night Stalker.

Antes de ir a por su moto, el cazarrecompensas se hizo con una de las katanas de Lainier, que por supuesto era tan avanzada como los ninja-to de los Topos Rojos. El Kapitán abrió el maletero de su coche y se hizo con otra escopeta. Los clones se separaron.

Stalker pasó velozmente cerca de una callejuela. Pudo vislumbrar fugazmente a Kibai alejándose a topa prisa. El

cazarrecompensas maniobró lo más rápidamente que pudo, debido a su mano herida. Dio la vuelta y activó su intercomunicador.

—¡Lo tengo!

—¡Voy para allá! —dijo el Kapitán, consultando su móvil. Se dirigió hacia su compañero, a doscientos metros de allí. Rodeó el edificio para cortar el paso a Kibai cuando saliera. El Kapitán se bajó del vehículo y se parapetó tras la puerta del conductor, apuntando al callejón con su arma. Sin embargo, escuchó un vehículo a gran velocidad aproximándose por su derecha. Se giró y vio un deportivo negro que iba a pasar por detrás de su coche. Podría tratarse de un mero jovencuelo con ansias de velocidad, pero dada la situación, podría tratarse de algo peor. El Kapitán se metió en el vehículo. Justo a tiempo. Un encapuchado se asomó por la ventanilla derecha del deportivo, disparando varias ráfagas láser con un subfusil. Mientras, Kibai había salido del callejón y corría hacia el deportivo, dejando el coche del Kapitán a su derecha. El vehículo sufrió numerosas perforaciones, pero el clon resultó ileso. El Kapitán vigiló al enemigo consultando el monitor de su coche, que recibía las señales de varias cámaras colocadas en el exterior del vehículo. El coche dio la vuelta: iba a hacer otra pasada. La ventanilla izquierda bajó, mientras el Kapitán volvía a salir, rodando por el suelo. Un encapuchado sacó un lanzamisiles, al tiempo que Kibai subía al deportivo. El Kapitán disparó con su escopeta a la parte trasera, dañando los propulsores. El conductor dio un volantazo y el encapuchado se ocultó, subiendo la ventanilla.

Stalker apareció dos segundos después. El Kapitán subió a su coche. Persiguieron al deportivo a máxima velocidad, con las sirenas activadas.

—¡A todas las unidades! —informó el Kapitán— ¡Perseguimos a dos o más sospechosos que van en un Kaneda 206 negro por la avenida Takahashi de Tokyo! Matrícula AB2049. El coche presenta daños en la parte trasera. Van armados con al menos un subfusil y un lanzamisiles portátil. Uno es el abogado Kensai.

—¿Pero qué coño hacen estos en Tokyo? —preguntó Lainier a Berllerak. Aún no habían llegado a comisaría—. ¡Cambio de rumbo!

—¡Está claro que Erk le dijo a Kibai cómo contactar con sus compañeros! —dijo Stalker.

—¡Y les llamó desde el bar! —señaló el Kapitán—. ¿Pero cómo nos han encontrado? No nos seguían y... Ohhh... mierrda...

—¿Qué?

—¡Se nos olvidó apagar el móvil de ese cabrón! ¡Han rastreado la señal!

—¡Coño! ¡Mierda!

—¡Tendremos que estar todo un día pensando en cómo redactar el informe!

—¡Ya los alcanzamos!

El coche de los terroristas intentaba evitar a los otros vehículos, pero dado el estado del propulsor, era difícil mantener el rumbo. Dio tumbos de un lado a otro, golpeando varios coches, que perdieron el control. El Kapitán los esquivó, pero quedó algo retrasado. Stalker los evitó y se puso justo detrás de los fugitivos.

El Kapitán oyó un golpe en el techo, justo encima de él. Miró hacia arriba, apartando el cuerpo hacia tola derecha e intentando coger la escopeta, en el asiento de al lado. Un ninja-to, blandido por una mano negra y metálica, atravesó el techo y alcanzó al clon en la pierna derecha, justo por encima de la rodilla.

—¡Dioooss! —se quejó el Kapitán, apretando los dientes. Alzó el arma y disparó sobre el ninja. El tipo cayó hacia atrás y rodó por el suelo. El Kapitán no se detuvo y continuó adelante, haciéndose un torniquete con un pañuelo. En ese momento notó otro ruido bajo su asiento. Sin soltar la mano izquierda del volante, saltó al asiento de la izquierda. Otra espada atravesó desde abajo el asiento del conductor. El Kapitán cogió de nuevo la escopeta y disparó dos veces contra el suelo. El ninja quedó atrás, tendido en el asfalto. Era otro cyborg. El Kapitán volvió al asiento del conductor y echó un vistazo al monitor para asegurarse de que los asaltantes habían desaparecido. Pero, de repente, comenzó a marearse. El Kapitán sacó un vial autoinyectable de la guantera: por fin habían logrado sintetizar el antídoto. Se aplicó la dosis e informó a la policía para que recogiesen los cuerpos de los ninjas.

Stalker se acercó al deportivo por la derecha. Estaba a escasos centímetros del auto. Un brazo surgió de la ventanilla y disparó a ciegas con el subfusil. El cazarrecompensas tuvo más puntería. El brazo del sujeto quedó seccionado. Stalker continuó disparando al coche, mientras se acercaba, intentando encontrar ángulo para reventar una rueda.

—¡Joder, si tuviera mi Nareel, lo pillaría! —se quejó.

—Y si este coche volase, también —dijo el Kapitán.

—Al menos ellos tampoco vuelan. Les debes haber jodido bien el motor. Con suerte se quedarán sin energía o les estallará.

—Voy a insistir en ese punto.

El Kapitán sacó el brazo izquierdo y disparó uno de sus proyectiles contra la parte trasera del deportivo. El propulsor fue alcanzado. Un encapuchado salió por la ventanilla derecha trasera con el lanzamisiles. El Kapitán comenzó a conducir en zig-zag. El terrorista no podía apuntar bien. El misil falló el blanco, estallando contra el asfalto. El vehículo comenzó a perder velocidad: el motor ya no daba más de sí. Stalker lo adelantó y lo acibilló roció con su fusil. El coche acabó empotrándose contra un escaparate de una tienda de ropa. Estaban en pleno centro comercial y de ocio de Tokyo. Stalker frenó la moto. Se oyeron sirenas: más policías acudían.

Los viandantes corrieron, asustados. Los más osados observaron el espectáculo desde los salones recreativos y los pubs. Stalker contempló como uno de los encapuchados salía de la parte trasera del vehículo, con el lanzamisiles en la mano y un fusil en la espalda, y el conductor, otro encapuchado, también abandonaba el vehículo, llevando un subfusil. Corrieron por la acera. Stalker tenía mejor ángulo para disparar contra el conductor, y no falló. El tipo se desplomó con

la cabeza atravesada. Stalker aceleró y echó un vistazo al interior del coche. Ni rastro de Kibai. Fue en busca del otro fugitivo. Estaba cruzando la calle. El criminal se giró y disparó un misil contra Stalker. El cyborg esquivó fácilmente el primer impacto. El criminal volvió a disparar. Stalker giró la moto hacia la izquierda, pero se estampó contra otra que venía de cara. Ambos vehículos cayeron al suelo.

—¿¿Está bien?? —preguntó Stalker mientras se levantaban.

—Eso creo —respondió el individuo, que afortunadamente llevaba casco. Stalker continuó adelante, dejando tras de sí un rastro de muerte y destrucción.

El Kapitán apareció por una intersección cercana. Estaba a treinta metros del terrorista.

—¡Kibai está diez metros a tu derecha! —informó el Kapitán—. ¡Yo me encargo del otro!

Stalker volvió a subir en la moto y vio como Kibai corría hacia una calle estrecha, escabulléndose entre los peatones. Llevaba un ninja-to en la mano. Mientras tanto, el Kapitán se aproximó al encapuchado. Al terrorista no le quedaban misiles, así que arrojó el arma y tomó el fusil. Disparó contra el coche del Kapitán sin dejar de moverse. Stalker también le disparó, pero como al mismo tiempo estaba persiguiendo a Kibai, no logró alcanzar al sujeto. El criminal se puso delante de un coche y lo apuntó con el fusil, mientras Stalker se abría paso entre los peatones y dejaba al encapuchado a su espalda.

—¡Quieto! —ordenó el encapuchado al conductor en inglés, pero de todas formas lo entendió muy bien. Frenó en seco. Era un joven asustado que salió corriendo del vehículo. El criminal le apuntó.

—¡Quieto! —repitió, corriendo hacia él. Era obvio que quería un rehén. Pero no pudo disparar: el Kapitán, ya fuera del coche, disparó con su pistola al sujeto, alcanzándole en el hombro derecho. El tipo dejó correr lo del rehén y subió al vehículo del joven. Stalker por su parte se veía incapaz de disparar con tanta gente en medio. La callejuela estaba llena de clubes alternativos, y era difícil moverse. Tuvo que dejar la moto por miedo de atropellar a alguien y seguir a pie.

—Estamos a cien metros de la zona —informó Lainier—. Llegamos enseguida.

—Menos mal —dijo el Kapitán—. Pero tened cuidado. Pueden haber al menos dos ninjas cerca, aunque dañados.

—Ya nos han avisado.

El Kapitán recargó su escopeta mientras el encapuchado aceleraba y se dirigía hacia él. Cuando se encontraba a pocos metros, el Kapitán disparó contra la luna delantera. El criminal estaba agachado y no fue alcanzado, pero no logró arrollar al clon, que esquivó fácilmente el vehículo y le reventó una rueda. El fugitivo se estrelló contra una parada de autobús cien metros más adelante. Los coches de Lainier, Berllerak, ElArtista y Tete aparecieron cerca del Kapitán, quien corría hacia el vehículo del fugitivo. La puerta se abrió y el conductor salió al exterior tambaleándose, solo para ser destrozado por un proyectil del Kapitán que impactó contra su pecho.

—No le has dado el alto —dijo ElArtista por el intercomunicador.

—Ya se lo dí antes y se lo pasó por el forro —dijo el Kapitán—. Que se joda.

—Ahora hablas mi idioma.

—¡Muy bien! ¡Hay que rastrear toda la manzana en busca de esos ninjas! —ordenó Lainier.

—No veo ni a Stalker ni a Kibai —dijo ElArtista mientras sobrevolaba la calle por donde habían ido ambos.

—Contesta, Stalker —ordenó Lainier por el intercomunicador.

—Voy por la calle Kurosawa —contestó el cazarrecompensas.

—Vamos hacía allá.

—Si se ve acorralado se suicidará.

—Por desgracia el sigilo no es una opción ahora mismo —Lainier cortó la comunicación y se dirigió al Cuerpo de Asalto—. Artista y Tete, quedaos aquí y esperad a que lleguen refuerzos. Los demás vamos a donde está Stalker. Conduzcamos por el suelo para no llamar la atención.

Kensai empujaba a los transeúntes para dificultar el trabajo de Stalker, pero el cazarrecompensas ya estaba a cinco metros de su presa. Repasó en su cabeza cómo placar a Kibai: debía impedir que se suicidase. Podría activar las nanomáquinas de múltiples formas: con un determinado pestañeo, apretando los dientes, presionando con su dedo la arteria carótida o cualquier otra cosa. Debía dejarle inconsciente al primer golpe. Se preparó para el ataque, pero el abogado recurrió a un sucio método: atacó a un peatón, hundiendo ligeramente el ninja-to en su estómago. Fue un movimiento preciso y fugaz: Kibai ni siquiera detuvo la marcha.

—¡¡Bastardo!! —gritó Stalker mientras el herido se desplomaba. El cazarrecompensas se detuvo a taponar la herida y activó su intercomunicador—. ¡Médico en el número 192 de Kurosawa! ¡Herido por arma blanca en el estómago.

—¡Llego ya! —dijo Berllerak, pasando del sigilo: elevó el coche sobre el suelo y aceleró. En unos segundos ya estaba al lado de Stalker.

El número dos del Cuerpo de Asalto atendió a la víctima mientras Stalker reanudaba la persecución. El criminal le había sacado unos pocos segundos de distancia.

Lainier había aparcado el coche en la Plaza Katsura, que comunicaba con la calle Shirow. Se había bajado del vehículo y ahora esperaba a que Kensai pasase cerca, aunque no estaba seguro de lo que hacer para evitar que se suicidara. Pero mientras Stalker tuviera oportunidad de cogerlo, no intervendría. De momento solo había ordenado a los viandantes que se ocultaran, lo cual era fácil dada la gran cantidad de locales de ocio que había en la plaza. Toda la zona estaba inundada de luces de neón. La Plaza en sí era un círculo de doscientos metros cuadrados, con una fuente en medio y varios bancos y asientos. Los locales de la periferia ocupaban mucha más extensión. Los clones habían visitado algunos de ellos durante el tiempo en que esperaron a que acabase la incomunicación de Erk.

Comenzó a llover. Lainier sonrió.

—¡Cuidado! —gritó un joven desde la puerta de un pub, señalando la espalda de Lainier.

El clon se giró: dos cyborgs parecían haber salido de una alcantarilla cercana a la fuente central. Estaban ante él, a veinte metros de distancia. Tenían desperfectos en el cuerpo: los disparos del Kapitán. Los ninjas corrieron hacia Lainier. Con velocidad endiablada, el clon disparó a los visores, dejándolos ciegos. Lainier se hizo a un lado y evitó ser arrollado. Disparó contra el enemigo, con escaso éxito.

—Estúpido gaijin —dijo uno de los ninjas mientras corrían de nuevo hacia Lainier, alzando sus espadas ante sus rostros para proteger los visores. Ya habían recuperado la vista—. Esas armas apenas nos hacen daño. ¿No aprendisteis la lección?

—Sí, la aprendimos —contestó Lainier.

El Kapitán surgió de otra alcantarilla cercana y disparó contra los cyborgs. El tórax del bocazas quedó destrozado. Se quedó en el suelo, inmóvil. El otro había perdido todo el cuerpo de cintura para abajo. Se arrastró, humeante, pero no tenía fuerzas ni tiempo para escapar.

—A ver si os creíais que erais los únicos que sabíais moveros por las cloacas —señaló el Kapitán. Finalmente, el cyborg sufrió unos espasmos y dejó de moverse.

—O ha muerto por shock o se ha suicidado —señaló Lainier, aproximándose al cuerpo del otro cyborg para comprobar si estaba vivo.

Kibai continuaba adelante. Pretendía atacar a otros transeúntes para retrasar a Stalker, pero ElArtista había despejado la zona y le estaba esperando parapetado la puerta del conductor del coche.

—¡Quieto! —ordenó el clon, apuntando al fugitivo con su fusil—. No puedes huir. Stalker te pisa los talones y Lainier está en la otra calle —ElArtista se refería a la calle que conectaba con la Plaza Katsura, que quedaba a la izquierda del abogado. No había otra calle cercana.

ElArtista se encontraba a diez metros del fugitivo. Por lo general, Artista disparaba primero y hablaba después, pero Kibai, criminal o no, era un importante abogado con todo un bufete a su lado, y ElArtista no estaba dispuesto a ser procesado. Además, había testigos cerca: algunos curiosos observaban desde sus casas.

—¡Puedo hacerte un hombre rico! —señaló Kibai.

—Bien. Podemos añadir intento de soborno a la lista de cargos.

—¡Hablo en serio! ¡Puedo darte un millón!

—El dinero me gusta, pero mi trabajo me gusta aún más. Detener a cerdos como tú me la pone dura.

—¡Suelta la espada y levanta las manos! —ordenó Stalker, que por fin había alcanzado a Kibai. Había pensado en noquearlo, pero si Kibai no había intentado suicidarse ya tras el alto de ElArtista, es que no pensaba hacerlo.

El abogado dejó caer el arma, pero al golpear contra el suelo, el ninja-to estalló con una luz cegadora. ElArtista se llevó la mano a la cara.

—¡Dios! —gritó.

Kibai sacó un tanto de debajo de su chaqueta y se abalanzó sobre Stalker: sabía que sus ojos cibernéticos pronto se recuperarían de la ceguera y debía acabar con la persona que le impedía el paso. Stalker trató de apuntar, pero la hoja cortó el cañón del fusil. Stalker dio una voltereta hacia atrás. Sus ojos mejoraban rápidamente. Desenvainó la katana que había cogido de casa de Lainier.

—¡Mierda, no distingo nada! —se quejó ElArtista mientras trataba de fijar el blanco, pero todo eran sombras y manchas borrosas.

—¡Y decíais que Lainier estaba loco por llevar siempre las gafas de sol! —rió Stalker mientras alzaba la espada. Kibai intentó rodear al cazarrecompensas, pero fue inútil: el cyborg rodó por el suelo, y cortó transversalmente el estómago del abogado. Las tripas se esparcieron por el suelo.

Stalker enfundó el arma.

—Ya está —dijo el cyborg por el intercomunicador.

—¿Lo has matado? —preguntó ElArtista mientras se acercaba, restregándose los ojos.

—Ha sido instintivo. No quería averiguar que más trucos guardaba.

Tras estabilizar a la víctima de Kibai, Berllerak regresó al lugar de los accidentes de coche, donde Kuroshima ya había acordonado la zona. Los de la científica estaban trabajando a destajo. Otro equipo se dirigía hacia el cuerpo del abogado, y otro hacia los dos cyborgs.

—Muertos todos —dijo Lainier por el intercomunicador—. Nos quedamos sin nadie que sepa algo. Si Erk nos dijo la verdad, ya han muerto todos los ninjas que contrataron. Eran cuatro.

—Tenemos cinco ninjas muertos, Lai —señaló Berllerak—. Esas matemáticas.

—No contaba a Kibai. Puede que solo tuviera como función servir de enlace entre Erk y los Topos Rojos. De hecho, no creo que pudieran contratarlo. Solo Erk podía contactar con los ninjas y nos dijo que eran cuatro. También dijo que sus abogados no recibían encargos terroristas. Por supuesto que pudo mentir o decir medias verdades, pero ElArtista estuvo varios días empleándose a fondo y Erk no es de los que tienen vocación de mártires.

—Pues si dijo la verdad, queda demostrado que el bufete sí que echa una mano ilegal a sus clientes sin necesidad de recibir instrucciones explícitas.

—Mi Cuerpo de Asalto se encargará de investigar al bufete —dijo Kuroshima—. Por cierto, aunque contrataran cuatro cyborgs, es factible que envíasen a Kibai como refuerzo. No me extrañaría que si vieron que les resultaba difícil

mataros, aumentasen los efectivos aunque recibiesen la misma cantidad de dinero. Al fin y al cabo apenas sabemos cosas sobre las organizaciones ninjas.

—¿Por qué no intentaría suicidarse Kibai? —preguntó ElArtista—. Debió darse cuenta de que la luz no bastaría para librarse de Stalker. A lo mejor no era un Topo, sino un mero japo que sabía artes marciales.

—Puede que se quitase las nanomáquinas para ir a comisaría por si las detectábamos en un escaneo, cosa improbable, pero los ninjas parecen ser cuidadosos.

—Absurdo. Podría haberse abierto la barriga con el tanto.

—Eso no asegura una muerte rápida. Le podríamos haber estabilizado.

—Quien dice abrirse la barriga dice autodecapitarse. El tanto era un arma vibratoria. Un movimiento rápido y a tomar por culo.

—Quizás no lo bastante rápido como para que Stalker le detuviese.

—¿Y qué más da? No perdía nada por intentarlo. Si no lo hizo es porque no tenía intención de suicidarse.

—¿Estamos seguros de eso? ¿Y si decidió suicidarse atacando a Stalker? Kibai podría temer que Stalker detuviese su mano antes de rajarse a sí mismo, así que decidió atacar a Stalker, confiando en morir a sus manos.

—Rebuscado pero interesante.

—En cualquier caso podremos averiguar más si registramos la casa de Kibai.

—Será complicado que os autoricen a registrar la casa —dijo Kuroshima.

—¿No está demostrado que era un criminal?

—Aunque ahora sea sospechoso... Bueno, mejor lo hablamos en privado.

—Sí, mejor.

—Bueno, Lai —dijo Berllerak, supervisando cómo la policía cargaba los cadáveres de los terroristas en las ambulancias—. Los tres encapuchados muertos son del grupo terrorista de Erk. El tío del pantano también lo era. Si era cierto que la célula constaba de seis miembros, eso quiere decir que ya solo queda Larstersson.

—En cuanto se entere de que sus compañeros están muertos, se largará del país.

—Pues se estará enterando ya, porque ya hay periodistas y televisiones pululando por aquí.

—Trataré de mantenerlo alejados todo lo que pueda y cuando me pregunten me inventaré algo —dijo Kuroshima—. Pero es tontería: no engañaremos a Larstersson, e incluso si no está pendiente de las noticias, en cuanto vea que sus compañeros no informan se largará.

—¿Alguna pista en los cadáveres? —preguntó Lainier—. El equipo de aquí no encuentra nada.

—No hemos encontrado nada útil —dijo Berllerak.

—El Kibai este tampoco lleva nada interesante encima —dijo ElArtista.

—Bien. Volvamos a... hum... no sé si quedarme en Tokyo o volver a Kyoto. Los terroristas vinieron hasta aquí.

¿Estará el líder cerca?

—Quedémonos en Tokyo —dijo Berllerak—. Solo por no tener que movernos más. Además, tu casa tiene una seguridad de la hostia, ¿no?

—La tiene.

—¡Pero Lai, si el tipo se escapó de tu casa! —dijo el Capitán

—Es que las medidas de seguridad son más bien para que la gente no entre, no para impedir que salga.

Los clones estaban en la comisaría central de Tokyo, lugar de trabajo habitual del Cuerpo de Asalto Nipón. Eran las ocho de la mañana. El Cuerpo de Asalto y Night Stalker estaban en una sala de reuniones con forma circular, con una mesa redonda de cristal en el centro, rodeada por sofás curvos, donde estaban sentados cómodamente.

—¿Por qué no tenemos de esto en nuestra comisaría? —preguntó ElArtista.

—Porque Japón es un país más rico que Iberia —contestó Lainier.

Kuroshima entró por la puerta.

—Malas noticias —dijo—. Los mandamases ya tienen noticias del jaleo en el bar. Quieren el informe cuanto antes, para mañana como mucho. ¿Qué les vais a decir?

—Pase lo que pase, me haré responsable de lo sucedido —dijo el Capitán—. Bueno, y me temo que Stalker tampoco se podrá librar...

—Esto es Japón. Si el asunto no se resuelve satisfactoriamente, no se conformarán con echaros a vosotros dos la culpa. También pedirán responsabilidades a Lainier, por ser el jefe, y a mí, por supervisar vuestras operaciones.

—Una tragedia... —murmuró ElArtista irónicamente.

—¿Bueno, que sucedió exactamente?

—Seguimos al abogado, como estaba previsto —explicó Stalker—. Escuchamos cómo llamaba a los terroristas. No había duda. Le pedimos que nos acompañara. Se resistió y tuvimos que emplear la fuerza...

—Los testigos del bar no dicen eso.

—Estaban todos borrachos. Se lo juro.

—¡Oh, vamos...!

—¡Seguro que lo interpretaron todo mal!

—Dicen que el tipo no os atacó.

—No tienen nuestra percepción, no se darían cuenta. El mamón hizo además de atacar. Tuve que levantarme y dejarlo fuera de combate.

—Fascinante, porque los testigos dicen que estabas de espaldas.

—Había un espejo delante y lo vi todo reflejado.

—No lo había.

—Mierda.

—Pues eso.

—Bueno, a ver si para mañana me invento algo mejor.

—¿Siempre trabajáis así? —preguntó Kuroshima a Lainier.

—A mí no me mires —respondió Lainier—. Yo no estaba allí.

—Bueno, como me parece que va a ser inútil continuar preguntando, me largo. A ver qué sarta de mentiras les presentáis mañana a la cúpula policial, pero os recuerdo que mi posición peligra, y que ya me la jugué cuando permití los interrogatorios a Erk.

—Que nos recuerdes esas cosas no significa que se nos vaya a ocurrir una buena historia por arte de magia —dijo Stalker secamente.

Kuroshima salió de la sala ligeramente cabreado.

—Ahora decidme qué coño pasó —dijo Lainier.

—Verás, Lai, la verdad es que no nos atacó, pero estaba convencido de que era ninja, así que atacué primero. Nada nuevo.

—Solo que el lugar estaba lleno de testigos.

—Así era.

—Pero podrías haberte esperado a que saliera de ahí, ¿no?

—No.

—¿No? ¿Por qué?

—Porqueee... eehh..

—Olvidalo. Kapitán, habla tú.

—¡Joder, que complicada es la vida! —se quejó Stalker.

—La verdad es... —comenzó a decir el Kapitán.

—¿Sí? —preguntó Lainier.

—Mira, Lai. No escuchamos una mierda de lo que dijo el tipo ese por el móvil, pero pensamos que era un ninja porque el tipo no pegaba en ese ambiente. Supusimos que tenía prisa por llamar a sus compañeros o a los terroristas y que por eso había entrado en ese club ruidoso, donde nadie podría escucharle. Le robé el teléfono pero me descubrió, lo cual resultó bastante inquietante. La discusión se lió y Stalker le atacó. Primero le atacó de forma sutil para ver la reacción del tipo. El ninja lo esquivó. Luego Stalker lo noqueó. Eso reforzó la tesis de que era un ninja. Pero como no teníamos pruebas para haberlo detenido, decidimos no llevarlo a comisaría. En el móvil no había nada útil. Lo llevamos a tu casa para interrogarlo allí.

—¿¿Mi casa??

—Aparte de una puerta rota, está en perfecto estado... —murmuró Night Stalker.

—¡Idiotas! ¡Como sepan que lo llevasteis a mi casa pueden decir que os autoricé yo!

—Los detractores de los clones lo dirán de todos modos —señaló Stalker.

—Calma, Lai —dijo el Kapitán—. Ayer no había gente paseando cerca de tu casa, no creo que lo vieran salir.

—¡Más os vale!

—Bueno, una vez allí el tipo se nos escapó porque se estaba haciendo el inconsciente y, er...

—Que te sorprendió, para que nos vamos a engañar —murmuró Stalker.

—Bueno, el caso es que salió a la calle y cuando fuimos tras él, los terroristas acudieron a recogerle. El resto y lo sabes. Les perseguimos, aparecieron los dos ninjas que faltaban y tal y cual.

—¿Cómo encontraron a Kibai?

—Cuando escapó trincó un móvil e hizo una llamada —dijo Night Stalker.

—Bien. Lástima que... A) No se encontrara ningún móvil en el cadáver de Kibai. B) Hay que ver qué rápido llegaron a rescatarlo: debían estar ya en Tokyo, qué casualidad.

—Bueno... —murmuró el Kapitán—. En realidad fue un fallo técnico.

—¿Un fallo técnico?

—Se nos olvidó apagar el móvil y rastrearon la señal.

—Cojonúo.

—Y eso es todo

—Resumiendo: un montón de gente os vio secuestrar a Kibai, y después Stalker lo mata. Suena mal.

—Hombre, dicho así.... —murmuró Night Stalker.

Al cabo de una hora, Kuroshima regresó a la sala.

—Bueno —dijo—. Nadie parece haber visto a un tipo saliendo de la casa de Lai. Por desgracia, no hemos encontrado nada útil en los restos del jaleo. La autopsia de Kibai revela que no llevaba nanomáquinas encima, pero sí tiene marcas de cirugía que sugiere que las podría haber tenido. Otro indicio de que era un ninja, pero nada más. Estamos sin pistas.

—¿Pero qué hay de la casa de Kibai? —preguntó ElArtista.

—A eso iba. El juez no autorizará un registro hasta que no se aclare el jaleo de ayer. Hasta entonces, mi Cuerpo de Asalto vigilará en la puerta para que nadie entre.

—¿Por qué ha sonado como si vigilaseis para impedir que entremos nosotros y no para impedir que entren criminales? —preguntó ElArtista.

—Porque es así.

—¡Por favor! —dijo ElArtista en tono sarcástico—. ¡Jamás se nos ocurriría eso!

—¡Más os vale!

—¿Y qué hay de Erk?

—Lo están interrogando pero no dice nada. Ahora está muy vigilado por observadores de derechos humanos, y tiene un nuevo abogado prestigioso, esta vez libre de toda sospecha.

—¡Por favor! —repitió ElArtista—. ¡Jamás se nos ocurriría hacerle daño!

—¿Cómo organizaréis las vigilancias? —preguntó Lainier.

—¿¿Para qué quieres saberlo??

—Curiosidad.

—Nos turnaremos de uno en uno, cada cuatro horas.

—¿Cuándo es tu turno?

—¡Muy bien, Lai! —dijo ElArtista apretando el puño en señal de aprobación mientras Kuroshima enmudecía—. ¡A veces le echas huevos y todo!

—¡No pienso ayudaros, Lai! —dijo Kuroshima—. ¡Los anticlones y antigaijin piden mi cabeza! ¡Como algún vecino me vea dejándoos pasar...!

—Nadie ha dicho que nos dejes pasar. Si te cruzas con nosotros, cumple tu trabajo. Pero si oyes ruidos dentro de la casa durante tu turno... no cumplas tu trabajo.

—¿Pero no podéis esperaros a ver si el juez autoriza el registro?

—El tiempo es fundamental en nuestro trabajo y lo sabes. Bueno, ¿a qué hora estarás allí?

—En fin... A partir de las diez.

—Necesito hablar a solas con mis hombres.

—Sin duda.

El líder del Cuerpo de Asalto Nipón salió de la habitación.

—Tendrás que entrar tú en la casa, Stalker —señaló Lainier—. Si te pillan, al menos no eres miembro del Cuerpo de Asalto.

—¿Y cuánto me pagas? —preguntó Stalker.

—¿No tuviste bastante con lo que te pagué la última vez?

—Ya sabes que hago descuentos de amigo, pero esta vez me pueden procesar por agresión y detención ilegal, y no quiero añadir allanamiento de morada a la lista. Necesito un incentivo.

—¿Quieres que te apoye cuando te investiguen los burócratas o no? El favor me lo debes tú a mí, que a saber lo que tendré que decir para salvarte el culo...

—Sabía que dirías eso... Está bien, lo haré de gratis... ¿Pero qué hay de los sistemas de seguridad? Debe tener uno muy sofisticado.

—Recibirás instrucciones para solucionar esas cosas —señaló Lainier.

—Supongo que me toca a mí —dijo Berllerak.

Stalker, con su cuerpo civil y vestido de negro, con una pequeña mochila en la espalda, entró al edificio donde vivía Kibai sin muchas dificultades. Subió en ascensor con tranquilidad pasmosa hasta llegar al último piso. De ahí subió andando a la azotea. Se deslizó hacia abajo por el exterior del edificio con la pistola-garfío hasta ponerse ante la ventana del piso del abogado, situado en un vigésimoquinto. Miró al edificio de enfrente, en busca de posibles observadores. Según la lista de Kuroshima, no debería haber nadie, pero no podría arriesgarse. No vio nada. Observó el interior del piso. La ventana daba al dormitorio. Dentro había una cama doble, una mesita y un armario, todo normal.

Stalker sacó el típico cortador de vidrios. Abrió un agujero e introdujo una microcámara. Observó el interior. El pestillo de la ventana estaba conectado a una alarma.

—¿Qué opinas? —preguntó Stalker por el intercomunicador.

—Mi consejo es que abras un agujero más gordo y pases por él —respondió Berllerak, que estaba recibiendo la señal retransmitida por la microcámara y los propios sentidos cibernéticos del cazarrecompensas.

—¿A ti no te pagan por desactivar la seguridad?

—No, amigo. Me pagan para que no se active la seguridad.

—Qué coñazo —dijo Stalker, que perdió algo de tiempo en cortar el cristal y dejarlo con cuidado dentro de la habitación

Stalker entró al interior. Registró toda la casa, usando un escáner y la microcámara. Era un proceso lento. Tardó tres horas en registrar todo. Lo más relevante que encontró fueron diversos documentos de abogacía, pero no le debieron satisfacer, porque pasó de ellos olímpicamente. Tras desmontar el ordenador del despacho y examinarlo por dentro, lo encendió. El sistema operativo le exigía una clave.

—No tengo ni puta idea de hackear esto —admitió Stalker.

—Si tiene el parche 2.303, va a resultar cansino —señaló Berllerak—. ¿Sabes qué versión es?

—Estoy buscando entre los discos y hojas que hay por aquí. Espera.

—Espero.

Pasó un minuto.

—No tengo ni idea —dijo Stalker al fin.

—No importa. Conecta el móvil, activa el Intruder 4000 y reinicia el equipo.

Stalker sacó el móvil de su mochila. Lo conectó al PC de Kibai, activó el programa y reinició.

—Ops —dijo Stalker—. Es la 2.303.

—Mierda. Necesito que traigas el disco duro. Si tengo que guiarte desde aquí tardarás un huevo en acceder y falta menos de una hora para que Kuroshima acabe el turno.

—¿Es buena idea sacar objetos de la casa de este tipo?

—Yo lo autorizo —intervino Lainier—. Ya has estado demasiado tiempo ahí dentro. No tentemos a la suerte.

—Bien. Voy a sacarlo.

Stalker extrajo el disco duro y lo introdujo en su mochila. Aparentemente no había nada más útil en la casa, pero quizás si lo había fuera. Se le ocurrió una absurdez digna de un clon: comprobar el felpudo de la entrada. El problema es que se suponía que Kuroshima estaba fuera. El clon pensó en llamarle por el intercomunicador para que el propio Kuroshima mirase el felpudo. ¿Pero aceptaría? ¿Y si sus jefes estaban interviniendo su intercomunicador? El cazarrecompensas se acercó a la puerta, de madera noble, y la observó, mientras intentaba pensar en alguna forma de examinar el felpudo sin alertar a Kuroshima. La puerta parecía normal, pero el escáner indicaba lo contrario: la puerta contenía una pequeña porción metálica. Provenía del pomo y de la mirilla: un pequeño círculo de cristal incrustado en un cilindro metálico. Nada nuevo, salvo que el medidor también indicaba que esa mirilla tenía una temperatura más elevada de lo normal. Se acercó a ella. Lo único que se le ocurrió fue mirar a través, pero sin pegar la cara. Para su sorpresa, no pudo ver nada. Todo era negro. Y al alejarse lentamente, el cilindro metálico donde estaba sujeto el cristal pareció girar levemente. Autoenfoco. Una cámara.

—Mierda —murmuró Stalker. Sacó un pequeño espray y roció la lente.

Durante uno momento, vaciló. En la casa no había encontrado monitores de vigilancia, así que la cámara estaba retransmitiendo a otro sitio. ¿A una empresa de seguridad? ¿A los ninjas? ¿A los terroristas? Finalmente, Stalker decidió usar su intercomunicador, pensando en unas palabras ambiguas, por si estaban siendo escuchados.

—Kuroshima —dijo el cazarrecompensas—. Alguien chungo podría ir hacia casa de Kibai.

—¿¿Qué?? —dijo Kuroshima.

—Corto la comunicación.

Stalker salió por la ventana. Con su garfio volvió a subir hasta la azotea. Mientras, Kuroshima había bajado a la calle y estaba vigilando los alrededores en busca de enemigos. Stalker corrió de un lado a otro de la azotea, en busca de alguien que saliera de algún edificio. No vio a nadie, pero había gente paseando. ¿Era alguno de ellos? Entonces lo oyó. Un motor en el aire. Se dio la vuelta, con la espada en la mano. Algo daba vueltas alrededor del edificio. Al cabo de unos segundos apareció: una moto biplaza con capacidad voladora y dos cañones láser, a pocos metros del cazarrecompensas. Éste no se esperó: se lanzó al vacío, pero clavando el garfio en un extremo de la azotea. Justo a tiempo: un par de ráfagas casi le alcanzaron. Se descolgó varios pisos de golpe, pero le matarían antes de llegar a la calle. Rompió con una doble patada una ventana del decimonoveno piso. Sus ocupantes, un joven matrimonio, se despertaron sobresaltados. Estaban en la cama. Stalker pasó por su lado corriendo.

—Llamen a la policía —dijo, aunque en realidad no hacía falta. Kuroshima había visto llegar la moto y había dado la alarma.

El cazarrecompensas bajó en ascensor hasta la calle. Salió al exterior. La gente ya había salido a la calle o se asomaba por las ventanas. Rodeó el edificio y se topó con Kuroshima. Ambos vieron la moto alejarse por el aire.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kuroshima.

—Han intentado matarme, pero al perderme de vista han huido.

—Aquí Lainier Sind —dijo el clon por el intercomunicador. El Cuerpo de Asalto iba pilotando pequeños cazas—. Perseguimos una moto Nareel 200 equipada con láseres de clase A-2 como mínimo. Vamos en dirección al aeropuerto.

—Va a estar complicado detenerla —dijo Berllerak—. Esto está petado de gente.

—De momento nos limitaremos a seguirla. Que no se os escape.

—Je —rió ElArtista—. Pues la nave de la calle Shirow se nos escapó y era más grande.

—Porque era más rápida y nos llevaba ventaja. Concentraos o nos despistará.

—Se ha metido por la calle Inagaki —informó el Capitán—. Sigue dirigiéndose hacia el aeropuerto.

—Extraño. ¿Pretenden coger una nave? Pues lo van a tener jodido. Kramer lo intentó, pero era un aficionado y estaba transtornao... pero estos son profesionales...

—Pero puede que algún piloto del aeropuerto sea uno de los suyos —señaló ElArtista.

—Sigue siendo arriesgado.

—Entonces quizás la dirección sea casual. A lo mejor no va al aeropuerto.

—Lo dudo. Hay callejuelas más útiles para esconderse en otras direcciones. Creo que intenta huir por el aeropuerto, pero no me imagino cómo.

Tras cinco minutos de persecución, los clones se pusieron a la altura de la moto. Estaban a escasos metros del aeropuerto.

—¡Lo tengo a tiro! —exclamó ElArtista.

—Tranquilo. Hay gente por aquí.

—¡Pues cuando entre en el aeropuerto te vas a cagar!

—¡Intentaremos desviarlos!

—Er... ¿¿Y si decide suicidarse llevándose de paso a alguien por delante??

—Para eso cuento con nuestros rápidos reflejos. ¡Venga, a desviarlo! Llévalo hacia una pista que esté vacía.

ElArtista y Berllerak adelantaron a la moto, poniéndose delante. El Capitán y Tete la acosaron por la derecha. Lainier se quedó atrás.

Si la nave giraba hacia la izquierda, iría a parar a un lugar despejado donde podría ser derribada. Lógicamente, el piloto decidió arriesgarse. Bajó en picado hacia el suelo, a doscientos metros. Los clones hicieron lo mismo. La nave volvió ascender, intentando esquivar a las cazas, pero era difícil.

—¡Pilota bien! —dijo Berllerak— ¡No se deja! ¡Si seguimos así, nos estrellaremos!

—¡Calla y sigue! —ordenó Lainier—. Si estamos el suficiente tiempo, los polis del aeropuerto despejarán la zona y podremos derribarla aquí mismo.

Tras varias vueltas, la moto esquivó a las cazas y continuó su camino.

—¡Mieeeeeerdaaaaa!! —exclamó Lainier.

La moto se introdujo en el aeropuerto, pasando a toda velocidad entre la gente, que la esquivó a duras penas. Los clones aterrizaron. Los guardias de la terminal dispararon a la moto. Algunos fueron abatidos por los láseres del vehículo, pero finalmente el piloto perdió el control y se estrelló. Algunos agentes ordenaron a la gente alejarse. Otros se acercaron al vehículo, apuntando con sus armas. Los clones también se aproximaron.

—Déjennos a nosotros —dijo Lainier.

Los guardias se echaron atrás. Berllerak abrió la cabina. Había un hombre dentro. Era Larstersson. Estaba gravemente herido, pero consciente.

—Voy a estabilizarlo. Avisad a una ambulancia —dijo Berllerak mientras preparaba el instrumental.

Al cabo de tres minutos llegaron Kuroshima y Night Stalker.

—¿Me he perdido algo? —preguntó el cazarrecompensas.

La ambulancia llegó dos minutos después. Dos enfermeros subieron al terrorista en la camilla y lo metieron en la parte trasera. Iba sedado.

—Stalker, ve con ellos —dijo Lainier—. Nosotros vamos a registrar el aeropuerto.

—¿Por qué? —preguntó el cazarrecompensas.

—En esa moto caben dos personas, pero solo hemos cogido a uno. Quizás otro saltó de la moto antes de que los polis la detuvieran. Además, quiero asegurarme de que no hay cómplices cerca.

—Bien. Yo vigilaré al tipo.

Stalker se subió a la parte trasera de la ambulancia. El vehículo arrancó. El cazarrecompensas estaba sentado a la izquierda de Larstersson. A su derecha estaban los dos enfermeros.

Cuando la ambulancia estuvo fuera del aeropuerto, pegó un frenazo. Stalker se fue levemente hacia delante, pero no los enfermeros, que estaban bien agarrados. Uno de ellos cogió el defibrilador y le dio una descarga a Stalker, que quedó aturdido por unos instantes. El otro enfermero empujó la camilla fuera de la ambulancia. El cazarrecompensas hundió la nariz del primer enfermero en su cráneo usando su mano derecha. El otro levantó a Larstersson de la camilla, inyectándole adrenalina para reanimarle, pero Stalker se abalanzó por detrás y le rompió el cuello. Larstersson intentó correr. El cazarrecompensas fue hacia él, pero en ese momento el conductor del vehículo se bajó, con un rifle láser en las manos. Stalker se hizo a un lado, cubriéndose tras la ambulancia. El tipo disparó. Cogió a Larstersson y corrieron hacia los cazas que los clones habían dejado fuera. Sin dejar de disparar, entraron y despegaron, cada uno en una nave. No tuvieron problema, porque con las prisas, el Cuerpo de Asalto se había dejado los motores encendidos y las cabinas abiertas. Los clones y los policías ya corrían afuera, y vieron cómo se alejaban los criminales.

—¡La mierda puta! —dijo Lainier—. ¡Nos la han jugao! ¡Artis, Berlli, persigamos a esos cerdos! Los demás llevad el disco duro de Kibai a mi casa.

Lainier, Berllerak y ElArtista no tardaron en alcanzar a uno de los fugitivos, que iba más retrasado. Parecía peor piloto. Apenas pudo esquivar un par de misiles antes de que Berllerak lo destruyera con el tercero. Sin embargo, el otro fugitivo logró salir de la atmósfera y saltar al hiperespacio.

—Lo siento, Lai —dijo Kuroshima por el intercomunicador—. No se ha podido reconfigurar a tiempo el sistema de defensa espacial para desautorizar la salida de la nave.

—Si los militares hablasen con los pilotos en vez de emplear un sistema de identificación automatizado, otro gallo cantaría... —murmuró ElArtista.

—No habría personal suficiente. En cualquier caso, ya se ha tramitado la orden para que el código de esa nave sea invalidado.

—No creo que sirva de mucho —dijo ElArtista—. El mensaje tardará en llegar a otros planetas lo mismo que ese caza, que es de los rápidos, así que puede que se cuele antes.

—Pero su llegada quedará registrada —señaló Kuroshima—. Y entonces sabremos dónde está.

—Pero es probable que no vaya a un planeta Asociado para que su llegada no sea registrada —señaló Lainier.

—Las naves tienen localizadores —dijo Berllerak—. Aunque vaya a un planeta independiente, tenemos embajadores y agentes especiales en casi todos sitios, y pueden detectar la señal.

—Bien. Rula la frecuencia a todo el mundo.

—Aún así —dijo ElArtista—, de nuevo el aviso tardará el mismo tiempo en llegar que lo que tarde la nave. Luego nos tienen que responder, luego tenemos que ir nosotros, y eso será una importante pérdida de tiempo.

—No si los hombres que hayan en el destino actúan sin esperarnos.

—El Larstersson ese sabe lo que hace. Si nosotros aún no lo hemos pillado, imagina unos agentes perdidos en medio

de una tierra no asociada.

—Bueno, deja de quejarte, que no vas a cambiar nada con eso.

El Cuerpo de Asalto se reunió en el salón de la casa de Lainier.

—Ya hemos instalado el disco duro en un ordenador —dijo Tete—. Es todo tuyo, Berllerak.

—Voy —dijo Berllerak, sentándose ante el ordenador, situado en un rincón de la sala.

El clon se puso manos a la obra.

—He accedido al disco duro —dijo al cabo de tres horas—. Me temo que todo está en japonés. Que lo mire otro.

Berllerak cedió el asiento a Lainier, quien comenzó a explorar el disco duro. Tardó una hora en ojearlo.

—No he visto una mierda interesante —dijo—. Habrá que buscar archivo por archivo...

—¡Joder! —exclamó Berllerak—. Pues tardaré días, sobre todo porque necesitaré que tú me estés traduciendo todo.

—Que se encargue Stalker, que también sabe japonés.

—Cobro un euro por palabra —dijo el cazarrecompensas.

Pasaron dos días. Berllerak dio por finalizado el análisis del disco duro.

—No he encontrado nada interesante —dijo—, aparte de vídeos porno japos, algunos muy repugnantes, aunque legales.

—Ah, pos grábamelos que luego los rulo por el correo interno de comisaría... —solicitó ElArtista.

Al tercer día, los clones obtuvieron información.

—Está en la Estación Real —dijo Berllerak—. La señal desapareció ahí dentro.

—El mamón sabía que no podría llegar a ninguna parte con esa nave —dijo Lainier—, así que se ha refugiado en la Estación. Debí imaginarlo.

—No le darán el asilo. Nunca han hecho nada parecido con terroristas.

—Pero mientras lo tramitan, pueden tardar días. Mientras tanto, el tipo buscará un plan para escapar.

—Pero no escapará porque iremos allí, ¿eh?

—Claro. Lástima que no podamos entrar con armas.

—¿No podemos colarlas? —preguntó ElArtista.

—Imposible. El problema de una Estación es que las entradas están muy controladas. Si alguien cuele armas, debe ser un funcionario corrupto.

—¿Y podemos comprarlas dentro? —preguntó ElArtista.

—Podemos intentarlo pero será complicado. No conocemos los bajos fondos de la estación. Por no mencionar que somos policías y probablemente los traficantes de armas no estén dispuestos a hablar con nosotros.

—¿Nuestros agentes infiltrados en la estación no pueden echarnos un cable?

—Claro que no. Podrían ser descubiertos. Solo proporcionan información vital.

—Bueno, avisaré al gobierno de la Estación de que vamos allá —dijo Berllerak.

—Muy bien, caballeros, listos para partir.

### III ASILO POLÍTICO

La Estación Real era una estación espacial conforma de platillo, con capacidad para quinientas mil personas. Era un estado democrático y neutral. La mayoría no eran residentes permanentes, sino turistas o fugitivos. El Cuerpo de Asalto y Stalker (con cuerpo militar) paseaban por la estación en compañía del Gobernador y varios de sus hombres. Habían sido privados de sus armas e intercomunicadores, según la normativa de seguridad. El Gobernador era un hombre de unos cincuenta años, medio calvo y con el pelo gris, con algo de tripa, y muy alto: medía un metro noventa. Llevaba traje y corbata negros.

—Bueno, tenemos su nave —dijo el Gobernador, hablando con los clones en inglés—. Está casi sin combustible, pero aparte de eso está en buen estado.

—Ajá —dijo Lainier— ¿Y cuando nos entrega al sospechoso?

—El señor Larstersson nos ha pedido asilo.

—¿Con qué excusa?

—No ha hablado mucho, pero dice que se le persigue porque los asociados quieren vengarse de los grupos izquierdistas por lo de la fuga de SuNSeT.

—Ya, claro... ¿Sabía que ese tipo es un terrorista responsable de diversos atentados mortales en La Tierra?

—Conozco las dos versiones de los hechos. También estoy al tanto de ciertas irregularidades cometidas por los cuerpos de seguridad terrestres.

—Este tema aún se está investigando.

—Pues eso, que todo está aún por resolver.

—¿Dónde está Larstersson?

—En un piso de protección oficial, custodiado por dos hombres de total confianza.

—Deme la dirección exacta, demonios.

—Señor Sind, no somos tontos. No le daremos la dirección para que intente secuestrar al señor Larstersson. Mejor concéntrese en preparar su alegato ante la Corte.

—¿Secuestrar, Gobernador? ¿Por quién nos toma?

—Por el Cuerpo de Asalto Clon de Thuris, señor Sind, ni más ni menos.

—Ahí nos ha pillao, Lai —murmuró ElArtista al oído de Lainier.

—Cállate, coño —musitó Lainier.

Los clones se alojaron en un hotel. Estaban repartidos en parejas por las habitaciones. Lainier con Night Stalker, ElArtista con Berllerak y Tete con el Kapitán. Configuración estándar. Tras dejar el escaso equipaje, decidieron salir a dar una vuelta. ElArtista y Stalker fueron en busca de armas. El resto fue a los lugares públicos, donde Larstersson podría estar en caso de decidirse a salir del piso. Lainier consultó un mapa en un ordenador callejero. Berllerak copió el mapa en su móvil. Se pasaron la mañana recorriendo diversos lugares. Hacia las dos de lo que allí podría llamarse mediodía, llegaron a una gran plaza, con una serie de edificios y calles alrededor en forma de corona circular. Subieron hasta el nivel 50, donde había diversos restaurantes, bares y cafeterías. Lainier buscó algún local que pareciera “rojo”. Larstersson podría estar allí, reuniéndose con otros terroristas o intentado encontrar nuevos acólitos, mercenarios o protectores. Se dirigieron a un bar llamado The Red Galaxy. Había numerosas mesas y sillas metálicas fuera, la mayoría ocupadas. Casi todos los clientes tenían un aspecto bastante peculiar. Pero el que más era el que se sentaba por el centro, al lado del borde del círculo que daba a la plaza. Estaba mirando su copa, vacía. Una botella medio llena de cerveza reposaba a su izquierda, aunque probablemente el bebedor habría dicho que estaba medio vacía. Los clones estaban a veinte metros del cliente.

—Quedaos aquí —dijo Lainier a sus compañeros mientras daba un paso hacia delante—. No, mejor... largaos.

—Pero... —comenzó a decir el Kapitán.

—Pero nada. Largo. Buscad a Larstersson en otra parte.

—Me gustaría quedarme, Lainier —dijo Berllerak con una sonrisa.

—Sé lo que me hago.

—¡Tú nunca sabes lo que te haces, Lai!

—Es una orden.

—Allá tú.

Lainier se quedó solo.

—Hola, SuNSeT —dijo Lainier, acercándose a la mesa y cogiendo una silla. El revolucionario alzó la mirada. Iba vestido de negro. No llevaba armadura alguna. Ahora tenía el pelo corto e iba afeitado.

—Hola —respondió SuNSeT con una alegre sonrisa—. Siéntate.

—¿No vas a huir?

—No.

—¿Me has visto venir?

—Claro.

—Sí, ya...

—Bueno... ¿qué quieres?

—Si te digo la verdad, te acabo de encontrar por puta casualidad, ya que iba buscando a otro.

—A Larstersson. Lo sé.

—Eso me temo. ¿Es casualidad que estés aquí?

—¿A qué te refieres? —SuNSeT volvió a sonreír.

—Persigo a Larstersson. Y tú estás aquí. ¿Qué puedo pensar?

—No sé. ¿Que Larstersson vino a buscarme a mí?

—Es una buena conclusión. Pero bastante preocupante.

—¿Crees que soy compañero suyo?

—En realidad, me temo que lo que quiere es matarte.

—Claro que quiere matarme. Su grupo me considera un traidor por haberme fugado. Se quedaron sin las tierras.

—Hasta que aparecieron esos terroristas siempre pensé que la Kúpula habría aprobado tu fuga.

—Anda ya. ¿Cómo iban a hacerlo? Todo el mundo esperaba que me fugara si vosotros no cumplíais el contrato. El problema es que me fugué porque ocurrió algo que nadie había previsto: que apenas quedaran suficientes supervivientes y recursos para explotar las tierras desérticas. No podía esperar a un referéndum para ver qué opinaban los kupulenses, porque la fuga tenía que ser en cuanto me encerraran. Si hubiera esperado un solo día, podrían haber detectado algo en el medallón o en el equipaje. Así que decidí fugarme y esperar a que la mayoría comprendiera mis motivos. Y así fue. Casi todos estuvieron de acuerdo en que era absurdo que yo fuera a la cárcel bajo esas circunstancias, pero unos pocos no. Tenían tanta moral que, aún siendo cuatro gatos, querían las tierras. ¿Pero de dónde iban a sacar el dinero necesario para crear una ciudad? Evidentemente, tendrían que seguir recurriendo a la piratería, pero con más cuidado, para que sus acciones no fueran relacionadas con ellos. O tendrían que dedicarse a cualquier negocio sucio. La mayoría no estaba dispuesta a eso. Pero el grupo de Riin y Larstersson sí, y no me perdonaron mi fuga. Así que me quieren muerto. Por supuesto, no se trata de simple venganza. Quieren eliminar a los mayores representantes del movimiento moderado, para prevalecer ellos.

—Así que tú eres moderado. Bueno es saberlo —dijo Lainier riendo.

—Pues sí, lo soy —dijo SuNSeT sonriendo.

—¿Puedes darme alguna información útil sobre los terroristas?

—Te puedo decir que Larstersson no ha venido aquí para matarme. Verás, muchos kupulenses muertos tenían ahorros en paraísos fiscales. Oh, sí, parece un contrasentido, pero... ¿esperabas que guardáramos todo el dinero debajo de nuestras camas? El caso es que al morir, los bancos se quedaron con las pelias, lo cual también complicaba la financiación para la creación de la nueva ciudad. Calculo que los bancos se quedaron con aproximadamente el 45% de todo lo que conseguimos a lo largo de nuestras actividades, además de lo que ya teníamos ahorrado antes de dedicarnos a esto. El sector de Riin presentó una reclamación a la Asociación de Planetas para que obligaran a los bancos a devolver el dinero a los kupulenses. Argumentaban que el dinero era propiedad de todos. El problema es que los bancos no dejaron que ese dinero se ingresara a nombre de una empresa o asociación, lo cual era absurdo, porque era dinero negro. Estaba a nombre de particulares con nombres en clave, en cuentas no compartidas. No hubo forma de demostrar a qué kupulenses pertenecían aquellos nombres en clave, así que los bancos se quedaron la pasta.

—Leí algo sobre eso.

—Los paraísos fiscales son una mierda, Lainier. Eso nos pasó por intentar usar el capitalismo en su contra. A veces no se puede combatir el fuego con fuego.

—¿Entonces Larstersson está aquí porque la estación es un paraíso fiscal?

—Por supuesto. Aquí tiene una cuenta. Por eso ha venido aquí. Cree que será más fácil conseguir el asilo por tener una gran cantidad de dinero ingresada. Recuerda que este lugar sobrevive por las inversiones foráneas.

—Entiendo, pero... ¿tú que coño estás haciendo aquí?

—¡Beber! —dijo SuNSeT sonriendo, mientras levantaba la botella. Se sirvió un trago.

—Aparte de eso.

—¿Quién quiere saberlo?

—¡Yo!

—¿Por qué?

—¿Vamos a empezar otra vez con los diálogos absurdos?

—Hombre, tengo ventaja. Aquí no puedes hacerme nada.

—¿Tienes asilo político?

—¿Quién quiere saberlo?

—¡Yo!!

—¿Por qué?

—¡Arg!

—¡Calma, Lai! Estoy tramitando el asunto. Pero eso es una excusa. He venido a encargarme de Larstersson.

—Aivá.

—Por supuesto. Yo no vivo aquí, pero tengo amigos que sí. Amigos de este local. Se enteraron de lo de Larstersson. Y aquí estoy. Me encargaré de él antes de que él se encargue de mí. No es el jefe del grupo terrorista, pero es el brazo derecho de Riin, y vale la pena intentarlo.

—Pues te veo algo desarmado. ¿Y tu armadura?

—Joder, si la llevo canto un huevo. No quiero que Larstersson me reconozca. Por eso me he cortado el pelo y me afeito todos los días. Una experiencia aterradora, te lo aseguro.

—Macho, no creo que tenga problemas para reconocerte.

—Es que si me pongo una careta y me trincan las autoridades, entonces la cagamos. Sin mencionar que a ver a quién le pido yo una careta decente aquí. Mis contactos no saben hacer de eso, y si se la pido a otro informará a la policía. De todos modos, no me reconocerá de lejos.

—No te has operado.

—¿Del estrabismo? No.

—Ya no tienes ningún deber hacia La Kúpula. ¿O sí?

—Mantengo contacto con diversos kupulenses, pero ya no estamos organizados. No me he operado simplemente porque no he tenido tiempo.

—¿En seis meses?

—Que me he pasado huyendo de un lugar a otro. Si llamaba a un médico kupulense, podría haber sido interrogado por los agentes de Riin. Y hablando de interrogatorios, tengo entendido que últimamente el Cuerpo de Asalto ha tenido problemas...

—Cagontó, las noticias vuelan.

—¿Habéis ejecutado a los terroristas?

—Todos cayeron en enfrentamientos.

—Pero habéis torturado a algunos...

—Bah... habladurías.

—Ya. Claro. ¿No crees que al actuar así, fomentas la aparición de más terroristas? Puede que, usando métodos duros, consigas atrapar a muchos, pero por uno que cae, otro ocupa su lugar.

—¿Los defiendes?

—¿Cómo los voy a defender si quieren matarme? Además, yo nunca he atentado contra inocentes. Estoy señalando una realidad que me preocupa. Los terroristas son un problema, pero ya te he dicho que combatir el fuego con fuego puede tener resultados contraproducentes.

—Por el amor de Dios, no somos una brigadas de la muerte, joder.

—Una cosa es la realidad, y otra cómo percibe la gente la realidad. No se puede estar seguro de lo que hacéis en realidad. Un conspiranoico siempre se pondrá en lo peor.

—¿Se puede saber porqué critica nuestros métodos un tipo que acabar de decirme que ha venido aquí para matar a Riin?

—¡Yo no he dicho que haya venido a matarle! —dijo SuNSeT sonriendo— ¡He dicho que venía a encargarme de él!

—¡Ahora podría comentarte yo lo de cómo percibo la realidad! ¡En el fondo somos iguales!

—¡Lo tuyo es más grave porque eres un funcionario defensor de la ley!

—¡Y tú fuiste Ministro de Defensa!

—¡Con pena de muerte!

—¿No dijiste que eso era por causas de fuerza mayor?

—Mierda, que memoria tienes, jodío...

—¡Y añadido que lo tuyo es peor porque yo solo vengo a llevarme a Larstersson, no a matarlo!

—¡Que no he venido a matarlo, coño!

—¡Y yo no autorizo torturas, joder!

—¡Pues que soso!, ¿no? ¡Jiji!

—Bueno, no me parece adecuado que busques a Larstersson mientras nosotros hacemos lo propio.

—¿Pretendes que me quede al margen?

—No. Pero... ¿acaso actuarás a solas mientras nosotros estamos aquí?

—Mmm... ni de coña. No sea que en medio del jaleo reciba un tiro... ¿ElArtista y Stalker están por aquí?

—Sí.

—Pues ni farto de vino. Ale, ya me has jodido.

—Como soy generoso, te propongo que nos ayudes, de forma oficial.

—¿Ein?

—¡Ein Hell! Lo que has oído.

—¿Ein Hell?

—¿Ein?

—¿¿De qué coño estás hablando??

—No sé. ¿De qué coño hablas tú?

—Ya nos estamos liando.

—¿Aceptas o no?

—¿Quién lo pregunta?

—¡Yo!

—¿Por qué?

—¡Me cago en la putaaaaa! —exclamó Lainier levantándose del asiento y dándose la vuelta.

—¡No, espera! —gritó SuNSeT riéndose— ¡Acepto!

—Bien —dijo Lainier girando la cabeza—. Acompáñame.

Los dos hombres comenzaron a caminar. SuNSeT iba a la izquierda de Lainier.

—Muy bien —dijo el líder del Cuerpo de Asalto—. A partir de ahora te alojarás en el mismo hotel que nosotros. Si tienes que coger algo de tu casa, vamos y se coge. Oye... ¿tú sabes como conseguir armas aquí?

—Pues pasando una prueba psicológica de esas. Te dan una licencia y au —contestó SuNSeT.  
—Ya, pero a nosotros no nos dejarán porque somos de fuera. Me refiero en el mercado negro.  
—Joder, Lai. Tus métodos son chungos.  
—A ver qué coño quieres que haga.  
—¿Ves? Ya estás justificando acciones ilegales. Se empieza así, y luego se acaba saludando con el brazo en alto y cantando horrendas tonadillas militares que hacen llorar a la mismísima Euterpe.  
—Joder, tú también has hecho pirulas ilegales.  
—Pero nunca me he cargado a nadie.  
—Pero querías cargarte a Larstersson.  
—¡Y dale con eso! De momento el único ejecutor que hay aquí eres tú. Todo el mundo sabe que mataste a Strauss.  
—Tuve que hacerlo.  
—¿Ves? De nuevo justificándote.  
—A ti te importa una mierda la muerte de Strauss. Era un fascista. Seguro que de haber podido, lo habrías matado tú. Ahora no me vengas a mí con esas. En cualquier caso, los dos somos unos bastardos.  
—Llevamos mucho tiempo luchando contra monstruos...  
—Pues eso. Pero no te preocupes. No te mezclaremos en nada sangriento. Espero...  
—Digo yo de provocar a Larstersson para que haga chorradas y así las autoridades de la estación se vean obligadas a actuar contra él.  
—Es muy listo para eso. Pero no te apures. Discutiremos la táctica después, con todo el mundo. Tengo a mis hombres buscando armas e intentando averiguar dónde vive Larstersson. ¿Sabes dónde vive, por cierto?  
—No. Habría que esperar a que saliera. El problema es que esta Estación es grande. Coincidir con él en algún lugar es imposible.  
—Sí. Esto va a ser complicado, a menos que...  
—¿Qué?  
—Nada, ya te digo que dejaremos la táctica para después. Ahora vamos a ver al Gobernador. Debemos dejarle claro que estás con nosotros en esto.  
—Bueno. Oye, se me ha ocurrido que...  
—¿Más táctica? Todo lo que digas tendrás que repetirlo después ante los demás.  
—Bueno, pero a ver qué te parece...  
—Habla, pesao.  
—¡Hay que averiguar en qué nave saldrá Larstersson cuando lo expulsen! ¡Se le pone un localizador y punto!  
Todo el espacio en un kilómetro alrededor de la estación se consideraba territorio propio. Los clones no podían detener a Larstersson en ese espacio. El problema es que las naves podían saltar al hiperespacio allí, escapando fácilmente.  
—Suponiendo que lo expulsen.  
—Ya te he dicho que nunca han dado asilo a terroristas, pero a menos que tengan una muy buena razón, tampoco los extraditan. Por lo general los dejan marchar.  
—Me parece bien, pero a ver cómo coño averiguamos eso.  
—¡Infiltrándonos en la policía de la estación!  
—Bien. Se nos caerá el pelo. Incidente internacional.  
—¡Solo si nos descubren! ¡Juas juas!  
—Toma, claro...  
—¿No era más arriesgado cuando os infiltrasteis en Corona?  
—Pero la guerra con Corona era inevitable.  
—Mi plan es cojonudo.  
—Todo se estudiará a su debido tiempo y tal.  
—A no ser que Larstersson esté intentando salir ahora mismo de aquí.  
—Las entradas y salidas están muy bien controladas. Además, tengo entendido que le requisaron la nave con la que llegó, así que lo tiene jodido. Como no es un ciudadano, no puede comprar una. Podría robarla, pero eso es prácticamente imposible aquí.  
—Cierto.

Tres horas más tarde, todo el grupo estaba reunido en la habitación de Lainier. Estaban sentados alrededor de una mesa circular de madera sobre la que el líder del Cuerpo de Asalto había desplegado unos planos de la estación.

—Bueno, ¿cómo ha ido el tema? —preguntó Lainier.  
—Ni rastro de Larstersson —respondió Berllera.  
—Y nosotros solo hemos podido comprar cuchillos normales y corrientes —dijo ElArtista—. Somos demasiado conocidos. Nadie nos quiere vender armas.  
—En principio no harán falta. Tenemos un plan.  
—¿Tenemos?  
—SuNSeT y yo hemos ideado un plan...  
—Uff, mal empezamos...  
—Calla. El plan consiste en averiguar en qué nave saldrá Larstersson cuando lo expulsen, lo que ocurrirá en tres o

cuatro días, que es el tiempo en que tardan en dirimirse estas cosas —explicó Lainier—. Se le pone un localizador y au.

—¿Y si no lo expulsan? —preguntó ElArtista—. Imagina que le dan el asilo.

—SuNSeT y yo estuvimos hablando de eso —dijo Lainier—. No creemos que se lo den.

—¿Y a mí que me importa de lo que hables con ese fugitivo?

—Coincido con Lai y el rojazo —dijo Berllerak—. Tenemos muchas pruebas en contra. No pueden concederle el asilo.

—Aún así puede manipular nuestra actuación y argumentar que le perseguíamos para ejecutarlo.

—¿Y no es así? —preguntó SuNSeT sonriendo.

—Claro que no. A los tipos como tú los cogemos vivos para interrogarlos. Y luego ya si eso, veremos...

—Basta de discusiones —dijo Lainier—. Estamos en medio de una misión.

—Bien, supongamos que lo expulsan. Yo creo que los técnicos inspeccionarán bien las nave antes de partir. ¿No encontrarán el localizador?

—Depende del tamaño de la nave. Creo que será pequeña, al fin y al cabo es para una sola persona. Eso haría que fuese más fácil encontrar el localizador. Pero para minimizar tal posibilidad, deberemos ponerlo después de la inspección rutinaria previa a la partida de la nave.

—¿Cómo?

—Estando presente durante la inspección. Lo colaremos entonces. Nos haremos pasar por uno de los técnicos. Bueno, hablo en plural por decir algo. Aún no he pensado en los detalles... De eso hablaremos ahora.

—Luego hay que secuestrar o noquear a un técnico.

—Efectivamente. Método estándar. Todos tenemos práctica. Sólo hay que averiguar quiénes serán los técnicos, cuál es la nave y cuándo partirá. Je...

—Joder, Lai. Para eso lo que hacemos es secuestrar a los policías que lo escolten y nos llevamos a Larstersson en la misma nave. Ni localizador ni leches. Sencillo, ¿eh?

—Bien. Solo hay un problema.

—Dime.

—Que eso es una operación más complicada. Habrá que hacerse cargo de al menos un piloto y dos guardias. Habrá que conocer las contraseñas de salida. Y además... si Larstersson nos ve subir a la nave, nos reconocerá y dará la alarma.

—Iremos con las caras tapadas.

—¡Nadie va con las caras tapadas en esos vuelos!

—Haremos máscaras, como cuando...

—Aquí no podemos conseguir eso. SuNSeT ya lo estuvo investigando.

—¡Mierda!

—Por eso nos limitaremos a suplantar a un técnico. Y para que nadie lo reconozca como un miembro del Cuerpo de Asalto, tendrá que ir alguien menos conocido... SuNSeT.

—¿Ein? —preguntó SuNSeT, moviendo la cabeza en todas direcciones.

—¡SuNSeT también es conocido, Lai —protestó Berllerak—. ¡Su cara se difundió en los medios durante el juicio!

—A ver si te crees que todo el mundo sigue esos eventos. La mayoría de la gente solo pone el fútbol.

—Pero SuNSeT lleva tiempo aquí, ¿y si le reconocen por eso?

—¡Dios mío! ¡Un técnico de una nave de la Estación que.... reside en la Estación! ¡Altamente sospechoso!

—Mmm... vale. Pero aún así es arriesgado.

—¡Arriesgado para SuNSeT!

—¡Eso, que se joda! —exclamó ElArtista, para a continuación dirigirse al revolucionario—. ¡Y como te trinquen y nos involucre, enviaremos ninjas a por ti!

—¡He dicho que basta de discusiones!

—Pero los ninjas molan... —murmuró ElArtista haciendo pucheros.

—¿Yo no puedo objetar a esta parte del plan? —preguntó SuNSeT.

—Te he traído aquí para que colaboraras —dijo Lainier.

—¡Pero yo haré todo el trabajo!

—¿Pero qué dices? A nosotros nos corresponde investigar las circunstancias del vuelo y secuestrar al técnico. Y eso es jodido, porque no puede haber pruebas de que hemos sido nosotros. Aunque quedará la sospecha, claro... Tendremos que buscar una excusa de cómo logramos encontrar a Larstersson tras salir de la estación.

—Oye, Lai —dijo Berllerak— ¿No podríamos trincar los escáners de los técnicos y trucarlos para que no detecten nada? Así no habrá que secuestrar a nadie, y SuNSeT no se meterá en líos. Ya tiene una condena de diez años, y si le cogen...

—Eso es verdad... —murmuró SuNSeT sonriendo—. Gracias por tu preocupación, muchacho. Pensaba que los rojos te caían mal.

—Sí, pero al menos tú eres un rojo de "orden y mando", con dos cojones, ¡como Stalin!

—Creo que es la primera vez que me dicen eso como un cumplido... ¡Pero no soy estalinista, coño!

—Claro que no —dijo ElArtista—. Eres... sunsetista.

—Bueno —dijo Lainier—, cuando consigamos toda la información relevante, veremos qué hacemos. ¿Alguien tiene algún otro plan?

—Sí. Cogemos al cabrón del Gobernador, le obligamos a que nos lleve ante Larstersson, y nos lo llevamos.

—Lamentablemente, eso causaría un conflicto internacional. Ya sabes...

—¿Pero a quién le importa este lugar? ¡Si solo son quinientas mil personas! ¡Y la mitad son unos golfos! ¿Por qué permitimos que este lugar exista?

—Por la misma razón por la que permitimos que un régimen fascista gobernase Corona durante más de cuarenta años: política.

—Anda tú... yo que pensaba que era porque los otros países estaban recuperándose de la Masacre Internacional y no tenían presupuesto para asaltar Corona... —el tono de ElArtista era sarcástico.

—Hombre, al principio era verdad. Pero cuando nos metimos en la Asociación de Planetas Soberanos y se empezó a emplear una pasta en temas intergalácticos, ya se les vio el plumero a los políticos.

—Y entonces es cuando se inventaron lo de “noo, es que si atacamos habrá muchas bajas civiles, y será peor el remedio que la enfermedad. Además, el Strauss ese está muy loco y es capaz de prender fuego al país, como Nerón con Roma...” Sí, sí...

—Lo de Corona fue una puta vergüenza —dijo SuNSeT.

—Los rojos nunca estáis de acuerdo con nada —señaló Berllerak—. Si los Asociados atacamos otros estados, nos llamáis intervencionistas, imperialistas, invasores o algo por el estilo. Y si los dejamos en paz entonces es que somos unos cobardes, unos interesados, unos pasotas, unos cómplices, etc.

—¡Los rojos somos gente complicada! ¡Ji, ji!

—¿No será que todo depende de la ideología de las partes involucradas? Júju...

—Si tienes dudas, te sugiero que leas un libro que escribí junto con Sigfried. Se titula “Aplicación de la revolución permanente en el contexto intergaláctico”.

—No, gracias. Prefiero emplear mi tiempo libre en otras cosas, como beber o follar.

—¿Tú bebes?

—Mierda...

—¡Joder, Berllerak —exclamó Lainier.

—Por vuestra reacción —dijo SuNSeT—, compruebo que los rumores eran ciertos: el Cuerpo de Asalto tiene prohibido beber, por aquello de “Mens sana in corpore sano”.

—En el caso de algunos es “Mens insana in corpore sano” —aclaró ElArtista.

—¿Bebes por lo del petaje de la base neo? —preguntó SuNSeT—. No me parece de esos.

—Claro que no. Bebo desde hace tiempo.

—Bien, dale más detalles —dijo Lainier.

—Total, Lai... Ya me conocen en los bares y garitos de media Valencia. Porque lo sepa otro más... Además, jamás bebo en horas de servicio ni he acudido a comisaría con resaca de la noche anterior.

—De todos modos, yo no usaría tal información en vuestra contra —señaló SuNSeT.

—Mis superiores tampoco te creerían. Pensarían que estás malmetiendo.

—Esto me recuerda una cosa —dijo ElArtista—. ¿Qué pasa con SuNSeT cuando todo esto acabe?

—No pasa na —dijo Lainier—. Aquí no podemos detenerle.

—¡Pidamos la extradición, coño! Que tampoco nos la darán, pero que lo expulsen de aquí, que está muy cómodo...

—No pidamos nada hasta que veamos como se desarrollan los acontecimientos. Bueno, ¿algún plan alternativo realista, por favor? —Hubo silencio durante unos instantes—. Entonces, comencemos a investigar.

—Bueno, mañana por la mañana es la primera vista para ver si conceden el asilo a Larstersson —dijo Berllerak—. Buen momento para empezar, ¿no?

—Sí. Trataremos de seguirle cuando salga del juzgado. De eso se encargará... Stalker, no sea que los guardias se pongan nerviosos y disparen... cosa improbable, pero por si acaso...

—Bueno, yo voy a empezar a recopilar toda la información sobre las instituciones de la Estación —dijo el Kapitán—, a ver quiénes deciden cómo se marcha Larstersson y dónde se decide eso.

—Yo lo acompañaré —dijo Berllerak—, por si hay que asaltar algún ordenador.

—Mmm... Pues yo seduciré funcionarias a ver si les saco algo...

—Hey —dijo Berllerak chasqueando los dedos—. ¡Yo también puedo hacer eso!

—A estos no les vemos el pelo hasta que empiece la vista —señaló ElArtista—. Me los veo ya ante el juez tambaleándose, con los ojos hinchados y voz ronca.

—Que no, hombre... Que volveremos con tiempo para ducharnos... Espero...

—Bueno, mientras estos dos salidos la lían parda, Stalker y yo iremos a buscar armas, a ver si hay más suerte esta vez... y también la liamos parda.

—Tened cuidado —advirtió Lainier—. No insistáis demasiado. Podríais toparos con un poli encubierto.

—Pues a eso me refería. Pero na, no te preocupes. Vamos a lo seguro.

—Pues Tete y yo nos daremos una vuelta por la ciudad, por si encontramos caras conocidas. Posibles cómplices de Larstersson.

Por desgracia, los clones no lograron nada antes de que se celebrase la vista, así que solo acudieron Lainier y Stalker. Berllerak y el Kapitán seguían buscando información y ElArtista había desistido en buscar armas, por lo que acompañaba a Tete en su exploración de la estación en busca de sospechosos.

—Señorías, nuestra primera prueba es el vídeo que ya han visionado —dijo el abogado acusador, un hombre de unos cuarenta años. Cinco jueces estaban presentes. Larstersson se sentaba en la parte derecha de la sala, custodiado por dos agentes y acompañado por el abogado defensor, de oficio, un joven de treinta años pero que parecía seguro de sí mismo.

Stalker estaba en la parte izquierda, al lado del abogado acusador—. No hay duda: demuestra que el señor Larstersson está implicado en estos actos de terrorismo.

—Tiene la palabra el abogado de la defensa —dijo el juez principal, un hombre de unos sesenta años con cara de pocos amigos. El abogado defensor se sentó.

—Señorías —dijo el abogado defensor, levantándose—. Esos vídeos no vinculan a nuestro defendido con ningún delito. Se habla de ocuparse de los policías, pero eso no demuestra nada en absoluto. Se trata de una prueba circunstancial. Además, se trata de grabaciones de mala calidad: una videoconferencia y unas emisiones de un cyborg. Llamo a declarar a Ghak Leist, experto en imagen y sonido digitales.

Un hombre de unos cincuenta y pico años se sentó en la silla de los citados a declarar.

—Señor Leist —dijo el abogado defensor— ¿No es cierto que los vídeos son de mala calidad?

—Así es —respondió el hombre—. Debido a la naturaleza de estas transmisiones, la calidad siempre es muy inferior a la de un vídeo normal. En estos casos hay demás ciertas interferencias. Algo de nieve, sonidos estáticos...

—Cosa que sus Señorías han podido comprobar personalmente. Pero dígame... ¿qué consecuencias tiene esa mala calidad de los vídeos?

—No es posible obtener un análisis concluyente de la autenticidad de las grabaciones con esta calidad.

—¡Protesto! —dijo el abogado acusador— ¡El señor Leist está diciendo que el Cuerpo de Asalto Clon de Thuris manipuló el vídeo! ¡No olvidemos que ellos lo grabaron! ¡Está realizando graves acusaciones a las fuerzas de seguridad de Thuris!

—Señorías —dijo el abogado defensor—, mi testigo no tiene intención de culpar a la policía de Thuris de manipular pruebas, sino señalar simplemente que no se puede saber si lo que se ve y se oye es lo que realmente parece. Quizás el señor Larstersson que aparece en la cinta no es Larstersson, pero no por manipulación de la policía, sino por manipulación del propio receptor de la videoconferencia, que quiso hacerse pasar por el señor Larstersson.

—Protesta denegada —respondió el juez principal.

—La cagamos —murmuró Stalker.

—He terminado, Señorías —dijo el abogado defensor, sentándose.

—Turno para el abogado de la acusación —dijo un juez.

—Señor Leist —dijo el abogado acusador—. ¿los defectos de imagen de la videoconferencia no pueden deberse simplemente a la larga distancia entre los interlocutores?

—Por supuesto —contestó Leist.

—He de recordar a sus Señorías que Xenon contactó con Larstersson desde Valencia, y que Larstersson fue perseguido desde Japón. Es decir, que era muy probable que realizara la videoconferencia estando lejos.

—Protesto, señoría —dijo el abogado defensor—. Eso es mera especulación.

—Yo he dicho que era muy probable, no que fuera lo que pasó.

—Protesta denegada —respondió el juez principal.

—Buenas, guapa —dijo el Kapitán apoyándose sobre el mostrador de la Oficina de Información de la Comisaría Central de la Estación y enseñando sus credenciales—. Soy miembro del Cuerpo de Asalto Clon de Thuris. ¿Podrías hacerme un favor?

—Dime —contestó la recepcionista, sonriendo. Era una mujer de unos veinticinco años, morena, con el pelo recogido en una coleta, bastante atractiva, vestida de uniforme. Había otras recepcionistas, claro, pero el Kapitán había ido a por esa deliberadamente.

—Busco a un amigo. Trabaja de técnico en la policía. Supervisa las naves, principalmente. El problema es que no me dijo su nombre real. Solo le conozco por su apodo: TechKey. Solíamos charlar por Internet. Yo soy el Kapitán. Oye... ¿tú no chatearás, verdad? A lo mejor te he visto conectada sin saberlo...

—Ja, ja —rió la chica—. No, yo no uso mucho el ordenador...

—Que pena —dijo el Kapitán sonriendo—. Bueno... ¿puedes ayudarme? No tengo ni idea de quién es.

—Pero... si no te dijo su nombre... a lo mejor es que no quería.

—¡Qué va! ¡Simplemente, nunca se lo pregunté! Por desgracia, estoy de servicio y no puedo perder tiempo esperando a que aparezca por el chat, y por eso recurro a ti. Mira, si averiguas quién es, dile que el Kapitán quiere verlo.

—Enviaré un correo a un amigo mío que trabaja de técnico. Él quizá sepa quién es.

—Oye... ¿no podrías llamarle por teléfono ahora? Es que... tengo prisa. He de irme...

—Claro. Espera un poco.

La policía cogió el teléfono fijo de la recepción.

—Eh... —dijo el Kapitán—. Será mejor que no uses el teléfono de aquí para eso. Recuerda lo duros que son los jefes últimamente con eso de llamar y usar el ordenador para intereses personales. No quiero que te metas en un lío por mi culpa. Además, mi jefe también me echaría la bronca. Si quieres, te presto mi móvil.

—Ah, no importa —dijo la policía colgando—. Usaré el mío.

—¿Seguro? No gastes dinero por mí.

—Tengo tarifa plana, tranquilo.

La policía sacó su móvil y llamó. El Kapitán fijó sus ojos en el movimiento de sus dedos, intentando averiguar qué teclas había marcado. Berllerak estaba cerca, con una escucha amplificada en el oído, grabando todo lo que oía. Pretendía saber qué tonos habían sonado en las teclas para saber cuáles eran. Pero no sonaron. El móvil debía estar en modo silencioso. De momento, solo contaban con el movimiento de dedos.

—Hola, Guill —dijo la recepcionista—. Oye... ¿trabaja contigo un técnico que se hace llamar TechKey?

Pausa silenciosa de diez segundos.

—Vale. Si sabes algo, me llamas —la policía colgó y se dirigió al Kapitán—. Dice que en este momento no le suena nadie con ese apodo. Me llamará si sabe algo. Lo siento.

—Ah... no importa. Oye, si sabes algo, me llamas. Mi número es el... ah... espera. No te canses tecleando. Te hago una llamada perdida. Dime tu número —dijo sonriendo.

—¿Te funciona mucho ese método? —dijo la recepcionista sonriendo.

—Ja, ja... no, mujer... solo es para que me avises... pero bueno... podemos quedar cuando acabe el trabajo.

—Bueno. Ya veremos... Mi número es el 3472420-123.

El Kapitán lo apuntó en el móvil e hizo una llamada perdida a la recepcionista.

—Bueno, ya está —dijo el clon— ¡Nos vemos!

—Adiós...

El Kapitán salió de la Comisaría. Instantes después, Berllerak le seguía. El Kapitán iba tomando notas en su móvil.

—Espero que sepas qué número marcó —dijo Berllerak.

—A decir verdad tengo una vaga idea —respondió el Kapitán—. Dudo en cinco números, así que tardaremos siglos en comprobarlos. Sugiero robarle el móvil.

—Tú te pinchas.

—¿El de los pinchazos no eras tú?

—No: yo soy más de pastillas. ¡Pero tranqui que controlo! —Berllerak sonrió—. ¡Soy médico!

—Bueno, insisto en que hay que robarle el móvil.

—Tú no escarmientas, ¿eh? ¡Hueejejejeeee! —rió sarcásticamente Berllerak.

—Esta vez será mucho más sencillo. Le quitaré el móvil cuando no lo lleve encima.

—¿Y eso?

—Bueno, esperemos que siempre salga de casa con el móvil y que no le guste follar con la ropa puesta. Aunque eso sería un morbazo... Creo que aún no me he tirado a una poli con uniforme. ¿Cómo puede ser, con el tiempo que llevo en este trabajo?

—¿Entonces la tienes en el bote?

—Por supuesto. Será un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

—¿Cuándo te la tirarás?

—Mañana por la mañana me pasaré y le diré que ya he acabado el trabajo. No podemos esperar más. Pero con un poco de suerte, a lo mejor encontramos el número correcto antes. Sabemos que el tipo se llama Guill.

—Em... supongamos que la tía no quiere follar. Es más: supongamos que la tía no quiere salir contigo.

—Llevo mucho tiempo con gachises. Esa cae. Garantizado.

—Pero imagina que no puede salir contigo por cualquier circunstancia.

—Eres muy negativo.

—Joder, tenemos que planificar todo.

—Si no pudiera salir con ella, le robaré el móvil tropezando hábilmente, como cuando lo de Kibai. Pero supongo que esta no se dará cuenta. Aun así, si se lo robo de ese modo, luego tendré problemas para devolvérselo, y si la tipa lo echa de menos tendré problemas. Por cierto, el modelo era un Koon 288. Lo digo para que prepares el software. Como lo tenga apagado, será chungo.

—Un Koon 288... va a ser jodido. Sí, será mejor que lo tenga encendido. Por cierto... ¿sabes si el número es fijo o móvil?

—Móvil. ¿Quién coño usa fijos hoy en día? Solo los teléfonos de empresas y similares...

—Buscaremos “Guill” en la guía telefónica de todos modos.

—Toma, claro.

—Por cierto, ¿quién le has dicho que eres?

—Le he dicho la verdad. ¿Qué le iba a decir si no? Si me hubiera presentado como otra persona, habría sido más sospechoso y no se habría mostrado colaborativa. Además, mi cara también es conocida.

—Esperemos que si sospechan de nosotros cuando trinquemos a Larsterson, la tipa no se vaya de la lengua. Más te vale dejarla satisfecha mañana.

—No creo que diga nada: revelaría que la lié para sacarle información.

—Por cierto, la próxima vez seré yo el que hable con la gachi.

—Ten cuidado con lo que desees, a ver si te va a tocar un adefesio.

—Formamos una extraña pareja —dijo ElArtista a Tete. Iban caminando por una gran avenida repleta de farolas encendidas—. Yo soy el tío mas chungo del grupo y tú el más formal. Sé que no te molan mis métodos, pero mando yo. ¿Hay algún problema con eso?

—Depende de lo que mandes —contestó Tete—. Y no sé porqué, pero me da la sensación de que no me va a gustar.

—Cambio de planes. No vamos a seguir perdiendo el tiempo dando vueltas por aquí por si nos cruzamos milagrosamente con un kupulense. Hagamos algo de provecho.

—Mi sensación va en aumento.

—El plan viene a ser este. Como no hay forma de conseguir armas sin arriesgarnos a que nos trinque la poli, habrá que robarlas.

—¿Esa frase tiene sentido?

—Claro que sí. El problema es que si seguimos intentando comprar armas, llamamos la atención de la policía. Así que montamos un robo planificado. Ni nos trincarán ni nos identificarán. Somos especialistas en asaltos, joder.

—¿Y a quién le robamos las armas? Meterse con los traficantes es mala idea.

—No hace falta apuntar tan alto. Mira, aquí hay tugurios. Enseguida veremos quién va armado. Se le tiende una trampa y se le quita el arma.

—Teóricamente, y si todo va bien, no tenemos porqué necesitar armas.

—Exactamente. Teóricamente y si todo va bien. Así que vamos a conseguir armas. Joder, una puta pistola, al menos.

—Pero si lo más probable es que no necesitemos armas. ¿Nos la vamos a jugar por eso?

—¡Por supuesto! Cuando sales de aventura hay que llevar un kit básico de supervivencia que como mínimo debe incluir un cuchillo, raciones de viaje, una bolsa, yesca y pedernal, un arma tocha para enfrentarse a lobos y bandidos, cuerda, y lubricante. Nos faltan las armas.

—Em... habría que pedirle autorización a Lainier.

—Está en medio de un juicio y tardaremos en ir a preguntarle.

—Pues le llamo con el móvil.

—Mala idea usarlos aquí a menos que no quede más remedio. Podrían tener pinchadas las líneas. Mmm... Si pudiéramos robar también intercomunicadores...

—Si cogemos el tren tardaremos poco en llegar al juzgado...

—Ma que sabía que me ibas a complicar la existencia. ¿Cómo puede ser tan soso un tío que usa un cable ultraafilado? ¡Eso es un arma digna de psicópatas como Night Stalker o yo mismo!

—Te recuerdo que el cable solo corta cuando activo esa configuración...

—Si yo lo dominase me pasaría todo el día rebanando cabezas... Pero prefiero los cuchillos. Bueno, lo que te iba diciendo: eres un soso. No puedes esperar a consultarlo siempre todo con el jefe. Máxime cuando el jefe no tiene ni puta idea y solo logra que los planes salgan adelante porque somos clones y somos la polla...

—¡Claro, porque tus planes son muy brillantes! —dijo Tete en tono sarcástico.

—Yo no he especificado si los planes que ejecuta Lainier son míos o suyos... De hecho todos son chungos.

—¡Pero Lainier no aprueba todos tus planes! ¡Así que hay que ir a verle!

—Tú irás a verle. Yo haré lo que tenga que hacer aunque esté solo. ¿Cómo ves el tema, machote?

—¿Por qué coño aceptaría este trabajo?

—Me da a mí que por la compañía no. ¿Te quedas o qué?

—Qué remedio. No voy a arriesgarme a que la cagues.

—Perfecto, ahora nos vamos entendiendo.

—Bien. ¿A dónde vamos?

—El lugar más chungo de por aquí es el Bar Caza Mayor. Lo frecuentan cazarrecompensas.

—¿¿Qué?? ¿¿Vamos a robarle a un cazarrecompensas??

—Por supuesto. Tienen buenas armas.

—Debería ocuparse Night Stalker de eso. Es cazarrecompensas. Llamará menos la atención.

—Por desgracia, Stalker está en el juicio, y después intentará seguir a Larstersson. Así que... aquí estamos.

—¿Y si sale mal y el objetivo opone resistencia?

—Que los únicos que saldrán malparados seremos nosotros. Estamos desarmados.

—Relativamente. Solo me requisaron el monofilos cortante. Conservo el cable normal.

—Cojonudo. Con eso podrás estrangularlo si la cosa se pone fea.

—Pensaba más bien en inmovilizarlo...

—Si lo estrangulas, lo inmovilizas permanentemente.

—Tú actúa como te plazca que yo usaré mi cable como me salga de los huevos.

—Cómo se nota que no estás acostumbrado a tratar conmigo como el Lai... No distingues de cuando hablo en serio o no...

—Es bastante difícil determinarlo...

—Tranquilo. Si la cosa se pone fea, nos largamos y au.

—Más vale no tener que llegar a ese punto. Nada garantiza la huida.

Los clones se acercaron al bar. Iban vestidos de paisano. Tete tenía preparado el cable bajo su ropa. Ojearon el lugar. Entraron. Se sentaron en un rincón poco iluminado y observaron durante quince minutos.

—¡Dios! ¡No mires directamente a ese! —dijo ElArtista señalando a un tipo bajito que se había sentado en la barra. Estaba de espaldas. Vestía con camiseta verde y vaqueros.

—¿Ya has escogido el objetivo? —preguntó Tete, mirando de reojo al tipo de la barra—. Parece fácil de dominar, pero no veo que lleve ningún arma.

—¡Shhht! ¡Confía en mí!

—Confianza no es una de las sensaciones que me inspiras.

—Ojo al dato. Le vamos a seguir.

—En fin...

El tipo de la barra se bebió un refresco de cola y unas papas y salió del local. Los clones le siguieron a una distancia prudencial. El tipo se subió a un autobús. ElArtista y Tete continuaron en taxi. Al cabo de diez minutos el tipo se bajó en una parada de un barrio de clase baja. Comenzó a caminar por una callejuela.

—Vamos ahora —dijo ElArtista—. No hay nadie por la calle. Yo me abalanzo. Tú avisame por si se asoma algún vecino.

—Bien.

El Artista y Tete se aproximaron el tipo. ElArtista le agarró por detrás y le puso contra la pared.

—¡Estás detenido! —dijo, atando las manos del tipo con una cuerda de plástico.

—¿¿Pero qué haces?? —preguntó Tete—. ¡Se supone que tenías que dejarlo k.o!

—¡Tú no puedes detenerme aquí! —objetó del detenido.

—¡No grites que te silencio en dos patás! —advirtió ElArtista.

—¿Y este como sabe que no podemos detenerlo? —preguntó Tete.

—Porque me conoce —respondió ElArtista, dando la vuelta al tipo—. Es Nevuroy.

—No jodas.

—Bueno, Nevu, ahora me vas a explicar qué coño haces aquí, porque se me ocurren cosas mu malas. Tú trabajabas para La Kúpula, y fijate por donde ahora estás en la misma estación de mierda que uno de los terroristas que buscamos.

—¡No es lo que parece! —objetó Nevuroy.

—Habla, hijo mío, habla...

—En cuanto se supo que Larstersson estaba aquí, vine a ver si me enteraba de dónde lo tenían escondido.

—¿Para rescatarlo? Ma que la vamos a tener...

—Pensaba vender la información al mejor postor. Hay muchos cazarrecompensas por aquí... y vosotros, claro.

—¿No te da vergüenza hacer negocio con el terrorismo? —preguntó Tete.

—¿Mande? Estoy empleando tiempo y recursos y jugándome el tipo para encontrar a ese hombre, y pienso cobrar. ¿O acaso la policía no paga a sus confidentes? Y los empleados del CNI, ¿no tienen un salario acaso? ¿Y tú mismo no cobras por detener criminales? ¿Si no te pagaran lo harías? No me vengas con chorradas, hombre...

—Todo eso está muy bien —dijo ElArtista—. Pero si nosotros no tenemos la más mínima idea de cómo encontrar a Larstersson, ¿porqué tú ibas a tener más éxito?

—Con todo respeto, yo me sé mover mejor en ciertos ambientes. Y vosotros sois un cuerpo de asalto. Estáis especializados en matar, no en investigar.

—¿Matar? Has herido mis nulos sentimientos...

—Bueno, ¿has averiguado algo? —preguntó Tete.

—No sé dónde está Larstersson, pero al parecer tiene una escolta del copón. Aunque alguien lograra averiguar dónde lo tienen, para trincarlo habría que combatir.

—Me parece una excelente idea —dijo ElArtista.

—A mí no —dijo Tete—. Y a Lainier tampoco se lo parecería. Estamos en una puta estación. No hay forma de sacar a Larstersson por la fuerza, y menos si nos liamos a tiros con los agentes locales, por no mencionar que podríamos matar a alguno de ellos, y no tienen la cu...

—¡Vale, vale, lo he cogido, pesado!

—¿Qué sucede ahí? —preguntó un policía desde la entrada al callejón.

—Somos del Cuerpo de Asalto Clon de Thuris, de La Tierra —dijo Tete mostrando su identificación—. Solo estamos hablando con un amigo.

—Di algo, Nevu —murmuró ElArtista—. Algo que me complazca, mayormente...

—Todo está en orden, agente —dijo Nevuroy.

El policía se retiró.

—Bueno, prosigamos —dijo ElArtista a Nevuroy—. ¿Puedes conseguir armas? A nosotros nos conocen.

—¡No, so idiota! ¡Gracias a ti ahora me han visto con vosotros! ¡Ya nadie me venderá armas!

—¡No sabes si ese poli va a hablar con alguien! ¡Inténtalo a ver!

—¡Ni de coña! ¡Como se crean que trabajo para la poli pueden intentar matarme!

—¡A nosotros nadie ha intentado matarnos aún!

—A lo mejor es porque es poco prudente intentar matar a los clones...

—Pues tú te vienes con nosotros, ea.

—¿¿Pa qué??

—¡Para tenerte controlado!

Tres horas más tarde, los clones estaban reunidos en la habitación de Lainier.

—No pude seguir a Larstersson —dijo Night Stalker—. No salió por la puerta principal. Se metió por otra puerta a la que yo no tenía acceso y desapareció. Salí al exterior a observar los vehículos que abandonaban el edificio. Pero había demasiados. No sabía a cual seguir. Probé con uno y... no era él.

—Suponía que no podía ser tan fácil —se resignó Lainier.

Mientras, Berllarak estaba en una cabina telefónica pública. El Kapitán estaba a su lado. Como temían, no habían encontrado ningún "Guill" en la guía telefónica, que básicamente se reducía a números de empresas y locales diversos. Berllarak estaba probando posibles números. Tenía unos doscientos para mirar. Ya había llamado a cincuenta, pero la cosa era difícil. Ningún técnico al otro lado. Y, si lo había, no se lo habían dicho.

—¡Salga ya, o llamo a la policía! —dijo un tipo que estaba esperando para hablar.

—¡Ya va, ya va! —dijo Berllarak, saliendo.

—Será posible... —murmuró el tipo, cogiendo el auricular—. Treinta minutos...  
Los clones buscaron otra cabina.

Al día siguiente, el Kapitán llegó a la recepción de la comisaría. Se acercó a la misma chica.

—Hola —dijo, sonriendo.

—Hola —dijo la chica, devolviendo la sonrisa—. Lo siento, pero no me han llamado.

—No importa. Oye... he acabado el trabajo. Y he decidido que... más interesante que ver a mi amigo es verte a ti. ¿A qué hora acabas?

—Dentro de una hora.

—¿Damos una vuelta?

—No pierdes el tiempo, ¿eh?

—Nunca sé cuando me pueden llamar para otra misión. Es lo que tiene ser poli.

—Lo sé..

—Bueno... ¿hacemos algo?

—De acuerdo. Estate aquí dentro de una hora.

—¡Muy bien!

Al cabo de una hora, el Kapitán salía de la comisaría acompañado de la recepcionista. La agente se había cambiado de ropa. Llevaba un suéter ceñido, un chaleco de cuero y una minifalda y zapatos de tacón negros. El Kapitán se estaba poniendo cardíaco.

—Tendrás que guiarme tú —dijo el Kapitán—. Yo no conozco esta estación.

—Por supuesto —respondió ella.

Tras cuatro horas de visitar pubs y discotecas, el Kapitán acompañó a la joven a su casa, situada en un bloque de clase media. Se detuvieron en el portal.

—Bueno, ya estamos —dijo la agente— ¿Cuándo te vas?

—Pues creo que mañana por la tarde —respondió el Kapitán—. Nuestro jefe no nos deja muchas vacaciones.

—Entonces nos vemos mañana, si te parece.

—Eh... por supuesto.

El Kapitán se quedó pensativo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Se me hace muy pesado volver ahora al cutre-hotel, teniendo que compartir la habitación con otros compañeros... —dijo el Kapitán sonriendo.

La mujer se quedó pensativa un momento.

—¿Pretendes subir a mi piso? —preguntó finalmente.

—¡Eh! ¡Que solo...!

—¡Calma, hombre! Puedes subir... —dijo la mujer riendo.

—No me lo tendrás que decir dos veces.

La mujer abrió la puerta y entró. El Kapitán la siguió, aún más cardíaco.

—El Kapitán tarda mucho —dijo Berllerak— ¿Se puede saber qué coño está haciendo?

—¿Tú que crees? —preguntó Lainier. El equipo estaba reunido en la habitación de Lainier. Solo faltaba el Kapitán. Habían pasado seis horas desde que saliera con la agente.

—Probablemente yo sepa mejor que tú lo que está haciendo. Lo que quería decir es si no estará alargando esto más de lo necesario...

—Tú también lo alargaría...

—Claro, jeje. Pero me jode que haya realizado él este servicio y no yo.

—¿Cómo decidisteis quien la seducía?

—El Kapitán puso una excusa convincente: es mejor que el número dos del grupo esté disponible por si ocurre algo importante en vez de estar seduciendo mujeres, por mucho que eso también forme parte de la misión.

—Me sorprende que no objetaras de todos modos...

—Ya deberías saber que yo, aunque en mi tiempo libre sea un golfó, en el trabajo rindo profesionalmente. No soy un Artista cualquiera...

—Ya lo suponía, pero como hasta ahora nunca se había dado esta curiosa tesisura...

—En realidad, ya le he dicho al Kapitán que para la próxima vez lo haré yo.

—Pues espera sentado. Eso de ir follando a todas las mujeres que te encuentras en las misiones solo ocurre en las películas.

—El Kapitán me dijo que me tocaría una fea.

—No lo descartaría.

El Kapitán se separó de la mujer y tomó aire. Estaban en la cama.

—Querida, los clones aguantamos mucho —dijo el Kapitán—, pero es que ya llevamos tres, así que voy a hacer una larga pausa. A no ser que quieras terminar la cita ahora...

—Oh, no. Aún queda noche por delante —dijo ella, levantándose de la cama—. Aprovecharé para ir al baño.

La mujer entró en el servicio, conectado directamente al dormitorio, cerrando la puerta tras de sí. El Kapitán buscó el móvil de la agente. Estaba en el chaleco, tirado en el suelo, como el resto de sus ropas. Estaba encendido. Buscó el registro de llamadas. No había sido borrado. Observó los números. Uno tenía la fecha y el nombre adecuados. Lo memorizó. Después limpió sus huellas del teléfono y lo dejó donde estaba. Realmente, el trabajo ya había terminado. “Bueno”, pensó el Kapitán, “si busco una excusa para marcharme de repente, sospechará. Así que habrá que quedarse.” El Kapitán dejó escapar una leve risita de cabroncete.

—Tengo el número —dijo el Kapitán, apareciendo por la puerta de la habitación de Lainier—. Vengo muerto.

—No me extraña —dijo Lainier—. Han sido ocho horas. Está amaneciendo.

—Dame el número —dijo Berllerak mientras conectaba a su móvil una antena rastreadora situada en el balcón. El Kapitán le pasó el número y Berllerak comenzó a teclear—. De momento, tiene el móvil apagado. En cuanto lo encienda rastrearemos la señal. Ahora es demasiado débil para seguirla. Si pudiera colarme en las redes de telecomunicaciones locales... Pero usan unos sistemas que nunca he visto.

—Si no os importa, me voy a dormir —dijo el Kapitán.

—Bien —dijo Lainier.

Tras media hora, Berllerak dio el aviso:

—Localiza algo. En un barrio del norte. La señal es débil.

—Llámale a ver si se intensifica —dijo Lainier.

Berllerak llamó a Guill.

—Diga —dijo el hombre al otro lado del aparato.

—¿Señor Guill?

—Yo soy. ¿Quién es?

—Tenemos ya su pedido.

—¿Cómo?

—Tres consoladores, un juego de bolas chinas y diez botes de crema silkeriana.

—¿¿De qué está hablando??

—Llamo de la tienda Placer Galáctico. Ya hemos recibido su pedido. Le esperamos.

—¡Yo no he encargado nada!

—¿No me ha dicho que era el señor Guill?

—¡Sí, pero no he encargado nada! ¡Adiós!

El hombre colgó.

—¿Era necesario eso? —preguntó Lainier.

—Así pensará que han sido unos gamberros.

—Y no se equivocará.

—Bueno, el indicador nos marca un edificio. Habrá que buscar el piso exacto. Esperemos que sea su casa.

—Debería serla. Las seis de la mañana no es hora de hacer visitas.

—A lo mejor anoche se emborrachó y ha dormido en casa de un amigo.

—Tú entiendes de eso, ¿eh? —dijo SuNSeT con su peor sonrisa.

Berllerak propinó un pequeño puñetazo contra el hombre derecho de SuNSeT, suficiente para dejarlo dolorido.

—No juegues con la salud, muchacho... —advirtió Berllerak.

—Arg... la represión fascista... —murmuró SuNSeT mientras sujetaba su hombro con la mano izquierda.

Lainier y Berllerak llegaron hasta la manzana donde vivía Guill. Iban vestidos de civil y montados en un coche alquilado. Por supuesto, Berllerak iba al volante. Aparcaron a veinte metros del edificio objetivo. Lainier se apeó y caminó hasta el portal. Observó los timbres. P. Guill, puerta 38. Volvió al coche.

—Bueno —dijo Lainier—. Lo tenemos localizado. No tengo ni idea de a qué hora entrará a trabajar. El horario de curro habitual aquí empieza a las ocho, pero claro, eso puede variar.

—Falta media hora para las ocho —señaló Berllerak—. ¿Vamos a cogerlo en su casa o al salir?

—Calma, joder. No podemos ir a por él hasta que Larstersons vaya a salir de la estación.

—Si este hombre no va a revisar esa nave, perderemos mucho tiempo después.

—Calma, coño.

Un policía salió de la casa al cabo de cuarenta minutos. Era un hombre de unos cuarenta y pico años. Se subió a un turismo y se alejó.

—Espero que sea ese —dijo Lainier.

—Y si no lo sabré enseguida —dijo Berllerak.

El número dos del Cuerpo de Asalto se bajó del coche con su equipo en una mochila. Lainier siguió a Guill.

Berllerak abrió la puerta de la casa fácilmente. Subió hasta el piso 15, donde estaba la puerta 38. Blindada. Tampoco era obstáculo. Conectó un amplificador de sonido a la puerta y llamó al timbre. Ningún sonido revelador. No oía moverse a nadie. Nadie acudió a abrir la puerta. Por si acaso, volvió a llamar, pero nada. Introdujo un sensor prácticamente plano conectado a su móvil bajo la puerta. Tampoco nada. La abrió en cinco minutos. Pasó al interior. Un piso pequeño. El sueldo de un policía medio no daba para mucho. Comprobó la casa: no había nadie. Sobre una mesa del comedor reposaba una foto: el policía acompañado de su esposa y dos hijos de unos doce años. A esas horas los hijos estarían en el colegio. La esposa podría haber bajado a comprar, o estaría trabajando. Por si acaso, Berllerak puso

una microcámara fuera del piso, mirando a la puerta, y se colocó un monitor sobre su ojo derecho. Normalmente recibía la información de las cámaras en la pantalla de su móvil, con mayor área visible, pero ahora mismo no necesitaba tener muchos detalles, le bastaba con saber si alguien entraba en la casa, y así usaría la pantalla del teléfono para otros menesteres. El clon fue directamente a por su objetivo: si había algo interesante, estaría en el ordenador. Lo encendió. El sistema operativo solicitó una clave. Burlar el sistema le costó una hora. Tras acceder al ordenador buscó información sobre la policía. Accedió a los archivos personales y a la página web personal del agente. Copió toda la información en su móvil. Después comenzó a registrar la casa. Cuando estaba abriendo uno de los cajones de un armario del comedor, vio cómo la esposa de Guill se acercaba a la puerta. Cerró el cajón. Se escondió detrás de un sofá y sacó otra microcámara para observar lo que pasaba. La mujer entró, con varias bolsas en las manos. Se dirigió a la cocina. Berllerak decidió esperar. Al cabo de un minuto, la mujer se dirigió a su dormitorio. El clon salió de allí, cerrando la puerta con cuidado. Retiró la cámara del pasillo y bajó las escaleras tranquilamente.

Lainier siguió a Guill hasta su puesto de trabajo. Era en el Centro de Aeronaves de la Policía del Distrito 2. El policía entró al garaje. Lainier no podía seguirlo dentro. Regresó al hotel.

—Sé donde curra —dijo Lainier tras entrar en su habitación, donde le esperaba el resto del grupo, excepto Stalker, que estaba en el segundo día de la vista de Larstersson—. Vamos a tener suerte: sí que trabaja con las naves de la poli.

—Pero que mucha suerte —dijo Berllerak—. Tengo una relación de todos los lugares donde se alojan naves policiales, así como de los técnicos que las supervisan. Ahora solo queda esperar a ver en qué nave viaja Larstersson.

—Excelente.

—Sabemos que Larstersson iba montado en la moto desde la que se atacó a Night Stalker, aquí presente —dijo el abogado de la acusación—. Posteriormente, robó la nave con la que llegó hasta aquí. Ustedes tienen esa nave y sin duda habrán comprobado que es propiedad de las fuerzas de seguridad terrestres. Por lo tanto ruego a sus señorías que no se dejen embaucar por...

Mientras el abogado hablaba, Stalker ojeaba el lugar. Memorizó la posición de la puerta por donde habían sacado a Larstersson de la sala el día anterior. Stalker se levantó y salió de la sala. Comenzó a caminar por los pasillos, buscando alguna sala sospechosa. Pero todo era muy intrincado.

—A tomar por culo —dijo.

El grupo volvió a reunirse a mediodía en la habitación de Lainier. Esta vez faltaba el Capitán.

—¿Y el Capitán? —preguntó Lainier.

—Dijo que tenía que ver a la chavala, porque habían quedado —explicó Berllerak.

—¿¿Qué??

—Dijo que si no quedaba con ella, sospecharía.

—Mucho cuento veo aquí.

—Bueno, pero ya tenemos lo que queremos.

—Pues espero que mañana esté listo, porque tenemos que declarar en el juicio, y solo están disponibles ElArtista y él para lo que pueda surgir.

—Lo sabe, tranquilo.

—¿Entonces cómo está el tema? —preguntó ElArtista.

—El tema está chungo —dijo Lainier—. Como siempre.

—Ya, pero... ¿y si no sabemos cuándo se va Larstersson?

—Se sabrá. Cuando el juez dicte sentencia, dirá cuándo se expulsará a Larstersson.

—Si le expulsan.

—¡Ni una palabra más sobre eso, cenizo!

—Vale. Pero... ¿y si no lo dice? ¿Y si se lo notifican en privado?

—Yo nunca he visto eso. Además, la presencia de Larstersson incomoda a la gente. Quieren saber todo lo que pasa con este tipo, y como el gobierno de la estación cuida mucho a sus habitantes, informará públicamente del asunto. Espero. Je...

—¿No manipuló Berllerak el ordenador de Guill? Podemos consultarlo ahí.

—Solo copió los datos. No tenemos acceso remoto a su ordenador. Eso hubiera sido muy arriesgado.

—¡Joder! Pero espero que tengas un plan magnífico y enrevesado por si el juez se calla como una puta...

—No.

—¡Joder!

—Soy listo, pero no tanto.

—Yo más bien diría que eres... imaginativo... —dijo Berllerak con una sonrisita.

—Artista, ¿a ti no se te ocurre nada, que también tienes ideas de bombero?

—Sí, secuestrar al juez y hacerlo hablar. ¿Cómo lo ves?

—Creo que con suplantar a un técnico ya tenemos suficiente...

—¡Joder!

—Te repites.

—Ehhh... ¡Joder!

—Bien. En estos momentos no se me ocurre qué más hacer, así que... estáis de permiso. Haced lo que os salga de los

cojones.

—¿Puedo hacer volar la estación? —preguntó ElArtista—. Haré que parezca un escape de gas. Mu gordo.

—Más bien no...

—¡Va, nano! ¡Si pensaba avisaros con un minuto de antelación para que escapaseis y todo!

Al día siguiente, la tercena jornada del juicio transcurrió con las declaraciones de los clones, y finalizó con la comparecencia del propio Larstersson. A las 14:00, el proceso quedó visto para sentencia, que se llevaría a cabo al día siguiente. ElArtista y el Kapitán paseaban por los pasillos del hotel, vigilando a posibles intrusos. SuNSeT estaba en la habitación de Lainier, oculto. A las 15:00 ya estaban todos reunidos de nuevo.

—Lainier, yo debería ir a despedirme... —comenzó a decir el Kapitán.

—Sí, sí —dijo Lainier—, pero si mañana estás agotado, no volverás a trabajar en mi Cuerpo. ¿Entiendes?

—Por supuesto.

Al día siguiente, a las 15:00, Lainier y Stalker escuchaban en compañía del abogado la sentencia. Todos se levantaron. Uno de los jueces habló:

—Este tribunal opina que la actuación del Cuerpo de Asalto ha sido cuanto menos dudosa, y al no poder garantizarse los derechos fundamentales del señor Larstersson, se deniega la petición de extradición formulada por los gobiernos de la Federación Ibérica, China y Japón. Este Tribunal, sin embargo, opina que hay indicios suficientes que implican al señor Larstersson en actos criminales y terroristas, por lo que deniega la petición de asilo político formulada por el señor Larstersson,. Como la ley vigente impide a la justicia de la Estación Real perseguir delitos que no se hayan cometido dentro del territorio nacional o por uno de sus ciudadanos, este tribunal aprueba la expulsión del señor Larstersson del territorio nacional. El señor Larstersson será escoltado por las fuerzas de seguridad hasta un lugar civilizado de su elección a no más de un año luz de la Estación. Si el señor Larstersson quiere viajar más lejos, deberá abonar 500 créditos estacionarios a la administración judicial, por cada año luz adicional hasta un máximo de tres años luz. La expulsión se producirá hoy a las 22:00 hora local. El señor Larstersson será custodiado por las fuerzas de seguridad hasta entonces. Se levanta la sesión.

Unos minutos después, Lainier se acercaba al Gobernador, en su despacho.

—Señor —dijo el clon—, ¿podría decirme a dónde van a llevar a Larstersson?

—Eso se lo tiene que decir el señor Larstersson a los agentes una vez estén lejos de aquí —contestó el Gobernador—. Y después, no tenemos obligación de decírselo a ustedes. Les recuerdo que los jueces dijeron en su sentencia que los gobiernos terrestres no son de fiar.

—Entonces... ¿no le interesaría negociar con los políticos terrestres? A lo mejor pueden ofrecerle algo a cambio de Larstersson.

—Señor Sind, aquí son los jueces los que deciden a quién se extradita y a quién no. Y no tengo intención de presionarles para que modifiquen la sentencia.

—Lo entiendo. Nos gustaría al menos estar presentes durante la expulsión de Larstersson.

—¿Por qué?

—No es usted muy colaborador.

—No se ofendan, pero ustedes no tienen autoridad aquí. ¿Por qué debería darles autorización?

—Podemos ayudarle, si intenta escapar.

—¿Escapar? ¡Si lo estamos expulsando, no deteniendo!

—Sí, bueno, pero mire... ustedes sabrán adónde va. A lo mejor él no quiere que lo sepan. E intentará escapar: llevarse la nave y librarse de los agentes...

—Señor Sind, ese hombre no puede escapar. Déjese de tonterías.

—Somos meticulosos. Debemos vigilar a Larstersson hasta el último momento, es nuestro trabajo. Además, ¿seguro que no se puede escapar? Ese tipo es peligroso, se lo aseguro. Quién sabe si tiene partidarios en la Estación. No le vendrá de más que estemos alerta por si las moscas, Gobernador.

—Muy bien. Hablaré con el Ministro de Interior. Les prepararé unos pases. Les advierto que serán vigilados muy de cerca, y que estarán a más de cien metros de la nave.

—Gracias, señor. Ah... ¿podría darme un pase para SuNSeT?

—¿Está de broma? No es un policía. ¡De hecho ni siquiera es un ciudadano!

—Es que no podemos perderle de vista.

—Aún me sorprende que se haya entregado a ustedes... y que sin embargo conserve la petición de asilo.

—Hemos llegado a un trato, pero por si acaso, sigue adelante con la petición. Ni él se fía de nosotros ni nosotros de él. Por eso le hemos de vigilar, no sea que haga cosas raras.

—Pues que se quede uno de sus hombres con él donde sea que viva. No hará falta que estén todos ustedes presentes cuando Larstersson se vaya, ¿verdad?

—Sería mejor que sí, ya le he dicho que Larstersson es peligroso. Toda seguridad es poca.

—Lo siento. SuNSeT no puede estar presente. Confórmese con la generosidad que nuestro hacia el Cuerpo de Asalto. Ustedes, y nadie más. Pero si tanto le preocupa SuNSeT, podemos custodiarlo nosotros mientras ustedes atienden a la expulsión de Larstersson.

—Sin ánimo de ofender, prefiero que se encargue uno de mis hombres. Quizás podamos convencer a Stalker de que se quede con él, aunque no me gusta pagar tanto dinero a un cazarrecompensas...

—¿En serio? Pues una de las acusaciones contra ustedes es que dan trato de favor a ese hombre...

—Se nos acusa de demasiadas cosas. De cómo ayudamos a ganar la guerra, nuestros detractores no dicen nada. Parece que basten unos pocos errores para empañar unos grandes aciertos. Supuestos errores, añado.

—Entiendo.

—En fin —dijo Berllerak, reunido con el resto del grupo, excepto Lainier y Stalker que estaban en los juzgados—. No hay careta, pero tengo el traje. Mala suerte, SuNSeT. Confiemos en que no se fijen mucho en tí. Los técnicos suelen llevar cascos, y si estos no llevan... tú póntelo de todos modos.

—Joder —dijo SuNSeT.

—La cosa está así: tenemos a cinco técnicos en la lista. Al menos un par revisarán la nave, lo que siempre se produce minutos antes del despegue. Puede que te cruces con Larstersson cuando salgas.

—¿¿Qué??

—Es evidente. Bien. El problema es cómo saber qué técnicos revisarán esa nave. Luego hay otro problema. ¿Cómo entra SuNSeT en la comisaría y suplanta a uno de ellos? Lainier me ha llamado y dice que no hay pase para SuNSeT. Además, varios agentes no se despegarán de nosotros mientras estemos en la comisaría.

—Tanto trabajo para cagarla ahora.

—Oye, la infiltración no es fácil. En las pelis cutres parece fácil. Se corta una valla de mierda. Se trinca a un guardia y se le suplanta con facilidad pasmosa... Todos los controles se pasan con dificultad mínima. Pues no. Así no funcionan las cosas. Hay que estrujarse el cerebro, y la suerte juega un gran factor en esta mierda.

—Vale, vale.

—Primero has de estar dentro, después buscarás a los técnicos necesarios. Quizás no haga falta que suplantes a un técnico determinado. Coge a cualquiera y ve hacia la nave. Procura no llamar la atención. Si te preguntan que qué coño haces revisando esa nave, pues... je... invéntate algo, pero no creo que lo hagan. La seguridad no será muy alta. Es una simple expulsión. Bien, ¿cómo entrar? Nos escoltarán en cuanto entremos. Conocen nuestros rostros. Bien. Tú serás yo.

—Yo soy más alto.

—Y más feo, pero debes hacerte pasar por mí. Tienes que llevar el localizador encima, y eso debería llevarlo yo, que soy el técnico del grupo y es normal que lleve mis herramientas encima.

—¿Y si me quitan las herramientas antes de entrar?

—Que deberás buscar un localizador entre los aparatos técnicos de los policías, una vez dentro. Y tendrás que averiguar su frecuencia como sea, o no servirá de nada. Lo ideal sería que encontrases un receptor sintonizado con la frecuencia.

—¡Joder!

—Vamos por partes. ¿Cómo entrar?

—Con mucho cuidado —dijo SuNSeT sonriendo.

—La puta, pues claro. Bien. Tú irás vestido como yo, lo cual incluirá un casco que ocultará parte del rostro.

—Pero tú no sueles llevar casco.

—Cuando es necesario sí. Puedes decir que estás escaneando la zona por si las moscas.

—Creo que las leyes locales impiden a los ciudadanos circular con el rostro cubierto. Es probable que pidan que me quite el casco.

—Por eso, una vez nos hayan identificado, daremos un cambiazco. Yo me iré. Tú entrarás. Coordinación. Habilidad. Me encanta esta mierda.

—Vamos a morir.

—No hable en plural —señaló ElArtista—. El que tiene más papeletas para palmarla eres tú.

—Morir no sé —dijo Berllerak—, pero nos puede caer un paquete del copón.

—Bien —dijo SuNSeT—. ¿Cómo está el tema de la distracción?

—Stalker y Nevuroy van a protagonizar un atropello. Nevuroy, dale duro a Stalker: es un cyborg. Debe haber un ruido del copón para que todo el mundo se gire.

—Lo arrollaré a placer —dijo Nevuroy sonriendo.

—Maravilloso —murmuró Stalker en tono irónico.

—SuNSeT —prosiguió Berllerak—, en cuanto la peña nos quedemos mirando a los impresentables estos, tú me sustituirás.

—Bien —dijo SuNSeT—. ¿Y después?

—En las comisarías puede entrar todo el mundo siempre que pase un registro. Yo volveré a entrar. Me volveré a identificar. Diré que he salido un momento y he de volver. Genial, ¿eh?

—Sobre todo si nadie me ha visto salir.

—¿Que te crees que vigilan la entrada y memorizan todas las caras? Puede que haya una cámara grabando, pero a menos que sospechen que pasa algo raro, no revisarán la grabación.

—Si luego trincamos a Larstersson puede que se pregunten cómo dimos con él, y entonces revisarán todo lo revisable.

—Yaharemos en esas cosas después. El caso es que cuando yo vuelva a entrar, tú habrás ido al baño a mear. A un baño de la parte privada. Yo también entraré. Yo me reincorporaré al Cuerpo de Asalto, pero tú saldrás vestido de técnico, ya que llevarás un traje reversible. Puede resultar sospechoso que alguien te vea salir del baño con una mochila encima, así que vigila. Buscarás a un técnico, y lo suplantarás. El localizador será colocado en el casco de la nave, no

dentro, porque de lo contrario no podríamos recibir la señal. Además, en cuanto lo pongas, fingirás estar enfermo y te pirarás.

—¿Qué clase de enfermedad? Los clones son resistentes a muchas...

—¡No me apetece repasarlas ahora! ¿Puedo continuar sin que me interrumpas otra vez?

—Claro, hombre —dijo SuNSeT sonriendo.

—Dirás a tus compañeros que tendrán que hacer tu parte del trabajo. Esto lo harás porque no eres técnico, así que no puedes revisar realmente la nave. Y si luego falla algo que teóricamente deberías haber detectado tú, la cagamos. Pues eso, que les dices que no puedes currar y au. Si eres el único técnico, cosa muy improbable, pones el localizador, te acercas al oficial más cercano, le dices que no puedes revisar la nave porque te encuentras mal y te largas. Tenemos planos de la comisaría. El baño está a cincuenta metros de la sala de mantenimiento, y el garaje está a cien metros, más adelante. Hay una cámara en medio del pasillo y otra en la pista de aterrizaje. La primera es la única que nos concierne, porque la otra solo mira hacia el exterior. La del pasillo no alcanza hasta la entrada y el baño, así que no verán nada raro cuando hagamos el cambio, pero debes tener cuidado cuando te acerques disfrazado de técnico. Un casco o gorra debería ser suficiente para ocultar tu rostro, pero mejor ve con la cabeza agachada. El resto ya es fácil: después de que la nave de Larstersson salga al espacio, salimos nosotros y nos encargamos de que la información sobre la frecuencia del localizador llegue a nuestros contactos desperdigados por todos los planetas y estaciones que podrían permitirle la entrada a Larstersson. Cuando le localicen, nos informarán de dónde está, e iremos raudos a por él. Mientras nuestro aviso llega, luego responden, y nosotros vamos, pueden pasar unas tres horas, porque tenemos naves rápidas. Larstersson será entregado a las autoridades del lugar donde lo dejen. Probablemente solicitará asilo de nuevo. Mientras se realiza la burocracia para aceptar tramitar su asilo, pasarán algunas horas, durante las cuales lo normal sería que lo dejaran libre. Esas horas son justo el tiempo que necesitamos para encontrarlo y trincarlo. La puta, que listo soy.

—Tengo una pregunta estúpida.

—Dime.

—Si nos escoltan para ir al baño, nos verán a los dos y se liarán.

—No nos van a escoltar. A mí quizás sí, pero a ti no. Habrá quizás tres agentes observándonos. No prescindirán de uno para que te siga al baño, y dejar a solo dos vigilando a todos los demás.

—Eso es mera especulación.

—Si llega el caso, habrá que dejarlos fuera de combate. Pero como último recurso. Lo mejor es... salir por piernas.

—Joder.

—Ya ves.

—Otra cosa. Cómo coño salgo.

—Mediante el método jam session.

—¿Jam session?

—Improvisación.

—¿¡¡Qué!!?

—Vaya. ¿No te gusta? Me cagon tó... ahora tendré que pensar en un plan de huida. Venga, pesao... lo pensaré...

—Joderrr...

—Sal tranquilamente.

—¿¿Ein??

—Mira, macho, si vas a pasar controles para llegar hasta la nave, también pasarás sin problemas para volver.

—¿¿Hay controles??

—Te registrarán. Comprobarán que no llevas bombas. Los técnicos ya pasan por otros controles más exhaustivos antes de entrar en la parte privada. Esos controles se aplican a la entrada, pero no a la salida. No comprobarán tu identidad.

—Entonces registrarán mi equipo antes de ir a la nave.

—Efectivamente.

—¿Y qué pasará cuando vean que llevo un localizador, suponiendo que lo consiga?

—Es equipo técnico. Solo buscarán armas.

—¿Pero y si sospechan?

—¿Te crees que las naves de aquí no llevan localizadores? Pues llevas uno de repuesto. Mira qué sencillo.

—Mencantan las misiones suicidas.

—Este servicio servirá para revisar tu caso.

—Mi caso no depende solo de Thuris.

—Uiii, qué putada —dijo Berllerak riendo.

El día de la acción...

Los clones, excepto Stalker, llegaron hasta la entrada de la comisaría, una gran puerta de cristal. El edificio tenía cinco pisos de altura. Berllerak llevaba puesto su casco. Dos agentes los esperaban en la puerta.

—Somos el Cuerpo de Asalto —dijo Lainier, mostrando su pase—. Venimos por lo de la expulsión.

—Bien —dijo uno de los guardias—. Puede pasar. Siguiente.

Uno por uno, los agentes examinaron a los clones. El último fue Berllerak.

—¿Puede quitarse el casco, señor? —dijo uno de los agentes.

—Claro —Berllerak se quitó el casco. El agente comprobó su identidad y examinó el casco. Solo llevaba un visor

con zoom y diversos sensores. Nada de especial. El agente se lo devolvió y Berllerak se lo colocó de nuevo.

—¿Puede mostrarme su mochila?

—Tome —Berllerak le entregó la mochila. El agente la examinó—. Siempre llevo herramientas encima. Es mi obligación como técnico.

—Todo en orden —dijo el agente devolviendo la mochila a Berllerak—. Puede entrar.

“Bingo”, pensó Berllerak.

En ese momento, sucedió. A la izquierda de los agentes se escuchó a una moto correr a toda prisa. Los vigilantes desviaron un poco la vista, y vieron como la moto pasaba por su lado. Iban a dejar de mirarla, pero entonces oyeron el ruido: uno, dos choques. Gritos. Los agentes se asomaron. Los clones también, mientras se apiñaban para cubrir a Berllerak, que se alejó corriendo, mientras SuNSeT, vestido igual que el clon, se acercaba. Se puso detrás del Cuerpo de Asalto. Varios policías salieron de comisaría y se acercaron al “accidente”.

—¡Me has arrollado, hijodeputa! —gritó Stalker, que estaba en el suelo, medio roto. Nevuroy salía del asiento del conductor de un coche estrellado contra una farola. Fingió sentirse mal y se dejó caer al suelo.

—No se preocupen —dijo uno de los agentes, girándose hacia los clones—. Entremos.

Los agentes acompañaron al grupo, conduciéndolos a través de una puerta blindada dotada de control de retina. Entraron en la sección privada. Caminaron hasta la pista de despegue.

—Aún falta para que Larstersson salga, ¿verdad? —preguntó SuNSeT al guardia que no había hablado con él, para que no reconociera su voz.

—Sí —contestó el guardia—. Media hora.

—¿Le importa si voy al servicio?

—Esté de vuelta en cinco minutos.

—Bien.

SuNSeT se alejó junto con el guardia. Berllerak había escuchado toda la conversación desde su intercomunicador. Entró raudo a comisaría. Al verlo con casco, un agente le frenó.

—¿A dónde va? —preguntó.

—Berllerak, Cuerpo de Asalto —dijo—. Me están esperando.

—Lo sé. Pero quítese el casco.

Berllerak obedeció.

—¿Ve? —preguntó.

—Su mochila.

—Tome.

El agente la examinó.

—Bien. Sígame —Berllerak llegó al control. El agente abrió la puerta—. Sus compañeros están al fondo. ¿Quiere que le acompañe?

—No hace falta.

Berllerak entró en los servicios. Allí se encontró con SuNSeT, que salió vestido de técnico, con gorra incluida, marchando con la cabeza baja. Berllerak fue con sus compañeros.

SuNSeT entró en la sala técnica. Dos operarios estaban dentro. Con toda calma, y sin mirarles, se sentó en una silla y cogió un hoja electrónica que había sobre una mesa y que tenía cargado el periódico de hoy. Se puso a leer, ocultando el rostro. Echó furtivas ojeadas de un lado a otro para ver si alguno de esos técnicos era el que tenía que revisar la nave de Larstersson, pero no había ninguna pista.

—Es la hora —dijo un técnico. SuNSeT consultó el reloj. Era la hora de la salida de Larstersson. Había que arriesgarse. El otro técnico se levantó. Ambos se dirigieron a la salida. Con tranquilidad manifiesta, SuNSeT se levantó del asiento y los siguió, de nuevo mirando hacia el suelo. Llegaron hasta la nave de Larstersson.

—Yo reviso los controles —dijo uno.

—Yo los motores —dijo otro.

—Yo me encargaré del resto —dijo SuNSeT manteniendo la compostura. Se quedó en el exterior y colocó el localizador bajo la nave y comprobó que funcionaba. Después entró un momento.

—Chicos... no me encuentro bien... —dijo, agachando la cabeza y llevándose las manos al estómago.

—¿Quieres que llame a un médico? —preguntó uno.

—No, no. Iré yo solo. Vosotros tendréis que revisar la nave por mí. Si me acompañáis, se retrasará la salida.

—¿Estás seguro?

—Creo que ha sido el café. Tranquilos.

—Como quieras.

SuNSeT salió de la comisaría, evitando de nuevo la cámara y las miradas de los agentes. Al cabo de quince minutos los técnicos acabaron la revisión.

Los clones observaron cómo cuatro agentes subían a la nave custodiando a Larstersson, esposado. Larstersson echó un ojo al Cuerpo de Asalto y sonrió con desprecio.

—Cabrón —murmuró Lainier.

—Todo o.k —dijo SuNSeT a Berllerak por el intercomunicador.

El techo se abrió y la nave se alzó, abandonando el edificio y dirigiéndose a una salida de la estación.

—Bien. Ya está —dijo el agente—. Ahora, acompáñeme a la salida.

Los clones salieron. Allí había dos agentes tomando declaración a Stalker y Nevuroy, mientras dos médicos los

atendían.

—No vuelva a cruzar en rojo, señor Stalker —dijo el agente.

—No, señor.

—Multa de 300 créditos estacionarios.

—La puta.

Los clones se reunieron en la habitación de Lainier.

—Han saltado al hiperespacio —dijo el líder del Cuerpo de Asalto—. Ahora hay que avisar a todos nuestros contactos en tres años luz a la redonda.

—Lainier —preguntó SuNSeT— ¿Qué ocurre conmigo?

—Nada. ¿No has pedido asilo? Por cierto, que ya ha llegado la notificación a la Tierra y Silkeria de que estabas aquí. Teóricamente, deberíamos declarar en tu contra.

—¿Qué?

—Deja la mierda del asilo y ven con nosotros.

—¿A la cárcel? No, gracias.

—A la cárcel no. Nos ayudarás a atrapar a esos terroristas.

—¿Qué?

—¿No te perseguían? Te serviremos de protección, hasta que acabemos con ellos.

—¿Y cuando todo acabe?

—Todo el mundo fuera de la habitación excepto SuNSeT —ordenó Lainier.

—Pero... —comenzó a decir ElArtista.

—Largo.

Todos salieron.

—¿Y bien? —preguntó SuNSeT.

—Puedo tramitar una reducción de condena que...

—Lainier... tú has ordenado salir a todo el mundo porque ya sabes lo que voy a pedir. Es más. Si los has dejado salir es porque me lo vas a conceder. O quizás es para engañarme.

—No irás a la cárcel.

—Y sin embargo, me perseguiste.

—Entonces era distinto. No podía cruzarme de brazos, rodeado de agentes silkerianos.

—Pero podías haberle puesto menos empeño.

—A decir verdad, en aquel entonces realmente quise detenerte. Mira, no me paré a pensar. Tú habías roto un trato que firmaste conmigo. Tenía que cogerte.

—¿Y ahora has cambiado de opinión?

—Sí. Además... con esto de la fuga, te caerían más años.

—Eso sí no me matan al cogerme, ¿eh?

—Pero eso no ocurrirá, porque como he dicho, no irás a la cárcel.

—¿Por qué hablas de esa forma? ¿Me dejarás escapar o no, joder?

—He dicho que no irás a la cárcel.

—Paranoico con la vigilancia oculta, ¿eh?

—Yo siempre.

—La frase “no irás a la cárcel” también tiene tela.

—Pero no tanta tela como “te dejaré escapar”.

—En fin. Es mejor que huir de un lugar a otro esperando a que Larstersson me mate, y si finalmente no me dejas ir, mejor que me cojas tú a que me coja alguien más... expeditivo, así que os acompaño.

La nave de los clones despegó. A Nevuroy le permitieron regresar a La Tierra.

—¿A qué acuerdo has llegado con SuNSeT? —preguntó ElArtista.

—Hablaré a su favor —dijo Lainier.

—Eso lo hubieras hecho de todos modos. Ahora en serio... ¿A qué acuerdo has llegado para que decida seguirnos? Porque después le esperan quince años de cárcel. Ya sabes... diez de antes. Luego la fuga, otros cinco. Aunque le rebajen la pena, se quedarían otra vez en diez. Solo le quedaría el indulto... Bueno... dime.

—Le he... ingresado 50.000 euros en una cuenta corriente de un paraíso fiscal. Pero no en la Estación Real, que me caen mal.

—¿Qué?

—Cuando salga de la cárcel no tendrá un duro. ¿Y quién le dará trabajo? Si acaso, de mercenario. Esos euros, a un 2% de interés, se convertirán al cabo de diez años de cárcel en... más de 60.000 euros.

—¿¿Le has pagado 50.000 euros??

—Sí.

—¡¡VanderHall no lo aprobará!!

—Claro que no. Al menos no tanto. La ley otorga recompensas a los que luchan contra el terrorismo, pero a éste se limitarán a reducirle la condena. Así que perderé el dinero.

—¡Tú eres tonto!

—Este hombre conoce mejor que yo cómo actúan esos kupulenses.

—Ehhh... ¡Tú eres tonto!

—Fin de la discusión.

ElArtista se alejó hacia la cabina. SuNSeT se acercó por la espalda a Lainier y se sentó a su lado.

—He oído lo del dinero —dijo SuNSeT—. Es una gran idea. Ofrecémelo —el revolucionario sonrió.

—Muy bien —dijo Lainier—. Yo te doy el dinero y tú vas a la cárcel.

—¡He dicho que me ofrezcas el dinero, no la cárcel! ¡Ji,ji!

—De todos modos... ¿no te da vergüenza pedirme tal suma? ¿Tú no eras comunista?

—Oye, yo no he dicho que vaya a quedarme con todo el dinero... aunque como estoy a dos velas, probablemente me lo quedaría, ¡je, je!

—Lainier miente como una perra —dijo ElArtista poniéndose a la derecha de Berllerak, que pilotaba la nave.

—¿Y eso? —preguntó Berllerak.

—No tiene intención de entregar a SuNSeT. Le dejará escapar.

—Bueno.

—No parece que te preocupe mucho.

—No.

—¿No te caían mal los rojos?

—También dije que al menos SuNSeT era un tío con huevos.

—Ese hombre es un criminal. ¡Tiene una sentencia de diez años!

—¿Y cuántos deberíamos cumplir nosotros, eh?

—Da igual. Nuestro deber es detenerlo, y Lainier se lo pasa por el forro.

—En su lugar... ¿no harías lo mismo?

—Puede. Pero no estoy en su lugar.

—Vas a cobrar lo mismo a final de mes tanto si detenemos a SuNSeT como si no.

—De mí se pueden decir muchas cosas malas, pero hay algo que nunca han podido decir hasta ahora: que no cumplo con mi trabajo.

—¿Esta actitud es resultado del entrenamiento coronés o algo?

—Puede.

—Algún día tendrás que contarnos como vivías en Corona.

—Ya le conté muchas cosas al gobierno de Iberia cuando pedí asilo.

—Y aún así me da la sensación de que te callas la mitad...

—El día en que Lai se eche novia, os lo contaré todo.

—Mierda...

—SuNSeT —dijo Lainier.

—¿Sí? —respondió SuNSeT.

—Sería mejor que, mientras fueras con nosotros... eliminaras la hoz y el martillo de tu armadura. Y la estrella.

—¿Qué?

—¿Quieres llamar la atención o qué? Por ahí atrás tenemos pintura. Pinta la armadura.

—De acuerdo, pesao.

Los clones y SuNSeT llegaron a la Tierra. Desde la Comisaría Norte enviaron agentes a dar el aviso a los destinos objetivo. Al cabo de dos horas, recibieron la respuesta.

—¡El hijoputa está en Jalandria, en el planeta Medyna! —dijo Berllerak.

—Un planeta colonizado por emigrantes terrestres —dijo Lainier—. Eso explicaría porqué la mayoría de los terroristas que hemos visto eran humanos.

—¿Piensas que su base de operaciones está allí?

—Eso espero. Nos ahorraría más viajes. ¿Podrías aterrizar sin ser detectado? Si nos encuentran, nos quitarán las armas. Tendremos que operar ilegalmente. Más de lo habitual...

—Sus sistemas de defensa orbitales son una mierda —contestó Berllerak—. Podemos evitar ser destruidos, pero no puedo evitar que nos detecten. Lo que puedo hacer es aterrizar en algún lugar apartado. Mientras las autoridades llegan, alguien debería escapar con las armas.

—Joder...

—Eso o... buscar las armas en el mercado negro. Pero tendremos los mismos problemas que en la Estación.

—¿Por qué no pedimos armas a los contactos? —preguntó ElArtista—. Si sospechamos que los terroristas tienen su base allí, puede que el CNI nos autorice a hablar con los agentes.

—Solo estaba elucubrando —señaló Lainier—. No creo que nos autoricen.

Lainier realizó una llamada al Ministerio de Defensa. Pero la respuesta fue negativa, como esperaba.

—En fin —dijo Lainier—. Me han contestado de forma ambigua. Ya sabéis que los de inteligencia ocultan información a tutiplén. Básicamente me han dicho que mis sospechas son solo un corazonada y que aunque autorizaran los contactos, perderíamos mucho tiempo en eso. En fin, nos piramos ya. Poneos ropas de incógnito.

—Estoy entrando en la atmósfera —dijo Berllerak, pilotando la nave donde viajaba el Cuerpo de Asalto y SuNSeT—. Aterrizaré en las afueras.

—Bien —dijo Lainier—. En cuanto aterrices, todos os largaréis en diferentes vehículos con las armas, y en direcciones diferentes. Aquí nos quedaremos Berllerak y yo. Cuando esteis convencidos de que no os siguen, iréis a los lugares donde puede estar Larstersson: comisarías, juzgados, etc... Actualizad los navegadores de los móviles y no tendréis problemas para encontrarlos. En cuanto nosotros hayamos terminado con las presentaciones, nos pondremos en contacto con vosotros.

Cuando Berllerak estaba a dos mil metros del suelo, recibió el mensaje, en Jalandria:

—Aquí torre de control aéreo de Jalandria. Identifíquese.

—Soy terráqueo. Hablen en inglés —dijo Berllerak en inglés.

—Aquí torre de control aéreo de Jalandria. Identifíquese —repitió la voz, ahora en inglés.

—Berllerak. Cuerpo de Asalto Clon de Thuris. Control 5930. En visita oficial.

—Confirmada identidad. Rogamos desvíe su rumbo hasta el aeropuerto militar más cercano.

—Negativo, tengo una avería y he de aterrizar aquí —dijo Berllerak mientras pulsaba un botón en la pantalla de su móvil. Una pequeña bomba estalló en la parte trasera de la nave, dañando levemente el motor.

—Como luego la nave no pueda despegar va a ser la risa... —murmuró ElArtista.

—Esto lo arreglo yo en dos patadas, imbécil —susurró Berllerak.

—Bien —dijo el controlador aéreo—. Una escolta irá a su encuentro. Estará allí en diez minutos.

—De acuerdo —dijo Berllerak.

—Oye, Berlli —dijo Lainier—, ninguno tenemos ni puta de Jalandria, así que en cuanto te alejes de aquí, descárgate al móvil un buen traductor.

—Bien.

Al cabo de cinco minutos Berllerak aterrizó en las afueras de Jalandria. Lainier y él se quedaron solos. Al poco tiempo se estaban entrevistando con las autoridades en la Comisaría Central.

—...Y por eso espero que nos entreguen a Larstersson —explicó Lainier en silkeriano, de pie ante el comisario, un hombre gordo de uno sesenta años, sentado en una silla de cuero, ante una mesa de roble llena de hojas digitales, en un despacho también de madera.

—Lamentablemente, nos ha pedido asilo —respondió el comisario.

—Por supuesto que lo ha hecho. También lo intentó en la Estación Real, pero se lo denegaron.

—Sin embargo, tampoco se lo entregaron. Lo dejaron aquí. No se precipite, señor Sind.

—¿Dónde está Larstersson?

—Le hemos proporcionado un piso.

—¿Dónde?

—¿Está loco? No se lo voy a decir.

—¿Está vigilado?

—Claro que no. El señor Larstersson no es sospechoso de ningún delito en nuestro planeta. De momento solo es un hombre que ha realizado un trámite burocrático que ni siquiera se ha aprobado aún.

—¡Entonces escapará!

—Mala suerte.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo aquí?

—Aquí no. En la Oficina de Asuntos Interplanetarios. Hace diez mi...

Lainier y Berllerak salieron disparados de la comisaría Subieron en sus coches. Arrancaron, directos hacia la Oficina de Asuntos Interplanetarios.

—¡Está en...! —comenzó a decir Lainier por el intercomunicador. En Medyna les habían permitido conservar sus intercomunicadores, pero por si interceptaban las conversaciones, habían decidido usarlos lo menos posible.

—¡Lo sé, lo estamos siguiendo! —dijo ElArtista— ¡Stalker y yo le vimos salir de la Oficina! ¡Iba disfrazado, pero era él! ¡Se ha teñido el pelo de negro y lleva gafas de sol! ¡Se ha dado mucha prisa! Ha cogido un taxi. Va por... la calle Harbert.

—Perfecto. Eh... tenéis que seguirlo, no detenerlo. Os lo recuerdo.

—Tranquilo.

—¿Stalker?

—Tranquilo, hombre —dijo el cyborg.

ElArtista y Stalker iban en un turismo rojo, siguiendo al taxi, un coche de color azul. El cazarrecompensas conducía. El seguimiento ya se había prolongado diez minutos.

—El taxi se ha detenido en... un local —informó ElArtista por el intercomunicador— Parece un bar. “Diahmark Kerterk”. Oye... todos los del bar parecen rojillos. Pero no sé si serán radicales.

—Si Larstersson ha entrado, al menos algunos lo serán —dijo Lainier—. Rodead el edificio. No sea que salga por otro lado. Yo voy a entrar.

—¿Te has vuelto loco?

—Sí, pero de eso ya hace años. Cuando llame a SuNSeT, entrará él.

—¿¿Qué?? —preguntó SuNSeT.

—Voy a estudiar las respuestas psicomotrices de los sujetos.

—La respuesta psicomotriz será un tiroteo —observó Berllerak.

—Silencio. SuNSEt, he cambiado de opinión. Quita la pintura de tu armadura.

—¿Q... qué? —balbuceó el revolucionario.

—Quiero que te reconozcan.

—¡Pero yo no!

—Quiero ponerlos nerviosos. Si hay aliados de Larstersson, intentarán huir a toda prisa y los cogeremos. Si no son aliados de Larstersson, te recibirán con los brazos abiertos. O no. Pero quítate ya la pintura, que voy a entrar. No puedo esperar.

—Lainier... si hay una matanza... y me reconocen...

—SuNSEt, como si esta fuera la primera vez que haces algo de esto. ¿De verdad te importa un poco más?

—Uh... no, pero... ¿ahora he de rascar esto? Pues voy a tener que ir a a comprar un disolvente o una pistola de agua a presión. Y según el navegador... la tienda más cercana está a cinco minutos andando, a menos que haya alguna fuera de la lista.

—Vaya por Dios, entonces tendré que aguantar tiempo ahí dentro —dijo Lainier, mientras Berllerak aparcaba el coche al lado del bar. Stalker y ElArtista estaban dentro de su vehículo, unos metros más adelante. Tete y el Capitán vigilaban desde otro vehículo cercano—. Bueno, la señal para que entres será... “Adelante”. Ah, cualquiera de vosotros que esté en el bar, que no se le ocurra usar nuestros nombres. Si tenéis que llamar a alguien, decid: “¡eh!”

—¿Seguro que quieres entrar solo? —preguntó Stalker.

—Sí. Esta manzana es muy grande, y si entra alguien más, la zona quedará aún menos vigilada. No os mováis de vuestros puestos a menos que... os dé la orden o consideréis que la cosa está muy chunga —Lainier se acercó al coche de Stalker—. Pásame la Magnum.

—Toma —Stalker le devolvió el revólver a Lainier. Cuando el líder del Cuerpo de Asalto tenía que deshacerse de su arma preferida, Stalker siempre la guardaba.

Lainier entró en el bar. La barra estaba a su izquierda. Unas diez mesas repartidas en cien metros cuadrados. El local estaba hecho de madera. Diversos pósters, carteles y telas con simbología y temas políticos revolucionarios colgaban de las paredes. La clientela parecía preferir el cuero, los tejanos o camisetas de tela de saldo. Sonaba música: un grupo de rock duro. Lainier, Berllerak y ElArtista ya habían estado en locales parecidos, por placer, aunque no iguales. En este había una diferencia: las caras de los clientes. No eran tan amables como la de los garitos de Thuris. Lainier empezaba a sospechar que este local no era más que una tapadera, o al menos un lugar donde se concentraban individuos de los movimientos radicales izquierdistas de Jalandria. En Thuris, los clones eran aceptados en los garitos “rojillos” a pesar de que la mayoría de los clientes sabía o sospechaba que eran policías. De hecho, su presencia aseguraba que ningún otro policía acudiría a molestar. Pero en este lugar, parecía que si los clientes averiguaban quiénes eran, la cosa podría ponerse desagradable. De hecho, lo normal era que alguno los reconociera. Medyna era un país atrasado, lo que mermaba su capacidad informativa, pero aún así, la mayoría de los clones había aparecido más de lo deseado en los medios de comunicación durante y tras la guerra. Los clientes del bar no parecían tener miedo, a pesar de la fama de los clones. Lainier se había quedado de pie un momento. Aunque vestía de incógnito, su atuendo civil habitual no encajaba con el del local. Tampoco vestía de pijo, salvo por las carísimas gafas, pero aún así algunos se quedaron mirándole. Lainier se acercó a la barra. No había rastro de Larstersson, pero había una puerta cerrada al fondo, además de otra, abierta, que parecía dar a los lavabos, situada a la derecha de la otra.

—¿Qué va a tomar? —preguntó el barman... en el idioma de Jalandria, el cual era completamente desconocido para Lainier y el resto del Cuerpo de Asalto. Era una actualización del esperanto. Lainier podría haber consultado su móvil, pero pensaba que era mejor no exhibir un instrumento pijo allí: con las gafas era suficiente, no debía tentar más a la suerte.

—Uh... whisky. ¿Me entiende? —Lainier probó en silkeriano, a ver si el barman lo entendía.

—No entiendo —respondió el barman. Lainier miró hacia la barra y señaló una botella de algo que parecía whisky.

—Ah, vale —dijo el barman en tono serio, cogiendo la botella. Comenzó a llenar el vaso. Lainier le hizo una señal y el barman dejó de verter líquido. El clon se bebió su vaso lentamente. Efectivamente, sabía parecido al whisky, o quizás era una variedad rara de whisky. Lainier no solía probar el alcohol, así que no entendía de estos temas.

Cuando Lainier acabó el whisky, el barman le hizo señas con los dedos para indicarle el precio. Lainier entregó una moneda al hombre. El clon pensaba que el barman sospechaba, pero aún así, sacó una foto de Larstersson, en realidad un fotograma de la videoconferencia que mantuvo con Xenon.

—Busco a Larstersson —dijo señalando la imagen—. ¿Entiende? Larstersson.

El barman miró la foto, pero se limitó a encogerse de hombros. Su expresión era sombría.

“A la mierda”, pensó Lainier, guardando la foto. Se puso de lado, para tener controlado al barman y a los clientes.

—Mire —dijo el clon—. Lo he visto entrar. Me lo llevaré de aquí de todos modos. El edificio está rodeado. Puede ser por las buenas o puede ser por las malas.

—¿Trae una orden? —preguntó el barman en silkeriano.

—¡Vaya, así que me entiende!

—No creo que tenga autoridad para operar aquí. ¿Puedo ver su identificación?

Lainier notó vibrar su móvil: la señal de que SuNSEt estaba a punto de entrar.

—Voy a llevarme a ese hombre por las malas.

El barman se quedó unos instantes mirándole.

—Es un farol. Pero no dará resultado. Así que vete...

—¿O?

—O llamaré a la poli.

—Así que cuando os hace falta, recurrís a las fuerzas del orden. Qué interesante. Adelante.

SuNSeT entró por la puerta. La hoz y el martillo aún tenían restos de pintura roja. Todos los presentes se quedaron mirándolo, y él también los observó a ellos, con expresión severa.

—SuNSeT —murmuró el barman.

—¿Acaso lo conoces? —preguntó Lainier—. Qué sorpresa. Bueno, ahora intenta llamar a la policía. Si vemos aparecer coches, morirás. Pero eso no ocurrirá, ¿eh? Porque también os pillarían a vosotros. ¿Y bien?

Uno de los presentes se levantó de la mesa, intentando sacar un arma. SuNSeT desenfundó su pistola y atravesó el estómago del tipo de un solo tiro. Lainier también sacó su revólver. Otros dos hombres intentaron atacar con pistolas. El clon se tiró al suelo y SuNSeT se echó a un lado. El Cuerpo de Asalto corrió hacia la entrada. Lainier liquidó a los dos hombres. SuNSeT se giró hacia el barman, que estaba sacando un rifle de detrás de la barra. El revolucionario le atravesó la frente. Mientras, la mayoría de los clientes se echaba al suelo.

Por un momento, hubo calma. Lainier y SuNSeT se mantuvieron expectantes, observando a los presentes. Era dudoso que se presentara la policía: esa era una de las ventajas de las armas láser: que eran silenciosas.

ElArtista entró al bar, seguido de Tete y Berllerak. El Capitán se quedó fuera para vigilar. ElArtista puso el cartel de “cerrado”, mientras Lainier hablaba con Berllerak:

—¿Has descargado el traductor? —preguntó Lainier.

—Sí.

—Pues tradúceles esto...

Lainier le dictó una parrafada a Berllerak, el cual la escribía en su móvil. La tradujo y la repitió a los asistentes:

—Bueno, ya hemos matado a cuatro —dijo el clon—. Muy desagradable. Si no les importa, tumbense todos en el suelo bocabajo y pongan sus manos sobre la cabeza. Hemos venido a por Larstersson, un conocido terrorista. Ustedes no nos importan... a menos que nos den motivos. Estense quietos.

—Oye —susurró ElArtista, acercándose a Lainier—. ¿Seguro que estos no nos importan? Podrían ser terroristas, aunque no hayan atacado.

—Desgraciadamente, no podemos sacar a tanta gente de aquí. Nos conformaremos con Larstersson, a no ser que encontremos a alguien más gordo. Dos personas como máximo.

—¿Y el resto?

—Si no encontramos indicios de que son terroristas, los dejaremos. Mala suerte.

—¿Y si descubrimos que muchos son terroristas? Más de dos. O más de tres...

Lainier hizo una pausa de un segundo.

—¿Quieres ejecutarlos?

—Sí no, quedarán libres.

—Una mala idea.

—¿Cuántas personas matarán si escapan?

—Esa lógica es absurda, porque legalmente no deberíamos estar aquí, así que no deberíamos llevarnos a nadie. Y tú me hablas de ejecutar. Ya hacemos bastante trincando a Larstersson.

—Ellos nos quieren matar a nosotros. Supervivencia.

—Mira. Lo decidiremos después. Berllerak, comprueba sus identidades. A ver si están fichados.

—No llevo la base de datos policial en el móvil —dijo Berllerak—. Conecto a un servidor para consultarla. Y va ser que ahora está muy lejos.

—Mierda. Pues registradlos. A ver qué llevan encima. SuNSeT, ¿conoces a alguno?

—Sí. Al barman. Era kupulense. Pero no formaba parte de las milicias o los piratas.

—Podría ser un terrorista, pero como ta muerto, poco importa ya. Quédate aquí vigilando a los tipos estos —Lainier hizo una señal a los clones—. Vamos.

Berllerak se acercó a la puerta cerrada y la escaneó. Los clones activaron el programa para recibir en el móvil toda la información procesada por la vista y oído de Stalker. Berllerak se hizo a un lado y el cazarrecompensas se tiró hacia la puerta, pistola en mano, atravesándola y cayendo al suelo. Rápidamente se dio la vuelta para mirar hacia los lados. Larstersson estaba en la esquina derecha, con una pistola antiblindaje en la mano. Disparó hacia el rostro de Stalker, pero el cyborg tenía los brazos extendidos. Las balas destrozaron su arma y parte de sus extremidades.

Todos los demás abrieron fuego a través de la pared. Larstersson fue alcanzado por diversos disparos y cayó al suelo. Quedó con la espalda apoyada contra una pequeña mesa rectangular de madera, sucia y desgastada. Aún conservaba el arma en la mano, pero no se movía. Apenas respiraba. Stalker se acercó a él y, sin dejar de apuntarle, le quitó el arma.

—¡Caído! —gritó.

Berllerak pasó el primero y examinó a Larstersson. Agonizaba. El clon salió corriendo hacia el coche para coger un sistema de soporte vital.

Lainier examinó lo que había sobre la mesa: hojas digitales que parecían interesantes. Por fin pistas. Luego fue al otro extremo de la habitación: una armería con subfusiles, explosivos y cuchillos.

—Este tío no aguanta —dijo Stalker, tomando el pulso del cuello de Larstersson—. De hecho... ha muerto.

—Se joda —murmuró Lainier, ojeando las hojas—. Nos llevamos todo. Las armas también. Traed las bolsas.

—Voy a por ellas —dijo Stalker. Cuando se levantó, Berllerak entró corriendo con el sistema de soporte vital en las manos—. No te molestes —le dijo—. Ha muerto.

—Registra a Larstersson —dijo Lainier a Berllerak, que obedeció. Un cuchillo. Ciento veinte euros en moneda jalandriana. Un móvil. Nada más.

—A ver si nos sirve esto —dijo Berllerak, guardándose todo—. ¿Nos llevamos el cadáver?

—¿Para qué?

—Para que aparezca muerto en una zona de nuestra jurisdicción.

—Con la de testigos que hay en la otra habitación...

—Realmente, Lai... tal y como está situado el cadáver y la puerta, no pueden haber visto nada.

—No han visto na... excepto que hemos disparado a través de una pared donde al otro lado había un tipo que entró al bar y que pretendes hacer aparecer muerto en otro lugar.

—¿Entonces?

—Por supuesto que nos lo llevamos, joder. Dejarlo aquí es peor. Pero espera a que venga Stalker.

El cyborg entró a los pocos segundos por la puerta.

—Aquí traigo las bolsas —dijo, dejando dos bolsas de deporte en el suelo.

—Después de trincar las armas, llévate el cadáver —dijo Lainier—. Mételo en el maletero de... venga, en el mío. Yo soy el jefe y yo me como el marrón si nos pillan.

—Con dos cojones —dijo el cyborg—. ¿Y las armas?

—Pues... en el de Berllerak.

Berllerak lanzó las llaves del coche a Stalker, que las atrapó al vuelo. Después, el cyborg guardó las armas y se las llevó. Al cabo de un rato regresó, devolvió las llaves a su compañero y envolvió a Larstersson en una sábana. Lo cargó al hombro como si fuera un saco de patatas y caminó hacia el coche, seguido por todos sus compañeros.

—Diles que no se muevan y tal —dijo Lainier a Berllerak justo antes de salir al exterior. Berllerak tradujo la oración.

—¡Que nadie nos siga! —dijo Berllerak en Jalandriano. Después salió afuera y se reunió con los demás. Todos se alejaron a velocidad pasmosa.

—Bueno, vamos a la nave —ordenó Lainier.

Al cabo de una hora, y tras dar varios rodeos, entraron en la nave. Stalker introdujo el cadáver en la cámara frigorífica. Mientras, Berllerak se puso a aislar los circuitos dañados del motor del resto. No había tiempo para repararlo, pero tendrían suficiente potencia como para volar. ElArtista comenzó a examinar el móvil de Larstersson. No tuvo mucho trabajo: estaba encendido. Pero no había números ni mensajes.

—Nada útil en el móvil —dijo ElArtista.

—En estos documentos se habla de una base o un emplazamiento —dijo Lainier, leyendo las hojas.

—¿Dónde?

—Ni puta idea. Es una carta. Qué método más arcaico... Está firmada por... “Pieza Uno”. Dice que estará ausente durante el período de... Témblar. Después volverá al “Punto de Encuentro”. No dice nada más, pero lleva un sello con un puño cerrado con un átomo alrededor. Es la primera vez que lo veo. El documento está redactado en silkeriano y tiene fecha de hace tres días. Está claro que “Pieza Uno” es un seudónimo. Debe ser un líder, o el líder. Pero no me suena eso de “Témblar”.

—Estoy buscándolo —dijo ElArtista, consultado las bases de datos de Medyna desde su móvil—. Pero no encuentro nada.

—Tendremos que mandar consultas a todos los planetas que podamos. ¿Puedes analizar la tinta del sello, Berllerak?

—No tengo equipo para eso —contestó Berllerak mientras continuaba trabajando en el motor.

—Tampoco creo que nos sirva de mucho... Veamos más documentos —Lainier continuó leyendo, mientras iba pasando hojas a los demás—. Je... planes de atentados. Los de Beijing y Thuris... Informes sobre los Topos Rojos... Coño... por fin... “Se ha habilitado un Punto de Encuentro en Difershnik. Para encontrarlo, contactar con Klaji’k en la Tienda de Souvenirs de Ciudad Rota. Cualquiera que se presente sin contactar previamente con Klaji’k será abatido”. Firmado por “Pieza Uno”. En silkeriano. Todos los documentos llevan el mismo sello.

—Difershnik es una isla de Mercurel. Es increíble. Esos cabrones se esconden en un planeta aliado.

—No tanto. Esa isla está muy poco poblada, y está repleta de espesa vegetación, así que no es probable que los nativos sepan que hay extranjeros allí. Además, el sistema de defensa orbital de Mercurel es bastante cutre, así que tampoco tendrán problemas para entrar y salir.

Mercurel era un planeta cubierto al 90% por agua. La poca tierra que había se repartía en islas de pequeño tamaño. La más grande tenía el tamaño de Irlanda. Los nativos eran humanoides anfibios, aunque solían preferir el agua a la tierra. Aún así habían construido varias ciudades en las islas, aunque con un objetivo fundamentalmente turístico. Las ciudades más importantes estaban sumergidas, si bien las mayores llegaban a emerger del agua, muchas de ellas alzándose como grandes torres. Dada la naturaleza del planeta, ciertos recursos eran escasos. La economía de Mercurel no era ni de lejos tan buena como la de otros planetas asociados como Silkeria o Noctem, e incluso La Tierra. La gravedad era más baja que en el planeta de los terráneos, y eso había permitido que algunas plantas y animales alcanzaran un considerable tamaño, sobre todo en el mar, con seres que harían que una ballena blanca pareciera una sardina en comparación.

—¿La base será submarina? —preguntó ElArtista.

—Lo sabremos cuando se lo saquemos a Klaji’k, quienquiera que sea —respondió Lainier—. Esta vez, a ver si lo cogemos vivo. Porque si no, escapan. La verdad es que nos tenemos que currar la infiltración en la base. Si averiguan que los clones estamos ahí dentro, no irán con tonterías. Volarán la base.

—Esto ya está —dijo Berllerak—. Vámonos.

#### IV BAJO EL AGUA

Tras avisar a las autoridades de Mercurel, que lanzaron cinco naves espía para sobrevolar los bosques de la isla, los clones se dirigieron a Ciudad Rota. Se llamaba así porque la mayoría de la ciudad estaba así, rota. Era un antiguo asentamiento de hace milenios cerca de la orilla sudoeste. Un volcán submarino, ahora inactivo, había acabado con el poblado. Aún se podían ver restos de casas, de no más de dos o tres pisos de altura. A lo largo de la costa se habían habilitado nuevas residencias, mayormente para el turismo, con una capacidad para diez mil habitantes. La Tienda de Souvenirs era un pequeño establecimiento situado cerca de las ruinas, a escasos metros del agua, de color gris oscuro y fabricado en piedra. Tenía un aspecto primitivo. Árboles altos y delgados surgían del mar, elevándose cientos de metros en el cielo, envueltos en verdes enredaderas. Se extendían en un área de varios kilómetros rodeando la isla. Mientras los clones llegaban al destino, se conectaron al Internet de Mercurel en busca del término “Témblar”, pero no encontraron nada.

Lainier, ElArtista y Stalker entraron en la tienda. Había una madre humana con su hijo, mirando pequeñas figuras, reproducciones de estatuas encontradas bajo las ruinas. Lainier les echó una ojeada. Gente normal. Después se giró hacia el dependiente: un mercureliano. Su piel era grisácea y sus ojos negros. Su pelo era negro y largo, pero en realidad los mercurelianos carecían de cabello: lo que tenían sobre la cabeza era un conjunto de filamentos diseñados para atrapar el plancton. Las agallas eran visibles a ambos lados del cuello. Al estar fuera del agua, el dependiente tenía retraídas las membranas natatorias que todos los miembros de su especie tenían en los dedos de manos y pies. El nativo iba vestido con un traje ceñido de color azul, como si fuese un traje de submarinismo, y probablemente lo fuese.

Lainier esperó a que la familia saliera. El equipo de fuera vigilaba para que nadie más entrara.

—¿Klaji’k? —preguntó el clon.

—No me llamo así —contestó el mercureliano, con voz ronca, en su propio idioma.

—Si fuera tan amable de hablar en silkeriano o inglés... —dijo Lainier en silkeriano—. Sé que conoce esos idiomas. Es esencial para tratar con los turistas.

—He dicho que no me llamo así —repitió el hombre en silkeriano.

—Lo sé. Le hemos investigado. Su nombre oficial es Cosnak. Regenta esta tienda desde hace tres años, pero eso no fue siempre así. Estuvo dos años en la cárcel por agredir a un agente.

—Me quiso detener sin motivo.

—Sí, sí... el caso es que usted le propinó un puñetazo y le declararon culpable.

—Sí, y ya estoy libre. ¿Me queréis colgar otro marrón o qué?

—No sé. ¿Por qué habríamos de hacer eso?

—Vosotros sabréis.

—El que sabes eres tú, y nos lo contarás todo.

—¿De qué hablas?

—Quiero entrar en el Punto de Encuentro. Ya ves. ¡Je!

—¿De qué coño me está hablando?

—¡Mira...!

—¡No, mire usted, listillo! ¡Le conozco! ¡Es del puto Cuerpo de Asalto! ¡Pero sus métodos no sirven aquí! ¡Porque en Mercurel no toleran esas cosas!

Lainier se quedó pensativo un momento. Los mercurelianos eran gente muy pacífica. Aunque pertenecían a la Asociación de Planetas Soberanos, como la Tierra, no tolerarían que el Cuerpo de Asalto usara métodos expeditivos. Tampoco les dejarían llevárselo a Thuris.

—Bueno, continuaremos la cháchara en comisaría.

—¿¿Qué??

—Que nos acompañe.

—¿De qué se me acusa?

—Colaboración con banda armada, como mínimo. ¿Será por las buenas o por las malas?

—¡Anda ya! ¡No tienen pruebas!

—¡Este papel dice lo contrario! —replicó ElArtista, esgrimiendo la carta de Pieza Uno donde hablaba de Klaji’k.

El mercureliano tembló durante unos segundos.

—Larstersson ha muerto —dijo Lainier—. Pero antes de morir, largó por un tubo. Una pena. Para usted, claro.

—Lo que tengan que hacer, háganlo ya —dijo el dependiente, con una voz mezcla de furia y miedo.

ElArtista registró a Cosnak. Llevaba un móvil encima, encendido. Se lo entregó a Berllerak. Después sacó esposado al mercureliano, y se lo llevó a comisaría acompañado por Stalker.

—El móvil no tiene información útil —dijo Berllerak, examinando el aparato.

—Muy bien —dijo Lainier—. Registremos esto palmo a palmo.

Al cabo de dos horas, los clones habían mirado por doquier.

—Bueno —dijo Berllerak—. No hay ninguna especie de alarma, así que no avisó a nadie cuando entrasteis.

—Lógico —dijo Lainier—. La tienda no debe levantar sospechas. Y una señal se puede rastrear. Es más: donde esté la base, quizás no llegue la señal. ¡Este lugar es más espeso aún que el Pantano Negro de Japón!

—Tenía esto en el almacén —prosiguió Berllerak, con varias piezas de plástico en sus manos—. Parecen tarjetas de seguridad reprogramables. También había un ordenador, con software para tal propósito. Sin duda los que quieren ir al

Punto de Encuentro deben llevar estas tarjetas, que se las proporciona el tipo este. Los chips de las tarjetas están vacíos.

—Pues la cosa está jodida. No creo que Cosnak nos diga cómo hay que programarlas. Y aún así, no podemos entrar con nuestras caras... y solo podemos copiar los jetos de Larstersson y Cosnak. Seguro que los terroristas ya saben de todas las otras detenciones. Pero no van a entrar dos agentes solos.

—Pueden entrar dos solos y facilitar el acceso al resto. Se aseguran de desactivar el mecanismo de autodestrucción y au.

—Arriesgado. Siendo solo dos, pueden caer fácilmente, y después podrían tendernos una trampa. Según nuestros datos, allá podrían haber hasta unos diez terroristas. Demasiados. O nos infiltramos todos, o nadie.

—¿Todos, todos? ¿Eso incluye a SuNSeT?

—Depende. Lo decidiré cuando averiguemos el tamaño de la base.

—Si lo averiguamos. Podría estar enterrada.

—Cierto. Pero Stalker y ElArtista se han ido con el tipo ese a comisaría y espero que nos dé datos.

—Si no les dejarán torturarlo...

—Al menos espero que lo acojonen.

—Volviendo a lo de antes... ¿cómo vamos a infiltrarnos todos si no podemos hacernos pasar por terroristas?

—Bueno, ya pensaremos en otro plan. Hay tiempo.

—No si Cosnak debe contactar con la base cada equis tiempo.

—Si la base está aislada a señales externas, se comunicarán visitándose personalmente en algún lugar. Si es aquí, solo hay que esperarlos.

—Y si no es aquí, nos jodemos.

—Si los terroristas localizan a Cosnak por el móvil, mejor dejarlo aquí. Pincha el teléfono. La poli local vigilará la tienda.

Berllerak abrió el móvil y lo modificó. Después lo dejó en un cajón detrás del mostrador.

—Entonces lo mejor sería dejar libre a Cosnak —señaló Berllerak.

—No. Se lo olerán y no quiero más trampas. Si llaman aquí, que llamen.

Mientras, Stalker y ElArtista estaban interrogando a Cosnak. El detenido estaba sentado ante una mesa metálica. Los dos terrestres estaban de pie, moviéndose de un lado a otro. Los mercurelianos estaban supervisando el proceso desde el otro lado del cristal de la sala de interrogatorios, con lo que los clones no podían usar su habitual contundencia.

—Venga, Cosnak —dijo Stalker—. Cuanto antes hables, antes nos iremos todos. Algunos a un lugar mejor que otros, pero bueno...

—Quiero ver a mi abogado —exigió Cosnak.

—Está en camino, pero mientras llega, tenemos tiempo para charlar en privado.

—No me asustan. Aquí no podéis joderme.

—¡Me cago en tu pu...! —comenzó a decir Stalker, yendo hacia delante. ElArtista se puso en medio.

—Calma, Stalker —dijo ElArtista.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Cosnak—. ¿Poli bueno y poli malo?

—No. Es que no quiero que este mamón me meta en líos.

—Je... ya sabía que no podían hacer nada.

—¡Mira, vas a pasarte el resto de tu puta vida entre rejas! ¡Supongo que lo sabes! ¡Y te la suda, así que además de criminal, gilipollas!

—A mí no me pueden condenar por lo que dice un papel.

—Entonces ya me explicarás porqué tu nombre aparece en documentos de los terroristas.

—¿Y a mí que me cuentan? Seguro que les han dejado pistas falsas y han picado.

—Pues no las debieron poner muy bien, porque Larstersson está muerto.

—¿Y a mí qué? Le digo que yo no sé nada.

Lainier entró por la puerta.

—Stalker, sal —dijo.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó Stalker, sorprendido.

—Porque no hacemos falta tres para interrogar.

—¿Y por qué no se va él? —dijo Stalker señalando a ElArtista.

—Porque él es policía y tú cazarrecompensas.

—Eh... me voy.

Stalker salió de la sala. Lainier se acercó a ElArtista.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Lainier.

—Del puto culo, macho —dijo ElArtista negando con la cabeza—. Este cerdo no canta.

—¿No? —preguntó Lainier girando la cabeza hacia Cosnak—. Ya veremos.

—El abogado llegará en diez minutos.

—Pues bueno.

—Se niega a hablar sin su presencia. Solo ha dicho que no tiene nada que ver con esto, claro.

—El problema, Artis, es que ya no te acuerdas de cómo se usa el ingenio para interrogar... pero no te preocupes... ¡yo tampoco!

—Joderrr...

Lainier sacó una tarjeta de su bolsillo y la dejó caer sobre la mesa.

—¿Me vas a explicar qué es esto? —preguntó al detenido.

—No lo sé —respondió Cosnak.

—Joder, pues esto estaba en tu tienda. Y ahora están registrando tu casa. ¿Me vas a decir algo?

—No.

—Mira. Pueden caerte treinta años por colaborar con banda armada. Y si averiguamos que has matado a alguien... pues eso.

—Pierden el tiempo.

—Es extraño —dijo ElArtista—. Los terroristas no suelen negar su implicación en sus atentados.

—Pero él no puede declararse culpable —explicó Lainier—. Los terroristas le necesitan para poder entrar en el Punto de Encuentro —Lainier volvió a dirigirse a Cosnak—. Supongo que Guus Riin, al que llamáis “Pieza Uno”, está ausente justo en este mes... Como no está presente para trazar un plan de emergencia en caso de tu desaparición, debes salir de aquí como sea. Pero no te preocupes, joder. Sabemos que sois cuatro gatos, y ya nos hemos ocupado de muchos de vosotros. No creo que acuda mucha gente a la base. Así que habla.

—Es usted muy pesado.

—¡Dime cómo hay que usar estas tarjetas!

—Pero que mucho.

El intercomunicador de Lainier se activó. Lainier contestó.

—Lai —dijo Berllerak al otro lado—, hemos registrado la casa de Cosnak. Hemos encontrado un equipo de submarinismo para grandes profundidades: un traje y un submarino individual. El navegador del submarino señala el lugar preciso del Punto de Encuentro: en el mar, a treinta kilómetros de la Tienda de Souvenirs, y a mil metros bajo el agua... Además está enterrada bajo el lecho marino. Los agentes locales creen que puede ser una vieja base minera abandonada. Sigo sin saber para qué sirven las tarjetas.

—Bien —dijo Lainier, cortando la comunicación—. Bueno, Cosnak, ya sabemos dónde está la base. Hemos encontrado tu submarino. Otra prueba para empapelarte. ¿O me dirás que el submarino llegó allí por casualidad?

—No sé —dijo el detenido—. He estado toda la mañana fuera. Alguien pudo entrar y ponerlo.

—¿Entrar dónde? ¿A tu casa? Pero yo no he dicho nada de eso...

—Bueno, usted dijo que estaban registrando mi casa, así que lo dí por supuesto.

—Oh, claro... Bueno, vamos a ir a la base. Me temo que no podremos infiltrarnos, así que haremos un ataque masivo, aunque perdamos la pista de Riin. No quedará piedra sobre piedra allá abajo.

—Mmm... eso me gusta —murmuro ElArtista.

—A lo mejor tú puedes evitarlo, ¿no? —Lainier siguió intentando intimidar al detenido—. ¿O crees que a Guus Riin le gustará saber que has provocado una masacre entre sus hombres porque no quisiste hablar? Porque no van a escapar. Y lo sabes. Este es el fin. Tú mismo —Cosnak empezó a ponerse nervioso— ¿Tiemblas, Cosnak? Más temblarás cuando Riin ordene tu muerte. Que estés en la cárcel... eso no será problema para él. Quizás en Nueva Alcatraz estarías a salvo, pero mira, no sé yo si vas a ir a parar allí. Te veo preocupado... Parecías dispuesto a resistir, quizás incluso a morir por tu lucha. Pero morir como un traidor es más duro, ¿eh? O quizás ni siquiera estabas dispuesto a morir por tu lucha...

—Es un farol... vosotros buscáis a Guus Riin... así que no os arriesgaréis a destruir la base con todos dentro... Queréis el premio gordo...

—Pero Cosnak, hombre... ¿De verdad crees que vamos a permitir que haya un grupo de terroristas afincado mucho tiempo allí abajo? Es verdad que los buscamos vivos. Pero también es verdad, que, obviamente, si no quieres hablar, no habrá más remedio que actuar. No podemos dejar a los terroristas libres eternamente. Cuando arrasemos la base, dejaremos bien claro públicamente que hubo que hacerlo porque fue imposible introducirse dentro, ya que uno de los terroristas no quiso colaborar. Luego pueden venir rumores... que ese terrorista quería ver muertos a sus compañeros porque habían descubierto que era un espía de la extrema derecha... yo que sé.

Cosnak guardó silencio unos momentos.

—Las tarjetas sirven para abrir las puertas de la base —dijo finalmente—. Cada miembro tiene una exclusiva, programada según su código genético. No las llevan encima cuando salen fuera, para que nadie se las quite. Cuando quieren volver a la base, las recogen en mi tienda.

—Pero nadie de los que interrogamos me hablaron de ti.

—De momento solo tienen esas tarjetas los tres guardias de la base, y los tres líderes de la banda: Durark, Larsterson, y Guus Riin. Bueno, y yo... Los demás ni siquiera saben que la base existe. Una medida de seguridad.

—Aparte de los poseedores de las tarjetas, el maromo dice que no conoció personalmente a ningún terrorista más —informó Lainier a sus compañeros. Estaban reunidos en una sala de una comisaría subacuática. Desde las ventanas podían contemplar peces de colores de más de un metro de longitud—, pero dice que Guus Riin tiene al menos tres hombres. Los cuatro están en una nave de combate, pero no sabe a dónde han ido. Los tres guardias de la base son dos neos y un humano, y no llegaron a formar parte de La cúpula. El humano vigila los diques con cámaras. Esa es la única zona que ha visto Cosnak. He enviado un plano a vuestros móviles. Cerca de la puerta de entrada, a su derecha, hay un almacén. No hay nada útil dentro, salvo repuestos para los vehículos estacionados, al menos seis submarinos individuales. Enfrente y a la derecha está la entrada al núcleo de la base. Hay una cámara situada en la esquina superior izquierda, que va rotando y abarca toda la puta sala. Luego si hay que pasar, hay que pasar en el momento justo. Pero no

podemos ir directamente de la entrada a la puerta que da al centro de la base. Primero nos meteremos en el almacén. La puerta del almacén está enfrente de la puerta que da al centro de la base, así que iremos corriendo desde ahí hasta la puerta. Todo esto tendremos que hacerlo uno por uno. Tenemos cinco segundos para llegar hasta la puerta del almacén, y ocho para llegar a la otra. Llevaremos trajes de infiltración, por supuesto, negros como el ojete de un elfo. Ahora está la duda. ¿Cuántos entramos, para no levantar sospechas? Teóricamente, Riin no vuelve hasta dentro de un mes. Eso nos deja con Larstersson y Cosnak, pero no van a entrar dos solos. No queda más remedio que suplantar también a Riin y sus hombres. Tendremos que inventarnos una excusa para que vuelva antes de lo previsto. Así que sumando a todos, seríamos cinco.

—¡Por el culo te la hinco! —exclamó Berllerak.

—Un monstruo del humor, el amigo Berllerak...

—Lai, ¿cómo es Riin?

—No lo sabemos.

—¿Pero este tipo no ha visto a Riin?

—Sí. Pero dice que suele ocultar parcialmente su rostro y recurrir a la cirugía facial cada cierto tiempo. Solo lo reconocen por la voz, que es siempre igual. Por suerte tenemos unos archivos de voz de Riin extraídos de un mitin subversivo que dio en Thornia. No creo que haya problemas para preparar el distorsionador de voz.

—¿Qué hay de los hombres que van con Riin?

—Como no aparecen por aquí, el mercureliano no conoce sus caras —contestó Lainier—. Confiemos en que los terroristas de la base tampoco hayan visto nunca a esos tipos, porque nos inventaremos el aspecto de las caretas.

—Madre mía... ¿Y qué sabemos del tal Durark?

—Ex-miembro de las Milicias por la Libertad Interplanetaria, grupo que fue aplastado por Neo World mucho antes de la guerra. Durark se unió a La Kúpula entonces.

—Un bastardo —dijo SuNSeT—. Se llevaba a quien fuera por delante con tal de conseguir su objetivo, pero sus grandes habilidades le permitieron ser admitido en La Kúpula. Yo voté en contra, pero por cien votos a favor, el Consejo le dejó entrar.

—¿Y qué votaste en el caso de los otros terroristas?

—Debo confesar que voté a favor de la admisión de Riin. Pensaba que su lucha contra los imperialistas thorn era necesaria. En cuanto al resto, cuando fueron admitidos yo aún no formaba parte del Consejo. El caso es que el Consejo esperaba tener a Durark controlado. Y más o menos, así fue. Creo que Larstersson encubría sus actos de vez en cuando. Sospecho que mató a mucha gente inocente asaltando naves de cualquier gobierno que no fuera de su agrado.

—Bueno, Durark es un cyborg modelo Nébula 456 de origen milidiense.

—¿Qué coño es un milidiense? —preguntó ElArtista.

—Pues una raza humanoide.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué más da, si está totalmente mecanizado?

—¡Yo que sé!

—Durark está dentro de la base. Siempre debe quedarse un líder dentro. Eso quiere decir que podemos toparnos con cuatro personas como máximo. En principio no parecen muchas, pero no nos confiemos, porque aunque tengamos un plano de la base, no sabemos qué vamos a encontrarnos allí abajo. Por cierto, que Cosnak ha confirmado que Riin es Pieza Uno. Larstersson es Pieza Dos y Durark es Pieza Tres. Bien. Como tenemos a cinco personas que suplantar, nos encargaremos de ello los miembros del Cuerpo de Asalto. Los demás os quedareis cerca de allí, vigilando desde un submarino.

—Sin ánimo de ofender —dijo Stalker—. Yo podría resultar más útil que otros ahí dentro.

—A ti te he descartado porque tienes mucho metal en el cuerpo. No sabemos qué hay dentro de la base. Seguramente es metálica, pero imagina que está forrada de madera y que tienen detectores de metal. Te detectarían en un plis. Además, tu cuerpo militar no flota. Recuerda que estaremos bajo el agua. A saber qué ocurre. Bien. El tema es este. Si no salimos en una hora, petad la base a torpedazos.

—Mmm... —murmuró SuNSeT con una sonrisa mientras se rascaba la barbilla—. Eso me gusta...

—¿Y no podría quedarme yo en el submarino para hacer eso? —preguntó ElArtista.

—¡No! —replicó Lainier—. Bueno, hemos de asignar los disfraces. Como Riin es un thorn, podemos suponer que es un tío alto, así que Tete se disfrazará de él.

—¡Que yo soy igual de alto, cojones!

—Para disfrazarte de thorn necesitarás al menos una hora de maquillaje...

—Vale, que lo haga Tete...

—En cuanto al resto de disfraces, no importa mucho quién suplante a quién.

—¿Qué garantías tenemos de engañarlos? —preguntó Tete—. ¿Y si los terroristas usan alguna contraseña, control de retina o lo que sea, aparte de las tarjetas?

—Pues que estamos jodidos. Por eso no me gustan las infiltraciones. Hay demasiadas variables.

Los clones, navegando en submarinos individuales, llegaron hasta la base. No se veía, pero estaba bajo el lecho marino. Berllerak comenzó a remover la tierra con un brazo extensible. Apareció una ranura metálica. Un brazo más fino, dotado de hábiles dedos mecánicos, esgrimió una tarjeta. La insertó. La compuerta se abrió, desvelando un orificio de entrada del tamaño justo para que pasara el submarino. Berllerak lo atravesó. En cuanto lo hizo, la compuerta se

cerró. Estaba en un túnel descendente. Tras bajar cerca de diez metros, Berllerak se encontró con otra compuerta. Insertó de nuevo la tarjeta. El nivel del agua bajó hasta cubrir hasta la mitad de la compuerta. El submarino ahora flotaba. El clon continuó adelante y se metió en el dique. Había cuatro submarinos dentro. Más adelante, el agua daba paso a suelo firme. La puerta que daba al núcleo de la base estaba cerrada. La cámara se movía, como era de esperar. Lo único que no podía ver Berllerak desde allí era la puerta del almacén. Preparó herramientas para abrirla rápidamente. Cuando la cámara estaba mirando bien lejos, corrió hacia la puerta. Afortunadamente, la tarjeta funcionó de nuevo, y la puerta se abrió. El clon entró y cerró la puerta tras él. Uno por uno, sus compañeros fueron llegando al almacén. La operación duró quince minutos. La estancia estaba repleta de montañas de cajas, algunas vacías, otras llenas de restos de maquinaria electrónica.

—A partir de ahora, tenemos una hora —dijo Lainier—. Berlli, muévete.

Berllerak abrió ligeramente la puerta y oteó el exterior con una microcámara. En el momento apropiado, salió disparado hasta la puerta de entrada a la base. La tarjeta funcionó. Abrió la puerta... y vio a un hombre dirigiéndose hacia él. Echarse a un lado no era una opción. El hombre podría sospechar y dar la alarma. Aparentemente, parecía un humano, con barba negra y espesa. Medía dos metros y era muy corpulento. Vestía con un uniforme azul, y sostenía un subfusil. El vigilante también había visto a Berllerak, quien se había disfrazado como Larstersson. El resto de clones estaban siguiendo la escena consultando sus móviles conectados a una microcámara.

—Identifícate —dijo el hombre en silkeriano.

—Joder, soy Larstersson —contestó Berllerak, confiando en que su distorsionador de voz fuese eficiente.

—Bien. Pasa —dijo el guardia, apartándose hacia la izquierda.

Berllerak hizo ademán de pasar, pero sospechó que era una trampa. Ese “identifícate” había sonado en plan “contraseña”. Si le dejaba pasar en vez de detenerlo era porque el terrorista no quería arriesgarse y pretendía que Berllerak se confiara y le diera la espalda. Berllerak pulsó un botón de su intercomunicador para dar la señal de que se iba a liar parda. Para no obstaculizar la visión de sus compañeros, pasó lentamente al interior como le había dicho el guardia.

Lainier se dispuso a asomar el cuerpo y freír al terrorista, pero éste pulsó un botón en su muñeca: la puerta del almacén se cerró violentamente, casi pillando a Lainier.

—¡Joder! —gritó el clon.

—¡No muevas un solo músculo! —dijo el terrorista apuntando a la nuca de Berllerak.

—¿Pero qué haces? —preguntó Berllerak.

Lainier intentaba abrir la puerta del almacén con su tarjeta, pero ya no funcionaba.

—¡Vuela la puta puerta! —ordenó al Capitán, echándose a un lado.

El Capitán disparó su escopeta, destrozando la cerradura. El terrorista estaba bien entrenado: no se inmutó por la explosión. Desviar la vista era peligroso teniendo a un clon delante, aunque fuese de espaldas. Sin embargo Berllerak ya sabía que con estos tipos más valía no jugársela, así que no intentó girarse. El terrorista pasó al otro lado de la puerta y la cerró.

—¡Mierda! —gritó Lainier mientras salía del almacén.

—Levanta lentamente las manos y empieza a caminar —ordenó el terrorista a Berllerak.

El Capitán salió del almacén y disparó contra la puerta de entrada al núcleo. Los clones corrieron.

—¡Aligera el paso o te mato aquí mismo! —gritó el terrorista. Berllerak y el criminal llegaron a una intersección. El guarda disparó contra la pierna derecha del clon, que cayó de rodillas.

—¡Me cagon...! —gritó el clon.

El terrorista rodeó a Berllerak, mirando hacia el pasillo por el que venían los clones, que llegaron en unos segundos. Apuntaban al criminal. Lainier y ElArtista iban en cabeza.

—¡Voy a m...! —comenzó a decir el terrorista, pero no tuvo tiempo a terminar. Lainier y ElArtista atravesaron su cráneo con dos disparos.

—Ahora vas y lo cascás —dijo ElArtista.

—¿Puedes largarte por ti mismo? —preguntó Lainier a Berllerak.

—¿Largarme? —protestó Berllerak, curando su propia herida—. Podéis necesitarme para mierdas técnicas.

—Bien, pero quédate en retaguardia.

—Dios... —dijo Berllerak poniéndose en pie—. Otra vez a cojear...

—Preparaos para encontrar resistencia —dijo Lainier mientras los clones vigilaban otros dos pasillos de la intersección.

—No me digas —dijo ElArtista.

—ElArtista se viene conmigo por el pasillo de la derecha. Tete y el Capitán irán por el de la izquierda. Berllerak, ves a los submarinos y ponles localizadores. Incluso bombas a control remoto. Después métete en uno de ellos.

—Joder con la retaguardia —protestó Berllerak.

—Si nos haces falta para algo ya te llamaremos.

—¿Podemos quitarnos las máscaras? —preguntó ElArtista—. Ahora ya solo molestan.

—Claro —dijo Lainier. Los clones de deshicieron de las incómodas caretas mientras se dividían. Lainier sacó sus eternas gafas y se las puso.

Tete y el Capitán avanzaron por el pasillo. Durante el trayecto inspeccionaron varias estancias que parecían dormitorios, pero no encontraron nada. Finalmente llegaron a unas escaleras que bajaban. El Capitán hizo descender

una microcámara varios metros.

—Despejado —dijo.

En ese momento, una puerta oculta en un lado de la pared se vino abajo violentamente, aplastando a Tete. Un neo enorme, de más de dos metros, apareció al otro lado con un fusil. Las ráfagas casi alcanzaron al Kapitán, que hizo lo único que podía hacer para evitar palmarla: saltar por el hueco de las escaleras. El aterrizaje no fue agradable, pero no parecía haberse lesionado, gracias a la menor gravedad del planeta. Rápidamente disparó hacia arriba mientras hablaba por el intercomunicador: el suelo bajo los pies del terrorista comenzó a reventar.

—¡Joder! —exclamó el criminal mientras saltaba hacia delante, evitando caer abajo. Por supuesto, cayó sobre la puerta, aplastando aún más a Tete. Sin embargo, el clon podía mover los brazos. Disparó a ciegas hacia arriba. Una ráfaga atravesó el hombro derecho del terrorista. Este se hizo a la izquierda, intentando disparar, pero apenas podía sostener el arma: sus nervios estaban dañados.

—¡A mi izquierda! —gritó Tete mientras el terrorista cogía el arma con la mano izquierda.

Por fortuna el Kapitán fue más rápido y disparó antes. No logró alcanzar al objetivo: el suelo reventó a varios centímetros por detrás del criminal: no solo era difícil disparar a ciegas: el Kapitán tenía miedo de alcanzar a Tete. Sin embargo fue suficiente para desviar la mirada del enemigo. Tete no podía dispararle ya que el criminal estaba a su izquierda, así que sacó su cable con la mano izquierda y lo arrojó contra el enemigo: el monofilo se enroscó alrededor de la pierna derecha del terrorista. Tete estiró con fuerza. La extremidad quedó seccionada.

—¡Aieeee! —gritó el hombre mientras caía al suelo.

—¡Treinta centímetros sudeste! —gritó Tete.

El Kapitán disparó de nuevo. Por fin pudo contemplar la espalda del criminal asomando por el hueco creado por el impacto. Apretó de nuevo el gatillo. El cuerpo del terrorista quedó seccionado en dos, y sus vísceras salpicaron las paredes, y de paso a Tete.

El Kapitán subió las escaleras y ayudó a su compañero a salir de debajo de la puerta.

Lainier y ElArtista estaban en lo que parecía ser una sala repleta de maquinaria. Francamente, no entendían para qué servían todos los dispositivos. Solo sabían que se podían ver tuberías de diversos tamaños recorriendo las paredes. Realmente era un lugar muy viejo. A los clones no les gustaba nada esa zona: demasiados recovecos y escondites para cubrirlos todos con sus microcámaras.

—¡Bomba a diez metros! —informó Lainier. Era un dispositivo pegado a la pared, no más grande que una caja de cartas.

Los clones retrocedieron, encontrándose con que la puerta por la que habían accedido a la sala se cerraba ante ellos. Había otra puerta al otro extremo de la sala, pero también se cerró. La bomba estalló, creando un boquete de dos metros en la pared: comenzó a entrar agua. Los clones se pusieron los respiradores.

—¿Y ahora qué? —preguntó ElArtista.

—Ahora hay que salir de aquí.

—¿Por el boquete?

—¿Estás loco? La presión del agua nos reventaría. Destrocemos la puerta por la que hemos venido. En la otra nos estarán esperando.

Los clones sacaron sus cuchillos y lo clavaron en la puerta. Por desgracia, era muy resistente: les costaría abrir la cerradura.

—Stalker, acércate por si las moscas —ordenó Lainier por el intercomunicador—. A ver si puedes cerrar el boquete o rularnos trajes protectores.

—Voy —dijo el cazarrecompensas, haciendo avanzar el submarino.

—Quizás este sea un buen momento para ordenar la retirada y torpedear este puto lugar —señaló ElArtista.

—De momento no —dijo Lainier.

De repente, un tentáculo cuyo extremo medía unos treinta centímetros de grosos, entró por el boquete y casi golpeó a los clones.

—¡La puta! —exclamó ElArtista, haciéndose a un lado. El tentáculo reculó y comenzó a palpar la estancia.

—¡Stalker, tenemos un problema con la fauna local! —dijo Lainier.

—¡Fijando el blanco! —informó el cyborg.

Los clones trataron de ponerse a cubierto, lo cual era bastante difícil, sobre todo con el agua al cuello. El tentáculo les pasó cerca.

—¡No podré volver a comer sepia en mi vida! —gritó ElArtista.

—En realidad creo que es un pulpo —señaló Lainier.

—¡Y nos va a dar la del ídem!

Stalker disparó un torpedo, acabando con el kraken. Después comenzó a sellar el boquete. Cuando acabó, los clones abrieron la siguiente puerta con sus cuchillos. No había nadie al otro lado. Avanzaron. De repente, oyeron un ruido: apuntaron hacia un pasillo cercano, pero resultaron ser sus compañeros.

—A las buenas —dijo el Kapitán—. Ya hemos revisado nuestro tramo.

—Y nosotros el nuestro —dijo Lainier—. Según el mapa, queda un solo pasillo. Hay una habitación a cada lado y la sala de reuniones al fondo. Estarán todos allí. En cuanto vean que no han podido acabar con nosotros, puede que decidan suicidarse volando esto. No me parece de esa clase de gente, pero por si las moscas, haremos una ofensiva total.

Disparar a matar.

—Ya era hora —dijo ElArtista.

—Como si hubiésemos matado pocos hasta ahora...

—¡Yo he matado pocos!

—Berllerak —dijo Lainier por el intercomunicador—. Es el momento de venir.

—Voy —contestó el clon. Se había puesto un arnés en la pierna y atiborrado a drogas.

Nada más llegar, Berllerak sacó su más moderna cámara: un modelo volador, del tamaño de una pelota de tenis. La cámara inspeccionó las dos habitaciones laterales del pasillo: estaban vacías. Pero al llegar a la sala de las reuniones, vieron a los terroristas atrincherados. Uno de ellos disparó contra la cámara. Esta estalló violentamente, acabando con el individuo y derribando al resto por la onda expansiva.

—¡Ja! ¡Pringaos! —exclamó ElArtista mientras corrían hacia delante, disparando, usando placas metálicas que habían recogido de una sala cercana como escudo, ya que en el pasillo eran un blanco fácil. Los terroristas no tardaron en dispararles desde el fondo.

Cuando estuvo a cinco metros de la sala, Berllerak arrojó una granada, que estalló nada más impactar contra el suelo. Los clones entraron raudos, apuntando a todos lados. Era una sala de mando grande y circular. Había dos cadáveres mutilados en el suelo: el que había disparado contra la cámara y un neo. Un cyborg, presuntamente Durark, corría hacia un ascensor situado en el otro extremo. Una salida de emergencia, sin duda.

—¡A las piernas! —gritó Lainier, apuntando.

—¿¡Qué hay de la ofensiva total?? —se quejó ElArtista.

Los policías dispararon, y las piernas del cyborg se quebraron. Cayó al suelo y se arrastró. Los clones se acercaron a él. Lainier se puso delante y le apuntó a la cara.

—¿Dónde está Guus Riin? —preguntó.

—Es inútil —murmuró el cyborg—. He borrado todos los datos de los ordenadores y quemado los documentos.

—Bueno, pero quedas tú.

—Yo no hablaré.

—Lo mismo dijo Cosnak, pero aquí estamos.

—No sé de quién me hablas...

—Claro...

ElArtista esposó al cyborg e intentó levantarlo, pero resultó que tenía un boquete en el costado derecho. Sangraba. Estaba agonizando.

—¡Mierda! —gritó Lainier.

—¡Voy a por un soporte vital! —gritó Berllerak, girándose hacia la salida, pero se detuvo en seco—. Em... mejor que vaya otro que pueda correr.

El Capitán, el mejor velocista del grupo, salió corriendo.

—Es inútil... —dijo Durark, mientras ElArtista lo tumbaba de nuevo, tratando de cortar la hemorragia—. Pronto estaré... muerto.

—¡Maldito... bastardo!

—Vete al...

Durark falleció.

—¡Mierda! —exclamó Lainier.

—Kapi —dijo ElArtista por el intercomunicador—. Ya no corras, que este también se nos ha muerto. Somos la caña.

—Pues nada, a registrar todo esto —dijo Lainier.

—¡La culpa es tuya, Lai! ¡Ma que te dije que no hicieses ofensiva total, que los necesitábamos vivos!

Lainier lanzó una mirada fulminante a ElArtista.

Ocho horas después, el equipo se reunió en la comisaría. Todos estaban sentados alrededor de una mesa redonda, llena de hojas digitales, discos de almacenamiento y un ordenador para cada uno. Lainier estaba de pie, examinando el material.

—No hemos encontrado nada, aunque los polis de Mercurel siguen rebuscando —dijo Lainier—. Sin embargo, tenemos una buena noticia: han respondido a nuestra consulta sobre el término “Témlar”. Es una palabra de un arcano idioma thorn y que se refiere a una medida de tiempo que equivale más o menos a quince días terrestres. Por tanto, sabemos que Riin se ausentó por ese tiempo. Si partió en el día en que estaba fechada la carta, eso quiere decir que nos lleva tres días de ventaja. No sabemos a qué ha ido, pero si va personalmente, será para realizar un atentado monumental o realizar alguna alianza con otro grupo. Según los informes sobre atentados previos, parece ser que parecían preparados con una semana de antelación. Si va a realizar negocios, una semana me parece también un buen margen de tiempo. Eso quiere decir que el lugar de destino está a unos cuatro días de Mercurel, si usa una nave de alta velocidad.

—Joder, Lai —dijo Berllerak—. Hay un webó de planetas a cuatro días de distancia. No lo encontraremos.

—De todas formas, ya hemos comenzado a avisar a todas las autoridades. Pero para cuando reciban el mensaje, probablemente sea tarde.

—¡Siempre la misma mierda! —se quejó ElArtista— ¡A ver pa cuando inventamos las comunicaciones interestelares instantáneas!

—¿Y a mi qué me cuentas?

—El problema es que los receptores del espacio normal no pueden captar la información que viaja a través del hiperespacio —explicó Berllerak—. Por tanto, las señales que viajan por el hiperespacio deben salir de él para poder ser captadas. El problema es cómo lograrlo. Hacer que una señal viaje por el hiperespacio es relativamente fácil: saltas al hiperespacio con una nave y luego emites la señal. ¿Pero la señal como abandona el hiperespacio por sí sola? No puede. La única solución que se ha barajado es tener naves receptoras dentro del hiperespacio, que recojan las señales, y luego salten al espacio normal, pero es muy ineficaz, porque para recibir transmisiones de manera relativamente constante, tendrían que estar todo el rato entrando y saliendo del hiperespacio.

—No te he pedido una explicación, solo me quejaba.

—Me cago en tu vida... —Berllerak golpeó el hombro de ElArtista.

—Ouch... —se quejó ElArtista, masajeando su hombro.

—Los mercurelianos han consultado la base datos para comprobar si hay algún grupo terrorista izquierdista en esos planetas —dijo Lainier—. También si hay kupulenses simpatizantes de SuNSeT, o políticos de peso de la Asociación, que podrían ser el objetivo principal de Riin y sus hombres. Os he mandado los datos a los móviles. Hay tres grupos terroristas localizados, cada uno en un planeta diferente, pero solo dos estarían dispuestos a unirse a Riin, porque el grupo restante es anarquista. Riin es más bien comunista. El problema principal que tenemos es que en esos planetas hay unos doscientos políticos cuyas decisiones pudieron repercutir en el tema de La Kúpula. Las autoridades locales ya se encargarán de proteger a quien le toque. Nosotros elegiremos uno e iremos para allá a ver si acertamos.

—¿Y a quién escogemos? —preguntó ElArtista.

—Primero he seleccionado los políticos que van a aparecer en actos públicos durante el tiempo que Riin va a estar fuera. Eso nos deja con veinte candidatos. Si alguno decide cancelar su acto, reduciremos el número. Luego he seleccionado los planetas, estaciones y demás donde los terroristas tendrían altas probabilidades de introducirse sin ser descubiertos. Eso nos deja con tres planetas. Sin embargo hay objetivos más jugosos que no tienen previsto aparecer en público y/o que están en zonas más protegidas. Si los terroristas tienen buenos medios, podrían arriesgarse. Pero entonces la lista se hace demasiado larga. Echadle un ojo a ver, pero rápido, que nos llevan tres días de ventaja.

Los clones repasaron los datos.

—Slidoa ha celebrado elecciones hace poco y ha ganado un líder ultraderechista —dijo ElArtista—. Slidoa es una de las naciones más ricas de la zona que investigamos, y como no pertenece a la Asociación de Planetas, hace que colaborar con ellos para ayudarlos sea más costoso. Parece un buen objetivo. Sobre todo porque durante los primeros días el nuevo presidente visitará diversos lugares del país para dar las gracias a los votantes y demás populachadas sin sentido...

—¿Estás asumiendo que Riin tiene más objetivos aparte de los que jodieron el trato con La Kúpula? —preguntó Lainier.

—Por supuesto. Son izquierdistas. Cualquier cosa que les huelva a fascismo es un objetivo potencial. Que estén intentando atentar contra los Asociados no implica que hayan dejado de lado otros planes.

—Interesante, pero Slidoa no parece un peligro a corto plazo para Riin. Aparte de que ahora gobiernen fascistas, estos no han intervenido en ninguna acción contra los kupulenses.

—Si escogemos objetivos fachas —dijo el Kapitán—, se dice que en Ismewosa hay ocultos varios neos que huyeron después de la guerra. Quizás quieran cargárselos, junto al gobierno que les permitió ocultarse.

—La Colonia de Uurd-gai —dijo SuNSeT.

—¿Gay? —preguntó ElArtista.

—¡No esa clase de gay! —dijo SuNSeT sonriendo—. En la luna de Geer-nait, del planeta Kerrterkal. Están creando una colonia para un millón de habitantes.

—¿Qué tiene de especial esa colonia? —preguntó Lainier.

—Que según estos datos, varias empresas de los planetas Asociados, entre ellas Cyborg Inc., han puesto dinero en el proyecto, a cambio de poder montar unas cuantas fábricas allí. Fábricas de armas, incluyendo nucleares. Algunos de los políticos que aprobaron este proyecto participaron en el tema de La Kúpula y se opusieron a la entrega de las tierras. Las obras están empezando ahora.

—¿Pero contra quién van a atentar? Si hubiera previstas visitas de esos políticos, habría incluido la colonia en mi selección. ¿Se conformarán con cargarse a empresarios o incluso trabajadores?

—Si destruyen esa fábrica, es un gran golpe económico, y retrasan la producción de armas pesadas para esa zona de la galaxia.

—Yo creo que les conviene más cargarse a un político. Las armas avanzadas no sirven de nada sin alguien lo suficientemente hábil como para manejarlas, y como la colonia está en sus comienzos, el daño económico sería menor.

—Que no pretendan atentar ahora no implica que no estén allí —señaló Berllerak.

—¿Ein?

—Puede que vayan a preparar el terreno. Quizás hagan una copia de los planos de las fábricas, o consigan infiltrar a alguien dentro, o recluten a algún obrero descontento, o manipulen algún mecanismo, para que cuando llegue la ocasión oportuna provoquen el máximo daño posible.

—Je. Como si un programador hace una puerta trasera en un sistema para acceder más tarde a él cuando le convenga, ¿no?

—Eso es, Lai —dijo Berllerak sonriendo.

—A ti eso te resultará fácil con ordenadores, pero esto no es lo mismo.

—Hay una buena razón por la que Riin querría atentar allí —observó SuNSeT—. La Asociación nos jodió la

construcción de la nueva colonia, así que puede que ahora quiera pagarnos con la misma moneda.

—Interesante. Tendremos en cuenta ese objetivo. ¿Alguno más?

—El hijo del presidente de Sowal se casa —dijo Tete—. El presidente de Sowal ha promulgado unas leyes en contra del terrorismo muy duras. Si los terroristas temen que el ejemplo se extienda a otros lugares, puede que intenten atentar durante la boda.

—Lo que probablemente cause el efecto contrario al deseado... —murmuró ElArtista.

—¿Algo más? —preguntó Lainier. Los clones guardaron silencio—. Pues esto es todo. Pero me sigue pareciendo que hay demasiadas posibilidades. Tenemos dos opciones: dividirnos o ir todos al mismo sitio. Si Riin solo tiene tres hombres con él, la policía local debería tener suficiente con el apoyo de uno solo de nosotros.

—Los terroristas son peligrosos —señaló ElArtista—. Yo voto por jugárnosla a una sola carta: vayamos todos juntos al mismo destino.

—Esta vez tenemos ventaja, son ellos los que intentan meterse en nuestro terreno y no al revés. Podríamos dividirnos.

—Sobre la ventaja, tú mismo nos recordaste que nos llevan tres días de ventaja.

—Es igual, debemos prestar apoyo a todos los objetivos.

—¿Seguro? ¿Ninguno tiene cuerpos de élite decentes?

—Bien, centrémonos en los que tienen peores fuerzas de seguridad. Eso nos dejaría con Ismewosa y Uurd-gai.

—¿Uurd-gai tiene mala seguridad? Si están involucradas empresas armamentísticas...

—Yo no he dicho que tenga mala seguridad. He dicho que tiene peor seguridad que otros objetivos potenciales. Los planetas y estaciones de la Asociación quedan todos descartados. También Sowal, que le compra la tecnología a los neos y thorn.

—¿Le compra? ¿Te refieres a ahora?

—Claro.

—¿Y por qué dejamos a esos cerdos vender mierda a otros cabrones? ¿No ganamos la guerra?

—Esos negocios son legales, y ganar la guerra no implica asfixiar económicamente al enemigo.

—Pos mu mal...

—Bien. SuNSeT, ElArtista, Berllerak y yo iremos a la colonia. Los demás irán a Ismewosa.

—¿Por qué el cyborg va en el otro grupo? SuNSeT dijo que la colonia era un objetivo bastante probable. Stalker debería venirse con nosotros.

—No, los grupos están compensados. Tú, Berlli y yo solemos ir juntos porque nos compenetramos...

—...lo cual no dice nada bueno sobre nuestras mentes.

—...Tete y el Kapitán también van juntos porque se compenetran...

—Mucha penetración veo yo aquí... —dijo SuNSeT sonriendo.

—Pues tú espera que te vienes con nosotros a la colonia gay... —murmuró ElArtista.

—...Y como SuNSeT se viene con nosotros porque lo quiero vigilar personalmente —continuó Lainier—, eso significa que Stalker se va con el otro grupo para compensar.

—Yo hace rato que me perdí...

—¡Que los grupos son así porque me sale de los cojones, coño!

—¡Ah, pos haberlo dicho desde el principio, joder!

## V PIEZA UNO

—Si una nave quiere aterrizar aquí sin ser vista, lo hará —dijo el Jefe del Departamento de Interior de Uurd-gai. Era un humano algo gordo, de unos cincuenta años. Vestía con traje negro. Estaba en su despacho, de pie, hablando con Lainier—. Me temo que aún estamos instalando los radares.

—Así que comienzan a construir sin tener todas las medidas de seguridad a punto.

—Oiga, amigo, todo es legal. Había prisa por construir esta colonia. Servirá de nuevo hogar para miles de personas que perdieron su hogar durante la guerra.

—A ustedes solo les interesan las armas.

—Son vitales. Necesitamos urgentemente armamento de última generación. La guerra casi acabó con nosotros. Ahora estamos indefensos.

—Claro. Bueno. Dígame dónde está la fábrica.

—Un equipo de élite le acompañará y...

—No. No quiero llamar la atención. Iré solo. Deme un mapa y ya está.

—Como quiera.

Treinta minutos después, Lainier llegó a la fábrica. Se estaba levantando el ala oeste, dedicada a armamento portátil. Ya había mucho almacén listo, de unos cien metros de altura, y en algunas partes ya se estaban insertando placas metálicas blindadas. Lainier calculó que todo el complejo tendría una extensión de diez mil metros cuadrados.

—Gracias por prestarnos ayuda —dijo el gerente de la fábrica, estrechando la mano de Lainier. Era un humano de unos treinta y cinco años, trajeado. Ambos estaban de pie a unos cien metros de la obra.

—Tengo a otros dos clones inspeccionando el lugar —dijo Lainier—. Además, hemos traído cien guardias más.

—Excelente. Esperemos que sea suficiente.

—Si alguien quisiera hacer el mayor daño posible... ¿dónde tendría que poner una bomba, de pequeño tamaño?

—Tal y como está la obra ahora, solo podría esconder una bomba cuando cavemos en la tierra... —el hombre mostró un mapa en su móvil y señaló con el dedo una zona del ala oeste—. Aquí... se hundiría la entrada.

—¿Cómo está el tema para acceder a esa zona?

—La obra está cercada por una verja electrificada de cinco metros de altura. Tenemos cámaras, misiles antiaéreos, baterías láser de alta potencia, y quinientos vigilantes, sin contar los refuerzos que ha traído usted.

—Pero todos esos recursos están repartidos por toda la obra. A los terroristas no les hace falta evitarlos a todos, sino a los que sean necesarios.

—Aún así es difícil que entre. ¿Cree de verdad que lo intentará?

—Joder, ya lo creo. Nos atacaron a nosotros. Estos se atreven con cualquier cosa. Bien, ¿se fía de sus empleados?

—Por supuesto. El proceso de selección es riguroso.

—¿Y el de control? ¿Se comprueba su identidad a menudo?

—¡Por supuesto! ¡Cada vez que entran e incluso que salen!

—Bien. Voy a hablar con los agentes locales y a echar un vistazo a todo el complejo.

—Como quiera.

Tras hablar con el Jefe de Seguridad, Lainier se dio un garbeo. Comprobó todo lo comprobable. Sus compañeros también exploraban otras zonas. Tardaron ocho horas terrestres. Parecía realmente imposible infiltrarse. El clon volvió a presentarse en el despacho del gerente.

—¿Podemos hablar? —preguntó Lainier.

—Ya me iba a casa —contestó el gerente—. ¿Me acompaña hasta el coche?

—Sí.

Los dos hombres comenzaron a caminar.

—Colarse parece difícil —observó Lainier—. Yo creo que solo hay una forma en que pudieron hacerlo: antes de instalar los controles de seguridad.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el gerente.

—Pues eso mismo.

Los dos hombres llegaron a la salida del pequeño edificio donde trabajaba el gerente. Unos vigilantes comprobaron sus identidades y salieron al exterior.

—Quizás, de algún modo lograron intervenir en la construcción del sistema de seguridad —dijo Lainier—. Así podrían haberlo trucado. No hay otra forma.

—Lo veo bastante difícil también —objetó el gerente, mientras llegaba hasta su coche, aparcado en un descampado a doscientos metros de la fábrica.

—Es verdad.

Lainier se detuvo, mientras el gerente abría la puerta del coche, un modelo de lujo.

—¡Riin! —dijo Lainier, sacando el arma y apuntando al gerente—. Quedas detenido.

—¿De qué coño está hablando? —preguntó el gerente, girando levemente la cabeza. Una ráfaga láser le pasó cerca, haciendo un agujero en la carrocería del automóvil.

—La mirada al frente —El gerente obedeció—. Riin. El hombre que cambia de aspecto. No solo mediante cirugía, por lo que veo. Te has disfrazado del gerente. Me pregunto durante cuánto tiempo.

—Está usted como una chota, y me ha disparado.

—Al suelo.

—¿Qué?

—¿Está sordo? Al suelo. Tumbado. Retroceda unos pasos y tumbese perpendicular al vehículo.

El gerente obedeció, quedando tendido en el suelo.

—Aquí Lainier —dijo el clon por el intercomunicador—. Detenido Riin.

—Estúpido. Soy de Cyborg Inc. Haré que se pase el resto de su vida en algún destino de mierda. Se va a enterar...

—¿Sabe que todo lo que diga o haga podrá ser usado en su contra ante un tribunal? Pues ya lo sabe.

Lainier observó el coche, por si había alguien más. El coche tenía las lunas tintadas. Mal asunto. La puerta de delante estaba abierta. Solo podía haber alguien atrás. Lainier apuntó a la puerta. El gerente se dio cuenta por el reflejo en su reluciente coche. Se giró con la rapidez del rayo, golpeando el brazo derecho de Lainier y desviando el arma.

—¡Ag! —dijo el clon.

Lainier intentó contraatacar, pero ya era tarde: el gerente le sujetó el brazo derecho para evitar que disparase, mientras que con el derecho sacaba una jeringa de su chaqueta y se la clavaba al clon en el pecho. Lainier comenzó a marearse. Parecía un somnífero. En unos treinta segundos estaría inconsciente, pero el gerente decidió acelerar el proceso golpeando al clon en la cara. Lainier se desplomó, perdiendo el sentido.

Cuando Lainier se despertó, estaba sentado sobre una silla metálica. Gruesas láminas de acero le sujetaban por los brazos, piernas, cintura y frente. Estaba en una gran sala con forma de elipse. Ante él descansaba otra silla, aunque de aspecto más cómodo, acolchada. Al frente y a ambos lados había grandes cristales por los que se veía el espacio. Estaba en una nave, y se movía. Al otro de la silla, dándole la espalda y mirando al frente, casi pegado al cristal, un hombre permanecía de pie. Lainier lo identificó como un thorn. Solo sus brazos y la cabeza estaban parcialmente al descubierto, pero eran ligeramente escamosos y de color verde oscuro. El cuerpo parecía cubierto por una especie de armadura negra, que también cubría parte de los brazos.

—Guus Riin —dijo Lainier, pensando en voz alta.

El thorn se giró. La armadura le cubría hasta debajo de la nariz.

—Lo soy —afirmó Riin.

—Menos mal que lo admite.

—Mmm... creo que fue Marx quien dijo que a los comunistas no les gusta ocultar su naturaleza. A estas alturas, es irrelevante ocultar mi identidad.

—Usted no tiene nada que ver con Marx.

—Y usted no tiene nada que ver con la justicia ni el servicio al ciudadano.

—¿Cómo se atreve? ¿Me conoce usted a mí?

—¿Y usted me conoce a mí?

—Tengo su historial.

—Entonces debe saber que he acabado con seres absolutamente repugnantes.

—Sí. Pero de paso, también se llevó por medio a otros seres inocentes.

—Víctimas de guerra. Es lamentable, pero no había más remedio.

—¿Se ha escuchado usted alguna vez? Habla como un fascista.

—Hay una diferencia. La gente a la que combato busca el poder. Yo busco mejorar al universo. Mato a unos cuantos inocentes, pero salvaré y mejoraré las vidas de muchos más.

—Mmm... creo que fue Nietzsche quien dijo que los que buscan ese tipo de mejoras no son gente de fiar. Empiezo a sospechar que tenía razón.

—Nietzsche era un reaccionario.

—Me temo que usted no entiende una mierda de Nietzsche, e insistiendo en lo de antes, tampoco ha entendido a Marx. Claro que a usted parece que le mola más Stalin...

—Hay muchas teorías izquierdistas. Yo he de encontrar mi propio camino.

—¿Es esa la excusa de los de su calaña?

—Es la verdad. Hay que adaptarse a las circunstancias reinantes.

—Pero no así.

—Habla usted como SuNSeT, ese traidor.

—No es un traidor. Actuó con lógica.

—Es un traidor. No nos consultó antes de fugarse.

—No podía hacerlo.

—En ese caso, debería haber aceptado su destino. Tanto hablar del pueblo y mira... claro que... él nunca habló de la "voluntad popular". En realidad, SuNSeT no tenía muy buena opinión del pueblo en sí, pero debería haber respetado al menos a los kupulenses.

—No hable tanto de los kupulenses: seguro que usted tampoco les ha consultado sobre matar a SuNSeT.

—La Kúpula ya no existe y no tengo que rendir cuentas a nadie. Pero SuNSeT era uno de nuestros líderes cuando decidió fugarse, y por su culpa, y claro está, también por culpa de la Asociación, perdimos las tierras.

—Al menos accedieron a revisarles las penas. No entiendo porqué quiere vengarse. ¿O es solo porque usted apenas se benefició de la revisión?

—Sabe perfectamente que eso lo hicieron porque no tenían más remedio.

—De todos modos la colonia en Enea era inviable. SuNSeT lo sabía y por eso se fugó. ¿Cómo habríais levantado vuestra nación? ¿Robando? ¿Matando? Al final os habrían descubierto...

—Un riesgo que hay que correr si queremos alcanzar nuestros objetivos. Era una gran oportunidad.

—En realidad, lo que menos me preocupaba es que os cogieran, sino la gente que habríais matado para poder conseguir fondos para construir la ciudad.

—Sacrificios necesarios.

—Está loco.

—Tanto como sus hombres. Los hemos investigado a fondo. ElArtista y Stalker son unas auténticas bestias, a las que usted deja hacer y deshacer. Y el resto de sus hombres miran para otro lado.

—Stalker no trabaja para nosotros.

—Lo hace. Como cazador de recompensas. Y siempre va con ustedes. Un montón de dinero público que va a parar a manos privadas.

—Es el mejor.

—Sin duda. Es un asesino sin parangón. No se imagina como celebraremos su muerte.

—Será difícil que lo maten.

—También era difícil cazarle a usted, y aquí está. ¿Y qué me dice de ElArtista? Él si trabaja oficialmente para ustedes. No causa tantas víctimas como Stalker, pero eso es precisamente porque lo tenéis vigilado casi constantemente... Además, todos sabemos de dónde viene. Es un asesino entrenado por los militares de Corona.

—¿Se atreve a acusarnos de crímenes?

—Si no, no les querría matar.

—Oh, claro. Somos mercenarios del Estado, ¿no?

—No me fío de nadie que empuñe un arma por gusto.

—¿Y si no existiéramos nosotros, quién protegería a la gente?

—¡Pero señor Sind! ¡Si en eso estamos de acuerdo! ¡No soy un iluso! ¡No soy como esos estúpidos anarquistas, que creen que un orden no es necesario! ¡Pero por desgracia, todo el mundo con un par de neuronas sabe que los policías del sistema capitalista están sometidos a dicho sistema! ¡Quizás algunos se unan a las fuerzas de seguridad porque realmente quieran proteger a la “comunidad” y toda esa cháchara, pero la verdad es que, quieran o no, todos son susceptibles de convertirse en marionetas del Estado. Todos ayudan a mantener este sistema corrupto, en mayor o menor medida. Y verá, los Cuerpos de Élite son los peores. Un policía de barrio no recibirá la orden de “retirar” a un individuo molesto. Pero... ¿y un miembro del Cuerpo de Asalto?

—Juzga sin pruebas... Hace mucho, había muchas naciones que hacían esas cosas, pero eso ha ido desapareciendo con el tiempo en los planetas asociados.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasa con Noctem? Sus leyes son casi como las aprobadas hace poco por Sowl, o las que tenían los neos y thorn antes de la guerra.

—Las leyes de Noctem no dicen nada de ejecuciones sin juicio.

—Pero ordenan libertades. Se empieza por eso. Y el ejemplo puede extenderse a otros planetas.

—Esas leyes surgen cada dos por tres, pero en la mayoría de planetas no perduran.

—No perduran porque la gente protesta, pero vuelven al cabo de un tiempo... Es una lucha constante. Mi deber es impedir que al final los que mandan logren acallar a los que protestan y esas leyes se conviertan en algo aún peor. Y eso de que no se ejecuta... Claro que se ejecuta, pero ilegalmente. ¿O qué hizo usted con Strauss?

—Strauss era un fascista.

—Pero a usted no le ordenaron matarlo por eso, sino porque resultaba una amenaza.

—No me ordenaron matarlo. Se resbaló cuando luchábamos y se cayó.

—¡Eso no hay quien se lo crea! ¿¡Por qué sigue negándolo!? ¡Ni siquiera tiene el valor de admitirlo ante mí!

—Como si a usted le respetase para admitir cualquier cosa...

—Lo que yo hago es totalmente respetable. Si todos los grandes revolucionarios y libertadores no hubieran actuado contra los tiranos, hoy en día seguiríamos viviendo entre tinieblas. ¿O pretende que en vez de luchar, hubieran presentado una denuncia? ¡Ja!

—No compare, joder. Eran otros tiempos. Los abusos no se escondían. No hacía falta pruebas porque los gobernantes no se molestaban en ocultarlo. Los que luchaban contra el poder lo hacían porque sus vidas y su libertad estaban en peligro.

—Y las nuestras. El sistema es maléfico. Y ustedes son un impedimento para acabar con el sistema, simple y llanamente. Tanto si son ejecutores como si no, es irrelevante, porque incluso limitándose a detenernos ya protegen al sistema.

—Creía que protegía a los inocentes.

—Víctimas de guerra, le recuerdo.

—Ah, sí... y, dígame... cuando implante su sistema... ¿cree que la gente se lo agradecerá?

—Cuando se den cuenta de que viven mejor, sí.

—¿Vivirán mejor?

—Acabaremos con las desigualdades.

—¡La implantación del sistema comunista o de cualquier sistema, por medio de la violencia, no puede dar lugar a nada bueno!

—Le he dicho que vivirán mejor. Luego el método es irrelevante. Lo que importa es el fin.

—Joder. No. No vivirán mejor.

—¿Cómo que no? ¿No cree que tengamos profesionales capaces de acabar con las desigualdades? Hay mucha riqueza, pero mal repartida. ¡En realidad, es muy fácil, pero falta voluntad para hacerlo!

—¿Y quien querrá trabajar con un grupo de gente que logró sus objetivos por medio de la sangre y la muerte? Y... ¿quién querrá vivir en un lugar donde sus líderes harían cualquier cosa por mantener su sistema, hasta matar a sus ciudadanos?

—Mire, lamentablemente, no hay más remedio que hacer el cambio de forma violenta. Puede que el sistema se derrumbe por sí solo, pero tarda tanto, que muchos sufren mientras. Así que ya basta de esperar. Es el único modo.

—Violencia para acabar con la violencia. Combatiendo el fuego con el fuego —dijo Lainier recordando las palabras de SuNSeT—. Seguimos con las tonterías.

—¿No le dije antes que sin la lucha de los revolucionarios, viviríamos peor? Luego combatir el fuego con fuego sirve. Pero no es exactamente fuego contra fuego. Porque los fines son diferentes, ya se lo dije.

—Vamos por partes. Los revolucionarios tradicionales no hacían atentados. Y además, sí que es fuego contra fuego, ya que los medios son iguales. Los medios, y no los fines, son el fuego, e inflaman todo lo que toca. Cuando se ha alcanzado el fin, las llamas se extienden por doquier. Parece que se puedan apagar, pero siempre queda una chispa encendida, y todo vuelve a empezar. Por eso la humanidad no para de pelear entre sí. Usted... puede intentar imponer lo que sea, pero así solo conseguirá que siempre haya alguien que se le oponga. Lo que hace falta es que la gente mejore, no que un grupo de flipados “mejoren” a la gente.

—Ya me he hartado de esta discusión. ¿Sabe por qué sigue vivo?

—Porque me va a interrogar a tutiplén.

—Exacto.

—Soy resistente a los sueros de la verdad, como sin duda usted sabrá.

—Peor para usted; será más doloroso. ¿Seguro que no quiere contarme nada?

—Le contaré cómo descubrí que era el gerente. Me llamó la atención que tuviera el coche aparcado en un descampado, en vez de en un garaje. ¿Para qué arriesgar su seguridad así? Entonces supuse que era Riin disfrazado, y que pretendía acabar conmigo lejos de ojos o cámaras indiscretas.

—Está en todo, ¿eh?

—¿Y el gerente de verdad?

—Muerto.

—¿No podía haberlo secuestrado?

—Necesitaba ciertas partes corporales para poder pasar los controles de seguridad.

—¿Dónde están sus otros hombres?

—No le pienso responder.

—Me da la sensación de que está solo.

—Que en esta habitación solo estemos usted y yo, no quiere decir que no tenga más hombres cerca.

—No. Creo que está usted solo. No es de los que se deja ver. Habría mandado a otra persona a interrogarme. Supongo que sus otros dos hombres... estarán en otro lugar, preparando otro atentado.

—No gaste saliva. Pronto hablará mucho—dijo Riin, abriendo un cajón de la mesa.

El terrorista sacó un frasco de suero de la verdad y lo cargó en la jeringa. Lainier hizo fuerza, pero era inútil—. No sé moleste, señor Sind. Romper los cepos solo sirve en las películas.

—¿He de suponer que me matará después?

—Antes o después, a menos que su gobierno me ofrezca alguna oferta realmente tentadora. Ah, tampoco vendrán a rescatarlo. No hay nadie por aquí cerca. No tendrá tanta suerte como cuando los kupulenses le rescataron. Tiene gracia, ¿eh? Unos revolucionarios le salvaron la vida, y un revolucionario acabará con ella. Si sus jefes no cooperan, claro...

—Natch no era un revolucionario. ¡Ni tú lo eres, cabrón!

—¿Me tutea? Qué pronto me pierde el respeto... Le guste o no, soy un revolucionario. Pero sí que tiene razón en que Natch no lo era. Quién sabe. Quizás algún día vaya a por él. Después de todo, si causo alguna baja en el Cuerpo de Asalto, puede que lo busquen como reemplazo.

Riin se acercó y remangó la manga izquierda de Lainier.

—¡Te he dicho que no me pongas eso! —gritó el clon— ¡Es inútil!

—Insistes mucho en que no. A ver si es que no eres tan inmune como dices...

—¡Si insistes en ponerme eso, eres hombre muerto!

—Me gustaría verlo.

—No verás nada porque estás de espaldas.

En ese momento, la parte derecha del cráneo de Riin reventó. Otro par de ráfagas láser le alcanzaron el cuerpo. El terrorista cayó al suelo.

SuNSeT estaba al otro lado del cristal, en el espacio, con su armadura, casco incluido, y un sistema de soporte espacial en la espalda. Después se dirigió hacia la parte trasera de la nave.

Lainier abrió los ojos. Estaba algo mejor. Observó a Riin.

—Uuug... —gimió el terrorista. Seguía vivo, aunque los sesos se le salían. Se arrastró.

Lainier se quedó a cuadros. Esperaba que Riin no relacionara la presencia de SuNSeT con su aparente ataque. Riin continuó arrastrándose, sin rumbo fijo. Entonces SuNSeT apareció abriendo una gran compuerta que había tras Lainier. Se acercó a Riin.

—¡¡Sigue vivo!! —exclamó el clon.  
—Por poco tiempo —dijo SuNSeT, apuntando a Riin—. No todo el mundo puede sobrevivir con medio cerebro como tú.  
SuNSeT cogió unas gasas y taponó el boquete en la cabeza de Riin como mejor pudo. Le dio la vuelta, apoyando su espalda contra la mesa.  
—¿Algo que decir antes de morir, Riin? —preguntó.  
—¿Estás... satisfecho... SuNSeT...? —murmuró Riin, con voz apenas audible—. Ya eres amigo... de esos perros...  
—Oye, que yo no soy amigo de ese mamón —dijo SuNSeT sonriendo y señalando a Lainier—. Lo que pasa es que, claro... cuando a uno lo intentan matar, busca ayuda.  
—Mereces la muerte... por... traid...  
Riin quedó inerte. SuNSeT le tomó el pulso.  
—Muerto. Ya puedo dormir tranquilo.  
—Sácame de aquí —dijo Lainier.  
—¿Sabes, Lai? Yo podría largarme ahora mismo, y no me encontraríais.  
—¿No te dije que no te detendría?  
—Soy desconfiado por naturaleza.  
—¡Serás maricón! ¡Me he jugado el culo por ti!  
—Todo estaba controlado.  
—¡Joder, pero si ha tardado un rato en morir!  
—Un fallito sin importancia... jijí. Bueno, lo que he dicho... que me piro.  
—¿Y si los demás no llegan pronto? ¡La palmaré aquí!  
—¡Mierda, vale, te soltaré! ¡Qué tío más pesao! ¡Ji, ji, ji! —rió SuNSeT.  
El revolucionario se acercó a la silla. La observó por delante y después la rodeó, poniéndose detrás.  
—Aquí hay un teclado numérico. Tú no sabrás el código, ¿verdad? —preguntó SuNSeT, rascándose la barbilla.  
—Joder —dijo Lainier—. ¿Sabes pilotar, ¿no?  
—Sabes que sí.  
—Lo digo porque estoy viendo unos asteroides pasar cerca de aquí...  
—Si uno se acerca deprisa, la nave avisará... pero por si acaso, tú sigue pendiente...  
—Oye.  
—Qué.  
—No toques eso.  
—No iba a hacerlo.  
—Bien. No sea que pete. Mira, mejor que te pongas a pilotar. Ya me sacará Berllerak del asiento.  
—Pues te advierto que para salir de este campo voy a tardar un día. ¿Cómo coño vas a hacer tus inmundas necesidades? Peerro...  
—Aivá.  
—Siempre puedo conectarte la cabeza al sistema de soporte vital. Es avanzado. Aguantará indefinidamente.  
—Quiero mi cabeza en mi sitio, gracias.  
—¿Qué problema hay?  
—Médicamente, ninguno. Pero soy partidario de recibir las menos intervenciones quirúrgicas posibles. Además... ¿¿tú que coño sabes de medicina??  
—Vaya, es verdad. Si no tengo ni puta idea, ¡jue je! —rió SuNSeT.  
—¡Coño! ¡No puede ser que me encuentre en una situación tan ridícula!  
—Y lo peor de todo es que como tienes el culo pegado al asiento, la mierda no podrá salir por ahí abajo, así que te saldrá por otros orificios. Inquietante, ¿eh? Espero que no te entren ganas...  
—Que asco de tío.  
—Y aún no has visto ni la mitad.  
—¡Pues algo habrá que hacer!  
—Esta mierda de cepos son de acero, ¿eh?  
—Eh.  
—A ver si encuentro un vibrofilo o algún soldador de precisión en la nave y lo corto. Al menos tu cuchillo debería estar por aquí...  
—¡Que no toques nada! ¿Y si cortas algún cable y esto peta?  
—Eso es muy improbable.  
—¡Riin es astuto!  
—No. Es fiambre. ¡Juas juas!  
—¡Mierrrda!  
—No te preocupes: la habrá.  
—¡Qué hijo de puta!  
—Te voy a decir algo, Lainier, pero prométeme que no te enfadarás.  
—No puedo prometerme eso. Escupe.  
SuNSeT escupió al suelo, justo a la derecha de Lainier.  
—Me has dicho que escupiera... —dijo el revolucionario.

—¡Coño!

—En fin... te lo voy a contar porque me das pena —dijo SuNSeT con un falso tono de seriedad—. No hay ningún teclado. Esto se abre con huella digital. Y teniendo en cuenta quién es el único que había en esta nave...

—¡Serás mamón!

—¡No te quejes, pesao! —rió SuNSeT. Cogió a Riin y lo arrastró hasta la parte trasera de la silla. Puso su dedo índice en el sensor y los cepos metálicos cedieron. Lainier se levantó.

—Eres un mamón —se quejó el clon.

—Ya ves —dijo SuNSeT sonriendo.

SuNSeT se puso a los mandos. Comenzó a pilotar. Esquivó varios asteroides. Tras casi 24 horas terrestres, pudieron tener espacio libre para saltar al hiperespacio. Tardaron unos minutos en llegar a la colonia. Al cabo de tres horas, se reunieron con los demás clones en la comisaría provisional.

## VI OTRA PUESTA DE SOL

—Informadme —dijo Lainier.

—Uno de los hombres de Riin estaba en Noctem —dijo Berllerak—. Iba a atentar contra la comisaría del Cuerpo de Asalto Clon de Eclipse. Pero no pudo. Le cogieron.

—No me puedo creer que se atrevieran con un objetivo tan complicado.

—Tontos perdíos —dijo ElArtista.

—El otro hombre estaba en Thornia —prosiguió Berllerak—. Me temo que ha logrado asesinar al coordinador Asociado para el Proyecto de Reestructuración de Thornia, quizás porque pensaba que somos muy blandos con los thorn. Sin embargo, el terrorista fue abatido por las fuerzas de ocupación horas después mientras intentaba huir.

—¿Así que solo acertamos con Uurd-gai?

—¡Pero cogimos al jefe!

—Y ahora nos explicarás cómo trincaste a Riin —dijo Tete a Lainier.

—Bueno, a Riin le dije que le descubrí por lo del coche, pero en realidad le descubrí antes, cuando nos encontramos por primera vez. La gente no sabe que además de ser más fuertes e inteligentes que los humanos normales, nuestros sentidos están más desarrollados. En cuanto le di la mano noté su piel sintética. También detecté imperfecciones en el acento. Decidí no arrestarlo para seguirlo, pero cuando supuse que quería matarme, tuve que actuar. Riin me llevó hasta la casa del gerente, y me metió en su nave. Antes de despegar, la escaneó en busca de localizadores. Pero Berllerak no había puesto un localizador normal, sino que había modificado el software de navegación para que la nave nos enviara una señal solamente cuando estuviese en marcha. Por supuesto, era imposible que Riin notase el cambio en el programa: estamos hablando de Berllerak. El caso es que saltó al hiperespacio. Durante ese tiempo no podíamos recibir la señal, pero sabíamos que la nave no tenía energía para un salto largo. Mis compañeros y otros agentes se dividieron, y cada uno fue a explorar una región cercana: Berllerak y ElArtista fueron a dos planetas, y SuNSeT a un campo de asteroides. SuNSeT acertó: parece que los kupulenses son animales de costumbres. Una vez allí volvió a captar la señal y no tardó en llegar hasta la nave.

—Yo me opuse a que SuNSeT fuera solo —señaló ElArtista—, pero Berllerak dijo que teníamos que cubrir el máximo terreno posible, y que se trataba del Lai y patatín patatán... El caso es que al final cedí... Si es que en realidad soy un cacho de pan...

—De pan duro como la piedra, cabrón... —murmuró Berllerak.

—Bueno, en la nave de Riin no hay información ninguna —dijo Lainier—. Pero es igual... ya tenemos a todos los que buscábamos. Misión cumplida y tal.

—Ale, pos nos vamos.

—Bien. Id hacia la nave.

—¿Y tú qué?

—¿Qué de qué?

—A dónde vas.

—A prestar declaración junto con SuNSeT a las autoridades locales.

—Pues te acompañamos.

—Anda, Artista, no jodas —protestó Berllerak—. Vámonos a descansar.

—Ve tú si quieres —dijo ElArtista sin dejar de mirar a Lainier—. Yo voy con él.

—No, no vienes conmigo —dijo Lainier.

—¿Es una orden? —preguntó ElArtista en tono burlesco.

—Lo es.

—Muy bien. Pero deberías esposarlo. Ya no nos está ayudando.

—Haré lo que crea conveniente.

—Por supuesto. Nos vemos.

ElArtista dio media vuelta y se alejó junto con los otros clones. Lainier se quedó a solas con SuNSeT.

—¿Y ahora qué? —preguntó el revolucionario.

—Tengo una nave en un descampado cerca de un ala de obras donde ahora no hay nadie. Te llevaré cerca. Está a cinco minutos de aquí. La nave se activa con tus huellas.

Lainier y SuNSeT subieron al coche del clon. Lainier condujo hasta llegar cerca de la zona en obras: numerosos armazones de edificios se alzaban allí. Eran las dos de la madrugada.

—Bájate tú y sigue solo —dijo Lainier—. No conviene que nos vean.

—Pero si esto está desierto.

—Por si acaso. Encontrarás la nave al otro extremo. Detrás de los montículos de tierra removida. Tardarás unos diez minutos en llegar andando.

—Bueno. Pues nos vemos. Oye... sigues con lo del indulto, ¿no?

—Verás... los tribunales no parecen muy dispuestos a concedértelo después de tu fuga... y después de ésta, serán dos.

—¡Pero te he ayudado!

—¡Pero si vuelves a fugarte no contará para nada!

—¿Y a ti que te pasará?

—Nada.

—¿Cómo lo justificarás?

—Sufrió un mareo al conducir y aprovechaste para escapar.

—¿Eso colará?

—Vete de una puta vez.

SuNSeT salió del coche.

—¡Gracias! —dijo.

—¡Dáselas también a Nevuroy, que me ha ayudado a preparar la nave! ¡Le debes una! ¡Y ahora vete antes de que aparezca el típico entrometido, coño!

Lainier arrancó el motor y se alejó hacia la nave de los clones. El líder del Cuerpo de Asalto tardó seis minutos en llegar. Subió a bordo. Sus compañeros estaban reunidos en la sala de relajación, de corte minimalista, alrededor de una mesa, pero faltaba uno.

—¿Dónde está ElArtista? —preguntó Lainier, preocupado.

—Está en el servicio —dijo Berllerak.

—¡¡¡MIERDA!!! —exclamó Lainier, dándose la vuelta y corriendo hasta el lavabo. La puerta estaba cerrada. Desfundó y voló la cerradura. Dio un patadón a la puerta. No había nadie— ¿¿¡¡Por qué cojones no le habéis vigilado!!?? —se quejó mientras corría hacia el hangar.

—¿¿Pero qué coño querías que hiciéramos?? —replicó Berllerak, siguiendo a Lainier, que estaba abriendo la puerta de su coche—. ¿Quieres que te acompañemos?

—¡No! —exclamó Lainier, cerrando con un portazo. A máxima velocidad, se dirigió a las obras. Intentó contactar con ElArtista, pero no respondía.

SuNSeT caminaba tranquilamente hacia su destino, mientras miraba a todos lados por si las moscas. Hizo bien. Cuando estaba a tres minutos de los montículos de arena, vio el coche. Al principio el vehículo parecía que iba a detenerse, pero el conductor pareció darse cuenta de que había sido avistado, así que aceleró a máxima velocidad. Era el coche de ElArtista.

—¡Joder! —exclamó SuNSeT, sacando el arma y colocándose el casco protector. Corrió hacia delante.

El coche de ElArtista estaba a escasos metros del revolucionario. El fugitivo se giró, y disparó al vehículo, pero el conductor se hizo a un lado y aparcó sin problemas. SuNSeT disparó un par de veces, pero era evidente que su arma no dañaría mucho aquel coche y que desperdiciaría munición. Corrió a refugiarse en un edificio en construcción mientras disparaba a las ventanillas del vehículo por si ElArtista intentaba salir. Finalmente, el revolucionario comenzó a subir por unas escaleras. El edificio era poco más que un almacén, con veinte plantas dotadas ya de suelo, pero faltaban veinticinco más que solo constaban de un par de hierros. Abajo había láminas protectoras para recoger los escombros que caían. También podían servir para evitar accidentes por si alguien caía. Solo funcionaban si el sujeto caía como mucho del décimo piso... y no se golpeaba con ningún escombros. Y tampoco servían de mucho si caía por el interior del edificio, ya que lo más probable era que se golpeará con la estructura del almacén antes de llegar abajo.

ElArtista bajó por la puerta del coche que no daba al edificio, rodando por el suelo. Se asomó sobre el capó y buscó a SuNSeT. Estaba en el primer piso. Para subir más arriba tenía que trepar por escalinatas. El montacargas no funcionaba. No había energía eléctrica.

El clon se acercó al generador y lo conectó. Se acercó lentamente hasta el edificio.

—¡SuNSeT! —gritó— ¡Por respeto a Lainier (lo cual es un decir) no dispararé a matar... a menos que me des un motivo! ¡Ríndete, porque si me cabreas te daré pal pelo! ¡Es mi único aviso!

SuNSeT no hizo caso, claro. Continuó subiendo. El problema de trepar por una escalinata de metal con una armadura también metálica es que no es un proceso silencioso.

—Juh... —murmuró ElArtista esgrimiendo una sonrisa diabólica. Se dirigió al montacargas y lo llamó.

—¡Coño! —exclamó SuNSeT al ver cómo el montacargas descendía. Se apresuró en subir, pero el montacargas era más rápido. El revolucionario ya estaba trepando hacia el cuarto piso. El ascensor se detuvo en el tercero. El fugitivo decidió bajar con un salto y apuntar a la puerta. Ésta se abrió, pero no había nadie.

—Q... —comenzó a decir SuNSeT. En ese momento unas ráfagas láser le alcanzaron en las piernas, provenientes de abajo, atravesando el suelo— ¡Aarg! —SuNSeT gritó, pero la armadura había paliado los daños en gran medida.

El revolucionario disparó a través del suelo. Después se levantó con algo de dificultad y trató de llegar hasta el montacargas, pero éste bajó de nuevo.

—¡¡Joder!! —gritó, dándose la vuelta. Corrió hacia las escalinatas, disparando de nuevo.

—¡¡Huaajajajajajajaja!! —escuchó la histérica risa de ElArtista abajo, pero era imposible averiguar de qué lugar provenía.

SuNSeT llegó al cuarto piso de nuevo. El montacargas volvía a subir. Vaya. Solo tenía un arma. Era imposible vigilar el montacargas y disparar al suelo al mismo tiempo. Lo que hizo fue saltar sobre el montacargas. Éste se paró en el quinto piso. Pero las puertas no se abrieron. Lo que sucedió es que el montacargas reventó: una explosión desde dentro que hizo saltar las puertas y tambalearse al armatoste. SuNSeT se desequilibró y estuvo a punto de caer hacia atrás, pero se aferró con la mano izquierda al cable del montacargas. ElArtista se asomó por la escalinata y disparó al brazo derecho del fugitivo. Su arma cayó al vacío.

—Se acabó —dijo el clon, apuntando a SuNSeT—. No te muevas. Ya se acabó tu oportunidad. El próximo tiro será a la cabeza.

—Que te jodan —dijo SuNSeT, dejándose caer hacia atrás. ElArtista lo perdió de vista.

—¿¿Ein?? —se sorprendió el policía, subiendo hasta arriba—. Ah... claro... ¡tu puta armadura magnética! ¡Si crees que vas a sorprenderme así...! ¡En cuanto te muevas harás ruido!

SuNSeT estaba agarrado a la parte trasera del montacargas. Se deslizó hasta caer al cuarto piso. ElArtista lo oyó y disparó abajo. Las ráfagas casi alcanzaron al revolucionario. El clon bajó por la escalinata, boca abajo, y disparó a SuNSeT, que se cubrió con los brazos. ElArtista descendió de un salto y apuntó al fugitivo, que tenía las cuatro extremidades heridas.

—¿Ves? No hay salida —advirtió ElArtista—. Tate quieto. Tumbate en el suelo.

SuNSeT hizo ademán de obedecer, pero vio unos sacos de arena en el suelo. Con toda la fuerza que pudo obtener de su maltrecho cuerpo, propinó una patada a uno de ellos. El saco, reventado, voló por los aires. ElArtista disparó, pero SuNSeT solo recibió heridas en el brazo derecho. La arena dañó los ojos del clon, que trató de limpiarse. El revolucionario se abalanzó sobre él. Lo cogió y lo estampó contra el suelo. En otras circunstancias, SuNSeT hubiera ganado fácilmente, pero con los brazos y las piernas heridos, apenas tenía fuerza. La armadura no servía de mucho dañada, y menos contra un clon. Ambos forcejearon. SuNSeT intentaba quitarle el arma a ElArtista. Era obvio que lo conseguiría con sus imanes.

—Ni pa ti ni pa mí —dijo ElArtista mientras arrojaba el arma al vacío. SuNSeT se quedó sorprendido. El clon recogió un puñado de arena del suelo y lo arrojó a los filtros de respiración del casco de SuNSeT. El revolucionario se hizo hacia atrás, asfixiándose. El policía se levantó. SuNSeT se quitó el casco mientras ElArtista sacaba otra pistola. El revolucionario golpeó con su casco la mano de ElArtista, y el arma cayó al vacío.

—¡Ahora el que has de rendirte eres tú! —dijo SuNSeT, intentando alcanzar la cabeza de clon con su casco.

—¡Jajajaja! —rió ElArtista, esquivando a SuNSeT. El clon sacó su cuchillo. SuNSeT volvió a atacar, pero ElArtista ensartó la hoja en el visor del casco. Los dos contendientes forcejearon, y ganó el clon, echando el casco a un lado. Amenazó a SuNSeT con el cuchillo, mientras se limpiaba la arena que aún le escocía los ojos.— Nada, que no aprendes.

—Vete a la mierda —dijo SuNSeT.

Ante la imposibilidad de subir o bajar por las escalinatas debido a la proximidad de ElArtista, SuNSeT decidió saltar al exterior del edificio. Trepó por el armazón con sus imanes. El clon subió por la escalinata. SuNSeT llegó al quinto piso. La energía de la armadura se agotaba. Se dirigió a la escalinata. ElArtista siguió subiendo. SuNSeT ya estaba trepando hasta el sexto piso. El clon se abalanzó e intentó clavar su cuchillo en la pierna derecha del revolucionario, pero falló por un pelo. SuNSeT continuó hacia arriba. Iban ya por el séptimo piso, y el clon pisaba los talones a su presa.

—¡Idiota! ¡No hay salida arriba! —advirtió ElArtista—. ¿O pretendes llamar a una plataforma voladora? ¡A mí no me sorprenderás con esas! ¡Además, ya te tengo!

SuNSeT subía por la escalinata del octavo piso. ElArtista también. Estaba a punto de clavar su hoja en la pierna del revolucionario, cuando lo oyó.

—¡Artista!

El clon se detuvo y giró su cabeza a la izquierda. En el edificio de enfrente, a cien metros, un hombre, trepando por otra escalinata. Lainier, apuntándole.

ElArtista observó a su compañero. Después miró hacia arriba: SuNSeT estaba ya en el noveno piso. No podía ir más allá del décimo.

—¡No dispararás a matar, Lai! —gritó ElArtista. A pesar de su aseveración, era obvio que había pronunciado la frase para cerciorarse de que su compañero no lo liquidara. Sería algo sorprendente, pero no estaba de más asegurarse.

—¡No me hace falta para detenerte! —respondió Lainier.

ElArtista gruñó. Intentó subir rápidamente, pero al moverse Lainier disparó. El haz láser atravesó el brazo izquierdo de ElArtista, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—¡Ag! —se quejó.

SuNSeT se acercó al borde y vio a Lainier.

—¡Gracias de nuevo! —dijo.

—¡Largo! —ordenó Lainier.

SuNSeT comenzó a bajar por las escaleras.

—¡Lainier, ese tío es un criminal! —exclamó ElArtista mientras se taponaba la herida.

—Mira quien habla —dijo Lainier.

—¡No compares! ¡Ese tipo tiene una condena de diez años! ¡Y serán quince cuando lo cojan!

—¡Calla y estate quieto!

—¡Joder!

SuNSeT pasó por el lado de ElArtista, pero el clon no hizo nada. Se estaba taponando la herida. Pero por si acaso, el revolucionario decidió contenerse y no soltarle algún improperio antes de irse. Le costó mucho esfuerzo. SuNSeT corrió hacia la nave. Desapareció detrás de los montículos de tierra, y al cabo de tres minutos se elevaba hacia el cielo, desapareciendo.

Tres días después, el Cuerpo de Asalto y Stalker estaban de pie ante VanderHall, en su despacho.

—Según el informe, Kibai amenazó al Kapitán y por eso Stalker tuvo que intervenir —dijo VanderHall—. Además, los testigos que afirman que asaltasteis un bar en Medyna no son fiables porque iban drogados, borrachos, u os tienen manía, o una combinación de todas estas cosas. Así mismo, SuNSeT... escapó porque... Lainier sufrió un mareo al

hacer una parada con el coche para comprobar una avería, lo cual aprovechó el sujeto para huir. La herida del brazo de ElArtista se la hizo en un entrenamiento. Bueno. Hay más cosas, pero estas son las que más me tocan los cojones. ¿Os reafirmáis en este informes?

—Absolutamente —dijo Lainier.

—Sí —dijo ElArtista.

—Claro —dijo Stalker.

—Sí —dijo el Kapitán.

—Siempre igual —se quejó el comisario—. ¿Sabéis la que habéis montado?

—A mí no me mire —protestó ElArtista—. Encima que recibo un tiro...

—A partir de ahora tendremos que andarnos con mucho ojo. En fin, retiraos.

Los clones salieron del despacho.

—Gracias por tu discreción —dijo Lainier a ElArtista.

—Qué remedio —respondió éste.

A la noche siguiente, Lainier estaba en su suite del hotel, participando en un chat. Un mensaje privado, de alguien llamado simplemente “12345”, le llamó la atención:

“Como se muestra en el grafico.”

Lainier respondió:

“¿Grafico?”

Y 12345 respondió:

“Rima popular húngaro-polaca.

Como se muestra en el grafico  
por el culo te la estrujo  
y eso te dará placer, pobrecico  
pero no preocuparse, queda orujo”

El internauta se desconectó. Lainier se limitó a sonreír mientras guardaba el registro de la conversación. SuNSeT había logrado escapar.